Adolescencia:
del goce orgánico al hallazgo de objeto

Susana Estela Quiroga

eudeba

Adolescencia:
del goce orgánico al hallazgo de objeto

Susana Estela Quiroga

eudeba

Quiroga, Susana Estela
Adolescencia : del goce orgánico al hallazgo del objeto.- 1ª ed. 3ª reimp.- Buenos Aires : Eudeba, 2005.

306 p. ; 23x16 cm. – (Psicología)

ISBN 950-23-0765-8

1. Adolescencia-Psicología 2. Psicología evolutiva I. Título
CDD 155.5

Eudeba
Universidad de Buenos Aires

1ª edición: junio de 1998
1ª edición, 3ª reimpresión: julio de 2005

© 1998
Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Diseño de colección: *Eudeba*
Corrección y composición general: *Eudeba*

ISBN 950-23-0765-8
Impreso en la Argentina
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Prólogo

El tema de este libro es la *adolescencia*. En un sentido, este libro se parece a otros que tratan este período de la vida por el cual todos atravesamos. Un período que comienza a los ocho o nueve años, y que termina veinte años después... En realidad, cuando concluye, cronológicamente hablando, tanto en el orden de lo biológico como en el de la realidad psíquica, nada ha concluido, sino que todo *se ha transformado*, dejando improntas en el sujeto adulto que ya serán definitivas.

Desde el pasaje por el cuerpo crecido, el desasimiento de la autoridad parental, el hallazgo del objeto exogámico, el cambio en los vínculos con grupos e instituciones, la decisión vocacional y laboral, la asunción de una pareja pensada como definitiva, y hasta quizá, la asunción de la paternidad, todo se ha tornado diferente. El niño dependiente e impotente se habrá transformado en protector y modelo de la generación siguiente.

Tanto se ha cambiado durante estos veinte años, que para muchos adultos los recuerdos de las primeras etapas de este proceso se han hundido en lo profundo del inconsciente. Algunos recuerdos que se han olvidado serán recuperables. Otros, quizá por haber sido traumáticos, habrán pasado a integrar el ámbito de "lo arcaico" y se tornarán irrecuperables por la memoria.

Quizás estos comentarios orienten sobre cómo entendemos este tiempo en el que transcurre la adolescencia: el *cronológico*, exterior, medido desde una secuencia lineal; el *lógico*, relacionado con la constitución de las estructuras psíquicas y la resignificación, y el tiempo *de la repetición* de las estructuras edípicas y arcaicas, estas últimas relacionadas con la constitución del narcisismo primario y el sentimiento de sí.

Dos tiempos, pues se reeditan en la adolescencia: el del Edipo y el de Narciso. Y la adolescencia constituye un desafío al embate que el advenimiento de la pulsión genital (nuevo elemento evolutivo) realizará sobre estas estructuras. Ellas sufrirán profundas "re-organizaciones, re-transcripciones y re-escrituras", *transformaciones psíquicas* que el adolescente realizará a partir de nuevas experiencias con la realidad. Estas nuevas experiencias estarán engarzadas sobre una repetición de las primeras, y ambas, las nuevas y las viejas, constituirán una re-elaboración de nuevos y viejos conflictos que el Yo se verá obligado a resolver ante sus tres amos: la realidad, el Ello y el Superyó.

Me parece oportuno hacer algunos comentarios sobre los fundamentos que han orientado el armado interno de este libro. En un sentido, su contenido es fragmentario, ya que los temas que desarrollo en él no están organizados pensando en la estructura de un manual o un tratado sobre la adolescencia, en el que se abordan exhaustivamente todos los puntos sobre el tema. En esta línea, este libro no es exhaustivo.

Y no lo es intencionalmente, ya que lo que me interesó en todo momento fue transmitir mis reflexiones acerca de nuevos avances en el estudio de la adolescencia que desde hace tiempo vengo trabajando. En primer lugar, este avance consiste en mostrar la posibilidad de remitir las distintas manifestaciones de la conducta adolescente a una teoría que le haga de sostén. En segundo lugar, crear la posibilidad de articular estas manifestaciones con la teoría y la psicopatología.

Pero si el libro no es exhaustivo, tampoco es fragmentario en cuanto a su consistencia interna, ya que no muestra una serie de observables interesantes pero dispersos sobre la adolescencia. Por el contrario, mi objetivo se centró en lograr una visión de conjunto, creada a partir de una meta: articular las diferentes manifestaciones con reflexiones teóricas, evolutivas y psicopatológicas. Para ello tomé la teoría general psicoanalítica, desde los parámetros de su fundador, articulándola con dos hipótesis intermedias, que hacen de mediadoras entre la teoría general y las manifestaciones: la teoría evolutiva y la psicopatología.

Desde la teoría evolutiva, he tomado la evolución de las pulsiones en tanto constitución de la autoconservación y sexuales, y las lógicas correspondientes a las fases de la libido. Desde la evolución del Yo, he tomado la constitución del Yo real primitivo, Yo placer y Yo de realidad definitivo. Desde la psicopatología, he tomado el complejo entramado de las fijaciones pulsionales, y del Yo, las detenciones, inhibiciones, regresiones y resignificaciones, en su interacción con las identificaciones, desidentificaciones y reidentificaciones, que por acción de los mecanismos de defensa, conforman estructuras que van desde los rasgos de carácter hasta las estructuras psicopatológicas.

En este sentido, el estudio de la adolescencia que propongo es un cruce entre el momento en que predomina la constitución de las estructuras (momento evolutivo) y un segundo momento en que lo evolutivo decrece, y por efecto de las defensas, las estructuras psíquicas quedan constituidas.

Con respecto a la historia de este libro, diré que comencé a escribirlo hace mucho tiempo, ya que casi todos los capítulos tuvieron versiones previas que fueron publicadas fragmentaria o totalmente en diferentes lugares.

En forma muy fragmentaria fueron escritos los capítulos III, IV, V y VI, para diversas revistas, y luego para el concurso de Profesora Titular Regular de Adolescencia de la Facultad de Psicología de la UBA. Fueron corregidos y aumentados, quedando integrados como dos capítulos del libro "Acerca de la adolescencia". Para la presente edición, estos capítulos fueron corregidos y modificados nuevamente.

El capítulo VII es totalmente nuevo, aunque el material fue seleccionado entre otros muchos que habíamos obtenido en un trabajo institucional, realizado por la cátedra en una escuela secundaria durante los años '87 y '88. El capítulo VIII proviene de la recopilación de un material realizado como producto de una investigación, en mi trabajo como psicóloga en el Consejo del Menor, desde los años '70 al '76. Fue presentado en el Congreso de San Salvador de Bahia, Brasil, 1977. Reescrito y publicado en 1978, y en 1981 formó parte de la Tesis de doctorado y publicado en la revista *Espacios*. Los capítulos IX, X, XI, XII y XIII, fueron escritos por primera vez durante los años '86 al '89, como resultado de una investigación sobre adolescencia media, y publicados en trabajos internos de cátedra. Posteriormente, los capítulos IX y X fueron publicados en 1990 en la *Revista de Psicoanálisis*, XLVIII, 1990, Nº 4, y modificado para esta edición. Finalmente, el capítulo XIV fue publicado en *Actualidad Psicológica*, XIX, Nº 212, agosto 1994.

Tanto el ámbito de la clínica como el de la universidad han sido una fuente continua de apertura e interrogaciones. El primero, con respecto al proceso de la cura, y el segundo, en la transmisión de conocimiento. Ellos me llevaron a la lectura de distintos autores, que desde diferentes líneas teóricas han desarrollado el tema de la niñez y la adolescencia. La profundización en la comprensión de las mismas requirió de un esfuerzo de articulación que no significa sincretismo, sino discriminación.

Estos aportes, todos muy valiosos, tienen un tipo particular de fragmentación: la falta de puentes, ya sea entre las manifestaciones y su enlace con la teoría, como la falta de enlaces con otros desarrollos teóricos, razón por la cual dificultan la posibilidad de establecer ensambles entre ellas. Es bastante conocida y frecuente la dificultad

del encuentro entre colegas, con los que resulta difícil establecer esta articulación entre teorías porque poseen lenguajes diferentes.

Una salida a estas dificultades entre lenguajes parcializados quizá sea remitir todos ellos a la teoría freudiana de la cual partieron, buscando aquello que tienen en común desde su origen, para desde allí avanzar en la comprensión de los importantes aportes de las diversas líneas posfreudianas. Esta es la línea de pensamiento sobre la cual "hago trabajar" la metapsicología de la adolescencia. A su vez, desde esta sólida base de comprensión, me propongo pensar la clínica, las técnicas y los otros fenómenos de la conducta adolescente, provenientes desde otras disciplinas, como la antropología, la psicología social o la estadística.

Voy a referirme ahora a los temas centrales que conforman la estructura interna de este libro.

La primera parte, "La metapsicología de la adolescencia en el marco de la multideterminación", incluye los capítulos I al IV. En los dos primeros, planteo la adolescencia como un fenómeno multideterminado por factores que van desde lo biológico hasta la variable macrosocial, que se inserta en el espacio geográfico y el tiempo histórico de una determinada cultura.

Destacar el valor de la multideterminación significa también decir que la adolescencia no es meramente un proceso biológico determinado por el embate hormonal; tampoco constituye solamente un proceso psicosocial, como suelen afirmar muchos "adolescentólogos", que desdeñando la variable biopsíquica entienden al adolescente como un producto pasivo de la cultura imperante.

Asimismo, la adolescencia es una fase del ciclo vital, cuya estructura, diferenciada de la niñez y la adultez, comenzó a tomarse en cuenta entre nosotros no hace más de treinta años. Prueba de ello eran los Servicios de Psicopatología, que hasta hace muy poco tiempo -y aún todavía- carecían de un área diferenciada para el tratamiento de adolescentes.

La adolescencia no es, pues, un proceso biológico, ni psicosocial aunque los incluye. No es tampoco una mera repetición de la conflictiva edípica, como argumentan algunos teóricos del psicoanálisis, que parten del supuesto de que a partir del primer año de vida o del sepultamiento del Complejo de Edipo las estructuras quedan definitivamente constituidas.

Pienso que la adolescencia tiene un estatus teórico, una metapsicología, y una psicopatología que la diferencian de la niñez y la adultez, y estos fundamentos son los que trato de transmitir en este libro. En esta línea se sitúa mi preocupación por lograr una visión de conjunto (capítulos III y IV). Para ello propongo parámetros teóricos

generales, que sirvan para entender las distintas manifestaciones en una teoría general, que incluye lo evolutivo y lo psicopatológico.

La segunda parte de este libro, que incluye los capítulos del V al VIII, se adentra en la metapsicología de la adolescencia temprana, planteando el comienzo de la misma a partir del surgimiento de la pulsión genital que, lejos de ser normatizante, significa una mayor complejización para el aparato psíquico. Incluye también un estudio detallado de las transformaciones que se producen en el Yo y sus distintos componentes: las representaciones, las fantasías, las defensas, las identificaciones, el tipo de pensamiento, etc. En el capítulo VI, desarrollo los procesos anímicos en relación con la comprensión intrapsíquica de la inserción comunitaria, a través de las transformaciones en el Superyó e ideal del Yo. Ellos pasan por distintos grados de abstracción (Superyó e ideal del Yo totémico, mítico y religioso), que, a través de concepciones totalizantes del mundo, se constituyen en protectores del narcisismo y el desamparo psíquico.

Los capítulos VII y VIII son dos contribuciones a ciertas características del aparato psíquico en la adolescencia temprana, que se abordan desde el campo de lo institucional. En el capítulo VII, se trabajan las producciones gráficas y discursivas producidas por un grupo de adolescentes de primer año de un colegio secundario, atravesado por una situación institucional crítica y un momento político complejo. El capítulo VIII trata de las contribuciones metapsicológicas a la adolescencia temprana desde un fenómeno cultural, como es el desamparo social. Además de estudiar las configuraciones anímicas de este grupo, se infieren características generales para la adolescencia temprana.

La tercera parte incluye los capítulos IX al XIV, y en ella desarrollo distintos aspectos de la adolescencia media. Los aspectos que se abordan se subdividen en tres partes. La primera (capítulo IX) se refiere a las características del duelo en esta fase y los procesos psíquicos a los cuales este duelo conduce: los identificatorios, el hallazgo de objeto exogámico y la inserción laboral, que quedan configurados en un cuadro de conjunto.

En el capítulo X tomo un aspecto de este cuadro, referido a las consecuencias identificatorias en la imagen corporal, en los vínculos fraternos y parentales. En los capítulos XI y XII desarrollo el tema del hallazgo de objeto exogámico y su consecuencia: la investidura de objeto heterosexual en la que diferencio dos lógicas: la creación psíquica de los precursores del hallazgo y los distintos tipos de investidura de objeto posibles para esta etapa.

En el capítulo XIII, describo las distintas configuraciones defensivas que aparecen en esta etapa, frente a qué deseos se erigen y con qué transformaciones se sustitu-

yen. Ellos son: represión (la más estructurante), desmentida, sublimación y formaciones reactivas.

El capítulo XIV constituye un ejemplo de los fundamentos epistemológicos que planteo en el comienzo: la articulación entre la metapsicología y la psicopatología de la adolescencia. En este ejemplo clínico, que plantea las transformaciones de pasaje de la adolescencia media a la tardía, aparece el tema referido a las dificultades en la elección vocacional, en la inserción laboral, debido a los conflictos provenientes de las investiduras narcisista y homosexual con el progenitor del mismo sexo. En realidad, éste es un tema nuclear de la adolescencia tardía, ya que en ella se tramita definitivamente el logro de la independencia económica, momento en que lo anímico se halla lógicamente preparado para afrontar la pérdida del padre nutricio y aceptar el logro de las metas individuales por medio del esfuerzo personal.

En realidad, no es ésta la situación de la adolescencia en las clases populares, ya que en ella se asume la inserción laboral en la adolescencia temprana o a veces en la infancia. Sin embargo, hemos tratado de discriminar entre la impronta de sobreadaptación a las necesidades de la vida y la exigencia social que ello impone, de aquel momento en que lo anímico está preparado para la inserción laboral.

Finalmente, es mi deseo agradecer a todos aquellos que han contribuido a que mis ideas sobre la adolescencia se fueran profundizando o modificando en las sucesivas versiones de mis escritos: a los miembros de la Cátedra I de Adolescencia, a los estudiantes de la Facultad de Psicología, tanto de grado como de posgrado, que, con sus preguntas, aportes y críticas, me proporcionaron nuevas aperturas y reconsideraciones durante los cursos sobre adolescencia.

Agradezco en especial a mis pacientes y sus familias, que al depositar en mí su confianza y permitirme aliviar sus sufrimientos, contribuyeron a agudizar mi conocimiento y mi empatía hacia este complejo y largo período de la vida.

Mi reconocimiento a David Maldavsky, quien, a partir de su profundo conocimiento de la obra freudiana y de sus lúcidas puntuaciones, ha enriquecido mis conceptualizaciones acerca de la adolescencia. Para concluir, a todos aquellos que han contribuido en la corrección de mis manuscritos y en aportes acerca de la forma de transmisión de mis ideas.

PRIMERA PARTE

LA METAPSICOLOGÍA DE LA ADOLESCENCIA EN EL MARCO DE LA MULTIDETERMINACIÓN

1. La adolescencia: fenómeno de multideterminación

- PARTE I -

Puntos de vista cronológico, biológico y antropológico

Introducción

En este capítulo trataremos una serie de puntos que, nos parece, hacen a la definición de la adolescencia como un fenómeno multideterminado por variables, que van desde cambios enraizados en la biología hasta fenómenos determinados por la macrocultura. A partir de esta propuesta, desarrollaremos, en primer lugar, el punto de vista cronológico, que comprende las tres fases de la adolescencia (temprana, media y tardía); en segundo lugar, el punto de vista biológico, que incluye el crecimiento corporal y el comienzo del funcionamiento de las hormonas sexuales y, por último, el punto de vista antropológico, que muestra cómo un fenómeno biológico universal toma diferentes formas, según la cultura en que esté inserto.

Definición y ubicación de la adolescencia

La adolescencia puede ser definida desde distintos puntos de vista, según desde dónde se proponga su abordaje, ya que este momento del ciclo vital comienza siendo un hecho biológico (crecimiento del cuerpo y comienzo de funcionamiento de las hormonas sexuales), pero, a su vez, está inmerso en un proceso psicosocial que varía según las culturas y los momentos históricos. En nuestra cultura, dura aproximadamente 20 años.

El proceso adolescente es esencialmente un proceso de cambio y, por tal razón, de transición. Tanto para el adolescente como para la familia, es el momento de la vida en que se presentan más problemas nuevos y con menos tiempo para resolverlos que en cualquier otro período anterior de su vida. Su apariencia adulta le requiere que actúe como tal, cuando aún no tiene recursos psíquicos para hacerlo.

La adolescencia impone un pasaje ineludible, biológicamente determinado desde la niñez hasta la adultez. Cuando el desarrollo físico se torna notorio, los adultos esperan que abandone a igual ritmo la conducta infantil y acepte responsabilidades que recién se adquirirán en la fase resolutiva de la adolescencia.

La conducta por momentos desquiciada del adolescente abruma a los padres o a otros adultos, porque no pueden proyectar cuál será en el futuro el destino de tales comportamientos caóticos. Tan así es, que podría pensarse, observando las conductas manifiestas adolescentes, que la ansiedad de los adultos no es ociosa. Las preocupaciones de los adultos rondan alrededor de ciertos temas que, a su vez, se correlacionan con las distintas fases de la adolescencia, por ejemplo:

- La apariencia de desaliño, "fealdad", suciedad y formas de comportamiento que tienden al desempeño y lo que podría llamarse "mala conducta". Este tipo de comportamiento coincide con la adolescencia temprana.

-El desafío a la autoridad de los adultos. Este tipo de manifestaciones se observa en el desafío de los adolescentes en hacer lo contrario de lo que se les dice o se les ha enseñado. Esta conducta desafiante coincide con un deseo de independencia de los padres que aún no se ha logrado, y el adolescente pretende alcanzarlo a través del "no" a casi todo lo enseñado.

En ocasiones, estas conductas comprometen seriamente la integridad psíquica y física, ya que es el período en que comienzan a participar en el mundo de los adultos sin conocer las pautas del mismo. Las actuaciones sexuales prematuras, las fugas del hogar, el uso prohibido del auto familiar, las acciones riesgosas para demostrar poder, etc. son ejemplos de este período. Estas actuaciones suelen coincidir con la adolescencia temprana y media.

-Finalmente, el término de la escuela secundaria, en ocasiones el bajo rendimiento intelectual o la repetición de año, hace temer al adulto que el adolescente no logre la responsabilidad necesaria para afrontar el futuro. Este período generalmente coincide con el comienzo de la adolescencia tardía.

En efecto, este largo pasaje del adolescente desde el niño hasta el ser adulto es arduo y difícil en cuanto a las tareas que el aparato psíquico debe realizar.

Desde nuestra perspectiva, y pensándolo desde las categorías psicoanalíticas, incluye el pasaje desde la endogamia, es decir desde los códigos de la intimidad

familiar, hasta la exogamia, o sea, hasta los códigos de la cultura; el logro de la madurez sexual, es decir, la asimilación psíquica de los cambios morfológicos y fisiológicos que ocurren en su cuerpo y que incluyen la madurez sexual genital y el estar apto para la conservación de la especie; el encuentro (intrapsíquico y exterior) con el objeto heterosexual y, finalmente, un desenlace eficaz del narcisismo positivo, derivado de las investiduras de objeto homosexual, que permitan transformaciones psíquicas desplazadas hacia la realización laboral y los intereses sociales.

La experiencia clínica y de observación directa con niños y adolescentes me llevó a delimitar las fases de la adolescencia de acuerdo con un criterio meramente formal, desde el punto de vista cronológico, pero que impone un orden al pensamiento, que sirve a la vez como esquema de trabajo. Por otro lado, también la clínica y la observación directa me han llevado a discriminar distintas fases basadas en una lógica estructural del aparato psíquico. En este sentido, divido a la adolescencia en temprana, media y tardía. Dentro de ellas, se pueden delimitar subfases, de acuerdo con diferencias intrapsíquicas que se expresan en distintas manifestaciones.

Veamos, en primer lugar, el punto de vista cronológico.

Punto de vista cronológico

a. Adolescencia Temprana

La *adolescencia temprana*, cronológicamente hablando, se extiende desde los 8 y 9 hasta los 15 años, aproximadamente, y comprende las siguientes subfases :

1. Prepubertad: 8 a 10 años.
2. Pubertad: 10 a 14 años (según los sexos).
3. Adolescencia temprana propiamente dicha: 13 a 15 años.

Si bien nuestra perspectiva de trabajo está centrada en una temporalidad lógica más que cronológica, existen ciertos períodos dentro de los cuales es esperable que ocurran cambios de conducta y/o cambios físicos, en especial en el adolescente temprano.

El momento en que éstos tienen lugar depende fundamentalmente de factores genéticos, pero también es importante destacar que existe una *influencia recíproca* entre lo psíquico, lo biológico y lo social, de manera que causas de este orden pueden alterar el ritmo cronológico, inhibiendo o apresurando los procesos fisiológicos.

El ritmo y la aparición de los caracteres primarios y secundarios en los cambios corporales encierra un problema cronológico que está determinado por los sexos. En

las niñas, el proceso de crecimiento se inicia antes que en el varón, lo que determina problemas de relación entre ambos. Los varones, en general, ven a las niñas muy envolventes, intrusivas, desenvueltas, y por tal razón se alejan de ellas. Estas, a su vez, perciben a los varones como huidizos, chiquilines, inmaduros. Los acosan y los burlan como venganza, ya que ellos las humillan y desprecian como forma de defensa.

En los últimos años se ha notado un adelanto en la edad promedio en que las niñas tienen su menarca. Este dato, que parte de estudios estadísticos, no tiene aún explicación cierta desde algún otro campo de la ciencia, pero podría ser un elemento en favor de la *influencia recíproca* enunciada más arriba.

Llamamos *prepubertad* al período comprendido entre los 8 y 10 años. Este se caracteriza porque en ambos sexos se observa un cambio de conducta centrado en el incremento, a veces desordenado, de la motricidad. Asimismo, desde el punto de vista psicológico, se notan cambios en el tipo de juegos y en las verbalizaciones, que se tornan de mayor contenido sexual.

Durante esta época, comienza una aceleración del crecimiento. Para las niñas comienza entre los 8 y los 11 años, y declina al término de la adolescencia temprana, entre los 15 y 16 años. Los varones muestran un patrón similar de crecimiento, pero lo inician y lo concluyen más tarde. Como promedio, éste comienza entre los 9 o 10 años y termina alrededor de los 17 o 18 años.

La *prepubertad*, entonces, incluye el crecimiento corporal y la puesta en marcha de las glándulas sexuales. Estas últimas no tienen consecuencias visibles aún en el exterior, salvo el cambio que se produce en la conducta como el incremento de la motricidad, y esto ocurre porque a los 8 años se completa la mielinización de las vías de conducción de la corteza al tálamo.

Denominamos *pubertad* al período siguiente, momento en que los cambios corporales iniciados en el período anterior comienzan a tener efectos visibles.

Es durante esta subfase cuando se produce el desarrollo de las características sexuales primarias y las secundarias. Las primeras corresponden a los órganos sexuales masculino y femenino relacionados con la reproducción; para las segundas, sin duda las más llamativas, corresponden a aquellos aspectos físicos que dan apariencia "masculina" y "femenina" y cumplen una importante función en la atracción de los sexos y la formación de parejas.

Cronológicamente, la *pubertad* comprende el período entre los 10 y 14 años, tomando en cuenta que varones y mujeres no poseen un desarrollo sincrónico ya que, como dijimos, estas últimas comienzan más temprano. Fisiológicamente, para cada sexo, este período abarca aproximadamente dos años.

Finalmente, la *adolescencia temprana propiamente dicha* abarca el último período de crecimiento corporal. En esta etapa, que abarca alrededor de dos años, los cambios corporales que se realizan no son tan notorios desde el exterior. Quizás haya un aumento pequeño de talla, de vellosidad, de asentamiento de la voz, etc. Lo cierto es que tanto para el sujeto como para los otros, los cambios fundamentales ya se han realizado. La apariencia corporal externa indica que aquel niño que era ha quedado transformado en adulto.

Esta etapa comprende desde los 13 a los 15 o 16 años, según los sexos, la genética y las condiciones socioculturales.

b. Adolescencia media

La *adolescencia media* comienza entre los 15 y los 16 años y termina alrededor de los 18 años, edad que coincide con el egreso del colegio secundario. Durante el curso de la enseñanza secundaria, este período queda comprendido entre el tercero y quinto año de este ciclo. El tercer año oficia de visagra entre la adolescencia temprana, que ya se venía desarrollando desde los últimos años de la escuela primaria, hasta el segundo año del secundario.

En cuanto al comportamiento escolar, este período muestra al adolescente con una conducta más ordenada en cuanto al cumplimiento de las normas escolares.

A su vez, podría subdividirse en dos etapas, en función de un acercamiento del adolescente a un tipo de sexualidad que desea parecerse a la del adulto, más allá de que logre el comienzo de la sexualidad genital y ella sea continuada.

El adolescente medio se caracteriza por terminar de estabilizar el proceso de crecimiento. Esta estabilidad le permite poder salir en busca del otro, mediante un proceso de desplazamiento de investiduras libidinales desde el propio cuerpo hacia el objeto. Se trata de un objeto -ya sea de investidura homosexual o heterosexual- en el que se busca un vínculo de intimidad. Por otra parte, se dan vínculos de masa caracterizados por el amor y la identificación fraterna, con fidelidad a un líder idealizado.

El desenfreno pulsional que se observaba en la adolescencia temprana y que se traducía en "la mala conducta" (del segundo año secundario, por ejemplo) se transforma en dos grupos de manifestaciones: 1) la toma de contacto con el hallazgo de objeto, experiencias que se manifiestan en los primeros noviazgos, que constituyen el acercamiento al sexo opuesto y 2) la formación de grupos en torno de una tarea, con la conducción de un líder que puede haberse constituido en ideal, siempre y cuando

ese adulto, elegido como *líder iniciador, no abandone la tarea concreta de guía, sostenimiento y conducción del grupo en la realidad.*

Con la ruptura de estos vínculos de masa -propios del contexto de la escuela secundaria-, que le otorgaban una pertenencia a la manera de un límite corporal y constituido como *cuerpo social,* el adolescente comienza su pasaje hacia la adolescencia tardía.

c. Adolescencia tardía o fase resolutiva

Cronológicamente, podemos ubicar esta fase entre los 18 y los 28 años. Las problemáticas que el adolescente debe resolver en esta etapa son la inserción en el mundo vocacional y laboral y el encuentro con una pareja estable. No es intención de este apartado profundizar sobre los conflictos psíquicos que el adolescente debe resolver en esta etapa. Sin embargo, podemos delimitar aquellas manifestaciones más frecuentes que hemos observado en los adolescentes tardíos, como derivados de los conflictos a resolver en esta etapa. Ellos son:

1. Discriminación entre "quiénes son los padres" y "quién soy Yo". Una problemática alrededor del "desasimiento de la autoridad de los padres, que se da no tanto como lucha generacional (como en la adolescencia media), sino como delimitación de subjetividades.
2. Deseo de establecimiento de vivienda independiente.
3. Deseo de independencia económica.
4. Deseo de constituir una pareja estable.
5. Logro de la orientación vocacional y/o laboral.

Nuevamente, remitiéndome a la experiencia clínica y a la observación directa, diría que en este período se diferencian tres subfases :

1. De los 18 a los 21 años. Se caracteriza por una gran conmoción y caos interior, debido al sentimiento de soledad que lo domina.

Es curioso que no haya más literatura acerca de esta subfase, ya que, como ocurrió en la adolescencia temprana, la pérdida del cuerpo institucional (como antes del cuerpo somático) sume al adolescente en un estado depresivo, que a veces no es detectado por el observador, porque dicha depresión se ha recubierto de defensas en contra de la misma.

Los observables de esta subfase corresponden a un adolescente desorientado, confuso, a veces, caótico. O su contrario, un adolescente ordenado y sobreadaptado, en el cual parece no haber transcurrido un cambio.

2. De los 21 a los 24 años. El adolescente toma conciencia de las tareas psíquicas a resolver, independientemente de que pueda realizarlas. Es un período de mayor posibilidad de reflexión, donde el estado confusional se ha calmado. Si el desorden del primer período no había ocurrido, suele encontrarse en esta segunda subfase. Se observa la inserción en nuevos grupos sociales y de trabajo, que se saben transitorios: sus integrantes se reúnen en función de los distintos proyectos y metas que en ese momento tienen en común, aunque se perciben más individuales en cuanto al futuro.
3. De los 25 a los 28 años. Se configura como la entrada en la adultez y la aceptación de la complejidad psíquica y social de esta larga etapa. La denominación "adolescencia tardía" supone una capacidad de frustración para aceptar la caída de los ilusorios característicos de la adolescencia media (el ideal de justicia, de verdad, de amor). Esta aceptación es la que le permitirá insertarse en la sociedad adulta, compleja e incoherente.

Punto de vista biológico

La pubertad es la etapa en la cual se producen los cambios necesarios que conducirán al sujeto a la madurez sexual. Una respuesta a la razón de tal maduración sexual proviene del campo de la endocrinología, que ha descubierto la relación entre la glándula pituitaria, ubicada en la base del cerebro, y las gónadas o glándulas sexuales. Desde este punto de vista, podría subdividirse a su vez en tres etapas.

Una primera etapa inmadura, en la que comienzan los cambios corporales, aunque aún no hay función reproductora. Una segunda etapa de maduración, en la que comienzan a producirse las células sexuales en los órganos reproductores, pero en la que aún no se han completado los cambios corporales. Una tercera etapa, ya madura, en la que los órganos sexuales funcionan adecuadamente y las características sexuales secundarias ya se han desarrollado.

a. Función de la glándula pituitaria

La pituitaria produce dos hormonas: la hormona del crecimiento, que influye en el tamaño del individuo, en especial en el crecimiento de los miembros inferiores y superiores, y la hormona gonadotrópica, que actúa estimulando la actividad de las gónadas (glándulas sexuales) para su maduración. Durante el período prepuberal, se produce un aumento gradual de la hormona gonadotrópica. Al mismo tiempo, las

gónadas se hacen más sensibles a esta hormona. La combinación de estas dos condiciones marca el comienzo de la pubertad.

b. Función de las gónadas

Las gónadas, glándulas endocrinas que cumplen una función activa en los cambios puberales, son las glándulas sexuales. Las gónadas femeninas son los ovarios y las masculinas, los testículos. Un poco antes de la pubertad, la hormona gonadotrópica de la glándula pituitaria se produce en cantidad suficiente para permitir el crecimiento de las gónadas inmaduras y su transformación en ovarios y testículos maduros. Junto con el crecimiento de las gónadas, sobreviene la producción de células germinales, y las hormonas del crecimiento dan lugar al desarrollo de los órganos genitales y de las características sexuales secundarias.

En la mujer:

En cuanto al desarrollo femenino, podemos decir que tiene lugar cuando las gónadas femeninas u ovarios alcanzan la madurez: producen las células germinales (óvulos), destinadas a la perpetuación de la especie, que llevarán a la menarca. Este es el signo más visible de que en la niña ha comenzado el proceso hacia la madurez sexual. También han crecido otros órganos de reproducción, como el útero, las trompas de Falopio y la vagina.

En el varón:

El desarrollo masculino tiene lugar cuando las gónadas masculinas, denominadas testículos, producen las células germinales masculinas (espermatozoides) que dan lugar a las primeras poluciones espermáticas. Esta es la manifestación más evidente de que el varón se dirige hacia la madurez sexual. Los testículos tienen una función doble. Además de la producción de espermatozoides, generan otras hormonas que controlan los ajustes físicos y psicológicos requeridos para llevar a cabo la función reproductora: el ajuste físico comprende el desarrollo de las características sexuales secundarias, así como el posterior desarrollo de los testículos mismos, de la próstata, de las vesículas seminales y del pene.

Generalmente, estos cambios biológicos de la pubertad se inician en ambos sexos alrededor de los 8 o 9 años, pero pueden adelantarse o retrasarse por la influencia de diversas variables: desde el ámbito socio-cultural, la herencia, la salud, la nutrición, hasta la conformación corporal.

c. Transformaciones físicas de la pubertad

Durante la pubertad se dan cambios en el interior y en el exterior del cuerpo. Estos cambios son pronunciados, se producen en un lapso de 2 o 3 años, a partir de los cuales el adolescente temprano aparece, tanto para sí como para los otros, como un desconocido. Los cambios que se producen en el interior del cuerpo son tan importantes como los exteriores, debido que a partir de este tiempo determinan aquellas disfunciones que pueden hacerse enfermedades crónicas en la adultez. Estas modificaciones incluyen cuatro factores principales:

1. Aumento del tamaño corporal (estatura y peso);
2. cambios en las proporciones del cuerpo (exterior e interior), que se realizan de manera asincrónica y manifiesta;
3. desarrollo de las características sexuales primarias, y
4. desarrollo de las características sexuales secundarias.

En cuanto al aumento del *tamaño corporal, la estatura* es regulada por la hormona de crecimiento. Cuando ésta se produce en una proporción suficiente, permite alcanzar un tamaño normal. Si es deficiente, ocurre el fenómeno llamado "enanismo" . Producida en exceso, conduce al "gigantismo". Lo más importante de la hormona del crecimiento es que debe ser producida en el momento exacto. La llamada "aceleración del crecimiento" comienza para las niñas entre los 8 y 11 años, con un pico en los 12 y seis meses, y declina hacia los 15 y 16 años. Para los varones se inicia más tarde, entre los 10 y 14 años, con un pico de velocidad a los 14 años y una declinación entre los 17 y 20 años.

El *peso* aumenta fundamentalmente por huesos y músculos. A veces puede presentarse un período de obesidad, provocado, en parte, por la dislocación hormonal característica de la pubertad y, en parte, por el aumento del apetito que acompaña al rápido crecimiento físico.

La *masa corporal* está en función de la estatura y el peso, y determina un número constante que alerta sobre el sobrepeso, la obesidad, la delgadez o la desnutrición.

En cuanto a los *cambios en las proporciones del cuerpo*, incluye modificaciones en el interior y en el exterior del mismo.

Las *modificaciones en el exterior* se dan de forma asincrónica y se manifiestan en la cabeza, que crece con lentitud en comparación con el resto del cuerpo. En el rostro

hay un ensanchamiento de la frente y la boca y un rápido crecimiento de la nariz. En el tronco se produce un ensanchamiento de hombros en el hombre y de caderas en las mujeres. Las piernas y brazos se hacen más largos en relación con el tronco. Las manos y los pies suelen parecer proporcionalmente más grandes y notables, puesto que llegan a su tamaño maduro antes que brazos y piernas, y 4 o 5 años antes de alcanzar la estatura definitiva.

En relación con las *modificaciones en el interior*, el crecimiento también es asincrónico y conduce a una inestabilidad fisiológica: aumenta el tamaño de la mayoría de los órganos internos y se modifica el sistema respiratorio y circulatorio. Un ejemplo es el corazón, el cual crece con tanta rapidez que a los 18 años es 12 veces más pesado que en el nacimiento. La respiración es más pausada que en la infancia. Los varones, por ejemplo, consumen mayor cantidad de oxígeno después de la pubertad, debido a que tienen más tejido muscular que adiposo, en comparación con las niñas.

En cuanto al *desarrollo de las características sexuales primarias* en el varón, se agrandan paulatinamente los testículos y el pene, aparece el vello pubiano y se producen las primeras poluciones nocturnas. En la niña, los ovarios y el útero crecen con rapidez, hasta alcanzar el tamaño y funcionamiento maduros para que se produzca la menarca.

Las *características sexuales secundarias* son las que otorgan al cuerpo de ambos sexos las características del cuerpo masculino y femenino. En los varones: el ensanchamiento de los hombros, dando al tronco una conformación triangular, forma bien definida de brazos y piernas, leves protuberancias alrededor de las tetillas, aparece el vello púbico, en las axilas, sobre el labio superior y la barbilla. Aparece pilosidad en lo miembros, el pecho y los hombros. Hay cambios en la voz y en el color y la textura de la piel.

En las niñas: ensanchamiento de los hombros e incremento en la redondez de las caderas que delimita la cintura, el desarrollo del busto, aparece bello púbico, axilar y facial, la pilosidad en los miembros, el cambio en la voz hacia una tonalidad más grave, y cambios en el color y la textura de la piel.

Es importante destacar que todos estos cambios biológicos, determinados por la herencia filogenética, no comportan una significación propia, sino aquella que les es dada a través de la cultura en la cual se insertan. Algunos ejemplos se observan en las distintas actitudes que toman ciertas sociedades frente la menstruación.

Algunas tribus indígenas del Norte de California sostenían que la primera menstruación de la niña era peligrosa para el pueblo, pues secaba el aljibe y ahuyentaba la caza. Los indios Yuqui de California Central, en cambio, sostenían que la

menstruación propiciaba mejoras en las cosechas. Entre los indios apaches era considerada una bendición sobrenatural, en tanto que en Samoa ningún tabú ni ritual estaba relacionado con la menstruación, ni siquiera se les prohibía preparar la comida.

Justamente, esta diversidad cultural que se observa para un mismo hecho biológico nos introduce en el punto siguiente.

Punto de vista antropológico

El fenómeno adolescente se presenta inserto en una estructura social que pertenece a un tiempo histórico y un espacio geográfico. Toda estructura social posee una cultura que, a su vez, determina a aquella. La forma en que una cultura determina la estructura social se debe a que cada cultura se ubica dentro de una cadena de significaciones, que está dada por los llamados "mitos de origen" de esa determinada cultura.

Nuestra adolescencia, por ejemplo, está inscripta dentro de una cultura llamada occidental, pero ella a su vez comienza a regionalizarse en la medida en que esta cultura corresponde a un determinado continente y a una determinada nación. Dentro de ella, a su vez, existen diferencias, como lo rural y lo urbano, Capital Federal y provincia, etc. Cada uno de estos sectores contiene sus propios mitos de origen, que influyen en lo que se conforma como "la adolescencia". La cultura adolescente, además de estar ubicada en un "espacio de origen", contiene su propia historia, y ella, a su vez, va variando con las distintas épocas.

Cada cultura propone para la adolescencia, a través de formas determinadas llamadas "ritos", un momento de inicio, que se apoya en el hecho biológico del despertar pulsional, y un momento de fin, que es altamente variable.

El concepto de adolescencia también dependerá de cierto cuerpo de valores, ideologías, que son inherentes a cada cultura. Estos valores son expresados a través del mito de los orígenes y proponen un modelo de organización estructural que le da sentido a una realidad supuestamente objetiva, a la que llamamos "contexto". Desde el psicoanálisis, esta realidad contextual en gran medida tendrá injerencia en la conformación de la "realidad psíquica" de cada sujeto y estará inserta en la historia de la construcción de la propia subjetividad.

La característica más importante del mito es que se presenta como si realmente hubiera existido y, en tanto alude a los orígenes, se propone como algo acabado y es causa de una cosmovisión de características absolutas.

En realidad, el mito ha surgido en el género humano debido al estado de vulnerabilidad en que éste se halla frente a la inmensidad del cosmos, de lo inaprehensible de su "ser en el mundo". La toma de conciencia de estado de impotencia fue estudiado por Freud en *El malestar en la cultura*. Allí se refiere a las "heridas narcisistas" que el hombre está condenado a sufrir ante :

1. La precariedad de nuestra vida, o sea la angustia que sobreviene al tener que enfrentarse con la muerte.

2. No poseer dominio de la naturaleza y por lo tanto de aquello biológico que hay en él y que va más allá de su propio deseo.

3. La difícil interrelación que existe entre las organizaciones sociales tanto intra como interinstitucionales. Aunque el hombre las ha construido como reaseguro frente a la angustia de soledad y desamparo, su complejidad no permite, en muchas ocasiones, el logro del fin para el cual fueron creadas. Por el contrario, ellas se convierten en nueva fuente de generación de angustia.

Esta vulnerabilidad social obliga al aparato psíquico a plantearse permanentes transacciones como forma de soportar el monto de angustia que tal inseguridad provoca, ya que resulta imposible escapar, tanto de la determinación de lo biológico como de la cultura.

Es posible que, en este sentido, el adolescente de todas las culturas haya sido sometido a "ritos de iniciación", que llamaríamos de formalización y contención, que ponen nombre al pasaje que se produce desde el cambio biológico, cuyo significado es la pérdida de lo infantil, la familia protectora y nutricia, la endogamia, la madre, los vínculos de intimidad, el pasado, hasta la cultura cuyo significado es el pasaje a la adultez, el padre, los vínculos formales, la exogamia, el futuro.

El pasaje a la adultez se caracteriza por el pasaje de *un desconocimiento a un conocimiento* que llamamos el *saber* y en el que quedan comprometidos los "procesos de pensamiento". Este *saber* se halla enlazado a la sexualidad y el trabajo, que para el mundo infantil constituyen un misterio. Es un pasaje que se realiza durante esta transición vital llamada "época de la adolescencia" y que involucra siempre una muerte (la de la infancia) y un renacimiento a otro lugar psíquico, la adultez.

Cada cultura crea sus propios lugares para entender lo humano, pero ningún fenómeno queda fuera de la cultura. En este sentido, también los adolescentes constituyen "un lugar", que va variando con el marco histórico en el que la adolescencia se va desarrollando.

Llama la atención que en las sociedades "primitivas" los ritos de iniciación pertenecen al ámbito de lo "masculino". Son padecidos y ejecutados por los hombres

y encierran "misterios" de los cuales las mujeres quedan excluidas. Esta particularidad cultural ha sido explicada por varios antropólogos como una respuesta social de la envidia básica que los hombres sienten frente a la "infertilidad" , ya que son las mujeres las que poseen el misterio de la procreación, de la vida y de la muerte. Esta situación se hace más notoria en las sociedades en las que durante mucho tiempo se desconoció la función del padre.

¿Cómo se sale de los vínculos de intimidad a la cultura?

El "avunculado" como forma de iniciación

Lévi-Strauss, en su libro *Antropología estructural,* dice que toda familia implica distintos tipos de vínculo y propone ciertas hipótesis con respecto a la organización familiar. En especial, estudia un tipo de relación que él llama *"de avunculado",* un vínculo mediante el cual se canaliza la salida hacia la exogamia.

Los tipos de vínculo propuestos son:

1) De filiación: constituye la relación entre padres e hijos;

2) de hijos entre sí: es decir, la relación entre hermanos;

3) de contrato matrimonial, correspondiente al vínculo de pareja, y

4) de toda familia, que establece un vínculo con el hermano de la madre, llamado "avunculado" .

Esta relación de "avunculado" corresponde al rol del tío materno o a un equivalente, pero es el que tiene la misión de entregar la hermana a otro hombre.

En este sentido, también esta función puede corresponder al hermano o a la hermana del padre. Este interesante enfoque antropológico lo encontramos también en la sociedad actual, funcionando en los grupos sociales, las familias, o las instituciones. Son los *iniciadores* aquellos sujetos que acompañan al adolescente en la salida hacia lo exogámico y que son equivalentes al hermano de la madre o del padre, en la medida en que son ellos los que entregan al adolescente a la cultura.

Por ejemplo, según dice la antropología, en una sociedad de Nueva Guinea, los adolescentes de 12 o 13 años dejan la choza materna y toman residencia en la casa de los hombres. Tienen relaciones sexuales con el hermano de la madre, porque entienden que pertenece a un linaje diferente del propio. Esto es considerado como una interdicción del incesto y una estimulación de la exogamia. Estas relaciones duran alrededor de siete años, hasta que el joven se casa.

En nuestra cultura occidental, encontramos otro ejemplo en el caso Dora (Freud 1905). Fue la hermana del padre (hasta que se suicidó) quien hizo de iniciadora de la paciente. Ella era la mujer con la que Dora se educó durante la adolescencia.

Para el Hombre de las ratas, en la realidad no hubo un equivalente, pero hasta donde se conoce, la madre hablaba mucho de su propio padre, a quien colocaba en el lugar de modelo, de iniciador masculino.

En su pasaje a la exogamia, el púber necesita relaciones de "avunculado" y éstas suelen encontrarse en los primos, a veces tíos más jóvenes o padrinos; todos ellos hacen de mediadores en los caminos de iniciación, de salida desde la intimidad familiar.

Existen iniciadores de distinto tipo. Aquellos que surgen de vínculos espontáneos, como un desplazamiento de las figuras parentales, y otros constituidos legalmente desde la sociedad, como los ejecutores formales de tal iniciación.

Estos ejecutores formales se encuentran involucrados dentro de instituciones, de tipo civil, religiosa o costumbrista, pero todos tienen un rasgo común: la iniciación se realiza en una ceremonia llamada "rito de iniciación", que tiene su especificidad. Cada sociedad se caracteriza por poseer sus propios ritos.

En nuestra sociedad, la adolescencia ha constituido lugares que han sido otorgados por la cultura, cuyo cumplimento confirma, desde un punto de vista formal, la aceptación del niño en el mundo adulto.

Veamos algunos de ellos :

1) A los 8 años, *la jura de la bandera* establece que el niño ha dejado de ocupar el lugar de único y especial para su madre, para ser hijo de la patria. Su madre (ahora bandera) coloca a todos los hijos por igual e impone, en relación con ella, vínculos diferentes de los establecidos con la madre. Son vínculos de respeto, cuidado, veneración, etc., ligados a ideales y regidos por la cultura.

2) *La Comunión*, rito de origen católico, que se realiza alrededor de los 8 años, también supone el alejamiento del padre real para acercarlo al padre ideal, elevándolo al grado de deidad, alejado del sujeto e igual para todos, a través de un proceso de identificación, que se logra mediante el rito de incorporación de la hostia, representante del padre.

3) *La Confirmación*, a los 12 años, en la religión católica -como su nombre lo indica- confirma lo establecido a los 8 años y propone un padrino o una madrina, iniciadores del adolescente en la cultura.

4) *El "Bar Mitzvah"*, en la religión judía, a través de una ceremonia que se realiza a los 13 años, inicia al adolescente en su cultura y tradición. Le impone fidelidad y respeto al legado de los mayores, a través de sostener lo que sus padres le enseñaron. Constituye una forma de compromiso con los padres mismos.

5) *El baile de los 15 años para la niña*, en el que el padre, al bailar el primer vals con su hija, hace la entrega oficial de ella a otros hombres, a la cultura, para que se inicie en el período de búsqueda y de elección de un objeto exogámico. Esto luego culminará en la adolescencia tardía con la entrega al hombre definitivo, mediante el casamiento.

En la sociedad "Guayaki", el arco y el cesto son dos elementos que acompañan al hombre y a la mujer durante su vida. A los 8 o 9 años, la madre hace entrega a la hija de un cesto en miniatura y luego de su menarca, ella misma se lo fabricará como signo de que ya ha entrado a formar parte del grupo de las mujeres. A los varones se les entrega un arco a los 8 o 9 años y a los 15 años se les perfora el labio, como señal de que han quedado inscriptos como cazadores.

Todos estos ritos muestran que la adolescencia, y especialmente la temprana -dado que en ella se producen los cambios corporales que signan las diferencias-, marca el momento de un pasaje de un estado a otro. Este pasaje está siempre acompañado de una ceremonia más o menos cruenta de iniciación, pero siempre importante.

2. La adolescencia: fenómeno de multideterminación

-PARTE II-

Punto de vista psicosocial: el adolescente, la familia y el grupo

Introducción

En este capítulo desarrollaremos el punto de vista psicosocial. Para ello nos detendremos en algunos de los *procesos vinculares*, interpersonales, que más frecuentemente aparecen durante la adolescencia. Abordaremos los temas referidos al adolescente y la familia y el adolescente y los grupos. Dentro de los segundos incluiremos los procesos intrapsíquicos de la formación de grupos y los distintos tipos de grupos que encontramos en la adolescencia.

Una visión general de lo psicosocial

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930a, pág.100) dice:

(...) "Amor" designa el vínculo entre varón y mujer, que fundaron una familia sobre la base de sus necesidades genitales; pero también se da ese nombre a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre los hermanos dentro de la familia, aunque por nuestra parte debemos describir tales vínculos como amor de meta inhibida, como ternura. Es que el amor de meta inhibida fue en su origen un amor plenamente sensual, y lo sigue siendo en el inconciente de los seres humanos. Ambos, el amor plenamente sensual y el de meta inhibida, desbordan la familia y establecen nuevas ligazones con personas hasta entonces extrañas. El amor geni-

tal lleva a la formación de nuevas familias; el de meta inhibida a "fraternidades" que alcanzan importancia cultural porque escapan a muchas de las limitaciones del amor genital, por ejemplo, a su carácter exclusivo. Pero en el curso del desarrollo, el nexo del amor con la cultura pierde su univocidad: Por una parte, el amor se contrapone a los intereses de la cultura, por la otra, la cultura amenaza al amor con sensibles limitaciones (...).

Freud plantea que la relación de la familia con la cultura es conflictiva. La familia tiende a no desprenderse de sus hijos, y cuanto mayor haya sido la unión desde la infancia, más difícil será ingresar en la cultura. Desasirse de la autoridad de los padres es una tarea ardua para el joven y, por tal razón, la sociedad suele dar cuenta de este pasaje, como vimos en el capítulo anterior, a través de ritos de iniciación que constituyen formas de pasaje de la niñez a la adultez.

La función materna, que ha sido de protección y contención durante la infancia, debe dar paso a la función paterna de discriminación. El padre deberá ofrecer a su hijo la apertura al orden cultural, la posibilidad de una inserción participativa en contextos cada vez más amplios.

La cultura limita la vida sexual entre los miembros de la familia. Desde el totemismo, impone la prohibición del incesto entre sus miembros por medio de los tabúes, las leyes y las costumbres. De ahí que el vínculo familia-cultura presente una paradoja difícil de resolver: el hijo ha experimentado el placer de recibir sin dar demasiado y ha aprendido a amar sobre la base del vínculo sensual y de ternura con la madre, pero luego la cultura le impone desprenderse de ella. Es por eso que el tránsito de la familia a la cultura está lleno de ambivalencias mutuas, que deberán ser elaboradas a partir de una serie de transacciones intrapsíquicas e interpersonales.

En este sentido, analizaremos la adolescencia en el seno de dos organizaciones grupales primarias: *la familia* como agente socializador del individuo, y *el grupo*, que conduce al pasaje hacia los primeros contactos exogámicos, tales como las barras o los grupos de organización formal.

Estos dos grupos presentan características diferenciables, en función de la organización preconsciente predominante. Esta organización preconsciente es impuesta por los desenlaces en las diferentes instancias psíquicas. La aparición de estos fenómenos en el pasaje del adolescente a la cultura se puede plantear al menos desde tres perspectivas: el adolescente y la familia, el adolescente y el grupo, y los distintos tipos de grupos.

El adolescente y la familia

Un tema bastante conflictivo es el de la irrupción del fenómeno adolescente en la familia. Padres e hijos entran en colisión por varias razones. Entre ellas, la principal es reconocer que los hijos son seres individuales, cuya vida les pertenece.

Para la constitución del aparato psíquico, es esencial la experiencia fundante de una función materna que se escenifica a través de una *situación vincular interrelacional.* En ella la madre debe actuar como soporte afectivo y continente: es el requisito previo para el niño, para que él realice la investidura narcisista del propio Yo, a través de un "acto psíquico" por el cual tiene lugar el efecto de ligadura, que permite la identificación primaria con el otro; un otro que se constituye para el Yo como un lugar psíquico: el de modelo o ideal.

A partir de esta experiencia vincular afectiva fundante con la madre, se van constituyendo diferentes lugares psíquicos, en relación con el Otro. En *Psicología de las masas,* Freud dice que un semejante ocupa para el sujeto el lugar de modelo, de ayudante, de rival y de objeto. Primero, la familia, y más tarde, los entramados de relaciones interindividuales producen, por un proceso de desplazamiento, formaciones sustitutivas de las figuras primarias, que constituyen distintos tipos de representación-grupo y distintos tipos de líder con diferentes vínculos entre ellos. Son varios los autores que han aportado teorías acerca de las normas y las leyes que se crean entre los miembros de un grupo. En el caso del grupo familiar, la teoría psicoanalítica, tanto la estructural como la que se basa en la *depositación* de roles y funciones de cada uno de los miembros en los otros, ha realizado aportes para comprender el problema vincular (normal, de crisis o patológico) entre el adolescente y sus padres. El enfoque sistémico, surgido de la teoría de la comunicación, también resulta útil para este fin.

Lo cierto es que tanto el adolescente como el niño son seres aún en crecimiento, y se encuentran, respecto de las figuras parentales, en una situación de *dependencia psíquica.* Por esta razón, los conflictos de los padres inciden en forma significativa sobre los procesos de desarrollo del adolescente. Cuando la patología parental es de tipo narcisista, se estructura en los hijos una posición masoquista del Yo, que tiende a la autodestrucción.

Estos procesos enfermantes se desarrollan dramáticamente en el "aquí y ahora", ya que no constituyen aún repeticiones de un pasado, sino procesos que se están desenvolviendo en un presente actual. El entrecruzamiento de la conflictiva adolescente con la de la edad media de la vida de los padres enfrenta a los hijos con la necesidad de la construcción de un futuro exogámico e incierto, y del duelo por la

dependencia y protección parental a la que cuesta renunciar. Los padres también enfrentan un duelo de difícil elaboración, por varias causas: la renuncia de las propias ilusiones, el inevitable pasaje del tiempo, la angustia por lo vivido, lo no vivido e imposible de realizar, lo muerto, y lo imposible de recuperar.

Este encuentro-desencuentro entre padres e hijos adolescentes se procesará según las posibilidades psíquicas de salud-enfermedad y de elaboración de duelos y cambios que esas familias hayan construido en el pasado común. El impulso hacia la progresión de los adolescentes buscará, como recurso inevitable, el "no" como rebelión ante sus progenitores. No hay posibilidad de duelo y separación, si ese movimiento de rebelión no se realiza. Este "no" dependerá del decurso de las diversas tramitaciones psíquicas que los padres hagan, a partir de este desprendimiento. El tipo de elaboración que los padres realicen de este momento vital dará paso, en el adolescente, a una mejor o peor configuración psíquica definitiva de ese futuro adulto.

Una base para la evaluación de la capacidad familiar para soportar este proceso de separación se observa en la combinación y el predominio del uso de ciertas defensas en el ámbito familiar, como una forma de sostener los vínculos de afecto entre sus miembros. Nos referimos al uso de la identificación secundaria, como forma de constitución del Yo y el Superyó, de la represión como forma de expresión de la neurosis, la desmentida como propia de los cuadros narcisistas y la desestima de las psicosis.

La rigidez o flexibilidad en el uso de las defensas que cada familia o cada miembro de la pareja ha tenido en el pasado, preanuncia, en cierta forma, la resolución de este pasaje de la endogamia a la exogamia. La mayor rigidez parental precipitará al adolescente hacia desenlaces cada vez más patológicos. Las rupturas abruptas y tempranas de este alejamiento, a la manera de pseudo-crecimientos, las adolescencias retrasadas que se manifiestan a través de la imposibilidad de salir de la intimidad familiar y la dependencia, o las salidas con actuaciones del tipo transgresor, deben ser evaluadas con el fin de investigar si se trata de un síntoma estruendoso pero pasajero, o de la configuración de una patología más definitoria.

La adolescencia de los hijos pone al descubierto las viejas fisuras del grupo familiar y trae consecuencias diversas, tales como la separación de la pareja, la aparición de enfermedades físicas o psíquicas graves de uno de los miembros, y hasta la muerte de alguno de los padres o de un hijo. Intentos de suicidio, suicidios encubiertos, como los accidentes o traumatofilia, el abuso de drogas, son formas fallidas de manifestar la imposibilidad de elaborar el desprendimiento. Lo mismo puede decirse de la integración del adolescente a nuevos grupos exogámicos. El tipo de ideales del Yo y creencias a las que el adolescente se va adscribiendo en los grupos que selecciona, nos orientan acerca de sus vínculos primarios.

Finalmente, el momento cultural que al adolescente le toca vivir y el lema sustentado en diferentes épocas funcionan como un mito organizante, aunque a veces se encuentre como un telón de fondo poco consciente. Es un proceso del cual el adolescente no puede sustraerse y que será tramitado psíquicamente de acuerdo con las otras variables, como las ideologías y las creencias de los subgrupos con los que interactúa, o la distribución de afecto e ideología de su grupo familiar.

Asimismo, a través de salidas reiteradas, los adolescentes comienzan a interactuar con otros grupos y con otras familias, otras costumbres, otros ambientes socioeconómicos. Estas interacciones le permiten hacer comparaciones y establecer nuevos juicios acerca de su propia familia. Estos juicios son siempre traumatizantes, decepcionantes para el hijo, pero no sólo por la comparación real, sino también porque hasta este momento de su desarrollo, sus padres habían sido idealizados, modelos, garantes de su ser. Al respecto, en *La novela familiar del neurótico,* Freud (pág. 217) dice:

> *(...) En el individuo que crece su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida. Más todavía: el progreso de la sociedad descansa todo él en esa oposición entre ambas generaciones. Por otro lado, existe una clase de neuróticos en cuyo estado se discierne como condicionante su fracaso en esta tarea (...).*

Explica Freud, entonces, que si esta tarea no se lleva a cabo, en cierta medida implicará un conflicto psíquico. ¿Por qué ocurre esto? Si bien este tema será desarrollado ampliamente en el capítulo sobre adolescencia temprana, diremos que la entrada a la nueva fase psicosexual coincide con el acceso a una nueva forma de pensamiento, que inserta a los padres en el contexto laboral y sexuado. El hijo juzga y se desilusiona debido al conocimiento de contextos más amplios, y comienza una tarea de separación del contexto familiar que le requerirá un trabajo psíquico intenso y difícil, que durará toda la adolescencia. Esta es otra forma de entender el proceso adolescente, verlo atravesado por un proceso de desprendimiento, que consiste en desinvestir progresivamente los objetos primarios incestuosos y reinvestir otros nuevos, exogámicos. Este proceso de diferenciación implica un duelo y éste se sucede al crecimiento del cuerpo e introduce al púber en la problemática de la adolescencia media .

Por otra parte, el hijo se transforma, desde su adolescencia, en un motor de cambio para la estructura familiar, y ella deberá ir accediendo a nuevas redes psicosociales y abriéndose hacia la cultura.

Esta no es tarea fácil, ya que el fenómeno de la adolescencia despierta en los padres ciertas fantasías que hacen a los adolescentes depositarios de afectos negativos, poco discriminados, conflictivos y segregativos. Esto constituiría la contrapartida de los juicios y afectos experimentados por los hijos, acerca de la desidealización de los padres de la infancia. E.J. Anthony, en su libro *Parentalidad*, expresa que las fantasías más frecuentes son:

1. El hijo peligroso o en peligro.
2. El hijo sexuado.
3. El hijo envidiado, salvador o rival.
4. El hijo que abandona.

Veamos algunas situaciones comunes en los núcleos familiares, a partir de estas observaciones.

El hijo se torna *peligroso* en la adolescencia, pues lentamente comienza a querer tomar decisiones y a opinar acerca de los comportamientos y los valores de los padres. Como expresamos más arriba, este hecho dependerá de las defensas que esa familia haya erigido frente a las frustraciones. Si la familia tiene características de rigidez, esta situación es vivida como amenazante, por lo cual tratará de erigir defensas. Estas se instalan en dos polos opuestos: tratar de expulsarlo o de doblegarlo. La expulsión impide al adolescente el acto necesario de la confrontación. Esta rigidez se ve condensada en la frase *"si no estás de acuerdo, podés irte"*. La doblegación se manifestará como un discurso que siembra la desconfianza y el excesivo temor hacia todo vínculo exterior, y se manifiesta por ejemplo en "*lo que puede pasar en la calle*". Este discurso deriva de un deseo hostil parental por los deseos de independencia del hijo; en estos casos, la técnica es asustarlo para retenerlo.

La *irrupción sexual* del adolescente provoca en los padres distintas reacciones, según su configuración previa. En la adolescencia temprana, generalmente las protestas se centran alrededor de la suciedad, la desprolijidad, la desatención o el encierro del adolescente. En la adolescencia media, en la falta de cariño o de respeto a sus padres, en la medida en que el adolescente confronta opiniones. En la adolescencia tardía, en el temor o en el deseo de la eterna dependencia.

Estas causas de queja, en realidad, son formas veladas de protesta ante la sexualidad del hijo y sus rechazos ante la masturbación y, más tarde, ante el inicio de la sexualidad con el otro sexo. Variadas actitudes de los padres suelen delatar la desmentida que hacen de la sexualidad del hijo, a través de acciones, opiniones o prohibiciones que ocultan su necesidad de controlarlo. Por ejemplo, en la adolescencia temprana, no darse por enterados de la intimidad que la sexualidad requiere y espiar perversamente esa intimidad, justificando su actitud a través de racionalizaciones como la "necesidad de comprobar que está limpio" u otras, y de esa manera observar y tocar su cuerpo.

En la adolescencia media, "previniéndolo" de las enfermedades sexuales y pedirle que cuente lo que hace en sus encuentros con el otro sexo, acosarlo superyoicamente con obligaciones, como forma de que "no pierda el tiempo", cuando el adolescente quiere salir, o viceversa, permitiendo, con la excusa de "ser liberales", la sexualidad en la propia casa. A su vez, el silencio del hijo es vivido por los padres como un rechazo o una falta de cariño. La racionalización se da a través de la insistencia sobre los métodos anticonceptivos, o a través de la amistad que el progenitor del mismo sexo ofrece como una excusa para espiar la sexualidad de su hijo.

Una causa frecuente de trastornos en la familia es la *competencia de los progenitores narcisistas con el adolescente del mismo sexo*. La reacción envidiosa ante los cambios corporales de la adolescencia asume varias formas, ya sea por la superioridad muscular del hijo varón con respecto a su padre, o la belleza de la niña ante la madre. Esto determina que los adolescentes sean mirados por los de afuera con atención como antes lo eran sus padres, lo cual provoca conflictos tanto fuera como dentro del grupo familiar. En muchos casos, la hija con nuevos atributos sexuales puede despertar en el padre deseos de salir con ella y provocar celos y envidia en la madre.

La depresión que desencadena en algunos padres la incipiente adolescencia de los hijos se debe a que, durante este período, hay un *progresivo retiro de la investidura de los hijos de los objetos incestuosos*. Este proceso provoca en los padres síntomas depresivos que se manifiestan como patológicos, a través de enfermedades psicosomáticas, quiebras económicas, u otros síntomas que retienen al hijo culposo. Otros padres inician un proceso de retención del hijo, a través de la oferta seductora de toda clase de concesiones que impidan la salida (viajes, falta de límites, exceso de dinero, libertades sexuales excesivas y promiscuas), lo cual anula la rebelión necesaria del hijo para el desprendimiento. La ambivalencia que encierra esta conducta de los padres confunde al hijo, que inicia así una adolescencia inadecuada, acentuando los rasgos narcisistas que perpetúan fijaciones infantiles. Estos casos conforman un cuadro que se denomina "adolescencia prolongada".

Una labor que realizan los padres en esta etapa, como forma transaccional frente a la ambivalencia de "largar" o "retener" al hijo, es ofrecerle *iniciadores* que, de alguna manera, son programados por ellos. Se manifiesta en decisiones como la elección de una escuela secundaria determinada, que tiene una orientación religiosa, política, socioeconómica afín con ellos, pero no con los hijos, y que suele determinar

desajustes en el aprendizaje y/o en la conducta, motivo por el cual son traídos a la consulta psicológica. Se trata de iniciadores tales como grupos extraescolares deportivos, religiosos, que poseen líderes que son ofrecidos indirectamente por los padres, como fuente de diálogo orientador acerca de los valores que son importantes para ellos. En esta línea de soporte intrapsíquico para este pasaje, entra el ofrecimiento de un terapeuta que contenga este momento y posibilite una elaboración adecuada durante este período.

Las familias desintegradas, donde existen padres con características narcisistas, resultan inadecuadas y carecen de una oferta transaccional para sus hijos adolescentes, ya que les resulta difícil entender "quién es el otro". Esta situación provoca procesos patológicos de salida exogámica, obturaciones prematuras de los procesamientos psíquicos de elaboración y aumento de actuaciones impulsivas y pasajes al acto, como en el caso de las patologías de autodestrucción.

El vagabundeo, la promiscuidad sexual con el inicio prematuro de las relaciones sexuales, la búsqueda de un objeto para chupar, inhalar, comer (adicciones), las conductas de violencia de heteroagresividad o autoagresividad, las actuaciones delictivas, para impedir que surja el sentimiento de vacío y soledad y borre la diferencia entre el sujeto y el objeto, son algunas de las formas frustradas de salida de la familia a la cultura, cuando no hay continencia parental para ese proceso.

Este tipo de patologías aparece en esta etapa, y tiende a desaparecer o fijarse, según la historia previa del adolescente y de esa familia.

El adolescente y el grupo

De las observaciones realizadas en guarderías, se ve que a la edad de 3 años, aproximadamente, aparece la necesidad de agruparse en forma espontánea. Surge como una curiosa deducción: la unión con otros "después de todo" resulta útil. Esto significa la aceptación de que los demás tienen algo que uno no tiene.

Estos grupos, de duración fugaz, continúan durante toda la vida; en un principio, para satisfacer la necesidad de juego del infante y, más tarde, debido a la recreación social del adolescente; posteriormente, a la organización del trabajo.

Entre la multiplicidad de grupos posibles, existe una formación bastante universal que aparece en la adolescencia: la formación de *"la barra"*. Es un grupo formado en un momento crítico del desarrollo, con el fin (generalmente inconsciente) de resolver problemas comunes. Este grupo suele aislarse del resto, pues concentra su esfuerzo

en la tarea que los nuclea. Estos grupos tienen duración limitada, pues llevan como destino diluirse, una vez logrado el fin perseguido.

La *"barra"* se conforma con el fin de crear un eslabón intermedio entre el mundo familiar del que hay que desprenderse y el mundo adulto, del que aún no se puede participar. Es bastante frecuente que en el caso de los varones surja, en un primer momento, a partir de los equipos de fútbol que se constituyen durante la adolescencia temprana: una forma de elaborar la rivalidad, los celos y la competencia fraterna, unido a una descarga pulsional por medio de la motricidad, que aún no está preparada para la vida sexual.

Las reuniones de grupo para hablar sobre deportes suelen desplazar lentamente este tema para derivarlo hacia otras problemáticas que están relacionadas con ciertos "misterios". Al clima de misterio suele sumarse un espacio de misterio, un espacio y un tiempo "tabú" conocido sólo por pocos: los elegidos. No es casualidad que los adolescentes elijan la noche como su espacio preferido. Constituye un tiempo en el cual se sienten dueños, en el que no son desplazados por el adulto.

En el caso de los adolescentes tempranos, el espacio tabú pronto se constituye en la sede para hablar de lo supuestamente prohibido: la sexualidad. Pero puede ocurrir que al promediar la adolescencia media, cuando el tema de la sexualidad no es el único centro de interés, o en parte se halle en vías de satisfacción más directa con el objeto, el encuentro fraterno se derive hacia temas referidos a la lucha generacional (el juicio acerca de los padres) y otros de meta inhibida: argumentaciones acerca de valores e ideales del Yo, que pueden centrarse en los ideales de verdad, amor, justicia, orden, dignidad, belleza, o aquellos menos abstractos, como el ideal de ganancia.

Estos ideales del Yo, que pueden arrasar con cualquier tiempo de la realidad, tienen su raíz en su incapacidad para actuar. Las dificultades para adaptarse al mundo adulto desembocan en el deseo de cambiar los padres, primero, y luego, el mundo, cuestión que se desarrolla en largas discusiones entre sus pares, en las que nada se salva de su crítica y de su afán de reestructuración.

El refugio en la familia que ella misma permite y la hipertrofia de la intelectualización es la defensa con la cual el adolescente suple su imposibilidad para la ejecución.

Esta zona intermedia, transicional, que alberga un precipitado de identidades aún no diferenciadas irá cediendo el paso hacia otro tipo de grupo, en la adolescencia tardía, más institucionalizado y burocratizado, en la medida en que "los misterios de la vida" sean progresivamente resueltos a través de experiencias en el contexto de pertenencia.

Las instituciones que albergan adolescentes, como las educativas, deportivas, artísticas, etc., tienen como fin la contención del adolescente, constituyéndose en el *cuerpo social,* el esqueleto que sostiene el desarrollo de la identidad del adolescente que aún no se ha terminado de conformar. La multiplicidad de "yoes" escindidos que el adolescente despliega en los distintos roles que ejercita, en los distintos lugares en los que interactúa, tiene como continente a aquellos "iniciadores" que el adolescente busca como transacción entre la familia y la sociedad adulta.

Dos enfoques sobre la constitución del grupo en la adolescencia

Abordamos este punto desde dos aspectos: el estudio del grupo como tal en su aspecto objetivo, y el grupo como representación intrapsíquica del adolescente.

El desprendimiento progresivo del adolescente de su familia se realiza mediante la transición a grupos que comienzan a tener mayor envergadura y organización estable a partir de la prepubertad. A partir de este momento, encontramos que el adolescente realiza un progresivo pasaje por organizaciones grupales formales o informales, en función de aspectos placenteros diversos: desde practicar deportes, desear aprender las cosas más diversas, concurrir a bailes, etc. La entrada en este primer período encuentra a los niños latentes organizados en grupos separados por la diferencia de sexos.

Durante la *prepubertad,* la conclusión del desarrollo del sistema nervioso brinda al niño un manejo diestro de su musculatura, que, unido al funcionamiento hormonal ya comenzado, permite que se incremente el placer por el movimiento en grupos organizados, a través de la práctica de deportes, campamentos, etc. Paralelamente, esta organización grupal, que está dividida por sexos, va proponiendo encuentros esporádicos y breves de comunicación entre ambos, y surgen así los primeros bailes o reuniones donde se realizan juegos reglados con características eróticas. Una forma transaccional de armonizar la estructura latente y su placer por los juegos reglados con la emergencia de la pulsión genital, que puja por buscar formas de salida preconsciente para poder satisfacerse, son el juego de *verdad o consecuencia,* o el de *la botella,* por ejemplo. Pero el incremento de la excitación sexual sin posibilidad de descarga suele aumentar la agresividad entre los grupos y estos encuentros suelen terminar con descargas impulsivas o autoagresivas, rotura de vidrios o accidentes, como prueba de que aún lo pulsional irrumpe en el Yo, sin tener suficientes controles preconscientes. Durante esta época comienzan a funcionar los grupos organizados formalmente.

La entrada en la *pubertad* y los cambios corporales primarios y secundarios que se producen en el cuerpo asustan al adolescente y recluyen a algunos en la soledad y a otros en grupos de pares del mismo sexo. Las incursiones de uno y otro sexo se realizan a través de sus líderes, muy ambivalentemente admiradas por el resto, que constituyen las primeras parejas heterosexuales, y son de muy escasa duración.

En un trabajo anterior (1981b) categoricé la forma en que los púberes entendían el mito acerca de la constitución del grupo sexuado. La idea era que cada grupo está organizado por su líder, que es alguien del mismo sexo y que a su vez responde a las órdenes o deseos de otro líder de grupo, también del mismo sexo. Ambos grupos repiten los movimientos de su líder y el vínculo con él es de identificación histérica.

La ilusión de la púber es que desde el varón se repitan conductas similares a la manera de un simétrico inverso especular y se constituyan dos estructuras, ambas homosexuales con fidelidad hacia sus propios líderes. De hecho, esta ilusión no se cumple y los contactos entre ambos sexos, realizados sólo por sus líderes, suelen ser desestructurantes para el grupo por el desborde erótico y agresivo que implican. Las fantasías acerca de estos contactos son de *estar drogados, alcoholizados,* es decir que se haya perdido el control tanto propio como ajeno.

Aquellos líderes que toman contacto con el otro sexo se prestan como modelo para ambos grupos y generan dos representaciones mentales polarizadas, una idealizada, el héroe y la heroína, salvadores del grupo y generadores de ilusiones, y otra siniestra, la prostituta y el seductor, que temen o rechazan.

La participación en grupos durante esta fase se acompaña de cambios corporales, situación que comporta al aparato psíquico una estructura particular, donde la palabra no funciona para pensar, sino para realizar acciones, para comunicar estados afectivos, para dar o recibir órdenes, o como intento de categorizar los elementos de la realidad, como dice Piaget, con la lógica concreta. Hay una tendencia al movimiento gestual o de desplazamiento motor. El deambular es una forma de descarga y ambos sexos se unen para realizar desplazamientos espaciales rítmicos y placenteros.

La razón de la constitución del grupo adolescente se debe a varias causas, entre ellas, a la necesidad de socializar la culpa frente al Superyó, y colocar el conflicto en el exterior para que disminuya esa culpa. Por lo tanto se necesitan líderes que regulen y controlen las acciones adolescentes y organicen el pensamiento grupal. Estos líderes son ideales del Yo grupales, que funcionan como *iniciadores.*

Los iniciadores

Los *iniciadores* son estructuras intrapsíquicas que se constituyen en la adolescencia, y forman parte de la *fantasía de iniciación*. Estas formaciones se encuentran también en el contexto social, tal como lo hemos descripto en el capítulo anterior, al hablar del *avunculado* y, en este capítulo, al tocar el tema de la formación de las barras. En esta ocasión profundizaremos, sobre todo, en el lugar psíquico que los iniciadores ocupan en la mente del adolescente para resolver aquellos misterios que desea develar.

Los *iniciadores* tienen un lugar preponderante como precursores del enamoramiento, la sexualidad, el hallazgo de objeto, el lugar laboral, el diálogo comprensivo acerca de los misterios de la vida. En esta etapa aparecen en la mente como seres con características idealizadas, constituyen héroes míticos, y se insertan como líderes, ideales del Yo que dirigen la acción del adolescente y lo colocan dentro de un grupo de pares ya iniciados, diferentes de los no iniciados. El líder debe poseer su mito, su gesta heroica, que será contada o conocida por el grupo, y que actúa como garante del ser del grupo y del *iniciador-héroe*. Esta gesta heroica debe ser conocida por sus miembros y actúa para ellos como enlace afectivo a través del mecanismo de identificación.

Existen, como dijimos, distintos tipos de *iniciadores*. El *iniciador laboral*, por ejemplo, puede ser un deportista, un músico, alguien que gana admiración, poder, prestigio y dinero por efecto de la suerte, situación que se le atribuye a un exterior contingente, por ejemplo: "tener estrella", "tener ángel", "el destino de Dios". Lo que no es concebible en la mente del adolescente temprano y medio es que todo aquello que se ve como exitoso es producto del *esfuerzo personal*, pues éste es un concepto que solamente se entiende en la adolescencia tardía. El iniciador en la adolescencia temprana es alguien que se concibe *tal como se lo ve*, en una escena de consagración.

El deportista es el que juega el día del partido, el conjunto musical es aquel que toca en el escenario y obtiene triunfos por ese halo mágico, fascinante que captura a los espectadores, de la misma forma que a ellos les ocurre. El esfuerzo, las postergaciones, las frustraciones personales, todo aquello que pertenece al juicio de realidad, es difícil de comprender en este tiempo lógico. Es común que los adolescentes deseen lograr el prestigio y el dinero, cumpliendo una *fantasía diurna* proveniente del Yo-placer, de ser único y especial a través de la música o el deporte. Es también una primera forma de combinar lo placentero con el tiempo y el espacio laboral del Yo de realidad. Disc-jockeys, bailarinas, músicos, deportistas, constituyen una primera forma de transacción entre los deseos de exhibición, la seducción entre los sexos y los

deseos de triunfo social. Este último impone las limitaciones de la realidad que exigen al aparato psíquico mayor esfuerzo de trabajo.

Los adolescentes suponen que el *iniciador* es un elegido por la suerte. La joven fantasea con casarse con alguien poderoso que la elija por sus encantos. El joven fantasea con ser descubierto por alguien poderoso que ha quedado fascinado por sus dotes y le otorga un lugar privilegiado en la escala laboral. Freud dice en *El creador literario y el fantaseo* (págs. 130-1), acerca de un joven pobre y huérfano, a quien le han dado la dirección de un empleador que acaso lo contrate:

> *(...) Supongan el caso de un joven pobre y huérfano a quien le han dado la dirección de un empleador que acaso lo contrate. Por el camino quizás se abandone un sueño diurno, nacido acorde con su situación. El contenido de esa fantasía puede ser que allí es recibido, le cae en gracia a su nuevo jefe, se vuelve indispensable para el negocio, lo aceptan en la familia del dueño, se casa con su encantadora hijita y luego dirige el negocio, primero como copropietario y más tarde como heredero. Con ello, el soñante ha sustituido lo que poseía en la dichosa niñez: la casa protectora, los amantes padres y los primeros objetos de inclinación tierna (...)*

El varón, cuando los encantos personales cobran importancia, sueña con ser elegido por una mujer que, por efecto del amor, lo eleve en la escala social. En cuanto a la inserción en el ámbito laboral, existen diferencias entre la fantasía que se genera en los varones y la que se genera en las mujeres. Mientras los primeros constituyen ideales heroicos, ambiciosos y egoístas, con los cuales identificarse dentro de un contexto social, las segundas constituyen un ideal más ligado al amor y a la familia. Estas son fantasías que suelen tornarse preconscientes en la adolescencia media y subsistir como patológicas en los casos de adolescencia prolongada.

El *iniciador en la sexualidad* es aquel que "está avivado", el que sabe acerca de los orígenes de la vida, la mecánica del coito, los misterios del hotel alojamiento y la vida sexual de los adultos. En la adolescencia temprana, el lugar del saber lo tiene el que conoce sobre el cuerpo de la mujer, el que se acerca a ella sin inhibiciones y prueba los primeros contactos corporales (beso, por ejemplo), el que maneja la jerga de la masturbación. Es aquel que conoce y muestra revistas o videos pornográficos al grupo. En la adolescencia media, es aquel que conoce la mecánica del coito y los lugares donde puede consumarse. También es aquel que tiene más experiencias acumuladas; no importa tanto la calidad, sino la cantidad de veces que tuvo relaciones sexuales. Su importancia reside en poder contarlo a los pares.

El *iniciador en el diálogo comprensivo* es aquel que se coloca como doble especular del grupo, por un mecanismo de "identificación empática". El secreto es no intentar el diálogo reflexivo, pues este resulta traumatizante, ya que proviene desde el Yo de realidad y atenta contra la ilusión de completud y omnipotencia del Yo placer.

Durante la adolescencia, la lógica de los ensueños diurnos está ligada aún a la hegemonía de lo visible como real (y a su vez al pensamiento mágico y al Yo de placer). Esto lleva a una menor investidura de los procesos de pensamiento que operan con abstracciones (ligados al Yo de realidad definitivo). Por ello, los jóvenes invisten ideales cuyo triunfo está dado por imágenes culturales, por lo que se ve (encantos, destreza, etc.), más que por su esencia.

Distintos tipos de grupos en la adolescencia

Podemos analizar los distintos tipos de grupo que se generan en la adolescencia desde dos perspectivas. Una de ellas se refiere a las representaciones-grupo que se inscriben en esta etapa en el aparato psíquico. La otra se halla ligada a la descripción de grupos objetivos y se refiere a las distintas subculturas adolescentes reunidas en función de distintos criterios.

a. Representación psíquica del grupo

Veamos ahora el primer tipo de grupo: la representación psíquica del mismo. Su constitución se halla ligada a los distintos tipos de preconsciente y de Superyó. La mayor complejidad del pensamiento de la adolescencia con respecto a la latencia es paralela a la de las representaciones-grupo y, por lo tanto, ambos elementos (pensamiento y representaciones-grupo) incluyen en este período categorías más abarcadoras en la clasificación y seriación de personas y cosas.

Como dijimos, la pulsión genital desorganiza al Yo, identificado durante la latencia, con el Superyó, conflicto que debe resolverse en esta etapa. En un principio, el Yo no halla salida psíquica a este conflicto entre las dos instancias y recurre a una defensa primitiva, la proyección, de manera que el conflicto se transforma en conflicto con el contexto. La escisión, la proyección, la desmentida y la omnipotencia, son mecanismos que defienden al sujeto de la angustia de castración y de la aniquilación del sentimiento de sí. Es por esta razón que el grupo en la adolescencia temprana es la agrupación por excelencia, ya que le permite proyectar en él partes escindidas y

rechazadas de sí en los otros miembros y defenderse de su reintroyección, así como identificarse con las aceptadas.

Mediante la participación en el grupo, el adolescente se defiende de ansiedades preedípicas y edípicas que le generan el tener que aceptar diferencias (entre Yo y no-Yo, diferencia de sexos, diferencia generacional, entre cuerpo infantil, cuerpo adulto), que no pueden ser verbalizadas aún por vía del preconsciente verbal para nombrar estos conflictos. Predomina una comunicación apoyada en un preconsciente cinético característico de los procesos inconscientes.

Estos procesos intrapsíquicos de escisión explican por qué la inclusión del adolescente en un grupo supone la existencia en su mente del *otro grupo*. Ser miembro del grupo *legal* establecido, como la escuela, el religioso, etc., supone el deseo consciente o inconsciente de participar en el grupo rebelde y viceversa. *Constituyen dos lugares psíquicos necesarios*, que dan cuenta, tanto de la ambivalencia no resuelta cuanto de la escisión del Yo. De hecho, los grupos "punk", "heavy", "new age", muestran sus leyendas o sus vestimentas, con el objeto de transmitir mensajes que deben ser recibidos por el *otro grupo*.

La salida exogámica del niño desde la familia hasta la cultura genera distintas representaciones-grupo, en las cuales él se posiciona con un vínculo y un lugar, que es el de la masa frente al líder. En esta representación-grupo, lo constituido como ideal aparece como garantía de su origen, su omnipotencia y su destino consagratorio. Tres tipos de grupo son los que aparecen en esta etapa: el grupo totémico, el mítico y el religioso. Ellos se articulan entre sí, aunque el primero aparece constituido con anterioridad (Freud, 1912-13; Maldavsky, y colab. 1980).

Estas representaciones son primero intrapsíquicas y son las que les permitirán insertarse luego en los grupos del mundo exterior. El grupo totémico corresponde al espacio de la plaza, el barrio, el pueblo, el clan, y corresponde también a la constitución de espacios psíquicos: por un lado, el espacio de la cotidianeidad (del Yo real definitivo) y, por otro, el espacio de los *iniciadores* en los misterios de la sexualidad y del origen. La organización mítica corresponde al espacio mental del tiempo, un espacio y una historia distintos de los actuales, donde se narra acerca de sus orígenes. Se los denomina "tradición", y fue gestada por héroes que identifican a todos los miembros de ese grupo. Estos héroes son recordados periódicamente y dan sentido al tiempo y al espacio actual. Para el adolescente, esta gesta corresponde tanto a San Martín o a Belgrano, como a la gesta del nacimiento del rock nacional que, según se cuenta, nació en "La Cueva".

Ya explicamos en el capítulo anterior cómo más adelante aparece una representación-grupo más abstracta que trasciende las barreras geográficas, un conjunto de

países unidos por una manera de entender el mundo, con ciertos valores que lo caracterizan, la civilización occidental, por ejemplo.

b. El grupo como subcultura

Veamos ahora algunos grupos que constituyen subculturas dentro de la cultura, reunidos según criterios objetivos. Estas subculturas significan una contracultura, aquel lugar que tanto los adultos como los adolescentes (en tanto se sienten un grupo marginado) supieron encontrar en el marco de una cultura determinada. A este lugar adscribimos tanto las subculturas de origen extranjero como aquellas determinadas por causas económico-sociales. Todos ellos se generan en ese espacio y ese tiempo constituido por la salida hacia la exogamia, durante la adolescencia.

La contracultura adolescente es aquella que tiene sus normas, sus propios diálogos, sus criterios acerca de determinados temas, un lenguaje (jerga) propio y una vestimenta (adornos, cabellos) que caracterizan a sus miembros.

Estos grupos buscan sus *espacios*, lugares donde se encuentran, puntos de reunión, que van desde la esquina del barrio, la plaza, el "pub", hasta la cancha de fútbol. Otra forma de abrirse espacios que los identifiquen son las inscripciones que realizan en las paredes de la ciudad, donde dejan mensajes de rebeldía, de terror, de desesperanza, etc., firmados por un nombre que los signa con una pertenencia. Algunas de estas leyendas hablan de un espacio siniestro generado por su mente, relacionado con la sexualidad y la muerte.

Los espacios funcionan como *mediadores*, pues es allí donde el adolescente realiza aprendizajes. Los mediadores pueden ser juegos reglados, desde el fútbol hasta las cartas, desde las bibliotecas hasta los locales de videojuegos. Constituyen espacios transicionales que necesitan un líder real que funciona como *iniciador*, donde los adolescentes aprenden el contacto entre ellos y con el otro sexo, a través de un control externo que los tranquiliza ante la posibilidad del desenfreno. También aquí se encuentran los transgresores, que buscan romper con las reglas y lucrar con los adolescentes, por ejemplo, los que venden droga.

El concepto de Winnicott de "espacio transicional" resulta fructífero para explicar ese lugar donde el adolescente va templando sus pulsiones, a través de un Yo confuso y visiblemente escindido y, como tal, empobrecido en cuanto a sus funciones.

Esto explica por qué el trabajo-juego debe ser organizado desde fuera por un líder, como aquel que presta un preconsciente más enriquecido y regido por el juicio de realidad. Las fantasías que surgen en el grupo remiten a *imagos arcaicas*, provenientes de tres dominios: complejo materno, complejo paterno y fraterno.

Encontramos también ciertas diferencias en la forma en que cada clase social presta su "cultura" para dar lugar al adolescente. La expresión de la "*no pertenencia*" también es una forma de pertenencia, y esta expresión grupal se da por igual en todas las clases sociales.

Existen grupos que se reúnen para realizar acciones delictivas con fines vindicatorios, para vengarse de alguna injusticia supuestamente por ellos recibida. Este tipo de conducta se observa en menores pertenecientes a familias semi o totalmente desintegradas. El ataque es al orden establecido como representante paterno, es un problema que no pertenece a una clase social en especial.

En una experiencia que constituye una investigación de campo realizada con púberes pertenecientes a la clase popular y que se explica en un capítulo posterior, se observó a un grupo de púberes, de entre 10 y 12 años, con desintegración familiar que presentaba, como conducta propia de esta fase, un incremento de la motricidad, a través de la deambulación y el incremento del mecanismo de fuga. La angustia pulsional se expresaba alternando espacios adentro-afuera. En ellos existía una marcada falta de función paterna, y una manera de concebir el futuro era ir en busca de un lugar, de un espacio determinado, lejos. Algo de esta problemática se expresa en la canción de A. Calamaro, que constituye la banda de sonido del film *Caballos salvajes*: "(...) Estoy cansado de buscar, algún lugar encontraré (...)".

En la clase media, el desamparo psíquico del púber encuentra mayor continencia contextual por parte de la familia y de las instituciones que los padres proveen a los hijos. La espacialización del conflicto puberal se da, por un lado, a través de formas organizadas de desprendimiento familiar, los campamentos, los viajes de fin de curso primario, los bailes, las salidas en "barra" y la concurrencia a festivales de rock y, por otro lado, a través del espacio mental mítico poblado de héroes de aventuras, generados por la literatura, el cine o la televisión. Parece existir la posibilidad de una mayor elaboración psíquica por la vía de un preconsciente verbal y visual, y de una descarga cinética regulada por acciones socializadas.

La adolescencia presenta características distintivas, según la clase social en la que el joven esté inserto. Las urgencias económicas inducen al joven de clase baja y media baja a buscar rápidamente el lugar laboral y, por tal motivo la elaboración de este período queda obturada por un pasaje apresurado a una pseudo-adultez determinada por la necesidad. Este hecho coloca al adolescente dentro de una clase que lo identifica y le da un marco de pertenencia "los que trabajan tempranamente". Pero este proceso es diferente al del grupo anterior, donde su pertenencia al "lumpen" es

una no pertenencia social. Las jóvenes de clase baja sin inserción social, carentes de familia, abandonadas, suelen comenzar las fugas durante esta fase, y es en este período, alrededor de los 13-14 años, en que son captadas para ejercer la prostitución. Los abortos, los embarazos, son frecuentes a esa edad.

La imposibilidad de crear un "espacio transicional" adecuado, que permita ir categorizando diferencias en términos de acciones y diálogos socializados pautados, crea patologías grupales. En éstas se ve la emergencia de fijaciones pregenitales que obturan procesamientos psíquicos y deconstituyen las pulsiones de autoconservación y el narcisismo. Todas estas patologías se inician en la adolescencia temprana y luego continúan su desarrollo. Entre ellas, se encuentra el consumo y la adicción a la droga -fumada, inhalada o inyectada en grupo- como manera de demostrar la pertenencia, de anular las diferencias (sobre todo sexuales).

El cigarrillo, el alcohol y a veces la comida constituyen formas de toxicidad a las que se recurre, frente al surgimiento de la angustia social y de los temores tanto heterosexuales como homosexuales. Funcionan como objetos reales, que son llevados a la boca como forma de producir una fusión con el objeto perdido y desmentir así la pérdida y el vacío que aquel ha dejado.

Punto de vista metapsicológico

Desde la perspectiva metapsicológica, intentamos construir una psicología evolutiva de la adolescencia no basada en una acumulación de manifestaciones descriptivas de esta etapa del ciclo vital, sino construir, desde las manifestaciones adolescentes, observables, una teoría explicativa sobre la adolescencia, basada en la teoría psicoanalítica, y teniendo como fundamento una lectura detallada de los textos de Freud, partiendo desde sus postulados metapsicológicos referidos a la evolución de las pulsiones y del Yo.

En esta ocasión, no nos detendremos en la explicación de este punto, ya que el mismo se halla desarrollado en los dos capítulos siguientes.

3. METAPSICOLOGÍA DE LA ADOLESCENCIA- PARÁMETROS GENERALES

-PARTE I-

PSICOLOGÍA EVOLUTIVA PSICOANALÍTICA: PROBLEMAS TEÓRICOS, EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICOS

Introducción

Este capítulo presenta ciertos parámetros generales que sirven de base para construir una metapsicología de la adolescencia. Estos parámetros surgen de algunos textos freudianos sobre metapsicología general y más específicamente sobre la evolución de las pulsiones y del Yo. Abordaremos algunas líneas de trabajo que fueron sugeridas por Freud y que han sido llevadas adelante por autores posfreudianos. Definiremos también qué entendemos por evolución y qué entendemos por normalidad, en tanto no estamos ubicados en el terreno de la psicopatología.

Acerca del concepto de normalidad

El análisis de los procesos de transformación del psiquismo en la adolescencia será abordado desde el punto de vista de la normalidad.

El concepto de normalidad se halla ligado al concepto de salud. Ambos implican controversias, pues su comprensión depende de los parámetros que se adopten para definirlos. En este sentido, la noción de normalidad suele estar atravesada por una serie de prejuicios fundados, por ejemplo, en la idea de que ser normal es encontrar un "lugar ideal" (al cual "finalmente se arriba"), luego de haber transitado un camino lineal, sin desvíos.

Veamos algunas de estas significaciones:

1. La normalidad entendida como una serie de normas que son constitutivas de un ideal. Ellas suponen una serie de comportamientos juzgados por una determinada ideología (política, religiosa, económica, etc.) que, desde un grupo caracterizado como elite, ha sido transmitida a sus seguidores. Esta perspectiva caracteriza a ese grupo como poseedor de "un saber" y de "la verdad".

2. La normalidad entendida desde un criterio estadístico constituido como verdad, ya que surge del campo de lo empírico objetivo, que es la única realidad. Desde esta perspectiva, el investigador interesado en el estudio de la adolescencia podrá afirmar que la normalidad reside en lo que indica la mayoría, que es soberana.

3. La normalidad como la aceptación coercitiva de normas basadas en una uniformidad. Este tipo de conceptualizaciones ha surgido en diversos períodos históricos coincidentes con sistemas autoritarios de gobierno. En estos casos, las conductas de sometimiento y sobreadaptación mantenidas durante tiempo indefinido han terminado por aparecer como "lo normal".

Por tal razón, el concepto de normalidad se vuelve incuestionable, si es entendido como algo que implica mayoría y/o uniformidad por parte de los individuos, ya sea porque provenga de resultados estadísticos, porque sea impuesto coercitivamente, o por adscripción a ideales económicos, políticos, sociales, de clase o familiares. Estos tres enfoques acerca de la normalidad parten de un criterio que se apoya en "lo exterior", en aquellas conductas que desde lo observable se manifiestan como falta de síntomas.

Es necesario, en cambio, abordar el tema de la evolución desde una perspectiva crítica de la normalidad, para evitar juzgar, con criterio de patología, conductas que son el efecto de un contexto (influyente) que acelera, lentifica o desvía ciertos procesos psíquicos.

Nuestra noción de normalidad se asienta sobre criterios psicoanalíticos metapsicológicos. Se la juzga, por lo tanto, desde "lo interior". La conducta manifiesta, visible, interesa en tanto es el resultado de un proceso psíquico que tiene una determinación inconsciente. Surge a partir de la producción de un aparato anímico, como sistema de transformaciones, apoyado sobre una base neuronal y un Yo-Ello indiferenciado. Va constituyendo instancias y sistemas que tienen como motor de funcionamiento el conflicto psíquico. Es el conflicto el que produce continuas y variadas "formaciones de compromiso" (formaciones sustitutivas, transformaciones), concepto que desarrollaremos más adelante.

Esta forma de entender la normalidad tiene su fundamento en una teoría que jerarquiza "lo psíquico" como forma de procesar la pulsión. Ella se tramita a través de la instancia yoica que, a su vez, tiene otros dos amos a los cuales satisfacer: la realidad y el Superyó.

Freud sostuvo en distintos momentos que la normalidad homologada con el concepto de salud consiste en:

1. La capacidad para lograr placer en el amor. Por ello entendemos la posibilidad de encuentro con un objeto, que primero será el propio cuerpo y luego el objeto externo que permita la integración, por un lado, del placer preliminar con el placer final y, por otro, la corriente de ternura con la corriente sensual (Freud, 1905d);

2. la capacidad para lograr placer en el trabajo. Entendemos que esto implica la inserción en una tarea en forma solidaria, en grupo o en una institución. Este placer surge, por un lado, de la transformación de investiduras de objeto homosexual en metas sociales, que, a partir de constituir por identificación el lazo social, implican competencia y cooperación y tienden a un fin que trasciende al individuo mismo. (Freud 1905d-1910c). Por otro, al mecanismo de sublimación que impone al Yo el desplazamiento de la meta y el objeto sexual hacia fines no sexuales, independientes externos y con valor social.

Es así como desde este enfoque no sólo importa la conducta empírica, objetiva, en sí misma, sino también el modo en que esa conducta llegó a ser lo que es (es decir, cuál fue su forma de producción psíquica), para poder extraer de esta manera su sentido y eficacia psíquicas, a partir de criterios que trascienden lo observable.

Resumiendo, existen dos tipos de concepciones acerca de la normalidad, entendida como salud. Ambas son importantes, pero la primera depende de criterios empíricos, exteriores; la segunda -de origen psicoanalítico- parte de criterios inherentes al aparato psíquico y es una construcción teórica inferida que resulta de un pensamiento deductivo. En esta segunda concepción, la capacidad de amar y trabajar, por ejemplo, derivan de las innumerables transformaciones de las investiduras infantiles de la representación-cosa y de la representación-Yo, como lo expondremos más adelante. Lo que se llama "normalidad" no es lo que se observa desde el exterior, ya que una misma fachada podría ser el producto de una restitución psicótica, de una actuación perversa, de una inhibición neurótica, o de una creatividad adaptativa saludable del Yo.

En el caso de la práctica con pacientes adultos, se hace necesario el estudio de la evolución "normal" del ciclo vital de un individuo, pues éste constituye el fundamento para una serie de prácticas futuras en el ámbito psicológico. Por un lado, para aquellas prácticas no clínicas, como la psicología educacional institucional o el campo de la prevención. Por otro lado, para la reflexión sobre una psicopatología construida sobre el cimiento de los procesos de desarrollo, la detención y/o perturbación de dichos procesos, las lógicas que los sustentan y sus transformaciones preconscientes. A su vez, ellos pueden constituir una base para actuar en el campo de la clínica.

En el caso del campo de la niñez y la adolescencia, el estudio y la comprensión de los procesos normales cobra un significado muy específico, ya que no se está actuando en el ámbito de las estructuras psíquicas ya constituidas, sino en el momento mismo, en el "aquí y ahora" de su constitución. Además, tanto el niño como el adolescente son sujetos cuyo aparato anímico se halla aún dependiente en alto grado de su propio contexto, que será más influyente cuanto menor sea su edad.

Evaluar la normalidad requiere también criterios objetivos claros: en el caso de la pubertad y de la niñez, basados en parámetros de crecimiento, desarrollo y maduración; en el caso de la senectud, basados en parámetros de involución, deterioro psíquico y/o físico. En cualquiera de estos casos, hay que tener en cuenta que dichos parámetros, que tienen una cierta cronología temporal, están multideterminados por las experiencias contextuales en las cuales se desarrollan.

Está comprobado que en la niñez, la cantidad y la calidad de las experiencias de estimulación temprana determinan un mejor o peor desarrollo neurológico, afectivo y motor, y que sus fallas pueden determinar deficiencias mentales imposibles de remisión. De la misma manera, está comprobado que en la pubertad y adolescencia las diferencias en las pautas de crianza en distintas culturas o grupos sociales determinan variaciones. Sus consecuencias se observan tanto en términos de diferencias de crecimiento y maduración, como en las distintas conformaciones de su estructura psíquica, por ejemplo, en grupos urbanos y rurales, o en comunidades llamadas primitivas y sociedades desarrolladas, o en distintos períodos históricos.

La noción de "normalidad" debe constituir un campo de investigación donde se articulen, a través de la proposición de mediaciones, lo observable, lo empírico y la teoría.

En este sentido, para un psicólogo, psicoanalista o agente de salud mental que trabaja en el campo de la niñez y la adolescencia, resulta imprescindible, para la evaluación de la normalidad (salud -enfermedad), contar con una variable relativa a

la capacidad de desarrollo progresivo, regresivo o de detención (inhibición) de ese aparato psíquico, tanto desde el punto de vista del crecimiento y la maduración como de las sucesivas lógicas de transformación de las estructuras psíquicas en cada estadio o fase.

Acerca de la evolución

El concepto de evolución en psicología ha sido desarrollado a partir de la descripción de conductas manifiestas. Aunque interesantes y sugerentes, estas descripciones se han caracterizado por su dispersión o su empobrecimiento, debido a la dificultad para encontrar categorías conceptuales que pudieran explicar aquellas manifestaciones y luego articularlas en un cuerpo teórico. Por ello, la evolución contempla dos niveles de análisis: el descriptivo y el explicativo.

El análisis descriptivo consiste en un proceso cuantitativo preliminar, que permite realizar clasificaciones y abstraer tendencias secuenciales comunes y diferenciadas, en función de subgrupos o de los diferentes contextos situacionales. Se trata de un primer agrupamiento de los datos acerca de las individualidades y de los grupos, que se realiza por orden cronológico, partiendo del supuesto de que el aspecto evolutivo implica tanto una continuidad (y su posibilidad de discontinuarse) cuanto procesos de transformación del orden de lo observable.

El análisis explicativo implica reflexionar acerca del porqué, del qué, del cómo se realiza la evolución, y lleva a formular hipótesis que siempre se apoyan en conceptualizaciones previas. Ellas cumplen funciones importantes: sirven de guía para la recopilación de datos y posibilitan la integración de datos inconexos en generalizaciones más inclusivas, los cuales a su vez se correlacionan con un cuerpo teórico más amplio y general.

En el estudio del desarrollo del niño y del adolescente existe ese primer momento dedicado a la recopilación de datos. Posteriormente, esos datos se analizan con el propósito de describir y explicar los cambios que se experimentan en determinados períodos; en este caso, la adolescencia, que abarca un período muy amplio (desde la prepubertad hasta la inserción en la cultura del mundo de los adultos) y permite la acumulación de manifestaciones observables de todo tipo.

Tradicionalmente, el concepto de desarrollo - así como el de crecimiento, maduración y aprendizaje- se halla unido al de psicología evolutiva. Si se utilizan estos conceptos, sobre los cuales recae una *eficacia recíproca,* es porque, aunque parezca

innecesario decirlo, el desarrollo se desencadena a partir de un proceso somático de índole filogenético. En el caso de la adolescencia, ubicamos este proceso en el comienzo del funcionamiento de las glándulas sexuales y del crecimiento. Este aspecto somático genera un trabajo para la mente, consistente en un esfuerzo de ligadura en lo psíquico, con el objeto de dominar los traumas (con categoría de necesarios) que genera ese cambio químico.

Desde el punto de vista de la metodología de la investigación, el estudio de la evolución del ciclo vital abarca, además de la perspectiva biológica, varias otras: entre ellas, la psicosocial y la antropológica, mencionadas en los capítulos 1 y 2. Todas estas perspectivas suponen contextos que son determinantes en gran medida, por lo cual podemos afirmar que existe una *eficacia recíproca* entre estas variables contextuales, lo biológico y lo psíquico.

Fundamentación epistemológica de la psicología evolutiva

Un modo clásico de abordar la psicología evolutiva consiste en categorizar cada una de las etapas del desarrollo definiendo las diferentes pautas de conducta que aparecen en cada estadio. Estos estadios están descriptos en función de conceptos tales como crecimiento y maduración y, por ello, la preocupación temática está centrada en la aparición de conductas observables y su cronología. Por ejemplo, la infancia, la niñez, la adolescencia, la adultez o el latente, el púber, etc., como etapas cerradas en sí mismas.

A través de la lectura de diferentes autores que se han ocupado del desarrollo en el niño y el adolescente, se hace evidente que existen coincidencias en la observación de ciertos puntos nodales, coyunturales, capturados por los distintos investigadores. Tanto Piaget como Freud, por ejemplo, observan un período -alrededor del segundo semestre de vida- en el que el niño reconoce con cierta constancia un objeto exterior. También observan que en la adolescencia se accede al pensamiento abstracto, el cual permite la comprensión de conceptos tales como "muerte-vida", "el cero como nombre de la nada", con una complejidad hasta ese momento no desarrollada.

Las diferencias teóricas no residen pues, en la observación, sino en la *significación* y la *eficacia* que se adscribe a aquello que se observa. Esto está determinado por el cuerpo conceptual con el que cada investigador trabaja, seguido de un marco teórico que le permite articular las distintas manifestaciones en unidades lógicas de pensamiento.

Nuestra fundamentación epistemológica para una psicología evolutiva parte de un cuerpo teórico: el psicoanálisis freudiano y desde ciertos textos que articulan conceptos metapsicológicos de mayor abstracción con la teoría genética de la evolución acerca de las pulsiones y del Yo, que Freud enunció desde un principio.

Desde el punto de vista de la metodología de la investigación, nuestro enfoque genético de la psicología evolutiva se maneja en el campo de las *hipótesis intermedias*, ya que desde el abordaje psicoanalítico existe una serie de mediaciones (mecanismos de defensa, fases de la libido, formación del Superyó-ideal del Yo, estructuración del espacio y del objeto, organización del preconsciente, etc.) entre la teoría de las pulsiones y del Yo, como máximo grado de abstracción, y los observables. Estas mediaciones (transformaciones) constituyen el campo de investigación de la psicología evolutiva psicoanalítica, ya que ella no implica simplemente el estudio de la evolución de la conducta observable, como tampoco el mero aprendizaje de la metapsicología.

La psicología evolutiva psicoanalítica de la adolescencia

Adentrémonos ya con más precisión en nuestro objetivo de estudio.

La psicología evolutiva psicoanalítica toma como punto de partida, al igual que la concepción clásica de la evolución, la observación de las conductas manifiestas, su continuidad y sus secuencias. Pero agrega algo más. Dichas conductas tienen un significado latente (oculto para el sujeto) más amplio y determinante, que proviene de otra instancia no observable: el inconsciente. Este último genera en el Yo diversas transformaciones que se dan paso a partir de diversas formas preconscientes. Estas formas preconscientes se producen en el Yo por medio de mecanismos que poseen leyes y se sustentan en distintas lógicas.

Trabajar en el campo de las hipótesis intermedias en psicología evolutiva psicoanalítica supone examinarlas desde la génesis (es decir desde la perspectiva de su constitución), desde las estructuras que se van conformando y de las sucesivas transformaciones que se operan durante las fases de la adolescencia. El psicoanálisis redefine conceptos clásicos como *linealidad* y *cronología*, al demostrar que "el niño que uno fue" está inserto en "el adulto que uno es" , a través de distintas producciones psíquicas normales (sueños, lapsus, chistes, fantasías, "actings out", formaciones del carácter, etc.) o patológicas (formaciones caracteropáticas, síntomas, etc.). En ellas es donde se observa la vigencia de la *temporalidad* actualizada de las vivencias del pasado.

Veamos un ejemplo: luego de un tiempo de indefiniciones en el área vocacional, un paciente adolescente de 20 años creyó haber elegido la carrera adecuada para él. Paralelamente, había encontrado una novia y estaba muy ocupado en "estabilizar su vida sexual" con ella, como él decía, porque de esto dependía que fuera "macho o maricón". Para esa época, comenzó a tener sueños regresivos y sentía deseos de visitar el lugar donde había transcurrido su infancia; también dudaba acerca de la elección de su carrera y aplazó por un tiempo el comienzo de la misma. Aunque para sus padres éste era un "tiempo perdido", a él le sirvió para elaborar sus "asignaturas pendientes": el duelo por el "desasimiento de la autoridad de los padres" y por el contexto, la progresiva desinvestidura de los objetos edípicos y los del self infantil, y el afianzamiento de su posición masculina, mediante sus experiencias sexuales que ocurrían en la realidad.

La persistencia de fijaciones infantiles puede observarse también en la conducta de un adulto. Leandro, un paciente de 38 años, contaba con una sólida posición económica, que había sido lograda gracias a su propio esfuerzo, instrumentando en cada caso conductas adecuadas y exitosas en el área laboral. Sin embargo, sus relaciones afectivas se caracterizaban por ser inestables y de corta duración, debido a su baja tolerancia a la frustración. Tenía intenso temor y desconfianza frente a las mujeres, a quienes percibía como "extractivas" e insaciables. Cada vez que concedía un mayor grado de intimidad, como ternura o sexo, por ejemplo, lo invadía un sentimiento de haber sido robado o estafado, que lo llevaba a generar fantasías de pasividad traumatizante. El abandono de la pareja y su posterior aislamiento le permitían recobrar el sentimiento de sí, a través de recuperar su propio dominio por medio de la actividad laboral que -según decía- "lo sacaba de la tontera del amor".

Este tipo de desenlace psíquico se estructura en la temprana adolescencia, cuando el predominio de las investiduras narcisistas va en detrimento de las objetales, y ello ocurre en virtud del temor regresivo que genera la dependencia de una representación psíquica (madre fálica), que coloca al sujeto en el lugar de castrado. En sus vínculos afectivos, Leandro conservaba aún una estructura adolescente, que desembocaba inevitablemente en un trauma repetitivo, fuente continua de angustia y frustración. Esta angustia había sido el motivo de su consulta.

Hasta aquí hemos enunciado tres componentes necesarios para una psicología psicoanalítica de la adolescencia: 1) las manifestaciones, 2) la eficacia psíquica de lo inconsciente, y 3) las transformaciones con que dicha instancia accede al Yo, traspuestas en lógicas sucesivas. A ello debemos agregar la instancia, también necesaria, de la eficacia psíquica de la historización del adolescente, un pasaje desde el mito de la infancia, como legado parental, hasta la propia historización.

Antes de pasar al punto siguiente, me parece importante aclarar que, si bien en lo expresado voy delineando mis ideas acerca de lo que entiendo por psicología evolutiva psicoanalítica, no desconozco la polémica actual que el término evolutivo genera en el ámbito del pensar la psicología del desarrollo. Podría enumerar algunas de las proposiciones con que a través del tiempo se ha intentado reemplazar este término que parecería remitir a algo vetusto: psicología del desarrollo, estudio de los ciclos vitales, nacimiento psicológico del infante y/o del adolescente y, por último, la construcción de la subjetividad o construcción del sujeto psíquico.

En cuanto a la significatividad que esta frase sugiere, constituye lo más representativo desde el marco de mis proposiciones, ya que ella encierra la dimensión histórica de lo que se construye y el lugar de sujeto como algo deviniente en un contexto temporo-espacial dado, es decir, en una cultura, y un sistema de creencias que enmarcarán la constitución de la subjetividad posible. A esto se le agrega la determinación de lo biológico-filogenético, tanto como factor en sí mismo y las reglas que lo determinan (por ejemplo, los ritmos circadianos) cuanto su representación en lo psíquico.

Hechas estas aclaraciones, a continuación examinaremos la primera de las proposiciones. Cuáles son los métodos con los que contamos para acceder, desde las manifestaciones, a los contenidos inconscientes propios de cada fase de la adolescencia. Estas fases podrán delimitarse en la medida en que podamos deslindar, desde el punto de vista dinámico, la conformación de las estructuras psíquicas típicas para cada etapa como lo típico en la lógica de pasaje de sus transformaciones.

Métodos de investigación en psicología evolutiva psicoanalítica de la adolescencia

Cuando se pretende conocer desde el psicoanálisis el proceso de constitución de la mente, se apela a dos métodos cuyas implicaciones ya discutía Freud. Uno de ellos es el método de la observación directa, que puede ser de dos tipos: clínica y/o de la vida cotidiana; el otro es el método de la reconstrucción. El problema fundamental de la observación directa es que los procesos inconscientes requieren, para hacerse conscientes, de un preconsciente que permita comunicarlo, ya sea verbalmente, o a través de otras formas de expresión más ligadas a componentes cinéticos o visuales. En la adolescencia, según la fase que estemos investigando, nos encontramos con ciertas variaciones en cuanto a la constitución del preconsciente, según el embate sufrido por el surgimiento de la genitalidad aún no representable. En el caso de la adolescencia temprana, por ejemplo, observamos manifestaciones que son descargas

de tipo somático, sin correlato psíquico alguno, por lo cual ciertos procesos inconscientes se hacen de difícil acceso a la observación.

Por esto, Freud proponía apelar a la reconstrucción del pasado infantil, a partir del abordaje de materiales de pacientes adultos. Para él, este segundo método es posible, debido a que, en última instancia, lo inconsciente primario se ha constituido durante la primera infancia y sepultado luego mediante la represión. Más tarde, mediante la formación de "diques", aparecen los mecanismos deformadores de aquellos procesos pulsionales derivados de las fijaciones y los complejos, de modo tal que si un investigador logra detectar cuáles son esos mecanismos de deformación, propios del preconsciente y subyacentes a las fantasías, puede también, a partir del material clínico de un paciente adulto, inferir los contenidos de sus procesos inconscientes.

El material con que contamos para nuestra investigación proviene de distintas fuentes. En el contexto de observación clínica de pacientes adultos, la reconstrucción y los recuerdos de sus adolescencias durante el tratamiento analítico. En este mismo contexto, la observación clínica de pacientes en tratamiento durante varios años, o durante períodos intermitentes desde su niñez hasta su adolescencia, o en algunos casos hasta su adultez, nos fue de gran utilidad para conocer su infancia: primero, mediante el relato de los padres, y más tarde a través de sus producciones, como juegos y dibujos. Durante la adolescencia, a través de otras transformaciones, como ensueños, diarios íntimos, dramatizaciones que producían durante el transcurso del análisis, o a través de sus elecciones vocacionales en la adolescencia tardía.

Contamos también con la observación transversal realizada mediante psicodiagnósticos de adolescentes que se acercaron por pedido de consulta en diferentes fases de la adolescencia, quienes a través de entrevistas y/o tests administrados nos brindaron diversidad de material, que nos permitió acceder a las fantasías inconscientes y las transformaciones típicas para cada fase. Este material de adolescentes, obtenido desde la clínica, se caracteriza por poseer un preconsciente más complejo que aquel que Freud observó en niños pequeños, de manera que tanto el método de "construcción" como el de observación directa se presenta más accesible a las producciones del inconsciente.

Puesto que los adolescentes ya han adquirido el lenguaje, resulta interesante incorporar para la investigación de sus fantasías los diversos recursos expresivos que ellos proponen. Estos recursos pueden ser de tipo verbal: trasmitidos oralmente, como sus narraciones acerca del "hacer" en los grupos a los que pertenecen, o las reflexiones acerca de sí mismos, o de otros; o "los otros" que van trayendo para compartir sesiones de análisis, como "el amigo" o la novia, que hablan o muestran lo que en ellos todavía no es palabra hablada; escritos plasmados en diarios o agendas que, aunque

a veces son realizados fuera del tratamiento, suelen incluirlos en sesión, para su análisis. Otro tipo de recursos expresivos son los gráficos, juegos y/o dramatizaciones que han realizado a lo largo del tratamiento y que aportan un material muy rico acerca de las transformaciones preconscientes, de una o varias fantasías que fueron operando cambios a través del tiempo de tratamiento.

En cuanto a los métodos de observación en contextos no clínicos, hemos apelado a dos formas. La primera se basa en el análisis de entrevistas a grupos de adolescentes de las tres fases, reunidos, fundamentalmente, según un orden cronológico. Estas entrevistas fueron administradas en forma libre, pero de acuerdo con un esquema construido sobre la base de ciertos ítem que los entrevistadores conocían de antemano y debían desarrollar. Estos ítem tenían que ver con las problemáticas típicas de cada fase. En un segundo momento, esta situación permitió reagrupar las entrevistas por temáticas, pues consideramos que adolescentes de igual edad pueden no hallarse en el mismo momento lógico de la constitución de la estructura de su aparato anímico, hipótesis que procuramos explicar a través del análisis de las producciones adolescentes.

Dentro de esta línea de observación directa, realizamos, además de las entrevistas, la observación de conductas en adolescentes en colegios secundarios y en lugares abiertos, sus desplazamientos en el espacio, "graffitis" de la vía pública y de paredes de instituciones escolares, sus producciones gráficas en diarios íntimos y agendas, y sus producciones literarias, como cuentos y poesías. Recurrimos también al uso del análisis aplicado, investigando los ídolos musicales y sus canciones y las películas referidas al tema. El trabajo sobre pubertad masculina del capítulo 8 se basó en la observación de ciertas conductas que eran comunes en un determinado período, observación que luego fue complementada con un análisis longitudinal, a través de la revisión de la historia posterior de algunos de los sujetos (en juzgados de menores).

En efecto, durante esta investigación analizamos una serie de manifestaciones, a las cuales atribuimos cierta causalidad basada en defensas y deseos intrapsíquicos, en un contexto social y familiar determinado: clase social popular, familias desintegradas y púberes provenientes de instituciones reguladas por el juez de Menores. En este caso, nos preguntamos de qué manera un cambio pulsional como la emergencia de la fase genital se volvía eficaz para producir modificaciones psíquicas y actuaciones concomitantes. El análisis longitudinal permitió analizar el estado posterior a dicha emergencia pulsional y por lo tanto su grado de eficacia en la mente.

Otra forma de investigación para la construcción de esta metapsicología surgió en el ámbito pedagógico, como profesora titular en la cátedra de Adolescencia en la Facultad de Psicología de la UBA, y del Ciclo Vital, en la Universidad del Salvador.

En la primera, además de los métodos tradicionales de enseñanza, como clases teóricas y trabajos prácticos, implementamos un ámbito de trabajo, cuyo objetivo era el aprendizaje vivencial, organizado en forma de Jornadas -Taller ampliamente participativas. En estos espacios, los alumnos intervenían activamente en calidad de actores y el abordaje era de tipo grupal. El objetivo buscado era que se conectaran desde lo afectivo con aspectos de su adolescencia, con el propio cuerpo y la creatividad grupal, mediante técnicas provenientes del arte. Estas técnicas son variadas, continúan en permanente renovación, pues han ido surgiendo en la medida en que nuestra experiencia y creatividad las fueron enriqueciendo en diversidad de combinaciones.

Entre ellas, incluimos producciones plásticas, como "collages", construidos con objetos estructurados, materiales informes de distintas texturas y tamaños, imágenes auditivas, visuales y escritas, desde diarios y revistas hasta dibujos y leyendas construidos por ellos mismos. Producciones con técnicas psicodramáticas combinadas, que apelan a la representación de escenas y roles típicos de este período; uso de técnicas corporales, musicales y vocales, en las que se apela á la creación de situaciones individuales, de pareja o grupales, omitiendo el lenguaje verbal.

Todas ellas precedidas y concluidas mediante un trabajo de reflexión sobre lo actuado, donde el coordinador interviene (con una técnica que hemos ido delineando y ajustando) cuando se interrumpe la creatividad. Lo curioso es que las diversas formas preconscientes que toma el material se reiteran incesantemente: ciertas problemáticas manifiestas, procesos y defensas, que nos han permitido investigar juntos, coordinadores y alumnos, los contenidos inconscientes de la adolescencia.

Otros métodos por los cuales accedemos al conocimiento de la adolescencia son los grupos de reflexión, casos clínicos, cine debate, entrevistas, investigaciones por encuestas abiertas y cerradas, y su interpretación. Una tercera forma de acceso a la investigación ha sido la visita a instituciones de todo tipo, educacionales, artísticas, técnicas y de rehabilitación. Todos ellos nos han resultado fructíferos y enriquecedores en todos los casos. Al respecto, cabe recordar que Freud realizó una articulación similar entre diferentes criterios de investigación, como es el caso de la combinación del análisis clínico con el análisis de problemas grupales. En *Totem y Tabú*, texto en el que plantea la hipótesis acerca de la evolución de las sociedades, aborda problemas relacionados con los cuadros obsesivos o con la organización de la mente infantil. En *Psicología de las Masas y análisis del Yo*, se refiere tanto al instinto gregario como a problemas tales como la melancolía o el enamoramiento. En otros trabajos, alude a los mitos sociales y los compara con producciones individuales, tal como ocurre en el

apéndice del caso Shreber, o en un trabajo en el que contrastó el material clínico de un paciente obsesivo con un fragmento mitológico (*Paralelo mitológico de una representación obsesiva plática*, 1916b).

Asimismo, Freud realizó una demostración del uso de la pluralidad de métodos de investigación en psicoanálisis, por ejemplo en "Un recuerdo de infancia", en *Poesía y verdad* (1917b), un texto que podríamos denominar de análisis aplicado. Esta observación lo llevó a realizar una construcción acerca de un conflicto infantil de Goethe, para corroborar qué elementos determinaron su desenlace psíquico. Así, Freud recurrió a la mención de otros historiales clínicos de pacientes adultos, en los que había que realizar construcciones y que, por extensión, le permitían comprender el caso de Goethe. Allí mostró una combinación de por lo menos dos métodos de investigación (el de análisis aplicado y el de la construcción) a partir de pacientes adultos. En este mismo texto, estos métodos se combinaron, además, con el de la observación directa de un niño de tres años -paciente de V. Hug-Hellmuth-, quien aportó un material que para Freud resultó esclarecedor con respecto al punto que le planteaba ese recuerdo infantil de Goethe.

Es decir que Freud investigaba un mismo problema utilizando distintos métodos, como la observación directa, el análisis aplicado, el análisis de material clínico o las construcciones. En varios de los capítulos que siguen, la comprensión de lo que podríamos denominar "análisis aplicado" se plantea por medio de las mismas combinatorias, que constituyen distintas opciones que pueden enriquecer nuestra investigación sobre la adolescencia.

Hipótesis que sustentan esta metodología de investigación

En los casos en que usamos como material de investigación producciones basadas en el código visual (como grafismos, collages, graffitis), partimos de la hipótesis de un preconsciente visual que, aunque más arcaico, constituye un modo específico de hacer consciente lo inconsciente. En *El Yo y el Ello* (1923, pág. 23), Freud decía:

> *(...) Pero no se nos ocurra, acaso en aras de la simplificación, olvidar la significatividad de los restos mnémicos ópticos -de las cosas del mundo- ni desmentir que es posible, y aun en muchas personas parece privilegiado, un devenir-concientes los procesos de pensamiento por retroceso a los restos visuales. El estudio de los sueños, y el de las fantasía inconcientes según las observaciones de J. Varendonck, pueden proporcionarnos una imagen de la especificidad de este*

pensar visual. Se averigua que en tales casos casi siempre es el material concreto de lo pensado el que deviene conciente, pero, en cambio, no puede darse expresión visual a las relaciones que distinguen particularmente a lo pensado. Por tanto, el pensar en imágenes es sólo un muy imperfecto devenir-conciente. Además, de algún modo está más próximo a los procesos inconcientes que el pensar en palabras, y sin duda alguna es más antiguo que éste, tanto ontogenética cuanto filogenéticamente (...)

Freud planteaba también la importancia del registro visual en el caso Dora, pues decía que "habiendo oídos para oír y ojos para ver" es difícil que algún material escape a nuestra investigación. Así, Freud estaba jerarquizando también, junto con la producción verbal, la no verbal del paciente, a través de la observación de las acciones y los gestos del paciente registrados por medio de la mirada.

El juego y el dibujo son otros modos que a menudo han sido propuestos para poder analizar el aparato psíquico del adolescente. Así lo pensamos cuando proponemos los juegos dramáticos, las creaciones plásticas y el juego a través de la mímica corporal. Es importante señalar que el método de observación de los grafismos y del juego no es de carácter experimental, sino que se ubica dentro de la producción libre, de la misma manera en que Freud abordaba las características del chiste, los lapsus, en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901b), o el análisis de los sueños, cercano también a lo que Freud observaba en el juego del carretel. En todos ellos, el psicoanálisis se pregunta sobre los deseos, las defensas y las formaciones sustitutivas del sujeto.

La problemática que nos interesa trabajar con respecto a estos temas en la adolescencia no apunta sólo a los complejos, como conjunto de universales, sino también a algunas cuestiones señaladas, pero no desarrolladas por Freud, ligadas a la lógica que articula las representaciones entre sí; esto es, la forma o el modo de producción de las formaciones sustitutivas y cómo se pueden explicar a través de los tipos de lógica con que opera la mente en cada momento del desarrollo, en especial de cada fase de la adolescencia. Más aun, estudiar el modo de producción de las manifestaciones adolescentes implica no tanto jerarquizar los contenidos, como el Complejo de Edipo y el Complejo de Castración, que son los universales, sino las formas de producción, es decir, las defensas y otras formas de transcribir lo universal en lo particular, como la producción de las fantasías, los rasgos de carácter o las sublimaciones.

Entre los métodos de investigación, incluimos también el estadístico, en tanto nos acerca a estudios epidemiológicos de cierta población en temas acotados, como hemos trabajado en diversas investigaciones: "Desenlaces psíquicos en la adolescencia tardía", "Adolescencia tardía y migración", "Bulimia nerviosa, personalidad y

estrés familiar en relación con la alimentación", a través de cuestionarios objetivos administrados a una muestra determinada. Los resultados, provenientes del método cuantitativo, los articulamos con el cualitativo.

En esta ocasión, el psicoanálisis constituye el cuerpo teórico conceptual sobre el que se apoya nuestra investigación cualitativa, tomando como base para el análisis, todas las producciones adolescentes, desde las manifestaciones de la frecuencia rítmica del cuerpo, pasando por lo gestual-emocional, la estructura dramática simbolizable, hasta la verbalización, mediante el análisis del discurso que surge a través de la narrativa de los sujetos adolescentes.

En esta copiosa enumeración de las fuentes empíricas, no olvidamos la obtención de datos desde el campo de lo familiar (familia nuclear actual, familia extendida y transgeneracional), que a veces aparecen escindidos en la mente del adolescente y presentes en el discurso familiar. Finalmente, también constituyen fuentes empíricas las provenientes de los discursos de los diversos grupos espontáneos, los que surgen de las instituciones educativas, deportivas, barriales o políticas.

En el capítulo siguiente nos dedicaremos a trabajar los conceptos metapsicológicos freudianos, que constituyen los supuestos teóricos básicos donde se engarzan las diversas manifestaciones.

4. Metapsicología de la adolescencia- Parámetros generales

-PARTE II-

Constitución y transformación de las estructuras: una visión de conjunto

Introducción

Lo que sigue constituye una síntesis apretada de los conceptos metapsicológicos que constituyen la estructura teórica fundamental de mi perspectiva de trabajo, y que he construido a lo largo de varios años.[1] Con el objeto de seguir la línea de exposición conceptual, de alto nivel de abstracción, casi no aporto ejemplos -que podrían facilitar su comprensión- que sí serán desplegados a lo largo de otros capítulos.

Como expresé más arriba, el esqueleto teórico donde se apoya el análisis cualitativo del discurso parte de la teoría psicoanalítica freudiana, en los puntos en que Freud habló acerca de la lógica pulsional y la constitución del Yo. En este recorte he tomado los textos que abarcan la primera y segunda tópica, el viraje teórico de 1920, hasta sus últimos escritos, tan fundamentales como *Esquema del Psicoanálisis*, o *Moisés y la religión Monoteísta*, por nombrar algunos. Todos ellos encierran una riqueza y una apertura tal que nos ha permitido a autores posteriores y a lectores "hacer trabajar la teoría y enriquecer nuevas líneas de creatividad".

1. La interrupción en 1974 de mi trabajo docente en la Universidad de Buenos Aires se continuó desde 1976 hasta 1991 en la Universidad del Salvador, como profesora del Ciclo Vital en la Carrera de Psicología, donde fui profundizando en los textos freudianos y armando un esquema metapsicológico, tanto para la niñez como para la adolescencia, la adultez y la vejez.

Constitución del aparato psíquico. Transformaciones de la pulsión y del Yo

El adentrarse en los procesos de conformación de las estructuras psíquicas, su génesis y sus sucesivas transformaciones en el transcurso de las fases de la adolescencia, significa también transitar una "segunda vuelta" en la constitución de la subjetividad.

En este sentido quedan enunciados, entonces, tres temas posibles a desarrollar:

- La pulsión, génesis, constitución y transformación.
- El Yo, génesis, constitución y transformación.
- Constitución del aparato psíquico.

Los dos primeros puntos no serán desarrollados en este libro, debido a su extensión y complejidad. Enunciaré por lo tanto sólo los elementos que se dan por supuestos para la comprensión de los temas que siguen.

Con respecto al primero, supone trabajar con las dos teorías enunciadas por Freud, su constitución y sus transformaciones: la primera teoría (1905d/1915c), cuya polaridad está planteada entre las pulsiones sexuales y de autoconservación; la segunda (1920g-23b), cuya polaridad queda planteada entre pulsión de vida y de muerte. Incluye la evolución de fases de la libido, constitución de las distintas erogeneidades (oral, anal, fálica, genital) y sus transformaciones lógicas, así como también la evolución de los distintos masoquismos, desde un "sadomasoquismo primordial indiferenciado" (Freud, 1924c), a través de la pulsión de ver (Freud, 1915c), hasta la evolución de la pulsión de saber (Freud, 1905d), así como los principios que las rigen.

Con respecto al segundo, supone trabajar desde la perspectiva del Yo (su génesis, constitución y transformaciones). Abarca el desarrollo de la estructura, de los tres "yoes" y de las diversas perspectivas: Yo de funciones, de representaciones y de identificaciones, y desarrollos de afecto, además de la historia de constitución de estructuras que de él se desprenden, como el Superyó y el ideal del Yo.

Con respecto al tercero, de la combinación de ambos elementos, Yo y pulsiones en sus distintos aspectos, tópico, dinámico y económico se desprenden nuevas estructuras (sólo por nombrar algunas, la transformación de las investiduras desde el Yo -narcisismo- hasta los objetos; de los conflictos; de las defensas; de los complejos, etc.). El infinito entramado que resulta de estos elementos supone, también, tomar en cuenta las dos formas que Freud enunció acerca de la constitución del aparato psíquico (punto III):

a) Como un sistema de huellas mnémicas (Carta 52, 1896), que se desarrolla a partir de transcripciones de una pulsión en representación, como forma de inhibir la descarga refleja y constituir el lugar de "lo psíquico" (1940a), que será más tarde el lugar de "lo inconsciente".[2] En este modelo propone una teoría de la memoria, formada por distintos estratos, que se distinguen por su contenido y su organización formal, a partir de ciertas leyes de asociación entre representaciones,[3] a las que queda asociado un determinado afecto;[4]

b) a partir de la segunda teoría de las pulsiones (1920g), y del Yo y el Ello (1923b), el aparato psíquico queda constituido como una estructura compuesta por instancias: Ello, Yo y Superyó. Cada una de estas instancias muestra una lógica y una distinta conformación intra e intersistémica.

No podemos dejar de mencionar los complejos de Edipo y de Castración, puntos estructurantes para esta enunciación. Ellos no constituyen un estado más, sino el eje alrededor del cual cobran nuevo significado las fases anteriores de evolución del Yo y las pulsiones. El acceso a la cuarta fase del desarrollo psicosexual -la fase genital, que surge en la adolescencia- produce en el aparato nuevas transformaciones, e impone al Yo nuevas formaciones sustitutivas, tipos de procesamientos preconscientes, que aparecen con el objeto de tramitar los nuevos y antiguos conflictos que se producen entre instancias y sistemas.

Tampoco debemos olvidar, en nuestro desarrollo metapsicológico, la importancia del desarrollo de los mecanismos de defensa que, según Freud, comienzan con la proyección-introyección, escisión e identificación primaria en la fase oral, pasando por la transformación en lo contrario y vuelta contra la propia persona en la fase anal, represión para la fase edípica y formación reactiva, sublimación e identificación secundaria para la latencia y su reedición en forma regresiva o en sus nuevas formas en la adolescencia.

Las defensas que diferencian las estructuras psíquicas a partir de la fase fálica -tales como la desestima para la psicosis (enunciada por Freud en *El hombre de los lobos*, 1918b), o la desmentida característica de las organizaciones narcisistas (según lo entendemos en el artículo sobre *Fetichismo*), o la represión para la neurosis de transferencia- también nos llevan al desarrollo de una historia de su constitución y de las distintas formas de predominio lógico en la adolescencia.

2. Diferencia entre Ello e inconsciente.
3. Distintos tipos de asociación entre representaciones.
4. Investidura de afecto, previa cualificación a partir de frecuencias y luego afecto-conciencia.

El Superyó y del ideal del Yo también evolucionan, tanto sus contenidos como sus formas. No encontramos una misma estructura en la fase preedípica, en la fase edípica y en las distintas fases de la adolescencia, según el predominio de la estructura narcisista o edípica. En la adolescencia encontramos distintas estructuras del ideal del Yo, todas ellas de tipo totalizante, narcisista (como el totémico, el mítico, el de las cosmovisiones, etc.), que actúan como desmentida frente al desamparo psíquico, o un Superyó sádico o protector, asentado sobre fantasías arcaicas, pregenitales, constitutivas de diferentes lógicas que fundamentan los procesos de pensamiento. Ellos aparecen y se estructuran en distintos "yoes", a partir de ciertas inscripciones en el aparato psíquico, por medio de las reglas de asociación entre representaciones: asociación por simultaneidad, por analogía y por casualidad, que dan lugar a la formación de la representación-cosa y representación- palabra, y la formación de distintos tipos de pensamiento. Todo esto vale para alguna de las posibles complejizaciones del Yo, de las pulsiones y de sus distintas lógicas de inscripción.

En *Introducción del Narcisismo*, Freud planteaba diferencias en cuanto a la evolución de las investiduras de objeto: observamos que va desde el autoerotismo inicial, seguido por el narcisismo primario, la elección de objeto homosexual y luego del heterosexual.

Podríamos pensar, también, que el conflicto evoluciona, en tanto en cada lógica constitutiva del aparato, el conflicto es diferente: primero, entre pulsiones; más tarde, entre Yo y mundo exterior; y, luego de establecida la represión primordial, el conflicto entre instancias y/o sistemas. El conflicto edípico, por ejemplo, puede quedar resignificado narcisísticamente, en función de una fijación a una fase anterior.

Por ejemplo, podemos preguntarnos si un paciente con rasgos esquizoides ha atravesado la fase edípica. En ninguna de las estructuras es posible no atravesar la fase. En ese caso, poseerá una concepción del conflicto edípico de carácter esquizoide. La escena primaria se constituirá como alguien que chupa o extrae algo a otro. Llegará a la fase fálica, pero ella quedará resignificada a partir de contenidos de tipo oral. Hablar de fijación a una fase -en este ejemplo, la oral primaria- significa haber alcanzado el conflicto edípico, aunque sus componentes sean retrotraídos a representaciones de contenido oral.

Con respecto a la pulsión de muerte, ligada con Eros, encontramos que ella comienza desde un estado primitivo de no fusión pulsional. En este estado, predominan los procesos de no ligadura, que impiden una tramitación psíquica. Es el caso del recién nacido y su estado normal de desvalimiento; desde la clínica, se observa la presencia de ciertas patologías, en donde predominan los procesos de toxicidad pulsional. A la inversa, una mayor ligadura pulsional Eros-pulsión de muerte conduce a una mayor eficacia de la función sintética del Yo, que impide el desborde traumático. En *El problema económico del masoquismo*, Freud planteaba una evolución de distintos masoquismos para cada fase libidinal, que deriva en diferentes tipos de fantasías masoquistas, traumáticas para el Yo, tales como el temor a ser devorado, el temor a ser aniquilado, etcétera.

En síntesis, entendemos que desde la metapsicología, la evolución en psicoanálisis puede ser estudiada como la historia de la constitución de las estructuras y sus crecientes complejizaciones, en la medida en que se van diversificando y combinando en el aparato psíquico. Por otra parte, una evolución lineal y unidireccional para el método psicoanalítico de investigación resulta imposible de ser pensada, ya que uno de los objetivos buscados es hacer consciente lo inconsciente, y esta tarea nos remite a los deseos infantiles ya transformados desde el pasado hacia el presente y desde nuevas reestructuraciones de éste, hacia aquél. Nos referimos al efecto del mecanismo "a posteriori", que retomaremos más adelante.

Veamos un ejemplo: una niña de 7 años acepta de buen grado la nueva pareja de su madre separada. Con él comparte juegos y afectos placenteros. Llegados los 11 años, ya púber, y ante un acto frecuente como la salida de la madre con su pareja durante un fin de semana, la niña se enoja sorpresivamente y desde ese momento su conducta se torna hostil hacia ambos. ¿Qué ha cambiado? Contextualmente nada, pero debido al acceso a una nueva fase del desarrollo psicosexual -la pubertad- los hechos pasados se resignifican y se convierten en traumáticos: la aparición de la genitalidad ha determinado en la niña una transformación de lo anímico. Aquél que era su "amigo" se vuelve su enemigo, en tanto la reactivación de la escena primaria y su lugar de excluida produce celos y envidia frente a la pareja.

Imbricación del concepto de evolución con los de conflicto y temporalidad

1. Evolución y conflicto

El concepto de evolución en psicoanálisis se entronca con la noción de conflicto y de temporalidad. En principio, nos interesa la articulación del concepto de evolución, definido en el capítulo anterior, con el concepto de conflicto, entendido, en términos de Freud, como constitutivo del sujeto psíquico. De esta manera, todo fenómeno psíquico puede ser estudiado en función de los distintos niveles de

complejización a los que el sujeto va accediendo y que son el resultado de transformaciones graduales y continuas, aunque no uniformes: presentan discontinuidades o saltos, a partir de los cuales, en determinados momentos, queda organizada una nueva estructura.

Los fundamentos para este tipo de abordaje se basan en la investigación de cómo se construyen en el aparato psíquico las formaciones transaccionales, al pasar de una etapa a otra. Sobre todo, en este pasaje, cómo pueden darse diferentes conflictos, tanto entre distintos elementos de una misma etapa (pulsión y Yo en la fase oral), como entre un mismo elemento en distintas etapas (pulsiones en la fase oral o anal, por ejemplo). En otros términos, la psicología evolutiva psicoanalítica parte del supuesto de que la vida psíquica se desarrolla sobre la base de conflictos, cuya solución debe hallar el sujeto desde su nacimiento.

Desde los comienzos del psicoanálisis, el conflicto psíquico fue el concepto central de la teoría. En forma general, fue enunciado por Freud como el resultado de una formación de compromiso entre dos grupos de representaciones, que se presentan como dos fuerzas de sentido contrario. Aunque el concepto nace en el intento de esclarecer una teoría de las neurosis, Freud también lo observaba en los fenómenos cotidianos, como los sueños, actos fallidos, recuerdos encubridores, etcétera.

A su vez, todo conflicto se puede explicar desde niveles diferentes: desde el nivel tópico, como conflictos entre instancias, y desde el nivel económico-dinámico, como conflicto entre pulsiones. En principio, el nivel económico-dinámico requiere para nosotros especial atención. Debido a que nuestro abordaje, desde la psicología evolutiva psicoanalítica, supone estudiar la constitución del aparato psíquico desde el nacimiento del sujeto y, en especial, desde la metapsicología de la adolescencia, resulta necesario observar el fenómeno de la emergencia pulsional de la fase genital, como un conflicto económico al principio, con imposibilidad de ligadura, que expone al sujeto a situaciones traumáticas.

El nacimiento es el momento del comienzo de la constitución de las estructuras psíquicas, cuando el Yo emerge desde un Ello indiferenciando como su capa más superficial, la percepción, y se pone en contacto con la realidad en función de la perentoriedad por satisfacer sus necesidades. El conflicto más primitivo estaría planteado pues, en términos económicos, es decir de cantidad, como aumento y disminución de tensión en función de la energía que proviene desde las necesidades endógenas y desde las mecánicas o exógenas. Durante la latencia, y como producto del sepultamiento del Complejo de Edipo, existía un vínculo idílico entre el Yo y el Superyó, debido a la identificación del primero con el segundo. La emergencia

pulsional de la adolescencia enfrenta al Yo ante "lo nuevo", como es la tensión genital. La perentoriedad del Yo se debe a su urgencia para efectuar ligaduras que impidan el trauma del desborde pulsional de las pulsiones parciales, las fantasías que producen la reedición de los complejos de Edipo y de Castración, y los desarrollos de afecto que estos provocan, a partir del levantamiento de la censura de la latencia.

El conflicto planteado, en términos dinámicos, como fuerzas que se oponen, deriva de la oposición entre instancias, como Ello y Yo, por ejemplo, o entre un Yo identificado con el Ello y la realidad, o entre investiduras de objeto contrarias, como amor, odio, por ejemplo. Luego del sepultamiento del Complejo de Edipo, cuando las instancias ya se han constituido, el conflicto entre Yo, Ello y Superyó se plantea a nivel tópico. El conflicto es el eje fundamental para pensar en una teoría evolutiva psicoanalítica, dado que podemos definir los grados crecientes de organización del aparato psíquico, en términos de articulaciones cada vez más complejas entre los sistemas que se van constituyendo y en función de la resolución de los conflictos entre ellas.

En principio, el conflicto parece darse entre pulsiones y luego entre éstas con el Yo. Progresivamente, la constitución de diferentes sistemas del aparato y de nuevos términos posibles de conflicto va definiendo las características de cada nuevo momento de la evolución. El conflicto puede expresarse de forma consciente, manifiesta, como ocurre cuando el sujeto tiene un deseo al que se le oponen representaciones derivadas del Superyó -en forma de autocrítica y conciencia moral-, o entre desarrollos de afecto contradictorios, como amor y odio hacia una misma persona. Puede permanecer inconsciente, y en ese caso su consecuencia es la formación de síntomas, expresados como conversiones, angustia, dudas, descargas del sistema motor, dificultades en la organización del pensamiento.

El conflicto es constitutivo del sujeto y confiere a la vida psíquica el motor que pone en juego nuevas organizaciones, en términos de articulaciones cada vez más complejas entre los sistemas que se van constituyendo. Puede enunciarse metapsicológicamente de diferentes formas, según nos estemos refiriendo a la primera tópica (inconsciente/ preconsciente/consciente), o a la segunda (Ello/Yo/Superyó). Encontramos en Freud distintas formas de enunciar el conflicto, según los diferentes períodos de sus escritos y según el marco teórico sobre el que estaba trabajando. Intentaremos enumerar los diferentes tipos de conflicto desde ambas formulaciones topológicas:

1. Entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte;
2. entre pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales;

3. entre libido homosexual y libido heterosexual;

4. entre libido del Yo y libido de objeto;

5. entre sistema inconsciente y preconsciente-consciente;

6. entre metas de la pulsión sexual pasiva-activa, como pares antitéticos;

7. entre deseos derivados de la pulsión y la defensa yoica;

8. entre sentimientos contrarios derivados de sexualidad y agresión;

9. entre deseos y la instancia superyoica, derivado del conflicto edípico;

10. entre instancias (Yo, Ello y Superyó);

11. dentro de una misma instancia, por ejemplo entre distintas clases de Yo, distintos polos de identificación en el Yo y en el Superyó, entre distintas funciones del Yo, entre juicios, etcétera.

12. entre las corrientes de sexualidad y ternura.

Desde la primera teoría metapsicológica, el conflicto es considerado por Freud como una oposición entre dos fuerzas: la sexualidad y una instancia represora. Posteriormente, la base del conflicto se transforma en el dualismo entre pulsiones sexuales y de autoconservación. En la segunda tópica, el nuevo dualismo se plantea entre pulsión de vida y pulsión de muerte, aunque la primera abarca gran parte de las oposiciones conflictivas, mientras que la pulsión de muerte actúa como desligamiento.

Nuestra investigación sobre la constitución y las transformaciones del aparato psíquico en la adolescencia nos enfrenta con la problemática de que en cada transformación pueden darse distintos conflictos, tanto entre elementos de una misma etapa (como pulsión y Yo en la pubertad), o como conflicto de un mismo elemento en distintas etapas (por ejemplo, conflicto entre distintos " yoes" correspondientes a distintas fases de la adolescencia), o conflictos con el contexto (como sería el del adolescente con el grupo familiar, o el adolescente y la institución, etc.).

2. Evolución, conflicto y trauma

Como ya expresamos, abordamos el estudio de la adolescencia dentro de este desarrollo metapsicológico, que incluye los conceptos de *temporalidad, conflicto,* los dos tiempos de la sexualidad y las *series complementarias.*

El concepto de *temporalidad* incluye la fijación, la regresión, el "a posteriori" y la sexualidad en dos tiempos.

El concepto de *conflicto* psíquico es de tipo dinámico, pero se halla ligado al de *trauma,* que por definición es de tipo económico.

El *trauma* sobreviene cuando existe un conflicto psíquico que le impide al sujeto integrar en su estructura una nueva experiencia por medio de defensas adecuadas. Una situación es traumática cuando su nivel de excitación encuentra al aparato psíquico desprevenido, sin "expectación ansiosa" y atraviesa la "barrera de protección antiestímulo". Genera una tendencia a descargar la energía psíquica en forma de afectos desbordantes, que conducen a un vaciamiento representacional del aparato psíquico. La situación traumática deconstituye tanto el principio de placer como el principio de constancia que mantiene la homeostasis, y conduce a la descarga a cero, esto es al principio de Nirvana, que rige la pulsión de muerte.

El funcionamiento del principio de placer permite al aparato psíquico la ligadura entre representaciones. Por el principio de constancia, el aparato psíquico cuenta con la capacidad de ligar pulsión de autoconservación y la necesidad, y la capacidad para liquidar las excitaciones provenientes del interior o del exterior. Si ambos principios no funcionan, la intensidad de las excitaciones afluentes provocan una efracción en el Yo y éste queda incapacitado para controlarlas y derivarlas por la vía psíquica. Si esta situación traumática subsiste, el aparato psíquico tenderá a la repetición, ya que verá negado su acceso a la elaboración y el sujeto quedará sometido a la sensación de dolor. Esta repetición, sin embargo, será una salida, "un medio camino" como "forma de atajo" del regreso a la descarga a cero, de la pulsión de muerte.

En el principio de la vida, el *trauma* funciona como contrainvestidura, ya que exige al Yo un esfuerzo de ligadura entre libido y autoconservación. Este esfuerzo de ligadura corresponde a la inscripción de la necesidad en el aparato psíquico: necesidad de dormir, respirar, comer. Tener necesidades no implica que ellas estén inscriptas.

Tipos de trauma

Existen diferentes tipos de trauma: trauma somático, trauma psíquico y trauma "a posteriori".

En el *trauma somático,* el dolor físico impone una desorganización de la libido narcisista. Al respecto, Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (pág. 160) dice:

> *(...) A raíz del dolor corporal se genera una investidura elevada, que ha de llamarse narcisista, del lugar doliente del cuerpo; esa investidura aumenta cada vez más y ejerce sobre el Yo un efecto de vaciamiento, por así decir (...).*

En el *trauma psíquico*, ocurre una imposibilidad de ligadura entre un estímulo y las representaciones. El lactante necesita satisfacer su necesidad de alimento, por tal razón la ausencia materna constituye un trauma psíquico, ya que ausencia materna es equiparable a privación de necesidad. Esta situación sume al infante en estado de desesperación. En el mismo trabajo, Freud continúa:

> *(...) La intensa investidura de añoranza (de la madre), en continuo crecimiento a consecuencia de su carácter* irrestañable *del objeto ausente (perdido) crea las mismas condiciones económicas que la investidura de dolor del lugar lastimado del cuerpo y hace posible prescindir del condicionamiento periférico del dolor corporal. (...)*

Los traumas imponen diferentes *fijaciones* -fijaciones a experiencias de dolor o de satisfacción- y surgen por la vigencia o no de *acciones específicas*. La primera fijación es el aprendizaje de las reglas biológicas. Ellas orientan al sujeto hacia donde debe dirigir las investiduras de atención para salir del modelo del arco reflejo.

El trauma "*a posteriori*" está ligado a recuerdos que se han vuelto traumáticos en un segundo tiempo del desarrollo sexual.

En *Estudios sobre la histeria* (1895d) y en *Proyecto de psicología* (1950a), Freud señala el origen sexual del trauma y su desarrollo en dos tiempos: el primero, el del trauma originario, que ha ocurrido debido a experiencias anteriores a la sexualidad puberal, y el segundo, que aparece después de acontecido el desarrollo sexual. En el texto citado, el caso Emma, lo explica claramente:

> *(...) Emma está hoy bajo la compulsión de no poder ir* sola *a una tienda. Como fundamento, un recuerdo de cuando tenía doce años (poco después de la pubertad). Fue a una tienda a comprar algo, vio a los dos empleados (de uno de los cuales guarda memoria) reírse entre ellos, y salió corriendo presa de algún* afecto de terror. *Sobre esto se despiertan unos pensamientos: que esos dos se reían de su vestido, y que uno le había gustado sexualmente (pág. 400).*
>
> *(...) La exploración ulterior descubre un segundo recuerdo que Emma pone en entredicho haber tenido en el momento de la escena I. Tampoco hay nada que pruebe esto último. Siendo una niña de ocho años, fue dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas, y este caballero le pellizcó los genitales a través del vestido. No obstante la primera experiencia, acudió allí por segunda vez. Luego de la segunda, no fue más. Ahora bien, se reprocha haber ido por segunda vez, como si de ese modo hubiera querido provocar el atentado. De hecho, cabe*

> *reconducir a esta vivencia un estado de "mala conciencia oprimente" (pág. 401)*
>
> *(...) Ahora bien, en nuestro ejemplo lo notable es justamente que no ingrese en la conciencia el eslabón que despierta interés (atentado)* -a los 8 años, con el pastelero-, *sino otro, como símbolo (vestidos)* -a los 12 años como formación sustitutiva-. *Si se inquiere por la causa de este proceso patológico interpolado, se averigua una sola, el desprendimiento sexual, del que también hay testimonio en la conciencia. Este se anuda al recuerdo del atentado, pero es notabilísimo que no se anudase al atentado cuando fue vivenciado. Aquí se da el caso de que un recuerdo despierte un afecto que como vivencia no había despertado, porque entretanto la alteración de la pubertad ha posibilitado otra comprensión de lo recordado (pág.403).* (Los destacados son míos.)

De este modo, Freud explica cómo el trauma se desarrolla en dos acontecimientos que se ubican en dos tiempos cronológicos. En una primera escena, de seducción, el niño sufre excitación sexual causada por un adulto, sin que despierte en él ningún trauma. Por el contrario, predomina el Yo de placer. En una segunda escena, que ocurre después de la pubertad y que por alguna asociación evoca la anterior, se produce en él un aflujo de excitaciones sexuales que desbordan las defensas del Yo y sobreviene la situación traumática. Este carácter traumático de la primera escena es conferido "a posteriori": en la medida en que al adolescente le resulta imposible fugar del recuerdo, y éste adquiere el valor de *realidad psíquica*, debido a que se ha accedido a una nueva fase del desarrollo. En el tiempo intermedio entre ambas escenas, se establece una defensa provocada por el Yo frente a hechos dolorosos. El la llama "defensa patógena" y dice que es la que da lugar a la represión.

En un principio, Freud intenta buscar en el pasado real del sujeto la escena de seducción traumática provocada por un adulto. Pero, en trabajos posteriores, se inclina por disminuir el valor de la realidad en favor de la vida de fantasía que la sexualidad infantil provoca. La situación traumática post-puberal, por la cual Freud explica la neurosis, comienza a ser referida a las *series complementarias*. Estas series están constituidas por factores endógenos -la herencia y la constitución- y por factores exógenos -la historia infantil de los vínculos con las figuras parentales (las vivencias). Ellas conforman la predisposición por fijación de la libido que, sumadas al acontecimiento actual, traumático, desencadenan la neurosis.

De este desarrollo sobre trauma y el conflicto psíquico, surge un concepto de evolución ya no ligado a lo lineal, sino a la vigencia temporal de las vivencias del pasado, ligado a la noción de *a posteriori* y a la noción de *eficacia psíquica*. A mi juicio,

este tipo de comprensión del concepto de evolución permite ser convalidado frente a las críticas que se le hicieron en el pasado a una psicología evolutiva, entendida como una sumatoria de descripciones.

Nuestra investigación sobre la constitución y transformaciones del aparato psíquico en la adolescencia nos enfrenta con el problema de que, en cada nuevo acceso a *un tiempo lógico*, pueden darse distintos conflictos: entre elementos de una misma etapa (por ej., en la pubertad, pulsión y Yo); de un mismo elemento en distintas etapas (por ej., conflicto entre distintos yoes correspondientes a distintas fases de la adolescencia), o conflictos con el contexto (por ej., el del adolescente con el grupo familiar o el del adolescente con la institución).

Pasemos ahora a definir con más detalle la significación de las lógicas en la temporalidad psíquica.

3. Evolución, estructura y temporalidad. Las lógicas

Dijimos más arriba que un acontecimiento del presente (por ejemplo, el acceso a una nueva fase del desarrollo) resignifica recuerdos pasados y les otorga un nuevo sentido y una nueva eficacia psíquica. Por lo tanto, podemos decir que existen diferencias entre un tiempo lineal, cronológico, en que el pasado caduca, y otro tiempo en que este pasado cobra eficacia psíquica, es decir, cobra sentido.

Desde nuestra perspectiva, entonces, *la temporalidad* supone una diferencia entre el tiempo lógico y el cronológico. Según el *tiempo cronológico*, transitamos por edades que evolucionan en términos de números y de fechas. Según el *tiempo lógico*, significamos los distintos períodos en que ocurren las sucesivas instalaciones de nuevos sistemas mnémicos, en términos de nuevas leyes de producción de las manifestaciones en el aparato psíquico. Estos períodos se entienden como una necesidad de traducción de las representaciones previas y siguen ciertas lógicas, que permiten que ciertos procesos sean recomprendidos o retraducidos. Fijación, transcripción, retranscripción o retraducción, regresión, y resignificación, o "a posteriori", son conceptos que requieren una explicación detallada.

En la Carta 52 (1896) de Freud a Fliess, se encuentran dos ideas importantes, qué es la "traducción" del sistema mnémico y qué significa el concepto de "fijación". Dice así:

> *(...) Tú sabes que trabajo con el supuesto de que nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material*

> *preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento, según nuevos nexos, una retranscripción. (...) La mayoría está registrada en diversas clases de signos. Yo no sé cuántas de estas transcripciones existen. Por lo menos tres, probablemente más. (...) Si Yo pudiera indicar acabadamente los caracteres psicológicos de la percepción y de las tres transcripciones, con ello habría descrito una psicología nueva. Quiero destacar que las transcripciones, que se siguen unas a otras, constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. En la frontera entre dos de estas épocas tiene que producirse la traducción del material psíquico. Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior y por los caminos de que entonces se disponía. Subsistirá así un anacronismo, en cierta provincia regirán todavía ciertos "fueros"; aparecen "relictos". (págs. 274/76).*

Seguidamente, Freud explica cuál es su idea de transcripción de distintas huellas mnémicas en el aparato psíquico. Lo primero -dice- son las *percepciones* (P), a las que se anuda la conciencia. Lo segundo es lo que él llama una *primera transcripción* de esas percepciones, que llama (Ps) y se articula según los nexos de *asociación por simultaneidad*. Lo tercero es una *segunda transcripción* que llamará inconsciencia (Ic), ligada a la representación-cosa y ordenada según los nexos de *asociación por causalidad*. Estas dos transcripciones son inconscientes. Las huellas (Ic) corresponden a recuerdos, también inconscientes. Una tercera re-transcripción (Prc), la preconciencia, ligada a la representación-palabra, corresponde a nuestro Yo oficial; deviene consciente de acuerdo con ciertas reglas (las de la lengua). Estas representaciones están vinculadas con la *conciencia-pensar secundaria* y tienen efectos "a posteriori".

Por esta vía creemos importante pensar la adolescencia: desde los dos tiempos de la sexualidad y el "a posteriori"; y los conceptos de transcripción y re-transcripción de huellas mnémicas. Por ejemplo, en el adolescente temprano, el deseo de mostrarse sucio, desordenado y de desagradar, proveniente de una fijación anal primaria, es retranscripto en la etapa posterior (la adolescencia media) como el deseo de mostrarse limpio y hermoso para seducir al otro sexo.

Otra cuestión aclaratoria: los conceptos de *temporalidad y estructura psíquica* han sido trabajados desde la teoría como opuestos. El fundamento de esta afirmación es que la instalación de una estructura en el aparato psíquico supone que su historia hasta el Complejo de Edipo queda determinada y subordinada a la constitución de esa estructura.

Nosotros, en cambio, entendemos el concepto de evolución en psicoanálisis como el estudio de la historia de constitución de esas estructuras, y afirmamos que

estas estructuras se organizan en diferentes momentos de la vida (como las distintas fases de la libido, o en determinados momentos del ciclo vital) y poseen una lógica de sucesión. Son los *tiempos lógicos* que quedarán sucesivamente ordenados.

El concepto de *temporalidad lógica* incluye, pues:

1. Las nociones de inscripción, transcripción, retranscripción o retraducción de la memoria en distintos estratos de la mente y en sucesivos momentos de la vida.
2. El modo en que una pulsión se fija a un determinado estrato representacional en un ordenamiento de tiempos lógicos. En un primer momento, la pulsión se fija a sensaciones corporales internas. En un segundo momento, y por un efecto del mecanismo de proyección, esas sensaciones se trasladan a la superficie sensorial del cuerpo. En un tercer momento, y debido a la maduración del aparato muscular, se jerarquiza la fijación de la pulsión a representaciones de tipo cinético, motor. En un cuarto momento, adquieren predominio los sentidos distales, auditivo y visual. Finalmente, estas sucesivas representaciones quedarán integradas en representaciones de tipo verbal.

Por todo esto, podemos decir que la transcripción, retranscripción y retraducción están ligadas, desde las pulsiones sexuales, a las diferentes fases de la libido. Desde el Yo, las huellas mnémicas constitutivas de representaciones inconscientes se instauran en el aparato psíquico como leyes emanadas de los aparatos sensoriales. En cada fase, estas leyes indican la manera de percibir y comprender el estatuto del sujeto y del objeto.

Tomemos como ejemplo la significación de la mirada en cada fase libidinal. En la fase oral secundaria, la introyección de perceptos es predominantemente pasiva. Estos causan en el sujeto estados afectivos: el sentimiento de desesperación que se genera en el niño, cuando no ve a la madre que satisface su necesidad de comer. Como aparato yoico, la vista es en este momento lógico, un introyecto pasivo. En la fase anal primaria, la pulsión aparece invistiendo al Yo con una función activa expulsiva, cargada de omnipotencia y eficacia para el niño, ya que la mirada, para él, supone poder decidir el destino del objeto. Expulsar voluntariamente de su campo visual al objeto, "lanzar una mirada de odio", impone al Yo el sentido de matar o aniquilar al objeto. En este pasaje de una lógica a otra, se ha efectuado una retraducción del sentido de la mirada, un reordenamiento -según los efectos de ligadura- de una nueva pulsión a una representación.

Existen diferentes leyes de producción psíquica (asociación por simultaneidad, por analogía, analogía y contigüidad, y por analogía y causalidad) en distintas etapas.

Ellas son correlativas de distintas fases del desarrollo psíquico. Estas leyes posibilitan la transcripción, el pasaje a formas más complejas, pero puede ocurrir la subsistencia de anacronismos, dice Freud, respecto de las psiconeurosis.

El anacronismo de las inscripciones corresponde a la persistencia de *fijaciones* a períodos anteriores de organización de la mente.

En *Tres Ensayos...* (1905d), Freud habla de la persistencia de caracteres de la sexualidad en la perversión, en forma anacrónica, y lo relaciona con la fijación a las fases de la libido. El concepto de "fijación a fases" incluye la fijación a toda una estructura de actividad con el objeto. Esto constituye el fundamento para establecer diferencias con respecto a las individualidades, ya que esta fijación está en la base de la constitución del carácter. En este sentido, en *El carácter y el erotismo anal* (1908b) Freud señala que los sujetos que se fijan a las pulsiones orales, anales, etc., producen en el Yo transformaciones (formaciones sustitutivas) preconscientes de esa pulsión.

4. Temporalidad, fijación y regresión

Con respecto a la temporalidad de las traducciones, según las fases de la libido en los "yoes', queremos plantear ciertas cuestiones.

Fijación

En primer lugar, existe *la fijación* de la pulsión a cada *fase de la libido*. Ello tiene como consecuencia la constitución de representaciones en el Yo, que son las que posteriormente diferencian las estructuras de carácter de las estructuras psicopatológicas. Las primeras no implican a las segundas: se puede hablar de una estructura obsesiva o histérica, pero esto no implica una neurosis obsesiva o una histeria.

En segundo lugar, el término *fijación* se usa para expresar la fijación de una pulsión a una *representación* en el Yo. Esta es la vía de organización formal en la constitución del aparato psíquico. Esta fijación está relacionada con los distintos momentos en que ocurren sucesivas instalaciones (transcripciones) de sistemas mnémicos, sus formas (los nexos) y sus anacronismos.

Este es el sentido que queremos dar al concepto de temporalidad en relación con el de evolución: la instalación de nuevas leyes para reordenar los recuerdos. En este caso nos remitimos a las leyes comunes del proceso de su constitución, mientras

que cuando hablamos de "fijación a fases libidinales", nos acercamos a la conformación de individualidades que serán propias de un carácter, al final de la adolescencia.

En tercer lugar, nos referimos a la temporalidad como una *fijación* a un tiempo circular de origen inconsciente, en el que el sujeto tiende a repetir situaciones penosas ligadas a experiencias infantiles, traumáticas, imposibles de recordar, pero vueltas a repetir en una eterna "repetición de lo mismo", tal como dice Freud en *Más allá del principio del placer*.

En este sentido, podemos distinguir tres tipos de repetición:

a. La repetición por fijación a un trauma, debido a la falta de satisfacción en determinada fase. Las pulsiones reprimidas y sus representantes psíquicos quedan inalterados (anacrónicos) en el inconsciente, reclamando satisfacción. Este es el caso de las neurosis de transferencia, en las que la repetición de sueños, recuerdos o juegos displacenteros, son un intento de elaboración del trauma.

b. La repetición del juego del "fort da". A través de él, el niño intenta salir de la repetición del trauma, operando una transformación de lo pasivo en lo activo. Dice Freud:

(...) El acto de arrojar el objeto para que se vaya, acaso era la satisfacción de un impulso (...) a vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado: 'Y bien, vete pues, no te necesito. Yo mismo te echo' (...).

Este tipo de repetición corresponde a las estructuras narcisistas.

c. La repetición que corresponde a una defusión pulsional. En ella, el Yo perpetúa un goce, propio del masoquismo erógeno, que impulsa a la muerte. Esta energía que fluye libremente responde a una efracción en el Yo, producto de una situación traumática que desborda al sujeto y lo deja inerte, frente al dominio de la pulsión desenfrenada o a un contexto exterior que lo violenta.

Regresión

La *regresión* implica el retorno a modos de satisfacción o de organización psíquica establecidos con anterioridad. Freud (1913j;1914a) distingue tres tipos de regresión:

1. La tópica, mediante la cual las excitaciones del aparato psíquico recorren una dirección inversa en los sistemas (inconsciente, preconsciente, consciente). Este proceso regresivo tiende a producir la satisfacción de deseos en forma alucinatoria (confundiendo alucinación con percepción), en lugar de hacerlo a través de procesos de pensamiento.

2. La temporal, ligada al punto de vista genético, lleva a una regresión que retorna al sujeto a etapas de su desarrollo ligadas a las fases libidinales, las relaciones de objeto, las identificaciones, las fases de desarrollo del Yo, etcétera.

3. La formal supone un pasaje de métodos de expresión y comportamiento de estructuración más compleja, a niveles más primitivos de representación. Son característicos de este tipo de regresión el pasaje del proceso secundario al proceso primario de pensamiento, de la "identidad de pensamiento" a la "identidad de percepción".

La regresión formal y la tópica afectan la evolución y la estructura del Yo, sus funciones, las estructuras de pensamiento y del principio de realidad. La regresión temporal, en cambio, que está en relación con la evolución de las pulsiones, afecta sus fines, las representaciones objetales y el contenido de las fantasías.

Aunque *la fijación* y *la regresión* se hayan considerado siempre interdependientes, sería erróneo considerar que la naturaleza de los procesos de fijación y de regresión de las pulsiones es análoga a la de los procesos de regresión del Yo y del Superyó. Mientras que los primeros se refieren a la "persistente adhesión de la pulsiones" a objetos y fases que han producido satisfacción en algún momento anterior, ese rasgo no es compartido por los segundos, que se basan en principios y leyes ligadas al origen y la forma de constitución de su estructura.

La *fijación y la regresión* nos remiten a un tiempo en el que la producción psíquica del sujeto está determinada por la causalidad. La regresión deviene de la persistencia en el presente de las estructuras constituidas en el pasado, en función del mecanismo de fijación: toda experiencia posterior quedará cualificada por el sentido correspondiente a esa fijación. En virtud del mecanismo de regresión, desde el presente cada experiencia puede reorganizarse desde modos anteriores de adjudicación de sentido. Esta causalidad remite a una interpretación de la historia del sujeto, ligada a una concepción psicoanalítica, en función de un determinismo lineal, que, si bien es correcto, no es suficiente.

Volviendo a la Carta 52, recordemos que Freud dice que el material mnémico sufre, en determinados períodos, una *retraducción*. Desde un principio señaló que el sujeto elabora retrospectivamente los acontecimientos del pasado. También afirma que esta elaboración es siempre *a posteriori*. Esta elaboración *a posteriori* es la que le confiere un sentido y una eficacia psíquica a los hechos de su historia.

Hasta aquí hemos dicho que la *temporalidad* se liga a dos formas del funcionamiento psíquico: 1) al determinismo de la causalidad psíquica -en el sentido de que el pasado está inmerso en el presente, a través de las producciones psíquicas-; 2) al concepto de un tiempo en torsión, por medio del cual en cada etapa posterior el sujeto resignifica la anterior.

El concepto de resignificación *a posteriori* incluye dos posibilidades: una *traducción* como una nueva escritura y otra llamada *trauma a posteriori*.

Veamos un ejemplo de *traducción*. Spitz (1965) sostiene que durante los dos primeros años de vida se observan tres tipos de organizadores, que aparecen sucesivamente a los 3, 8 y 15 meses. Estos organizadores, que constituyen manifestaciones observables, suponen una conformación distinta de la estructura psíquica, que opera a su vez con una lógica distinta en cada caso.

En el primer organizador, la "Gestalt signo" o "sonrisa señal", el niño ha producido un rostro materno que reconoce por las distintas expresiones faciales. Esta producción la ha efectuado por medio de la lógica de la asociación por simultaneidad.

En el segundo organizador, la angustia del octavo mes, el niño reconoce el rostro y lo diferencia entre otros, con la angustia consiguiente, si éste no aparece. En este caso, el niño ha producido una representación del rostro materno con sus rasgos permanentes y toma las expresiones faciales, de la fase anterior, como atributos del rostro. Lo define como un núcleo central, esencial, que responde a la palabra "mamá", y que es irreductible. La lógica con la que ha operado en este caso es la asociación por analogía, en virtud de la cual ha producido una retraducción, un reordenamiento *a posteriori*. Lo que antes era central (los atributos) ahora pasa a ser secundario, pero no se ha producido un trauma.

Veamos un ejemplo del segundo caso: el "trauma a posteriori". Un niño ha compartido la cama con su madre hasta los diez años, acontecimiento siempre placentero y sin angustia. En el pasaje a la pubertad, se han producido cambios orgánicos y psíquicos que lo colocan frente a su excitación genital, por lo cual se reactivan en el Yo las fantasías edípicas y preedípicas. En consecuencia, el púber decide alejarse de la madre y su imagen, que antes era de placer, ahora se transforma en siniestra. Un cambio en la erogeneidad, debido a la excitación de la fase genital, inunda al Yo. Ahora, el recuerdo póstumo de las experiencias sexuales infantiles se ha tornado traumático. Aparece una crítica desde el Superyó, que se traduce en sentimiento de culpa. Una amenaza desde el Yo de realidad, reactiva un desarrollo de afecto, que será el miedo a la castración.

Laplanche y Pontalis, que resume el concepto de *retroactividad* o *a posteriori* definido por Freud, dice lo siguiente:

1. Lo que se reelabora retroactivamente no es lo vivido en general, sino lo que en el momento de ser vivido no pudo ser reintegrado en un contexto significativo. Su prototipo es el suceso traumático.

2. La elaboración retroactiva se desencadena por la aparición de nuevos acontecimientos o por una maduración orgánica que permite reentender experiencias anteriores.

3. La evolución de la sexualidad favorece la retroactividad por su desarrollo en dos tiempos.

A estos tres puntos podríamos agregar un cuarto:

4. La reelaboración "a posteriori" supone desenlaces psíquicos que fueron determinados por el pasaje, no sólo de una fase psicosexual a otra, sino también de una estructura del Yo y del Superyó a otra.

Sintetizando, podemos decir que desde la metapsicología de la adolescencia, este concepto freudiano del "a posteriori" es fundamental por varias razones:

1. Porque el concepto de *transcripción* forma parte de los fundamentos epistemológicos de nuestra perspectiva de análisis. Desde el psicoanálisis freudiano, implica la necesidad de dar cuenta de la constitución de las distintas estructuras psíquicas desde una perspectiva lógica y no cronológica.

2. Porque este particular concepto de temporalidad nos coloca frente a un trabajo terapéutico de investigación con el paciente. Permite investigar de qué manera el adolescente *transcribe y retraduce* su pasado en cuantas nuevas historias le sean necesarias, para llegar a la construcción de su propia historia.

3. Porque es precisamente en la adolescencia cuando este concepto cobra su valor plenamente significativo. El desarrollo de la sexualidad en dos tiempos hace posible que la "segunda escena" otorgue valor a la primera.

4. Porque esta etapa es decisiva con respecto a la construcción del propio destino y de la propia historia, en función de la maduración sexual, del Yo y del Superyó. El acceso a la fase genital y la capacidad de mayor ligadura yoica, que evita situaciones traumáticas, el uso del mecanismo de sublimación y la conformación del carácter estable, permiten llegar al adolescente al final de su fase resolutiva con las posibilidades abiertas para asumirse como sujeto activo, dueño de su historia y de su futuro.

Criterios básicos para la articulación entre los observables y la teoría

La teoría psicoanalítica freudiana es adecuada para dar cuenta de una articulación conceptual entre las manifestaciones y la teoría. Freud tomó dos grandes líneas teóricas, pertinentes para la articulación entre las manifestaciones provenientes de la evolución y la teoría misma. Estas líneas (hipótesis teóricas intermedias) son las *fases de la evolución de la libido* y las *fases de la constitución del Yo.*

Si bien estos conceptos son abstractos, en sí mismos son derivados, ya que no se trata de la *teoría* de las pulsiones o de la *teoría* acerca del Yo, sino de las hipótesis intermedias -tales como las fases libidinales (oral, anal, fálica y genital), o los distintos tipos de "yoes" (Yo real primitivo, Yo de placer y Yo real definitivo)- y de la articulación entre ambas, que determinan distintas estructuras psíquicas.

El método de investigación en psicoanálisis también incluye el estudio de la diferencia entre la manifestación (observable) y la estructura inconsciente (inobservable), de los complejos (de Edipo y de Castración), sobre los cuales se produce la investidura pulsional.

¿Qué son las corrientes psíquicas?

Aunque los complejos de Edipo y de Castración y las fijaciones son inobservables, el investigador puede observar sus transformaciones. Entre lo observable y las transformaciones, hay un interrogante: si los complejos son universales y las manifestaciones son individuales, hay un elemento que media entre lo individual y lo universal, que son los mecanismos de defensa. Ellos son procesos transformadores, los que imponen la transformación. Entonces ese interrogante se centra en torno de cuáles son esos procesos transformadores de los complejos universales, que permiten explicar las diferencias entre las manifestaciones. Estos procesamientos ocurren en el Yo, en alguno de los diferentes "yoes", y pueden ser entendidos como corrientes psíquicas.

Hasta aquí hemos venido desarrollando diferentes hipótesis acerca de las transformaciones. Hemos dicho que algunas de ellas derivan de los procesos defensivos y otras de la evolución, tanto de las pulsiones como del Yo. El fundamento evolutivo se basa en las fases de la evolución de la libido y la constitución de los diferentes "yoes", y es anterior al predominio de los procesos defensivos. Incluso, podemos decir que el fundamento evolutivo cesa cuando queda engarzado en los complejos de

Edipo y de Castración. Es allí cuando empiezan a predominar los procesos defensivos de la fase fálica. Estos mismos procesos, tanto los evolutivos como los defensivos, se reeditarán más tarde (en la pubertad) con características particulares.

Existen momentos evolutivos, tales como la latencia y la adolescencia, que son posteriores a ciertas transformaciones defensivas, pero durante un tiempo (anterior al complejo de Edipo), hay un predominio relativo de lo evolutivo sobre lo defensivo, y luego (del sepultamiento del complejo de Edipo), ese predominio se invierte. Durante el desarrollo de los fundamentos evolutivos, se van constituyendo los complejos (complejo materno, complejo paterno, complejo fraterno, complejo de Edipo, complejo de Castración), que son los fundamentos universales del conflicto.

Además de estos complejos, es necesario considerar, tal como dijimos, los procesos defensivos, derivados de las distintas corrientes psíquicas en el Yo. En éste se conjugan, por un lado, el estímulo pulsional y, por otro lado, el estímulo exterior. Cuando hay un conflicto en el Yo entre el estímulo pulsional y el estímulo exterior (porque este último resulta frustrante o amenazante para el primero o viceversa), uno de los "yoes", el Yo placer, por ejemplo, se pone del lado de los representantes de la pulsión, y el otro, el Yo real definitivo, del lado de los representantes de la realidad exterior.

Cada *corriente psíquica* del Yo se define por un modo particular de resolver el conflicto entre el estímulo pulsional y el estímulo exterior. Existen varias corrientes psíquicas y cada una de ellas se expresa a través de una defensa particular del Yo. Estas corrientes psíquicas son: desestima, desmentida, represión e identificación secundaria. Surgen hacia la fase fálica, cuando hay un conjunto de "yoes" suficientemente complejo como para dar lugar a distintos desenlaces en el conflicto entre pulsión y estímulo exterior.

Por lo tanto, estas distintas corrientes psíquicas implican considerar los mecanismos de defensa, como modos particulares de transformar lo universal (los complejos) en fantasías específicas. Recordemos al respecto la afirmación de Freud (1911c; pág. 55) al analizar el delirio de Schreber:

> *(...) Hasta aquí hemos tratado sobre el complejo paterno que gobierna el caso Schreber y sobre la fantasía central de deseo de la enfermedad contraída. Pero respecto de la paranoia como forma patológica, no hay en todo esto nada característico, nada que no pudiéramos hallar, y en efecto hallamos en otras neurosis. Tenemos que situar la especificidad de la paranoia (o de la demencia paranoide) en algo diverso: en la particular forma de manifestarse los síntomas; y nuestra expectativa no consistirá en imputarla a los complejos, sino al* "mecanismo" *de la*

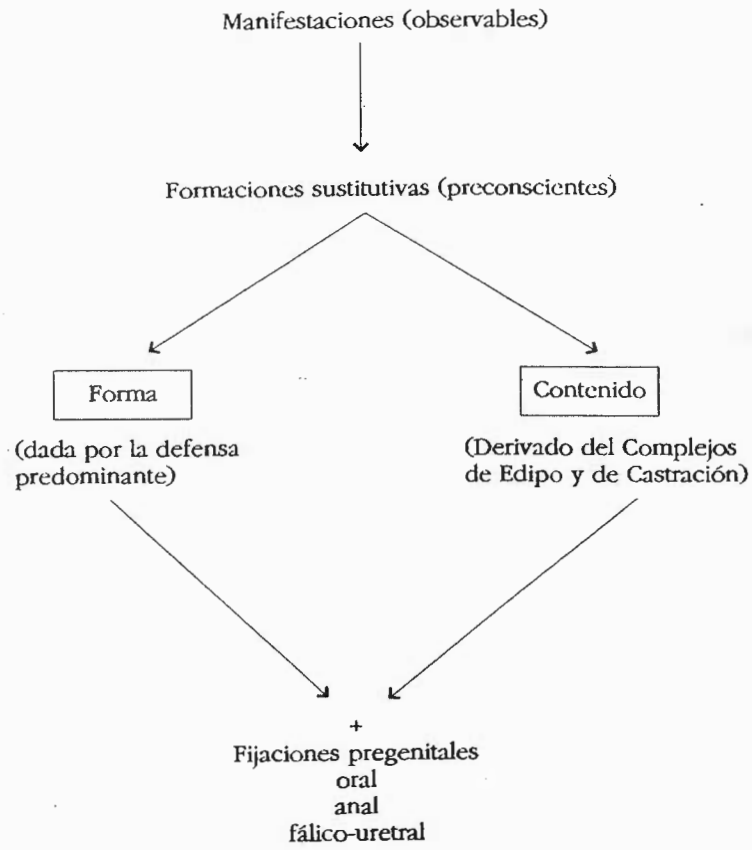
formación de síntoma o al de la represión. Diríamos que el carácter paranoico reside en que para "defenderse" *de una fantasía de deseo homosexual se reacciona, precisamente, con un delirio de persecución de esa clase (...).*

Se refiere a los distintos mecanismos de defensa utilizados. (El destacado es mío).

Esta articulación entre observables y teoría nos sugiere que aparezcan como objeto de estudio de la adolescencia hipótesis de generalización intermedia. Es el caso de la articulación entre mecanismos de defensa y el surgimiento de la genitalidad en esa etapa.

En el análisis de las formaciones sustitutivas, podemos observar que, sobre todo las fantasías, contienen elementos provenientes del conflicto entre el Complejo de Edipo y el Complejo de Castración, además de las fijaciones pregenitales provenientes de las pulsiones parciales oral, anal y fálico uretral. Todo ello constituye el núcleo de lo inconsciente y contiene las investiduras de las primeras elecciones de objeto. A partir de la latencia y en la adolescencia, estos contenidos serán procesados en el preconsciente a través de fantasías, cuya forma de aparición depende de la predominancia de uno u otro mecanismo de defensa, que permite distinguir las distintas estructuras.

Sinteticemos lo expresado en el siguiente cuadro:



En el caso Schreber, Freud postula que se puede encontrar un *deseo* homosexual en muchos sujetos, pero este *deseo* puede ser procesado mediante diferentes *defensas*. Lo que nos interesa, entonces, es investigar por qué en Schreber ese deseo se constituyó en una paranoia (una psicosis, cuya defensa estructurante es la desestima o foíclusión), cuando habría podido terminar en una práctica homosexual (si la defensa estructurante hubiese sido la desmentida), o en una fobia, o en una histeria, es decir, una psiconeurosis (si la defensa estructurante hubiese sido la represión).

Diferencias entre la manifestación y sus representantes psíquicos. Deseos - Formaciones sustitutivas - Fantasías - Síntomas

No siempre los observables nos remiten directamente a una entidad definida por la teoría. Existen procesos que ocurren en la mente que son eficaces, pero no encuentran fácilmente una manifestación relativamente observable, por ejemplo una fantasía. Recordemos que para Freud existen procesos inconscientes que, sólo cuando la mente ha construido una posibilidad de expresión, un preconsciente más desarrollado, logran manifestarse de manera inteligible para nosotros.

Por ejemplo, el incesante deambular de los púberes en la adolescencia temprana nos remite a su deseo de "saber sobre los orígenes", a una nostalgia de la figura paterna como fuente identificatoria. Pese a esta manifestación, estas preguntas no pueden ser formuladas por los púberes en esta etapa, sino posteriormente, cuando el preconsciente se ha enriquecido (adolescencia media).

Durante la adolescencia temprana, el observable es un Yo organizado sobre la base de una lógica cinética (preconsciente cinético). La representación-palabra parece haber sufrido una regresión, en virtud de la cual el código organizador del aparato se degrada, regresa de la palabra a la acción.

Los componentes depresivos característicos de la adolescencia temprana y media femenina suelen expresarse a través de degradaciones lógicas del Yo. La adolescente "no puede ver", "no encuentra" al objeto de deseo, de amor y, en su lugar, regresa a códigos más arcaicos de expresión de los afectos: llorar o comer constituyen una forma de procesar la pérdida de los objetos primarios de amor.

Estos dos ejemplos nos muestran que existen diferentes formas de representar en el preconsciente mociones pulsionales propias de otro sistema, que llamamos inconsciente. Dijimos al comienzo que hay procesos eficaces en la mente que no son asequibles a la observación, sino mediante modos de tramitación psíquica, que van de lo inconsciente a lo preconsciente-consciente. Si la censura les niega el pasaje de un sistema a otro, decimos que las mociones pulsionales están reprimidas. Este es el modelo de la Carta 52 (1896), en el *Proyecto...* (1950a) y en *La Interpretación de los sueño* (1900a). En estos textos, Freud expresa que el aparato psíquico opera con constantes retranscripciones desde el inconciente y sortea la censura que impone como condición una nueva transcripción, un pasaje de un sistema anterior (inconsciente) a otro posterior (preconsciente). En los ejemplos citados, el proceso realizado fue inverso.

A estas formaciones preconscientes Lacan las llamó "formaciones del inconciente" y entre ellas incluyó los sueños, el chiste, el olvido, el lapsus y el síntoma. Ellas

se forman por mecanismos de condensación y desplazamiento, que él llamó "metáfora" y "metonimia". Freud llamó a estas transformaciones, *formaciones sustitutivas*, o *formaciones de compromiso, síntoma, fantasías*. Las formaciones sustitutivas preconscientes provienen de un momento posterior a la constitución del inconsciente reprimido primariamente, luego de efectuarse el clivaje entre aquel y las represiones posteriores.

Estas formaciones secundarias son las formas que adopta un *deseo* reprimido inconsciente para ser admitido en el preconsciente. Son representaciones reprimidas que han sido deformadas por la defensa y constituyen el resultado de un conflicto entre el deseo y la defensa. Clínicamente, se observa que, en tales formaciones, a veces se manifiesta predominantemente el deseo, y otras veces la defensa.

Las *fantasías* son procesos psíquicos no fácilmente accesibles a la observación directa. Por esta razón, el método de Freud incluye el trabajo de investigación a través de materiales clínicos de adultos (construcciones), que permiten acceder a ciertos procesos psíquicos que se mantienen desde la infancia. No siempre las manifestaciones remiten directamente a una estructura determinante, lo cual implica otro problema epistemológico. Esta estructura tiene que ser inferida por una serie de procesos que rompen con la ingenuidad de suponer que aquellos procesos (que luego quedan desfigurados por la censura) se observan más fácilmente en las etapas tempranas del desarrollo que en el adulto. De ahí la importancia de tener un cuerpo teórico que incluya la noción de "construcción", a partir del análisis de adultos o de niños que han accedido a etapas posteriores del desarrollo.

En *La interpretación de los sueños* (1900a), Freud analiza las *fantasías* como formaciones de compromiso y equipara su estructura a la del sueño. Ellas se hallan ligadas al deseo inconsciente, pero su forma de expresión se da mediante la elaboración secundaria. Son altamente organizadas, no son contradictorias y toman las ventajas lógicas del sistema preconsciente, aunque son inconscientes e incapaces de tornarse conscientes. Freud las llamó "retoños del inconsciente" y las comparó a los mestizos: en su conjunto, se parecen a los blancos, pero su color de origen se delata por alguna señal particular. Por esa razón permanecen excluidas de la sociedad (no se hacen conscientes) y no gozan de sus beneficios.

Las fantasías son producciones de escenas organizadas, susceptibles de ser representadas. Constan de un "texto", que tiene sujeto, verbo y predicado. Provienen de restos visuales y auditivos, y constituyen secuencias organizadas de las que el sujeto forma parte.

En el análisis de la fantasía de *Pegan a un niño* (1919e), Freud dice que la frase intermedia que corresponde a la fantasía de "ser golpeado por el padre" es secundaria a una fantasía primaria: "mi padre le pega al niño que yo odio, que es mi hermano".

Por lo tanto, hasta aquí, la frase *Pegan a un niño* tiene ya dos sustituciones. De ella podrán derivarse, a su vez, otras sustituciones, por ejemplo, un deseo sádico de pegar al hermano puede quedar transformado en una sublimación: una persona que estudie o colabore socialmente en la problemática de violencia familiar entre padres e hijos.

La primera transposición de un sustituto, debido a la incapacidad del preconsciente de generar una palabra para investir, suele ser una fantasía masoquista. Esta fantasía colocada como contrainvestidura cae también bajo la represión, y de estas formaciones sustitutivas tendremos transcripciones derivadas. Lo original de este proceso es que no es cerrado, sino que puede quedar continuamente abierto y susceptible de renovaciones permanentes, de formaciones del inconsciente.

Existen *fantasías universales* que son propias del aparato psíquico del adolescente, como la *novela familiar*, la *representación prostituta*, y otras que también retomaremos más adelante.

Freud (1926d) equiparó el *síntoma* a las formaciones sustitutivas, pero no todas las formaciones sustitutivas son síntomas. Una producción literaria, por ejemplo, es una formación sustitutiva de un deseo, pero pertenece al ámbito de la "normalidad".

Los *síntomas* son formaciones sustitutivas secundarias, que a su vez derivan de otras formaciones sustitutivas, que pueden ser transformadas en frases y que son legibles. Es el caso de las neurosis de transferencia, en las que el mecanismo predominante es la represión y el síntoma constituye el retorno de lo reprimido, sólo que para cada neurosis ese retorno adquiere características diferentes.

SEGUNDA PARTE

ADOLESCENCIA TEMPRANA: METAPSICOLOGÍA Y MANIFESTACIONES

5. Metapsicología de la adolescencia temprana

-PARTE I-

La emergencia de la genitalidad y sus transformaciones en el aparato psíquico

Introducción

En este capítulo nos ocuparemos del abordaje metapsicológico en la adolescencia temprana. Como ya explicamos en los capítulos III y IV, cuando nos referimos a la psicología evolutiva psicoanalítica, el desarrollo de este punto lo haremos tomando los parámetros metapsicológicos freudianos. Esto, por lo tanto, nos remite al análisis estructural de cada una de las instancias -Yo, Ello, Superyó-Ideal del Yo- del aparato psíquico. Para tal fin, tomaremos en cuenta aquellas transformaciones que se producen a partir de ese primer momento de organización del aparato, en el que el inconsciente primario se ha constituido y, más especialmente, a partir del término de la latencia.

Cabe aclarar que en este capítulo no desarrollaré ciertos conceptos básicos generales, como la teoría pulsional, del Yo, del Superyó-Ideal del Yo, y sus hipótesis intermedias, como fases de la libido, distintas clases de Yo, pensamiento, defensas, etc., pues todos ellos forman parte de los supuestos teóricos generales. En esta oportunidad tomo algunos aspectos de estos conceptos, y en algunos casos los desarrollo escuetamente, debido a que hacen al tema específico de la Adolescencia Temprana. Para mayor claridad sobre estos temas, remito al lector a los capítulos III y IV, y a la bibliografía general de este libro, en especial los textos freudianos allí seleccionados.

En cuanto a las manifestaciones con las cuales trato de ligar la metapsicología general de la adolescencia que las sustenta, han sido extraídas de la observación cotidiana de adolescentes y/o de entrevistas libres con los mismos.

Los temas a tratar serán entonces: 1) el surgimiento de la pulsión genital, como pulsión esencialmente complejizante, y su integración con las pulsiones parciales; 2) la constitución del Yo desde el punto de vista de las funciones, de las identificaciones, de las representaciones y de los desarrollos de afecto. Dentro de estos ítems abordaré los procesos de pensamiento, las fantasías y la constitución de la espacialidad; 3) el hallazgo de objeto como resultante del encuentro entre pulsiones, Yo, y objeto intrapsíquico y exterior; 4) la constitución del Superyó, Ideal del Yo y distintas representaciones constitutivas del Superyó y su relación con los distintos tipos de preconsciente y representaciones-grupo para esta etapa; y 5) las defensas frente a los deseos incestuosos y los juicios traumatizantes en la adolescencia temprana.

En esta primera parte, desarrollaremos los puntos que se refieren al surgimiento de la pulsión genital y algunos de los puntos correspondientes a las transformaciones del Yo.

1. Surgimiento de la pulsión genital. Sus transformaciones

Alrededor de los 8 o 9 años ocurre un proceso orgánico que tiene fundamental importancia y repercusión para la psiquis: el surgimiento de la pulsión genital. Esta nueva pulsión se manifiesta primero en forma de *tensión sin posibilidad de descarga*, descarga que se encuentra luego, hacia la pubertad, cuando aparecen los caracteres sexuales primarios, menarca y polución (Freud, 1905d).

La aparición de *tensión* en la época de la prepubertad se genera en procesos orgánicos todavía no visibles, como el comienzo del funcionamiento de las glándulas sexuales, descriptas en el capítulo sobre cambios biológicos. La *tensión* que se produce en el organismo se corresponde con un goce no adviniente: todavía no hay posibilidad de descarga orgástica. Por tal razón, este incremento tensional coloca al aparato psíquico, desde un punto de vista económico, frente a una situación traumática. Esta situación traumática parece ser uno de los fundamentos del abandono de la masturbación infantil.

En *Conclusiones, ideas, problemas*, Freud (1941f) dice:

> *(...) Razón última de todas las inhibiciones intelectuales y de trabajo parece ser el onanismo infantil. Pero acaso llega más hondo, no se trata de su inhibición por influjos externos sino de su naturaleza insatisfactoria en sí. Siempre falta algo para el pleno aligeramiento y la satisfacción... y esta pieza faltante, la reacción del orgasmo, se exterioriza en equivalentes en otros ámbitos: ausencias, estallidos*

> *de risas, llantos y quizás otras cosas. La sexualidad infantil ha vuelto a fijar su arquetipo (...).*

En la teoría lacaniana, este ámbito del *cuerpo no significado*, es decir el cuerpo pulsional, corresponde al registro de lo real. En otros términos, podemos decir que el aparato psíquico aún no tiene posibilidades de tramitar el incremento pulsional, ni en el registro de lo imaginario, ni en el registro de lo simbólico. De tal manera, los procesos orgánicos prepuberales colocan al aparato en situación traumática.

En un segundo momento lógico, una transformación de la pulsión en el Yo significará el encuentro de ese Yo con un objeto con el cual gozar. Ese objeto, si bien es reconocido sensorialmente, no implica que ese "plus" energético tenga posibilidad de una descarga adecuada. En lugar del orgasmo, se produce un *goce masoquista*: un espasmo orgánico se sustituye a otro espasmo, el orgasmo. Este *goce masoquista* puede ser de diferentes tipos: "crisis de asco", ataques de furia, accesos de angustia, o de intensa risa, ataque epiléptico, crisis de asma, dolor de cabeza, o de barriga, etc. En el primer momento del surgimiento de la pulsión genital, el aparato psíquico carece de representaciones adecuadas para investir al Yo o al objeto, pues éstas aún no se han constituido. Por tal razón, se trata de manifestaciones que corresponden a transformaciones de la pulsión tanto en representantes orgánicos como afectivos.

Freud (1950a) dice que la pulsión puede procesarse en sus formas más primitivas, como: a) descarga de órgano directa, sin representante psíquico, a través de procesos de descarga somática endógena, b) como desarrollos de afecto, que a su vez pueden ser de descarga, cuantitativos, como angustia difusa, por ejemplo, o como procesos de investidura, por ejemplo, llorar por la ausencia de algún objeto necesitado; y c) como procesos de investiduras de representaciones (como los deseos, que pueden investir al Yo o al objeto).

Durante este primer período, como consecuencia del empuje pulsional, puede ser que luego de la tensión sobrevenga un período de intensa masturbación fálica, o por el contrario, su opuesto, un abandono de la misma por inhibición. Este abandono, ya sea por insatisfacción o por inhibición, llevará a un proceso de investidura, una transformación más compleja en el ámbito de lo psíquico: la constitución de fantasías correspondientes a la fase genital, las que más tarde harán posible el hallazgo de objeto intrapsíquico.

Cuando aparecen los caracteres sexuales primarios, alrededor de los 11 años, la masturbación concreta tendrá posibilidad de descarga: primero, como un mero proceso de descarga, debido al aumento de tensión y sin fantasías, pero más tarde éstas llegarán a ser muy importantes, casi necesarias para el logro del placer. El surgimiento

de la pulsión genital no debe ser entendido como *normatizante* (como regulación de una cantidad), sino complejizante (cualificado), en tanto genera nuevas investiduras y por lo tanto nuevos esfuerzos de trabajo para el aparato psíquico.

En primer lugar, es necesario analizar la articulación entre la pulsión genital y las de autoconservación. En segundo lugar, la articulación entre la primera y las pulsiones parciales. Con respecto al primer caso, examinemos los efectos de esta problemática en la adolescencia temprana. El comienzo de la vida sexual puede traer como consecuencia tanto la posibilidad de embarazo como la promiscuidad y la contracción de enfermedades (esto por supuesto para ambos sexos). El embarazo favorece la investidura narcisista, el deseo de ser amada y evita la angustia del vacío por medio de la fantasía de completud, pero deconstituye las pulsiones de autoconservación y las de la especie por el riesgo del aborto, del SIDA o de la muerte. Con respecto al segundo caso, ¿qué ocurre con la articulación entre la pulsión genital y las pulsiones parciales? ¿Es posible su integración en esta fase? Veamos qué dice Freud al respecto.

En *Esquema de psicoanálisis* (1940a), Freud dice:

> *(...) En las fases tempranas, las diversas pulsiones parciales parten con recíproca independencia a la consecución de placer; en la fase fálica, se tienen los comienzos de una organización que subordina las otras aspiraciones al primado de lo genital y significa el principio del ordenamiento de la aspiración general del placer dentro de la función sexual. La organización plena sólo se alcanza en la pubertad, en una cuarta fase genital. Así queda establecido un estado en que:*
>
> *1) Se conservan muchas investiduras libidinales tempranas;*
>
> *2) otras son acogidas dentro de la función sexual como unos actos preparatorios, de apoyo, cuya satisfacción da por resultado el llamado "placer previo", y*
>
> *3) otras aspiraciones son excluidas de la organización y son por completo sofocadas (reprimidas), o bien experimentan una aplicación diversa dentro del Yo, forman rasgos de carácter, padecen sublimaciones con desplazamiento de meta (...).*

A partir de esta cita, podemos decir que desde nuestra perspectiva de la metapsicología de la adolescencia, lo enunciado por Freud acerca del destino de que pulsiones parciales es, en parte, articularse con la pulsión genital como placer preliminar, es una meta posible a partir de la estructura de la adolescencia tardía, pero no para esta fase. En el punto 3 explica que otra opción posible es que las pulsiones

parciales, a través de formaciones reactivas, se transformen en rasgos de carácter, que aparecerán como virtudes en el Yo. En esos casos, el Superyó amará al Yo en la medida en que éste haya dominado sus pulsiones parciales. Esta transacción psíquica difiere de la sublimación, ya que en ésta sus productos no son modificaciones en el Yo, como en el caso de los rasgos de carácter, sino en la realidad exterior, a partir de una crítica a ciertos valores contenidos en el Superyó, como "palabra de los mayores". Este trabajo psíquico se irá realizando a lo largo de todo el pasaje por la adolescencia.

Por otra parte, en el primer punto aclara que se conservan investiduras libidinales tempranas, lo que significa que uno de los destinos de las pulsiones parciales es mantener su autonomía. En ese caso, se produce en el aparato psíquico un mecanismo que es de capital importancia para la adolescencia: la escisión del Yo. Esta escisión genera un mecanismo de defensa: la desmentida, cuyos efectos explicaremos en este capítulo.

Durante esta fase, la pugna entre pulsiones se encuentra en pleno fragor, como producto de la pulsión parcial insatisfecha, y genera un nuevo lugar en el Yo. En él, el Yo-placer rebelde goza en la transgresión y el desenfreno frente a las normas. Este Yo-placer rebelde, identificado con la pulsión, puede producir en el contexto conductas antisociales como la necesidad de satisfacción del Yo, sin espera y sin cuidado, o conductas autodestructivas. En ese estado de escisión yoica, el Yo-placer cae preso de su propio estado de desenfreno agresivo y/o sexual, y el goce -que es goce en el dolor- puede transformarse de sadismo en masoquismo erógeno o moral, e impone al Yo el surgimiento de fantasías masoquistas que lo atormentan, o de sufrimientos corporales.

Este primer estado ilusorio de puro placer, que es el desenfreno pulsional, se transforma en cultivo de pulsión de muerte y produce un estado permanente de fijación al trauma. En estas condiciones, el Yo no logra ligar la pulsión con nuevas representaciones y genera una continua descarga de afectos displacenteros.

La imposibilidad de integración entre pulsiones es característica de esta etapa. Esta imposibilidad se refleja en varias manifestaciones en el contexto. Por citar algunas: la acción antisocial del adolescente (producto de transformaciones de la pulsión anal); las adicciones frecuentes (transformación de la pulsión oral e intrasomática); el "mal gusto" en las vestimentas, como desorganización del deseo de exhibicionismo; en descargas afectivas, como el asco y la repugnancia (transformación de la pulsión oral y anal); en la furia (transformación anal); en la angustia (transformación fálica).

Las pulsiones sexuales parciales (pares antitéticos) también tienden a satisfacerse autónomamente (sadismo-masoquismo, exhibicionismo-voyeurismo, ambivalencia

formal y de contenido, autoerotismo). Estas manifestaciones muestran que la pulsión genital no ha encontrado aún su objeto exogámico, a través del cual pueda acceder a un tipo de placer más integrado. El encuentro con el objeto comienza a tener resolución psíquica recién en la adolescencia media.

Otra opción que Freud explica como transacciones de la pulsión parcial es lo que llama "exclusión" o represión de la pulsión parcial. ¿Cuál es en este caso el proceso? La exclusión o represión a la que se refiere es la tensión genital. Por efecto de los diques frente a la sexualidad, surge la represión del deseo y el afecto que era placentero se torna displacentero. Su consecuencia es el surgimiento, por ejemplo, de las crisis de asco que funcionan como señal de alarma de la excitación sexual. Un vómito, por ejemplo, resulta una descarga espasmódica, en sustitución del orgasmo. Otros espasmos sustitutos característicos de este momento, como ya explicamos, son los accesos de llanto o risa o furia y a veces, también, los ataques epilépticos. Todos ellos son correlativos de un placer arruinado y sustituido por un síntoma equivalente.

La crisis de asco constituye un rasgo habitual de las histerias, pero también es un síntoma característico de la pubertad femenina. Este desarrollo de afecto constituye: 1) la sustitución de un *dolor psíquico* por la pérdida de un placer parcial especialmente oral y anal: por ejemplo, el gusto de los niños por chupar y oler sus productos (moco, caca) da origen a frases tales como "disgusto", "sinsabor", que hablan de falta de placer en la boca y están unidos a un afecto que es la tristeza; 2) un displacer ligado a la estética, que deriva en juicios, frases, actitudes o vestimentas vinculados con el mal gusto o con un sentimiento agudizado hacia lo "feo". Tanto los juicios y los afectos displacenteros se desplazan a la mirada de su cuerpo crecido en el espejo y, pensar frases como: "¡qué feo, qué asco!". Se traslada así a la nueva imagen corporal y sus productos (menstruación, transpiración, vellosidad), el *dolor psíquico* por el crecimiento y la diferenciación sexual.

La prepubertad y la pubertad conllevan cambios somáticos, tanto morfológicos como fisiológicos. Estos cambios deben ser procesados psíquicamente. Se trata de tramitaciones (trabajos de ligadura) que corresponden a la esfera del Yo, que producirán tanto nuevos desarrollos de afectos como representacionales.

En la joven:

En la adolescente temprana se observa un esfuerzo por elaborar psíquicamente esos cambios corporales a través de "velos": el velo de la fantasía o el "velo" de los ropajes. Son "encantos" que le permiten reelaborar las crisis de asco. Estos intentos a

veces resultan infructuosos, y ese "mal gusto", esa disociación en el vestir o en el andar desgarbado, expresan esa sensación de cuerpo fragmentado que experimentan ante la propia mirada de sí, desidentificada. En términos de Lacan, se trata de un cuerpo desnudo que opera como un objeto "a", desprovisto de significación psíquica y como tal, produce un trauma. Cuando se recubre de identificaciones, este cuerpo desnudo recobra la capacidad de gozar.

Un cuerpo recubierto de identificaciones es, pues, una posibilidad de defensa frente al trauma del cuerpo fragmentado. La identificación con un "falo idealizado", completo, se manifiesta a través de los "encantos de una visión estética o de logros motrices"; la adolescencia temprana privilegia dos tipos de encanto: aquellos ligados a "ser mirada" como un cuadro estético, o los que conforman una imagen de omnipotencia, una conjunción eficaz del movimiento equilibrado.

El anterior sentimiento de displacer ante la fragmentación sufre, entonces, una transformación psíquica, apoyada en algunos caracteres sexuales secundarios, como los pechos o las caderas, o la musculatura armónica. Este "sentimiento de convicción" le permite a la joven cambiar la visión de "ser horrible", por sus "encantos" para seducir a otros. Esos cambios corporales se completan con adornos de todo tipo, desde el cabello hasta la vestimenta (colgantes, pinturas, moños, perfumes), que hacen convertir lo "horroroso" en "encantador".

Algunos materiales clínicos femeninos delatan la resistencia a mostrar o a usar sus genitales. A veces no desean que sus genitales sean vistos o tienen dificultades en la penetración. Son mujeres que han quedado fijadas a la seducción, al juego amoroso ligado a los encantos y a los caracteres sexuales secundarios; en otros términos, a un momento lógico anterior al acto sexual, el de la tensión genital, pero no al de la descarga, en tanto ésta implicaría el uso de sus genitales.

En el joven:

Los varones también sienten aversión y miedo frente al cuerpo de las mujeres y al propio. Por tal razón, los encantos femeninos disminuyen el temor y favorecen la constitución del objeto de deseo. En ellos, los cambios orgánicos también constituyen la base de posteriores procesamientos psíquicos. La pulsión genital aparece entre los ocho y nueve años como tensión sin descarga, situación que conduce a distintos destinos de la pulsión parcial. Igual que en la niña, puede haber una descarga endógena directa, en cuyo caso se producen espasmos de órgano.

Otro tipo de descarga, al igual que en las mujeres, se da a través de los desarrollos de afecto, de asco o de furia. Los de asco se observan en el desagrado ante sus productos seminales, pero también el asco se manifiesta proyectado en el placer por humillar o asustar a las jóvenes, como un modo de volver activo lo sufrido pasivamente. Las crisis de furia derivadas de la pulsión anal son más frecuentes en los varones. Surgen como estallidos (desenfrenos), que concluyen en roturas de objetos, a veces en accidentes, o lastimando el propio cuerpo. La deambulación sin rumbo, las fugas, los aceleramientos, son manifestaciones de esta etapa, son descargas afectivas y motrices que provienen de transformaciones de la pulsión anal primaria y fálica. Derivan del sentimiento de desamparo, "de ser arrojados afuera". Como en otro tiempo lógico fueron las heces, ahora ellos se identifican con su semen, en la sensación de ser arrojados (rechazados).

En la práctica de deportes en grupo (lucha, atletismo, pesas), se observan intentos de dominio de la musculatura estriada, una forma de transformación de la fase anal secundaria. Se intensifican alrededor de los ocho años y perduran a lo largo de toda esta etapa.

En algunos púberes, las manifestaciones de esta erogeneidad anal a causa de los "diques" se manifiestan como rasgos de carácter, en forma de formaciones reactivas. Aparecen como virtudes en el Yo y constituyen una manera de ser amados por el Superyó o por el contexto parental. Estos púberes parecen no sufrir la crisis puberal: el orden, la limpieza, "las buenas costumbres" reinan como cualidades de su carácter. Mientras que lo esperable es que la conducta del púber muestre rasgos de descontrol anal ("malas costumbres", terquedad, suciedad, resistencia a los límites, "malas palabras", placer por descontrolar al otro con sus productos corporales), ellos se dedican a la colección de objetos, marquillas de cigarrillos, jugar al ajedrez o con la PC, con el objeto de controlar con el pensamiento procesos de excitación sexual.

El surgimiento de la pulsión genital -estructurante aunque compleja- coloca a la pulsión fálica como pulsión parcial. A pesar de ello, durante la adolescencia temprana, las pulsiones parciales se manifiestan sin subordinación a la pulsión genital y más aun, en este período la masturbación para ambos sexos es fálica.

Algunos púberes usan los caracteres sexuales secundarios para incrementar "sus encantos" a través de la potencia muscular. Otros, en cambio, a la manera pasivo-femenina, buscan constituir un cuadro estético y ser admirados por las jóvenes por su belleza. Esta actitud puede conducir a una exagerada investidura narcisista del cuerpo, al enamoramiento de su propia imagen, e imposibilitar la salida hacia el hallazgo de objeto. En estos casos, se observa una sobreinvestidura de la vista en forma pasiva:

"el ser mirado" por otros, ya sea por el impacto estético o motor, constituye un placer en sí mismo. Durante esta etapa, la lógica de lo visible como real implica jerarquizar la vestimenta, los adornos, los cortes de cabello, en suma, los "encantos", como contrainvestidura de lo "repugnante", de lo "horroroso".

Algunas manifestaciones patológicas

En algunos adolescentes, generalmente asociado a un contexto familiar no "contenedor", la tramitación de las pulsiones parciales tienen como destino el cuerpo. Son formas de modificar el propio estado de ánimo (de desesperación), o el contexto familiar o social, a costa de dañar el propio cuerpo. En esta gama se encuentran los intentos de suicidio, las adicciones, las perversiones o la investidura de órgano a la manera de las enfermedades somáticas muy observadas en la actualidad. En otros adolescentes, la modificación de un estado afectivo se realiza a través de la modificación del contexto social, por ejemplo, en actos delictivos. En ambos hay un conflicto entre la pulsión de autoconservación y la pulsión sexual, por lo cual la segunda arrasa con la primera y surge el peligro de la autodestrucción: una manifestación de la pulsión de muerte defusionada, vuelta contra el Yo.

2. Constitución del Yo

Abordaremos el estudio del Yo en la adolescencia temprana a través de las cuatro teorías: Yo desde el punto de vista de las funciones, de las identificaciones, de las representaciones y de los desarrollos de afecto, y desde tres estructuras: Yo real primitivo, Yo placer y Yo real definitivo.

Desde el punto de vista del Yo de funciones, veremos las defensas, los juicios y las formas de pensamiento. Desde el punto de vista del Yo de identificaciones, veremos cómo por medio de enlaces afectivos con el objeto estas identificaciones se constituyen en partes del Yo y del Superyó. Desde el punto de vista de las representaciones, veremos las formaciones sustitutivas preconscientes y las fantasías. Todos estos tipos de Yo están acompañados por desarrollos de afecto, como el sentimiento de aniquilación del Yo, la angustia de castración y el sentimiento de culpa. De este modo, analizaremos cómo el surgimiento de la pulsión genital genera en las instan-

cias psíquicas (en el Yo y en el Superyó) nuevas transacciones, formaciones sustitutivas que se manifiestan en el Yo como una complejización del preconsciente.

2.a Pensamiento

Durante la prepubertad, surge un tipo de pensamiento: el de las operaciones concretas, que, según Piaget, corresponde a una lógica más abarcativa. Este tipo de pensamiento permite construir representaciones de mayor complejidad con respecto a la clasificación y a la seriación, que en el momento lógico anterior se limitaban a objetos y a personas del ámbito familiar. Esta lógica provoca efectos en el Yo, en relación con el *juicio* acerca de sus progenitores.

Al surgir clasificaciones concretas más abarcativas, la madre que en la fase fálica era "única" comienza a ser categorizada como una más entre otras mujeres. Esta nueva captación desde el ámbito cognitivo genera en el Yo nuevos juicios, que son traumatizantes. El primero es un *juicio sobre la castración materna*. ¿Qué significa esto? Si el sepultamiento del Complejo de Edipo tiene como una de sus causas la caída de la madre (supuestamente fálica), debido al avance de una lógica perceptual que ahora capta diferencias, en este nuevo momento lógico, la comprensión se realiza por vía de un proceso interno, *un pensamiento*, que es obtenido por deducción. El pensamiento deductivo surge como una consecuencia: dado que la madre es alguien que desea sexualmente al padre, no sólo la coloca como alguien "faltante", sino también "deseante". Surge entonces en su mente el término "prostituta" con un sentido que hasta ese momento no tenía.

Con respecto al padre, la lógica del pensamiento concreto lo coloca en un contexto laboral más abarcador. El juicio de la lógica previa lo colocaba al mismo nivel que "el jefe", "el presidente", "el gerente", "el rey", y era objeto de una idealización jerárquica. En esta misma línea de pensamiento, el niño equiparaba el trabajo al juego. Con este cambio de lógica, el púber reconoce al padre mediante una nueva transcripción psíquica: en una escala laboral que resulta decepcionante, traumática para el Yo. Ya ha advertido que el cuerpo del padre no está regulado por el principio de placer, sino por las leyes del principio de realidad. Este juicio disuelve la identificación primaria con el padre omnipotente y a la vez se desencadena un nuevo juicio: la muerte del padre. Esta muerte se refiere a la muerte psíquica de una investidura objetal. La representación-padre omnipotente de la lógica anterior se ha dejado de investir, y ello produce un sentimiento de culpa por haberlo abandonado. Desde ese

momento, el Superyó del niño se identifica con el Superyó paterno y no con su imagen idealizada (Freud, 1923b).

La identificación con la imagen idealizada del padre, quien, desde la lógica del tiempo anterior era visto como un héroe, se convierte en decepción y reaparece como un deseo hostil, pues el padre ideal también lo ha abandonado. Su consecuencia es el surgimiento del *pensamiento mítico*, que genera nuevas identificaciones con héroes ideales, ajenos al contexto familiar. En esta forma de pensamiento, el púber diferencia entre juego y trabajo, el padre cae del lugar idealizado de la lógica anterior y el hijo distingue entre el padre real y el héroe. El mito es aquí equivalente a una mentira (una desmentida), surge para sostener una idealización de sí por identificación con el héroe. Es un formación transaccional preconsciente que refuta un juicio traumatizante: la muerte del padre.

En el capítulo sobre grupos nos referimos a diferentes tipos de representación-grupo. En ese mismo sentido, existen también distintos tipos de pensamiento. Cada uno supone una organización cada vez más abarcativa y más abstracta y líderes cada vez más alejados del Yo. Todos ellos se generan en la mente del adolescente para sostener su narcisismo. Ellos son: el *pensamiento totémico*, el *pensamiento mítico*, el *pensamiento religioso*, el de las *cosmovisiones* y el *científico* (Freud 1912/3).

En la latencia temprana, aparece el pensamiento totémico; en la prepubertad, el pensamiento mítico; en la pubertad, el religioso y, posteriormente, en la adolescencia media, el de las cosmovisiones. Son formas del *pensar mágico-animista*, que sostienen la omnipotencia del Yo, en la medida en que sostienen la identificación con grupos de tipo totalizante y se esfuerzan por dominar ciertos traumas, especialmente el de la castración materna, que dice: "*Mamá no es la mejor, ni lo tiene todo*"; el de la muerte del padre, que dice: "*Papá no es el más fuerte, ni el más poderoso*"; y el de la muerte individual, que dice: "*Ellos van a morir y Yo también voy a morir*". Ellos provienen del acceso a esta nueva transcripción preconsciente, que supone un aumento de la complejidad del Yo, surgida de la inclusión de nuevas categorías lógicas cognitivas. Los procesos de pensamiento sobre la base de la deducción incluyen enlaces entre ideas *no visibles* que suelen manifestarse a través de la introducción de juegos de ingenio en los grupos de púberes.

Como afirmamos más arriba, el pensamiento deductivo incluye la aceptación del juicio acerca de la castración materna (asumir la diferencia de sexos) y la muerte del padre (desidealizar al padre y al Yo). Este estado psíquico deja al Yo de realidad, desamparado. Una forma de defensa basada en la desmentida de cierta realidad es estructurar ciertos tipos de pensamiento, como los ya enunciados, que permiten la

creación de nuevos ídolos sostenedores de un Yo vulnerable, y con temor a la aniquilación. Pero esta operación psíquica tiene un costo: una escisión en el Yo que genera dos estructuras yoicas coexistentes: la del Yo placer purificado, que sostiene ídolos, y la del Yo real definitivo, que comprende nuevas realidades.

La estructura del Yo placer purificado supone, por un lado, la identificación con un ideal que se constituye como su doble. Con ese ideal establece un vínculo de ser. Por otro, una identificación hostil con el inverso del ideal: lo siniestro. Producto de la idealización parental y la hostilidad proyectada que se puede volver contra el Yo en forma de monstruos que acosan. Este personaje siniestro provoca un desarrollo de afecto que es el temor a la aniquilación del Yo.

Ambos lugares psíquicos, el de ideal y el de lo siniestro, generan en el pensamiento del púber representaciones constitutivas del pensamiento mítico y totémico construidas con productos del acervo cultural.

El adolescente temprano genera representaciones de animales y personajes míticos (el dragón, el monstruo del lago, las brujas, los fantasmas, los príncipes, las princesas, las reinas y los reyes, Sandokán, Robin Hood), y también una mezcla de ambos, hombres-héroes y animales (el Centauro, el Hombre Lobo, el Hombre Araña). Algunas series de televisión condensan esas formaciones preconscientes de personajes míticos (hombre-animal) en personajes extraterrestres. Otro producto preconsciente combinado, proveniente de los contenidos culturales actuales, es el hombre-máquina del cual surgen los robots, la mujer y el hombre biónico, Robocop; o el extremo máximo de deshumanización, como en el caso de Terminator, una máquina con aspecto de humano. También, en la actualidad, hombres mutantes, como el caso de los X-men.

El pensamiento totémico y el mítico articulan un modo particular de expresión de deseos que, por medio de la proyección de lo pulsional en el Yo placer, generan un vínculo particular con el contexto, correspondiente a fases más primitivas de la constitución psíquica. Este tipo de pensamiento, mágico-animista, es una defensa frente al desamparo psíquico y se sostiene en la estructura del Yo-placer y el narcisismo primario. La otra estructura del Yo corresponde al Yo real definitivo. Comprende el mundo cotidiano del adolescente, cuyos personajes no son míticos. Su organización está regida por el principio de realidad y la lógica del pensamiento secundario.

El pensamiento totémico, que surge en la fase fálica (Freud, 1926d), corresponde a un pequeño grupo familia-barrio, y supone la generación de dos espacios psíquicos y exteriores: uno cotidiano y otro sagrado, prohibido, siniestro, donde se encuentra el tótem. El animal, ahora la máquina, es un representante paterno, impone una actitud de respeto, reverencia y temor, y el niño le adjudica cualidades humanas.

El pensamiento mítico implica una separación entre el animal-máquina y el hombre, pero este último posee características de héroe. Supone dos tiempos: el de la gesta heroica, que da cuenta del origen del lider y su grupo, y el de lo cotidiano. Si bien la gesta ocurrió en el pasado, el tiempo del mito constituye un eterno presente, que se sostiene y se renueva en las generaciones posteriores mediante "ritos" o ceremonias. Durante la pubertad, el animal totémico de la latencia cambia de signo en el aparato psíquico y la respetuosidad del joven hacia él se transforma en la búsqueda de vinculación con un animal idealizado, potente y armonioso en sus movimientos. Este animal (el perro, el caballo o la moto, la PC o el auto), que aparece como tótem, posee la significación del contacto con el cuerpo y la pulsión. Se trata de una representación, generada con anterioridad en el preconsciente, que incluye un primer momento de encuentro con el desenfreno de la pulsión y un segundo momento de esfuerzo del Yo por dominar su energía. El púber logra dominarla a través del amor y de la comunicación especial que establece con este objeto.

La sobreinvestidura del animal en el Yo tiene dos causas. La primera está ligada al crecimiento del púber: al alejarse de sus progenitores, sustituye el cariño al objeto perdido (generalmente el padre) por otro similar hacia el animal. La segunda causa se liga a una idealización del animal, como representante pulsional autoerótico, masturbatorio (el perro para acariciar y el caballo para poner entre las piernas).

Este mismo proceso puede establecerse con las máquinas y su deseo de dominarlas.

2.b Fantasías

Las fantasías son un tipo de formaciones sustitutivas, preconscientes. Para Freud, son ramificaciones del inconsciente que han adquirido un alto grado de organización formal, gracias a las leyes del pensamiento preconsciente. Su carácter transaccional permite la puesta en escena de un deseo que no debe llegar necesariamente a la conciencia. Surgen de la articulación de las vivencias personales, del registro visual y auditivo de la palabra de los padres, y también frente a los recuerdos vueltos traumáticos, como una forma de desconocimiento orientada según el principio de placer *(Freud, Carta 52 -Manuscrito L).*

Existen fantasías que se organizan en esquemas de tipo filogenético, universales, que Freud llamó "fantasías originarias". El Complejo de Edipo constituye un estrato de esa fantasía originaria, que luego queda ordenada, a partir de las vivencias que han constituido el inconsciente, como un lenguaje. En la medida en que el preconsciente funciona como un sistema de transformación del inconciente la fantasía se articula con otro modo de producción del pensamiento, el proceso secundario, cuya representación es la palabra.

Las fantasías en esta fase son formas de procesar psíquicamente dos cuestiones: el surgimiento de la tensión genital y los juicios traumatizantes acerca de la castración materna y la muerte del padre.

En el tiempo lógico de la prepubertad, entre la declinación de la latencia y el surgimiento de la tensión genital sin descarga, comienza a constituirse un tipo de representación preconsciente. Esta representación se halla en la línea del hallazgo de objeto. Su desenlace intrapsíquico es una fantasía: la representación, "prostituta".

Una posibilidad del aparato psíquico de efectuar nuevas ligaduras preconscientes es la fantasía. Su tramitación permite cancelar el paréntesis que había impuesto la represión a la investigación sexual infantil. Las fantasías constituyen "un saber" ligado a la sexualidad, que había sido desalojado de la conciencia por obra de la represión. Su creación posibilita el descubrimiento de ciertas palabras referidas al quehacer sexual. Estos nuevos enlaces preconscientes, las fantasías, y el nuevo empuje pulsional, marcan el pasaje de la latencia a la prepubertad. Llevan también la reactivación del Complejo de Edipo positivo y negativo y del Complejo de Castración.

La representación "prostituta" se inviste como objeto de deseo y de identificación, tanto en las niñas como en los varones. Funciona como fantasía de iniciación sexual en ambos sexos, ya que aquella se inscribe como la que tiene "el saber" acerca de la sexualidad. Por otra parte, también condensa hostilidad en el púber, ya que una mujer sexuada remite a la fantasía de infidelidad de la madre hacia el niño, que es abandonado por un tercero.

Para el púber, el nuevo empuje pulsional provoca la nostalgia del objeto incestuoso, al cual ya se había renunciado. Por otro lado, la corriente de sensualidad con la madre ya se había sustituido por la de ternura. Pero este nuevo empuje pulsional es incompatible con la ternura, por lo cual esta contradicción se resuelve con una disociación: la madre tierna y la mujer prostituta. Esto constituye el "complejo de la prostituta". Esta se presenta como un objeto anhelado y a la vez temido, como una expresión de la doble postura del Yo, ante la sexualidad, la fascinación por un lado, y el horror por el otro.

Este nuevo complejo surge en una etapa intermedia entre la investidura del objeto incestuoso y el hallazgo del objeto heterosexual. El nombre genérico "prostituta" inviste a la mujer con un deseo erótico, disociado de la imagen materna, que queda investida con ternura. Para el prepúber, la significación de la palabra "prostituta" va desde la mujer que le despierta deseos eróticos hasta la que comercia con su cuerpo. Puede ser la compañera de colegio que muestra un cuerpo más desarrollado, la que se viste más llamativamente, la que se ríe exageradamente, o la que despierta

la envidia de las otras niñas por sus encantos o por el deseo que provoca en los varones. La representación "prostituta" aparece para ambos sexos, pues la corriente sensual se dirigía hacia la madre, que antes fue objeto de deseo.

En el varón, este conflicto se mantiene escindido: por un lado, la madre tierna, las niñas buenas, asexuadas y, por otro, la "prostituta", la "chica fácil" investida por la corriente sensual.

Para las niñas también ocurre una escisión y una doble identificación. Si la corriente psíquica que predomina es la represión, aparece la identificación con la madre tierna, pero si la corriente que predomina es la desmentida, se identifica con la prostituta. Esta última es aquella niña que se separa del grupo de pares y se acerca a los varones.

Si la represión es excesiva, aparecen síntomas: timidez, obesidad, fobias especialmente. El ideal de la niña tímida es la "prostituta", admirada, deseada y envidiada y, por lo tanto, criticada, ya que hace lo que ella no puede. Por momentos, este objeto idealizado pasa a ser siniestro. La niña tímida, inhibida, que está identificada con una madre asexuada, omnipotente, no deseante, genera una representación fantasmática acerca del hombre como sátiro, monstruo, violador. Se trata de una representación fantasmática que la niña proyecta en el mundo externo y de la cual debe defenderse. En muchas ocasiones lo hace mediante la agorafobia, que la fija al ámbito hogareño de la madre-casa.

Estas representaciones acerca del hombre aparecen como fantasías diurnas o como alucinaciones que son el producto de una proyección de sus propias fantasías. También surgen como acontecimientos o escenas relatados por adolescentes tempranos de ambos sexos, en los que hay un hombre sexuado, perverso, hostil que los persigue. Este hombre habitualmente transita en el ámbito totémico del barrio, en un espacio prohibido y a la vez fascinante y siniestro. Estos relatos pueden entenderse como las fantasías masoquistas pasivas que surgen en la fase fálica y se vuelven eficientes en este momento lógico, y son padecidas por el Yo, pues carece de defensas suficientemente estructuradas frente a los traumas.

En las niñas, estas fantasías aparecen como el temor a ser cortadas, quemadas, arrojadas y violadas. Ellas temen ser arrojadas por su madre en brazos de un violador. En este caso, la violación está ligada a la fantasía masoquista en la cual la niña es pasiva frente al otro sexo y a su propio deseo sexual activo que la desborda. La fantasía de desbordar a un hombre con su excitación y dominarlo o aniquilarlo, como lo haría la prostituta, concluye en fantasía de pasividad: ella es dominada e hipnotizada por otros.

En los varones, esta fantasía masoquista también se vuelve eficiente en la adolescencia temprana. Se manifiesta en conductas fóbicas y en el temor a ser devorado, cortado, arrojado, violado por la madre bruja, fálica o por el padre omnipotente. Si hay predominio de rasgos obsesivos, la fantasía corresponderá al temor de ser azotado, golpeado por la madre o por el padre omnipotente. Pero siempre son fantasías padecidas por el adolescente.

En la fase fálica uretral, el niño no es dueño de su excitación o de su erección. El es activo en su mano, pero pasivo con respecto a su erección. También los púberes tienen exacerbada la meta pasiva, suponen que la excitación viene desde el exterior, los desborda o los quiere ahogar. También necesitan recluirse para salvaguardar los límites del Yo corporal, del cual no se sienten dueños, y lo hacen reuniéndose en grupos del mismo sexo, generalmente a través del deporte, donde la mujer queda excluida.

La fantasía acerca de su pene se corresponde con la bisexualidad aún no resuelta, y generan fantasías pasivas y activas acerca del órgano genital. Las fantasías acerca del tamaño, del volumen, de la posible deformidad, se corresponden con las creencias sobre su masculinidad. Los temores sobre una posible feminización angustian al púber y una sobreinvestidura de los rasgos masculinos suele ser la causa de la angustia.

Muchos púberes que no han logrado aún la mecánica de la masturbación ingurgitan el pene como una expresión de esta identificación pasivo-femenina. Esta identificación incrementa la fantasía de ser tragado, aspirado por una mujer fálica. Ella queda resignificada en la idea de ser una bomba aspirante-expelente. Como en las niñas, aparece una identificación por desplazamiento de la parte inferior (genitales) del cuerpo con la superior (boca). Ejemplos de esta fantasía se observa en los *graffitis* escritos en paredes públicas. Un grupo de adolescentes firmaba en las paredes: "Semen y Sopapa".

La fantasía heroica es otra de las fantasías que se estructura a partir de la prepubertad. Tiene como protagonista a un héroe, a un heroína. Es una transformación que se construye a partir del juicio de la muerte del padre. Como ya explicamos, este juicio es traumatizante, porque el Yo ha accedido a la lógica del pensamiento concreto, que clasifica objetos y personas en categorías más amplias. El padre es ahora visualizado en distintos contextos sociales y laborales, que le permiten al púber captar las diferencias.

Ante la desilusión, el Yo genera una defensa, a través de la creación de una fantasía, la del héroe, que deriva en otras transformaciones. Una de ellas es salvar al padre de la muerte. El Yo ocupa su lugar y así impide la decepción. Otra consiste en

desmentir su origen -tal como ocurre en la *La novela familiar de los neuróticos* (1909c)- para seguir siendo el hijo de un padre poderoso e impedir el sentimiento de desamparo. Otra posibilidad es idealizar otro héroe e identificarse con él. Este héroe puede pertenecer al orden de la realidad concreta o de la fantasía; aparece en el cine, en la música, en la literatura, en los deportes, etcétera.

La amenaza de pérdida del sentimiento de sí mantiene a veces al padre real como ideal, a través de una desmentida acerca de la realidad. Si bien esto le impide crecer, también impide el surgimiento del sentimiento de culpa por desinvestir al padre.

En la *Carta 46* (1896) Freud afirma que a partir de los ocho años ocurre un nuevo desenlace psíquico: una nueva represión arrastra las fantasías al inconsciente. Como sustituto surgen otras, derivadas de las primeras. En el caso del púber, se ligan a la salvación de la prostituta, la salvación de un rey o algún personaje poderoso. Son fantasías que se procesan intrapsíquicamente a través de los productos que ofrece la cultura.

Tanto la fantasía de la prostituta como la del héroe se construyen por el acceso a una nueva lógica de pensamiento, correlativa del surgimiento de la pulsión genital, que impone a las estructuras psíquicas en pugna nuevas transacciones: la del lenguaje erógeno y la del pensamiento.

6. Metapsicología de la adolescencia temprana

-PARTE II-

De los procesos anímicos a la inserción comunitaria

Introducción

En esta segunda parte abordaremos los puntos que se refieren a los procesos anímicos corporales que sustentan las transformaciones espaciales en esta fase; los tipos de vincularidad en el hallazgo de objeto intrapsíquico, que pasan desde la invasión de la pulsión en el Yo hacia el vínculo con el propio cuerpo transformado, y los primeros contactos de ambos sexos en el exterior. También desarrollaremos el tema referido a la inserción comunitaria, tanto vincular como intrapsíquica, y nos detendremos en la construcción de las categorías mentales cada vez más abarcativas de inclusión en los grupos.

Representaciones espaciales

Leyendas inscriptas en las paredes públicas de un barrio, firmadas por grupos de adolescentes que se identifican como "Semen y Sopapa", abren una serie de interrogantes acerca de la relación entre la constitución de la lógica del pensamiento concreto y abstracto, y su relación con las representaciones espaciales y los procesos orgánicos, lógicamente anteriores. Sabemos que el pensamiento abstracto impone al Yo un esfuerzo para procesar ideas y afectos, a través del uso de la palabra escrita o hablada, que se basa en signos y símbolos netamente arbitrarios, cada vez más alejados de las vivencias. El Yo acepta esta imposición en cuanto a la forma, la escritura, pero

si nos remitimos al contenido de estas leyendas y al lugar en que se inscriben, los murales callejeros, delatan su vinculación con la pregenitalidad, debido a las fantasías de ellas derivadas y su apego a los procesos orgánicos.

Las reglas del pensamiento abstracto obligan a la pulsión a inhibir la descarga y efectuar desplazamientos. Resultan siempre traumáticas, pues obligan al púber al abandono de la descarga inmediata, por ejemplo la actividad autoerótica. Freud relata un ejemplo de este tipo de desplazamiento. Un niño que se masturbaba en la escuela, cuando se le impuso dejar de hacerlo, comenzó a pintar desenfrenadamente en su casa.

El pasaje de la sensorialidad de lo corporal a la representación-palabra exige al aparato psíquico una serie de transcripciones por distintos registros intrapsíquicos preconscientes. Estas transcripciones significan transacciones entre las pulsiones y el Yo, y suponen el pasaje por distintos tipos de preconsciente, anteriores a la palabra. Son tipos de preconsciente (cinético, visual) que son característicos de la adolescencia temprana, en los que la noción de espacialidad psíquica se desarrolla en el espacio exterior.

El espacio es una construcción mental basada en el mecanismo de proyección, dice Freud en *Conclusiones, ideas y problemas* (1941f). A partir de la tensión de necesidad, genera siempre un nuevo lugar "fuera". En el lugar donde la descarga es producida, por desplazamiento, se constituye un nuevo espacio psíquico, que va del centro a la periferia del cuerpo, y del sujeto al objeto.

La proyección es un mecanismo que está presente desde el comienzo de la vida. Las experiencias entre el niño y la madre se inscriben en un espacio que está mediado por el esfuerzo visual y táctil para reconocerla y también por el tiempo que resulta del esfuerzo muscular para alcanzarla. Entonces, cobran importancia tanto las sustancias que salen del cuerpo (secreciones nasales, saliva, fonaciones, heces, orina), como las que penetran en el interior del cuerpo (comida, bebida, olores, melodías, imágenes visuales, táctiles). Estos intercambios espaciales se sostienen siempre que exista "otro", que, colocado en espejo, le proporcione un destino y un significado a lo proyectado fuera y le impida perderse. Este es el origen del espacio transicional (Winnicott), construido sobre la base de una elección narcisista. Sólo se transforma en espacio placentero, si le permite alcanzar un sentimiento de sí, al ser sostenido por el objeto. El espacio transicional es aquello con lo que el sujeto se reencuentra afuera y a la vez lo pone en contacto consigo mismo.

También el espacio exterior visual se conforma a partir de sensaciones corporales ligadas a experiencias cenestésicas, cinéticas y táctiles. Se expresan en el acto de expulsión; en la pubertad, del semen y la menstruación. Las impresiones sensoriales

salidas del propio cuerpo cobran sentido a través del código visual. De una experiencia individual interior, pasa a ser compartida a través de la vista. De la misma manera en que el espacio de las sensaciones corporales se construye por la creación del objeto transicional, y el vínculo empático con la madre, durante el primer año de vida el espacio visual exterior también se construye si existe un "otro", un sostén materno que organice lo proyectado para que el sujeto reencuentre su sentimiento de sí.

Durante la infancia, a partir de la fase anal secundaria el espacio del objeto (la representación-cosa) se construye a través del código visual y es recubierto por la palabra, como "nombre de la cosa". Durante la latencia, se hace posible transcribir lo visual exterior, a través de un dibujo, en un papel. Así surgen la expresión gráfica y luego la escritura.

Durante la adolescencia temprana, el púber se encuentra en un estado de indefensión con respecto a los productos de su cuerpo, semejante al de los estadios preedípicos. La necesidad de reinscribir y resignificar las nuevas sensaciones corporales, a través de distintos códigos sensoriales se realizará mediante la ensoñación de figuras parentales que fueron contenedoras en la infancia para lograr el sentimiento de sí.

En este sentido, "Semen y Sopapa" es la transcripción a un código lingüístico de sensaciones corporales puberales, en un espacio público, la calle. Pero a la vez tiene lugar en un barrio, un espacio circunscripto, totémico: el destinatario no es alguien en especial, son todos (no ser visto por nadie y dejar la escritura representante de un ausente, que es vista por todos). Parecería un intento de conjugar lo más íntimo, como es el semen, con lo más público, como es la calle; dicho de otro modo, un intento de conjugar dos espacios que todavía no encuentran transacciones adecuadas.

El preconsciente cinético y visual, como forma de expresión de contenidos inconscientes transformados, da cuenta de cómo el pensamiento abstracto (la escritura, por ejemplo) en esta etapa no responde tanto a procesos sublimatorios, sino a la proyección en el espacio exterior de la sensorialidad y de los desarrollos de afecto.

El diario íntimo, las poesías, las agendas, los mensajes murales, aparecen al final de la adolescencia temprana y están poblados de una mezcla de frases y dibujos que prueban que son transacciones entre la estructura del pensamiento abstracto y un esfuerzo por ser reconocido afuera, a través de las marcas de un doble especular narcisista: la escritura, que aparece grabada ante el temor de ser dado por perdido. Aparentan un deseo de comunicación con el otro, cuando en realidad son un refugio íntimo narcisista y no tanto de comunicación social. Parece haber un deseo del adolescente de reencontrarse, a través de la vista en un espejo con sus propios estados pulsionales y a través de su lectura.

En síntesis, en la adolescencia temprana, hay una articulación de las leyes del pensamiento abstracto -correspondientes a un preconsciente verbal y al Yo real definitivo, articulados con otros preconscientes, cinético y visual, lógicamente anteriores y coincidentes con la estructura del Yo-placer- con una representación espacial -derivada de la fase anal primaria y fálica, para los varones, y anal retentiva, para las niñas. Esto último surge de observar que con mayor frecuencia los varones realizan inscripciones en las paredes, siguiendo la dirección de su biología (el chorro de orina en la infancia), mientras que las niñas guardan su diario como sus secretos (menstruación, sus hijos). En otros términos, el adentro es un espacio femenino y el afuera, más masculino. La pulsión genital inviste a un Yo narcisista que se proyecta y se reencuentra, por identificación, en un espacio exterior que también es "Yo", a través de "lo que salió de mí".

Defensas

Hemos explicado en capítulos anteriores que el aparato psíquico tiene formas de defenderse frente a juicios fundamentales referidos a la muerte y la sexualidad; generando distintas corrientes psíquicas en el Yo: la desmentida, la desestima, la represión y la identificación secundaria.

Todas estas defensas le otorgan *forma* a las transformaciones preconscientes, que a su vez derivan de las fantasías, y defienden al Yo cada vez que aparece una situación desestructurante. Por ejemplo, si el Yo se pone del lado de la pulsión, la defensa será contra el Yo de realidad definitivo, y así surgen la desmentida y la desestimación. Ambas coinciden con respecto a la ubicación del Yo de realidad definitivo (desautorizándolo), pero difieren en el destino que le dan al sector psíquico que representa la realidad.

En la *desmentida* hay un intento de renegación de un *juicio*, llamado por Freud *juicio de existencia*, proveniente de una percepción y, luego, de un proceso de deducción, en cambio, en la desestima, estos *juicios de existencia* no se constituyen o son abolidos, desestructurados.

La oposición a un *juicio de existencia* es común a ambos mecanismos, pero esa oposición se realiza de manera diferente. La desmentida tratará de refutar el juicio de varias formas, pero siempre colocando "algo" en la realidad y en su lugar; puede ser un argumento, una acción, un objeto, que evite el encuentro con la realidad frustrante. En cambio, la desestima tratará de aniquilar esa realidad, que amenaza con desestructurarlo, aniquilando al que emite los juicios, y el que emite los juicios

puede ser parte de sí, el aparato perceptivo, o el conocimiento, por ejemplo. En cambio, si el Yo se pone del lado de la realidad, construye defensas contra la pulsión. Este es el terreno de la represión, la identificación secundaria y la sublimación. Aun así ellas también difieren en el destino que les dan a los derivados de la pulsión.

En la *represión*, se forma un territorio extraño al dominio del Yo real definitivo, que es excluido pero que regresa deformado, en forma de síntomas, o fantasías, por ejemplo. En la *identificación secundaria*, los deseos se transforman en una nueva estructura, el Superyó, a través de la identificación, pero también pueden poblar al Yo, enriqueciéndolo. En la *sublimación* se realizan los deseos, pero con un cambio de meta y de objeto, con valor social.

Las defensas imponen *formaciones sustitutivas* y son una expresión de las distintas corrientes psíquicas en pugna en el Yo. Algunas pertenecen al Yo de placer purificado y otras al Yo real definitivo. En la adolescencia temprana se construyen fantasías provenientes del Yo de placer, tal como explicamos en el apartado sobre *Fantasía* (fantasía de prostitución, la novela familiar, etc.). Lo importante que aquí agregamos es que la forma está dada por las defensas ante recuerdos que se han vuelto traumáticos (el caso Emma, Freud 1950a, pág. 400).

Con la aparición del *juicio de existencia*, opuesto al *juicio de atribución* proveniente del Yo placer, con respecto a mantener a la madre como omnipotente, el Yo realiza una operación fundamental: la escisión. Un Yo se regirá por el principio de realidad y el juicio de existencia, por lo cual el mecanismo de defensa puede ser la represión. El otro Yo, que desmiente la realidad, el que dice: *"no es cierto"*, sustituye "la falta" colocando "algo" en su lugar: puede ser una parte del cuerpo, una idea u otra cosa, con el objeto de sostener la idealización de una madre y, luego, de un padre completos. Esta corriente psíquica es la que habitualmente aparece como predominante en la adolescencia temprana. Es por esta razón que alrededor de los 14 años aumentan las consultas adolescentes. Es un momento en que el Yo de realidad tiende a refutarse y hasta abolirse, y emerge lo pulsional, sin transformación psíquica, es decir, sin formas sustitutivas que eviten el pasaje directo a la acción. Es justamente por este proceso de abolición de la realidad que se pone en peligro la autoconservación y aparecen conductas impulsivas, tales como las adicciones, las perversiones y las situaciones antisociales.

Freud describió otros *tipos de desmentida*, que son lógicamente posteriores a la fase fálica, y que aparecen en el aparato psíquico cuando este ya ha adquirido un grado de complejidad. Son posteriores a la aparición de la represión, e intentan desmentir la muerte del padre. Estos juicios refutados ya no son derivados de la percepción, sino de la *deducción*, es decir, de un proceso de pensamiento. Por esta razón, esta defensa, desde un punto de vista lógico, no podría predominar más allá de

la adolescencia media, porque supondría arrasar con la lógica del pensar secundario concreto y abstracto.

El *juicio de existencia* resulta traumático, ya que se produce como consecuencia del acceso a nuevas formas de organización del aparato psíquico más complejas. Por lo tanto, el crecimiento da el acceso a estas formas de pensamiento. Son una necesidad de la vida psíquica y siempre su consecuencia posterior es el logro de un mayor nivel de abstracción. La desmentida frente a la muerte del padre aparece para evitar el sentimiento de culpa y el temor a ser abandonado. Su desplazamiento desde el padre real ayuda al encuentro de ideales con los cuales el Yo se identifica.

Veamos un ejemplo cuando este proceso no se cumple. Un adolescente de 14 años, que llamaremos Julio, se presenta a la consulta, traído por su madre, porque no quiere continuar los estudios. Ya ha repetido primer año y amenaza con hacerlo otra vez. Julio dice que no necesita ningún psicólogo, "que todo está bien" y que lo único que quiere es "dejar de estudiar y comenzar a trabajar", que el padre le dice "que haga lo que quiera". La madre, en cambio, dice que Julio anda con malas amistades, que lo llevó la policía porque andaba con drogas y que teme por su futuro. Julio se apoya en el juicio de su padre, que si bien coincide con su Yo de placer, lo arroja a un lugar de desamparo psíquico. Es un padre traumatizante, que no le genera preguntas, no lo impulsa a un pensar deductivo, por ejemplo: ¿qué hará si no estudia, en un futuro inmediato y sobre todo mediato? Julio no complejiza su pensamiento, se atiene a una "inercia psíquica", aceptando su muerte para que su padre viva, se sostenga como su ideal (aunque sea fugaz).

Otro ejemplo: hay adolescentes que no pueden acceder a la sexualidad, ya que ello significaría romper la fidelidad al padre pues tienen temor de que éste se muera. A esta fantasía contribuye la madre, que actúa como Superyó materno, poniendo al padre como argumento para que la hija no disfrute: "si tu padre se entera..." dice la madre, y esta situación puede derivar en frigidez, esterilidad, inhibición o culpa. En cuanto al hijo adolescente, el Superyó paterno también diría "si tu madre se entera..."; entonces el hijo siente culpa o temor, y ello puede derivar en diversas problemáticas sexuales como impotencia, homosexualidad, en una personalidad donjuanesca o en la decisión de no tener hijos, pero siempre fiel, por culpa, a su propia madre, lo que también constituye una forma de sometimiento al padre.

Todo intento de elaboración que pretenda desmentir tanto la castración materna como la muerte del padre se realiza a costa de entregar algo de sí, algo del propio crecimiento, algo de la propia sexualidad, del acceso al conocimiento, en general, algo de la propia vida psíquica, y ello significa simbólicamente la castración o la muerte del Yo.

La *desestima* supone también la escisión del Yo y la sustitución. En ella, la parte del Yo que sostiene el juicio de realidad resulta desorganizada o abolida, sólo se mantiene el Yo-placer purificado como estructura arrogante, narcisista, que es proyectada fuera del Yo y de la cual el mismo Yo es víctima pasiva. El juicio de realidad ha sido sustituido por alucinaciones, delirios o autorreproches. La identificación primaria con el Yo-placer triunfante (como en la desmentida) se ha disuelto. Por ejemplo, en el caso de Julio, la desmentida se sostenía desde el padre; Julio siente que ha triunfado sobre su madre y sobre aquello que lo desestructuraba, pero este triunfo es a costa del "no saber", del desconocimiento. En la *desestima*, la expulsión (proyección) de ese Yo placer pasa, de esta manera, a ser exterior y hostil al propio Yo.

Este mecanismo pertenece a la estructura psicótica y constituye una forma de desmentir la realidad exterior, *pero en la pubertad aparece formando parte de las estructuras histéricas o fóbicas, en forma de alucinaciones.* Se trata de momentos psicóticos y sólo de momentos, en los que hay un fracaso de la represión y aparece un predominio de un proceso proyectivo, bajo la forma de alucinaciones o minidelirios, por medio de los cuales se desestima la realidad exterior.

Este proceso tiene dos causas. La primera proviene del complejo de Edipo y la culpa consecuente frente a la muerte de las figuras parentales. La segunda, de un proceso evolutivo. La emergencia de la pulsión genital desorganiza al Yo y éste se encuentra carente de experiencias cenestésicas, cinéticas, táctiles, visuales, como para organizar la representación-cuerpo y la representación-cosa. Durante toda la adolescencia, será una exigencia de trabajo para el aparato psíquico tener que dar forma al hallazgo de objeto exogámico: primero intrapsíquicamente, a través de la masturbación, con fantasías, y luego en el exterior, a través de los vínculos con el otro sexo.

Freud (1895b), en el historial de *Ana O.*, relata que después de la muerte del padre comenzó a tener alucinaciones. Cuenta que en una ocasión se miró al espejo y vio una calavera, en lugar de su rostro. En general, en la pubertad, los varones y las niñas generan este tipo de alucinaciones o minidelirios alrededor de hombres y mujeres sádicos, muertos que regresan para matar, perversos sexuales o monstruos que los persiguen, que buscan su muerte y de los que se sienten víctimas. Un ejemplo de ello es el éxito y la atracción que en todos los tiempos, y con distintos personajes, ha tenido para los púberes este tipo de producción artística, sobre todo cinematográfica. La seguidilla de películas como las de Freddy Krugger, Pesadilla I, II, etc., las de Frankestein, Drácula y los numerosos vampiros sucesores, constituyen lugares psíquicos donde les es posible proyectar un mundo interior poblado de figuras que los aterrorizan.

Durante este mismo período, aparece la *desestima por el juicio*, en las pseudo-sorderas o pseudo-cegueras, que no oponen un juicio como defensa sino que anulan la percepción. Freud, en *Neurosis y Psicosis (1924b)* y en *La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis* (1924e), dice que la primera alucinación que hay que investigar es la *alucinación negativa*, es decir, cuando el Yo no percibe aquello que debió percibir. Ensordecimientos y enceguecimientos, debido a que la mente está ocupada por procesos internos, provocados por los cambios corporales y su desidentificación con el Yo infantil, que producen fantasías diurnas, temores, pesadillas, cuya defensa es la desestima de la realidad. En esta ocasión, el Yo del púber padece, es víctima de otro Yo de placer, omnipotente, hostil, proyectado como en el caso de las películas de terror y que retorna desde el exterior. Recordemos que el cuerpo es exterior al aparato en tanto el púber todavía no se ha hecho dueño de él, no lo domina.

Este tipo de desestima debemos considerarla ocasional, un producto de un período evolutivo. En la medida en que el preconsciente se va desarrollando y encuentra transacciones entre la pulsión y la realidad, esta defensa tiende a desaparecer.

En cuanto a la *represión*, existe una represión primordial, ya sepultada, que es consecuencia de los desenlaces del complejo de Edipo. En la adolescencia temprana, nos referiremos específicamente a las represiones secundarias y las trabajaremos en función de los destinos de las pulsiones parciales, que desde el comienzo y durante toda esta fase no están aún reprimidas.

La *represión* opera aquí contra los deseos incestuosos y la formación de fantasías actúa defensivamente como contrainvestidura. Por ejemplo, la *fantasía de prostitución* funciona como defensa del deseo incestuoso con la madre. El Yo reprime el deseo y lo sustituye por la fantasía, que emite juicios acerca de las mujeres: "Ellas son prostitutas, menos mi propia madre". También, como consecuencia de la represión de los deseos incestuosos, aparece *la fantasía de salvación de un personaje importante por un héroe*. Esta comporta un valor defensivo frente a la muerte del padre. El padre es salvado por el hijo-héroe, y esta operación satisface el sentimiento de culpa generado por el Superyó frente a su abandono del padre como ideal.

Finalmente, diremos que una tarea que el aparato psíquico debe realizar es el esfuerzo por transformar la satisfacción de las pulsiones parciales no integradas, pues durante este período tienden a satisfacerse directamente sin tramitación psíquica, como antes explicamos, a través de la droga, los trastornos de la alimentación, la violencia, y siempre a costa del padecimiento del Yo que no puede dominarlas.

3. Hallazgo de objeto heterosexual

De acuerdo con las tres subfases que planteamos para esta etapa, encontramos distintos tipos de vínculos con el objeto con el cual se goza y distintos tipos de erogeneidad. Estos últimos van desde la descarga de tensión de tipo cuantitativo, sin objeto, pasando por el autoerotismo, el narcisismo, la investidura de objeto intrapsíquico y la investidura de objeto exogámico, con sus múltiples complejidades para el aparato.

El hallazgo de objeto exterior constituye uno de los signos que indica el tiempo lógico de pasaje a la adolescencia media. El tiempo cronológico se da entre los 15 y los 16 años.

En la adolescencia, este tema cobra particular importancia, ya que además de un proceso intrapsíquico y vincular, por el cual el sujeto se transforma en sujeto de deseo, la necesidad de salir de la endogamia lo transforma en sujeto de la cultura.

Masturbación en la fase prepuberal

En este sentido, hemos visto cómo algunas de las manifestaciones (ataques epilépticos, crisis de furia, accesos de angustia con disneas, crisis de asma, dolores de cabeza, espasmos intestinales) son modos de descarga espasmódicos, que no forman parte de la representación psíquica del cuerpo, sino que son descargas por vía endógena intrasomática, que reemplazan el orgasmo.

También vimos cómo en un segundo momento el objeto con el que se goza es reconocido por el Yo y comienza a formar parte de la representación-cuerpo, en la medida en que la sensualidad encuentra un correlato sensorial, la periferia corporal, a través de movimientos rítmicos. Pero este estado de goce produce una situación traumática: la pulsión genital carece de representaciones adecuadas para ligar la pulsión.

El encuentro del Yo prepuberal con este goce lo coloca en el lugar pasivo y genera desarrollos de afecto como "crisis de asco", "estados de enojo", "mal humor", "ataques de risa", "cambios rápidos de humor", "tristeza".

En parte, este tema lo hemos tratado en el apartado sobre fantasías. En esta ocasión, lo veremos enfocándolo desde el hallazgo. Habíamos dicho que durante la declinación del Complejo de Edipo, la masturbación de la fase fálica fue cesando progresivamente. Alrededor de los ocho años, Freud (*Carta 46, 1896* pág. 269) dice que se produce una nueva represión. Paralelamente a la descarga espasmódica del

monto de excitación, la pulsión genital remueve mociones de afecto ligadas a la investidura de objeto incestuoso del complejo de Edipo. Esta reinvestidura coloca al Yo frente a recuerdos que se han vuelto traumáticos y, como defensa ante ellos, se construyen fantasías, formaciones sustitutivas correspondientes a los deseos edípicos reprimidos. Una de ellas -como dijimos- es la "fantasía de prostitución", ligada al hallazgo de objeto intrapsíquico.

La *corriente sensual* hacia la madre había sido trabajosamente dominada por el aparato psíquico y había dado paso a la *corriente tierna*, como forma del Yo de buscar una transacción psíquica que le impida llegar al trauma. Para tal fin, divide el objeto amoroso en dos corrientes: una tierna, que permanece ligada a la madre, y otra sensual que se desvía hacia otras mujeres. Ambos sexos generan la palabra "prostituta" con un mismo sentido sexuado, sentido que los conduce a una situación traumática, ambivalente. En el varón, por el temor y el deseo a ser desbordado por la excitación que el objeto le produce, y en las niñas, por las mismas razones, pero por la vía de la identificación.

Masturbación en la fase puberal

La aparición de los caracteres sexuales primarios sobreinviste la zona genital que comienza a concentrar la excitación y la posibilidad de descarga orgástica. Aparece el autoerotismo genital, en la medida en que el Yo ha podido ligar la tensión endógena con la zona erógena, periférica. Este encuentro tiene dos ritmos que tienen que producir un encuentro posible: el de las tensiones del interior y el ritmo exterior, producido por la propia mano, lo cual supone que el *Yo se haga dueño de las partes de su propio cuerpo* y salga de la situación pasiva frente a la excitación. Si esta situación es placentera, inscribe huellas mnémicas asociadas entre sí, con tendencia a repetirse. Esta experiencia tiene como soporte otra anterior, reprimida, primaria, producto de la unión con el pecho de la madre. Más tarde se relacionará con la investidura del objeto incestuoso -que por tal razón seguirá siendo conflictiva- y obligará al Yo a buscar otra salida que no sea la masturbación.

La masturbación puberal genera nuevas sensaciones en la zona erógena, en virtud del logro del orgasmo. Genera un objeto parcial, que está en su propio cuerpo. En este sentido, promueve nuevas representaciones-Yo, en tanto las experiencias cenestésicas, táctiles, cinéticas y visuales, le permiten hacerse dueño de su sensorialidad y enriquecen las representaciones del cuerpo en el Yo.

La masturbación cumple una función integradora: trata de encontrar un unificador corporal que dé significación al Yo y mantenga el sentimiento de sí.

Durante la pubertad, los cambios orgánicos primarios y secundarios y el empuje pulsional genital hacen que la representación-Yo corporal de la latencia entre en caos. Se produce un estallido de la imagen corporal y la fantasía subyacente es la de cuerpo fragmentado. Aparecen temores hipocondríacos, con respecto a las posibles deformaciones corporales. En tanto el cuerpo significado de la infancia formaba parte de la representación-Yo, este cuerpo actual "estallado" también hace estallar la representación-Yo, que trae como consecuencia desarrollos de afecto especiales, entre ellos, los de despersonalización y extrañamiento.

La imagen corporal sufre también un colapso y se pierden los límites de la corporeidad y del espacio, el adentro-afuera queda deconstituido. Es en este contexto en que el autoerotismo fálico de la pubertad cobra importancia fundamental, pues logra reunir las sensaciones difusas -provenientes de distintos códigos corporales- en una zona donde obtiene la descarga de la tensión placentera. En consecuencia, disminuye la ansiedad confusional de un Yo desorganizado.

Si la masturbación es acompañada por fantasías que provienen de deseos incestuosos reprimidos, provoca sentimientos de culpa desde el Superyó. Si a estos sentimientos les agregamos la insatisfacción que la masturbación comporta, entendemos porque ella es abandonada progresivamente. Pero si tiende a fijarse, consolidará derivados de las pulsiones pregenitales, que pueden perpetuarse al servicio de desmentir la castración materna y la diferencia de sexos. En este caso, la desmentida puede sustentar desenlaces del hallazgo de objeto de la gama de las perversiones, adicciones, caracteropatías narcisistas, mientras que las fantasías derivadas del Complejo de Edipo fijan patológicamente una estructura neurótica y deseos infantiles.

De tal manera, ubicamos *dos sentidos* en cuanto a la *masturbación* puberal: uno *progresivo*, que tiende a unificar representaciones-Yo corporales y otro *regresivo*, que consolida, por las fantasías subyacentes, posiciones patológicas en relación con el hallazgo de objeto heterosexual.

En las niñas, este problema es más complicado, pues sus órganos sexuales no posibilitan la inscripción de un código visual que dé cuenta de la representación-Yo corporal, aunque con el acceso al pensamiento abstracto, ella puede construir la representación-vagina. Sin embargo, deberá esperar a la iniciación sexual heterosexual, que le permitirá investir cenestésicamente, primero, la vagina, y luego, el embarazo. Así, desde el interior cenestésico y en virtud del encuentro con el objeto heterosexual, logrará una cierta completud psíquica, que posibilitará por fin una representación-Yo corporal adecuada.

Mientras tanto, la masturbación, en tanto organizadora de la representación-cuerpo es tan insatisfactoria como para el varón. En esta etapa, al igual que en la fase

fálica, su cuerpo quedará reordenado a través de la "palabra de los mayores", en función de un futuro posible, tal como dice Freud cuando alude a que la fantasía se organiza a partir de la palabra de los padres (*Carta 61 y Manuscrito L.*, (1897) págs. 288-9)

La niña se llena de "encantos", como forma de desmentir su supuesta falta en el cuerpo y de seducir con la finalidad de ser amada.

Asimismo, la masturbación constituye un triunfo narcisista en el Yo: contiene fantasías de aniquilación, del vínculo de identificación y de dependencia parental. Es una fantasía sádica, que posteriormente revertirá desde el Superyó hacia una posición masoquista en el Yo, en forma de sentimiento de culpa.

Entre la masturbación y las fantasías, un hallazgo de objeto posible

En cuanto a las fantasías que acompañan a la masturbación, podemos decir que aparecen como procesamientos preconscientes, formaciones sustitutivas, derivadas de recuerdos y deseos reprimidos, tanto edípicos como preedípicos. Por lo tanto, contienen componentes derivados de las pulsiones pregenitales que aún no se han sintetizado en placer preliminar. En los varones, estas fantasías tienen como soporte imágenes visuales, tales como fotos, láminas de mujeres desnudas, imágenes del coito, pornografía, una chica que le gusta. Para las niñas no difiere esencialmente, salvo que se incluirá la foto del hombre de sus sueños, por vía del enamoramiento del amor.

Así como en un momento lógico anterior la mano se unió con los genitales para procurar el placer (autoerotismo) y la descarga, ahora el joven liga su excitación con una imagen, surgida del contexto real, a la que inviste narcisísticamente.

Las pulsiones parciales imponen su polaridad ambivalente a los vínculos narcisistas. Ellos establecen un doble vínculo: por un lado, con un ideal cuyo destino será mantener el sentimiento de sí e impedir que surja la aniquilación del Yo, un doble siniestro con el cual se establece una investidura hostil. Este doble siniestro reaparece desde un exterior proyectado y genera preocupaciones hipocondríacas de deformidad corporal o fantasías de persecución.

Otra forma de tramitar los vínculos narcisistas es a través del vínculo que el Yo-placer establece con un animal. Son, como ya dijimos, los de un doble ideal, garante de potencia y armonía. El púber se vincula con él (un perro, un caballo u otros animales más exóticos) en un intento de dar forma a sus pulsiones. Otras veces significan el tierno cuidado, como una forma de insertarse en la cultura por medio del

amor. Otra causa por la que el púber desea establecer un vínculo con el animal está ligada al deseo de investigar el problema de los orígenes y el rol del padre. La idealización del animal indómito expresa la fantasía de triunfo que acompaña a la masturbación, por la cual se manifiesta el deseo edípico reprimido. En la elección del animal, también se expresa la lucha por someter o dar rienda suelta a las pulsiones parciales autoeróticas, como intento de unificación pulsional genital.

Hacia el final de la adolescencia temprana, los cambios corporales ya se han realizado y el Yo, tras repetidos esfuerzos, ha logrado sintetizar una nueva imagen corporal, a través de vínculos autoeróticos y narcisistas. En ese momento aparecen dos tipos de investidura con el objeto. Uno de ellos es "el amigo íntimo" y el otro, los primeros intentos de elección de objeto heterosexual. Ambos constituyen modos de insertarse en la cultura, a través de vínculos sociales y sexuales, aún narcisistas.

El primero, "el amigo íntimo", es el doble especular idealizado, una imagen anticipada de "lo que quisiera ser", y es por eso que muchas veces ocupa el lugar psíquico del iniciador laboral o sexual. Son intentos de desinvestir la figura parental del mismo sexo para procesar los vínculos edípicos negativos y positivos. La idealización de alguien exterior al núcleo familiar permite elaborar la investidura hostil con los modelos parentales y la elaboración de los vínculos pasivos homosexuales, frente al padre ideal o a la madre fálica. Las vicisitudes de la tramitación, especialmente de los vínculos homosexuales y luego los heterosexuales, abarcan toda la adolescencia. De su elaboración, dependerán los desenlaces en la adolescencia tardía: la constitución de una estructura psíquica definida y la entrada en la cultura de los adultos.

La problemática del adolescente temprano está centrada fundamentalmente en los cambios corporales, el autoerotismo y el narcisismo. Requiere de la creación de un *espacio transicional* y un tiempo transicional para que el joven vaya reconociendo "lo que sale de sí" para constituirse en sujeto. Por tal razón, no es el espacio ni un tiempo adecuado para el inicio de la vida sexual genital; es necesario saber "quién soy Yo", para poder estar con "otro".

Sin embargo, se observan adolescentes que comienzan sus primeras experiencias en esta etapa. Estos intentos de genitalidad temprana constituyen una huida defensiva de la problemática narcisista homosexual y edípica, y siempre coinciden con un contexto patológico. Son mecanismos de obturación de los procesamientos psíquicos preconscientes, que requieren de un tiempo para la organización de la palabra. En estos casos, se procesa patológicamente la pregenitalidad a través de la genitalidad, y aparecen conductas de "acting-out", o de pasaje al acto.

Constitución del Superyó-ideal del Yo en la adolescencia temprana

Freud (1918b) distingue dos orígenes para el pensar: uno, inconsciente y propio de la especie, y otro, correspondiente a la cultura.

El pensar cultural se introduce en el Yo mediante un imperativo categórico, es decir, bajo la forma de una orden, una frase constitutiva del Superyó, que el Yo debe cumplir. Los imperativos categóricos, son órdenes de carácter universal, cuyas razones no son explicitadas, pues es imposible que el Yo las entienda (Freud, 1923b). Cuando los procesos intelectuales se organizan en complejidades más abstractas, el Yo, por un enriquecimiento psíquico, las comprende, y es en ese momento cuando dejan de ser imperativos categóricos.

Estos imperativos provienen de frases emitidas primero por la familia y que más tarde son atribuidas a figuras más distantes, desde personajes idealizados, reales, hasta la palabra escrita. De manera que los valores e ideales que están contenidos en el Superyó-ideal del Yo pueden ser estudiados desde la desinvestidura pulsional, que tiene lugar en la latencia cuando los deseos edípicos se transforman en identificaciones en el Superyó. Estas identificaciones conducen a la producción de imperativos categóricos ligados a los padres. Por un proceso de transformaciones psíquicas, estos imperativos categóricos, primero ligados a figuras objetivas, se vuelven más abstractos y conducen a la formación de valores, como la verdad, el amor, la justicia, la belleza, la dignidad, etcétera.

A partir de algunas ideas de Freud en *Tótem y Tabú* (1912-13) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939a) podemos discriminar distintos tipos de Superyó-ideal del Yo lógicamente sucesivos: totémico, mítico, religioso, de las cosmovisiones y científico, de los cuales derivan distintos tipos de preconsciente y representaciones-grupo. Estos tipos de grupos y Superyó dependen de la forma en que se han realizado los intercambios sociales en la historia de la humanidad, desde los clanes hasta la más abarcativa unificación social (la sociedad occidental, por ejemplo).

Los distintos tipos de Superyó -excepto el científico- tienen un origen mágico-animista. Derivan de la omnipotencia del Yo-placer, identificado con lo pulsional, y de la estructura correspondiente al Yo-ideal infantil, narcisista y omnipotente, que luego se transforma en Ideal del Yo. Esta transformación tiene lugar en la medida en que la investidura narcisista del Yo pasa al ideal y se constituye en valores. Según la hipótesis freudiana, todos ellos son posteriores a la "horda primitiva", y son las formas en que se fue instaurando en la humanidad la "alianza fraterna", luego del parricidio e instalada ya la exogamia. En el caso de la organización totémica, el desplazamiento se realiza hacia un animal. Dice Freud (1921, pág. 128):

(...) Cierta vez esta mayoría se juntó, lo mató y lo despedazó. Ninguno de los miembros de esta masa triunfante pudo ocupar su lugar o, cuando alguno lo consiguió, se renovaron las luchas, hasta que advirtieron que todos ellos debían renunciar a la herencia del padre. Formaron entonces la hermandad totémica, en la que todos gozaban de iguales derechos y estaban ligados por las prohibiciones totémicas, destinadas a preservar y expiar la memoria del asesinato (...).

En el caso de la organización mítica, el desplazamiento es hacia un héroe. Dice Freud (1921c, págs. 128-9):

(...) Fue tal vez por esa época que la privación añorante movió a un individuo a separarse de la masa y asumir el papel del padre. El que lo hizo fue el primer poeta épico, y ese progreso se consumó en su fantasía. El poeta presentó la realidad bajo una luz mentirosa, en el sentido de su añoranza. Inventó el mito heroico. Héroe fue el que había matado, él solo al padre (el que en el mito aparecía todavía como monstruo totémico). Así como el padre había sido el primer ideal del hijo varón, ahora el poeta creaba el primer ideal del Yo en el héroe que quiso sustituir al padre. El antecedente del héroe fue ofrecido, probablemente, por el hijo menor, el preferido de la madre, a quien ella había protegido de los celos paternos y en los tiempos de la horda primordial se había convertido en el sucesor del padre(...).

En el caso de una religión, a un Dios (1927c, pág. 30).

(...) Creo que hemos preparado suficientemente la respuesta a ambas preguntas. La obtendremos atendiendo a la génesis psíquica de las representaciones religiosas. Estas que se proclaman enseñanzas no son decantaciones de la experiencia ni resultados finales del pensar; son ilusiones, *cumplimientos de los deseos más antiguos, más intensos, más urgentes de la humanidad. Ya sabemos que la impresión terrorífica que provoca al niño* (y al adolescente) *su desvalimiento ha despertado la necesidad de protección -protección por amor- proveída por el padre; y el conocimiento de que ese desamparo duraría toda la vida causó la creencia en que existía un padre, pero uno mucho más poderoso (...). A partir de las premisas de este sistema, se desarrollan respuestas a ciertos enigmas que inquietan al apetito humano de saber; por ejemplo, el de la génesis del mundo y el del vínculo entre lo corporal y lo anímico; significa un enorme alivio para la psique del individuo que se le quiten de encima los conflictos, nunca superados del todo, que nacieron en su infancia en torno del complejo paterno, y se le provea una solución universalmente admitida (...).* (El destacado es mío).

Y en el caso de la cosmovisión, a una idea. Freud dice (1933a, pág. 146):

> *(...) Cosmovisión es una construcción intelectual que soluciona de manera* unitaria *todos los problemas de nuestra existencia, a partir de una hipótesis suprema (...).* (El destacado es mío.)

Durante la adolescencia temprana, la organización del Superyó corresponde a tres tipos específicos -totémico, mítico, y religioso- y encierra los valores que tales organizaciones suponen.

Esta forma de entender el Superyó como portador de los valores del grupo está estrechamente relacionada con el desarrollo progresivo del preconsciente y con representaciones intrapsíquicas de grupo. Estas últimas son progresivamente más abarcadoras, más abstractas, y sus líderes son también cada vez más lejanos al Yo.

El *Superyó totémico* está basado en la organización de un pequeño grupo (clan, barrio, tribu, plaza). Sus sentimientos e ideas se expresan a través de animales, pues el animal aún no está diferenciado del hombre. Este Superyó se estructura en la latencia temprana y su presencia significa que se ha producido la pérdida intrapsíquica de un progenitor, especialmente del padre. Implica dos espacios: el cotidiano y el sagrado prohibido, espacio siniestro donde se encuentra el tótem, lugar en el que se ha consumado la muerte del padre. Por ejemplo, en *La sociedad de los poetas muertos,* los chicos se reunían a leer "lo ilegal" en un espacio y en un tiempo prohibidos, y aún desafiando a la autoridad oficial. La diferencia está en que en ellos lo valorado ya era una idea y no tanto la supremacía de lo muscular. Subsiste, sin embargo, la idea de los espacios y los tiempos prohibidos.

Durante la pubertad, este tótem puede ser un animal o una combinación hombre-animal-máquina que se transforma en un ideal, en la medida en que resulta una garantía de coherencia, armonía y destreza muscular. Este ideal con el cual el púber se identifica lo defiende de las ansiedades hipocondríacas y de los miedos a la deformación. Está identificado con lo indómito de lo pulsional y su domesticación progresiva significa la entrada en la cultura, mediante la aceptación de normas. Asimismo, el animal produce una identificación en el Yo mediante la generación de un doble ideal narcisista.

El *Superyó mítico* supone una diferencia entre la superioridad muscular del animal y el hombre, que aparece como héroe. Distingue dos tiempos: el de la gesta heroica, causa de los orígenes, y el actual, que cobra sentido en función del tiempo heroico. Por ejemplo, la gesta heroica de San Martín acerca de la libertad, o la de Belgrano acerca de los símbolos patrios.

La oposición entre el Yo y el ideal del Yo es temporal y no espacial, como en el tótem. Durante la gesta heroica, el héroe logra el triunfo y el animal-máquina pasa a ser un instrumento del hombre. Se observan los vestigios del Superyó totémico, pero en este caso el animal se transforma en ayudante del héroe, por ejemplo, el hombre con su caballo, Tarzán con la mona chita. El púber se identifica con el héroe, que, a su vez, domina un animal.

La representación-grupo, que surge como consecuencia del pensamiento mítico, es más amplia que la del pensamiento totémico: corresponde a una nación, por ejemplo. Su significación está dada a través del mito que presupone la hazaña de un héroe que viene a restablecer la justicia y el orden a través del amor; todos valores ligados al Superyó totémico, mítico y religioso. Luego, al constituirse el pensamiento abstracto, la representación abarca a la humanidad y *el Superyó corresponde al religioso o de las cosmovisiones.* En estos, la distancia entre el tiempo del Ideal y el del Yo es mayor; por ejemplo, desde la eternidad e intemporalidad del dios o de la idea a la limitación temporal del Yo.

Una de las funciones del Superyó es la formación de ideales, es decir, constituir el ideal del Yo. Este ideal es el heredero de la omnipotencia de esa estructura infantil, el Yo Ideal, que coincide con el Yo-placer. Esta situación se reedita en la pubertad: cada pulsión fijada en el Yo se acompaña de una ilusión de omnipotencia en el Yo-placer, que más tarde va a constituir un rasgo específico en el contenido Ideal del Yo: por ejemplo, la ilusión de omnipotencia muscular; la del héroe conductor del grupo y salvador justiciero; la del juez que impone el orden; todos ellos son liderazgos que el púber aspira a realizar en su propia persona, por identificarse con el líder.

Durante la adolescencia, el Yo determina la inserción en los grupos a partir de estas formaciones sustitutivas preconscientes, que a su vez constituyen valores que corresponden al Superyó-ideal del Yo.

En los dos capítulos siguientes desarrollaremos dos situaciones de la adolescencia temprana, enmarcadas en contextos institucionales. En ellos mostramos la influencia de lo macrosocial en la producción de sus manifestaciones preconscientes.

En el capítulo VII se muestra la consecuencia del proceso militar. Esto se observa en la violencia desplegada en el comienzo de la democratización en las instituciones educativas. En el capítulo VIII mostramos la influencia de la clase social y la integración familiar en el desarrollo de la adolescencia temprana, en este caso la pertenencia a la clase popular con hogares desintegrados.

De ambas situaciones se extraen conclusiones generales, que aportan a distintos problemas lógicos, dentro de las subfases de la adolescencia temprana.

7. Manifestación gráfica y discursiva en la adolescencia temprana

Introducción-El contexto

Acompañar la introducción del capítulo con una aclaración acerca del contexto tiene dos significados. Este capítulo, y el siguiente, se relacionan con la importancia de la eficacia psíquica que el medio psicosocial tiene en las manifestaciones tanto del pensar como del sentir de los adolescentes tempranos (corroborando lo que enunciamos en el capítulo I y II acerca de este problema). El otro significado indaga cómo también la lógica del aparato psíquico de los adolescentes tempranos otorga a esas manifestaciones una forma especial, que se diferencia cualitativamente y estructuralmente de la adolescencia media y tardía.

En este capítulo presentamos un material gráfico y discursivo surgido de uno de los grupos de trabajo con adolescentes de primer año de una escuela secundaria estatal de clase media y media alta urbana.

En el año 1987, una escuela nacional secundaria mixta pidió asesoramiento a la cátedra de Adolescencia, para trabajar los problemas de violencia que se suscitaban diariamente dentro de la institución.

El comienzo del estado de derecho y la vida democrática en el país había repercutido sensiblemente en las pautas de disciplina de los establecimientos educativos. En ese momento, casi todos los establecimientos secundarios se hallaban en crisis y desbordados por la indisciplina y la violencia, y lo curioso (pero no por eso inesperado) era que el silencio y el sometimiento a la violencia ejercida sobre la sociedad,

afloraba ahora desde los adolescentes hacia otros adultos, los actuales, que debían padecer sobre ellos la violencia de la cual no habían sido causa. La pregunta era cómo pasar de ciertos marcos rígidos a una nueva realidad. Esa etapa de transición desorganizada parecía resultar inevitable: había que aprender cuáles eran las normas necesarias para el orden institucional.

Los directivos deseaban ser justos, sin ser autoritarios, y al mismo tiempo abrir espacios de creatividad, convivencia y permisividad. Pero tales propósitos chocaron con imponderables, que iban desde el claustro docente y de preceptores, hasta la diversidad de población de alumnos que componía esa institución. La democracia, entonces, necesitaba transformar ese funcionamiento.

Mientras estos cambios transcurrían en el imaginario grupal de docentes y padres, el colegio aparecía con un modelo educativo perteneciente al momento histórico anterior: un colegio con un alumnado de elite y una disciplina autoritaria. Sin embargo, esta realidad ya no existía, sino más bien un accionar violento.

Comenzaron a coexistir diversos grupos heterogéneos, a veces contradictorios, cuyas expectativas también eran contradictorias respecto de la escuela: no había una identidad grupal que los unificase, y esta especie de anomia institucional llevaba a los alumnos a conductas de caos y desorganización, que a veces habían trastocado la autoconservación, induciéndolos a conductas de tipo suicida.

Para algunos profesores, el ideal era la disciplina autoritaria; para otros, el acercamiento afectivo, mientras que existía un tercer grupo que oscilaba, a veces de manera confusa, otras indiferente, entre el autoritarismo y el "laissez-faire". Ante esta diversidad de modelos (profesores, directivos, preceptores), el alumno no sabía con quién o con qué se encontraría cada día.

Los objetivos

En una primera etapa, nuestro abordaje se encauzó hacia la recopilación de mayor cantidad de datos acerca del motivo de consulta. Para ello, realizamos entrevistas con los adultos componentes de la institución: directivos, profesores, grupo de preceptores. En esas charlas relevamos información que en un momento posterior nos permitió entender el complejo entramado de discursos latentes y manifiestos que existían.

En cuanto a los alumnos, el mayor problema se encontraba en los dos primeros años. También necesitábamos información, pero para obtenerla contábamos con un nivel de actuación elevado y una capacidad de reflexión limitada. Por tal razón, utilizamos una serie de técnicas adecuadas para tal situación.

Aunque este capítulo no tiene por objetivo mostrar el trabajo institucional que realizamos, daremos una síntesis del plan de trabajo que implementamos:

1) Realizamos un mapeo témporo-espacial sobre el desarrollo de las tareas, los momentos de estudio y recreación, y los espacios acordados.

2) Reconstruimos la historia de la institución, con el fin de investigar su mitología y sus contradicciones.

3) Organizamos grupos de trabajo con los alumnos en forma de taller, donde usamos técnicas de "collage", dibujo libre, narración y/o escritura, cuentos de escenas reales o fantaseadas. Posteriormente, este trabajo nos permitió reflexionar acerca de las vivencias que los alumnos tenían sobre la situación actual de la institución y sus grupos de pares.

4) Organizamos grupos de reflexión con directivos, profesores y preceptores.

Finalmente, quedó establecido un equipo de psicólogos para trabajar con los alumnos, especialmente con los de primero y segundo año, que eran los que presentaban mayores problemas. Asimismo, se plantearon entrevistas con algunos padres, cuando los problemas excedieron el marco institucional.

En el contexto de estas actividades con los alumnos, se planteó un trabajo cuya consigna fue narrar grupalmente situaciones escolares difíciles. Para ello se dividieron en pequeños grupos que estaban coordinados por un profesional. Hasta ese momento, ellos sólo habían podido manifestar su descontento en una dramática del "aquí y ahora", a través de una actividad muscular descontrolada, gestos e interacciones violentos, por medio de risotadas, quejas, burlas, desinterés, malos tratos, abulia, golpes, rotura de muebles escolares, pequeños hurtos, etcétera.

Del material surgido de estos encuentros y del trabajo interno grupal con los alumnos, surgieron múltiples ejemplos, de los cuales seleccionamos un material que nos pareció interesante para mostrar *producciones gráficas y discursivas* de la adolescencia temprana.

Relatos e imágenes. Descripción del material

En este apartado describiremos el material producido por un primer año, divididos en tres grupos. En ellos se observa una distinta construcción de las imágenes y los relatos de los que podemos inferir diferentes lógicas dentro de la adolescencia temprana. En dos de ellos, la narración verbalizada y luego escrita se completa con una

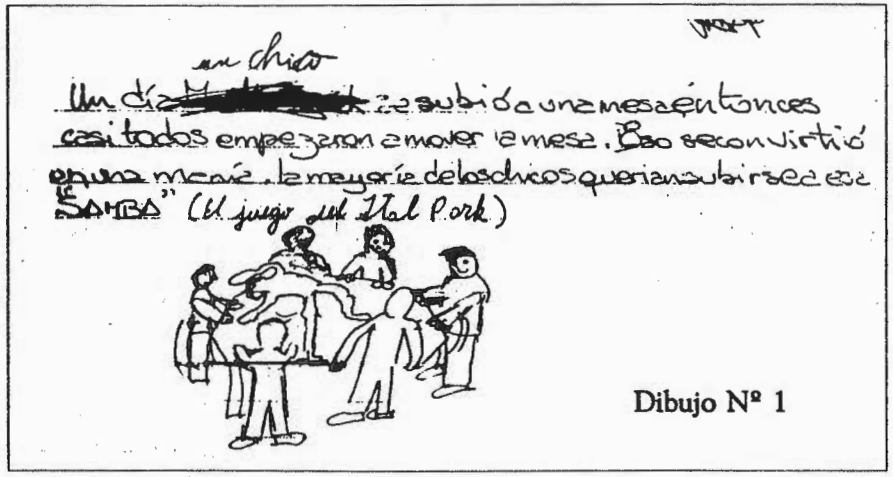
narración icónica, mientras que la tercera se desarrolla en forma totalmente verbal y escrita.

Narracción nº 1

> *Un día un chico (tachado, abajo había un nombre) se subió a una mesa entonces casi todos empezaron a mover la mesa. Eso se convirtió en una manía, la mayoría de los chicos querían subirse a esa "Samba" (El juego del Italpark).*

Con respecto al relato escrito, debemos señalar que el sintagma "un chico" aparece en el lugar de un nombre propio, que ha sido tachado y que individualizaba a ese compañero. Así, de la singularidad de un nombre propio se pasa a la despersonalización, de ser uno el protagonista, a pertenecer a la masa. Asimismo, esa sobreescritura está hecha con otra letra y otra lapicera, pertenece a otro miembro del grupo.

Tanto la tachadura como el sintagma "un chico" parecen haberse realizado en forma posterior a la narración, al igual que el juego del Italpark, ambas pertenecen a la misma persona. Es importante notar la diferencia entre ambas letras: la primera, más elaborada y con mayor control de la motricidad, la segunda presenta rasgos más infantiles en su presentación.



Dibujo Nº 1

Este relato verbal es acompañado por un relato iconográfico que trataremos de describir en detalle.

Observamos un grupo de seis jóvenes que sostienen lo que ellos llaman "una mesa" dibujada en forma poligonal (parecería tener 8 lados). Arriba de ella, se encuentra "tirado" un séptimo joven, que parece haber caído desde lo alto. Esto se deduce a partir de la forma desarticulada que han tomado sus miembros y su tronco en el gráfico: como si al caer desde gran altura, su esqueleto se hubiera fragmentado en pedazos. La figura recuerda a esos muñequitos para niños que yacen desarticulados y sólo se yerguen al tirar de un piolín.

Por otra parte, en cuanto a la forma de los cuerpos de los jóvenes, se observa que, excepto tres, sus figuras son vacías, "fantasmáticas": no hay rasgos faciales, ni de vestimenta, ni cabello que los identifique. De estos tres, dos, que están de frente, tienen dibujada una sonrisa, mientras que el tercero está de perfil.

Los límites de los cuerpos se hallan segmentados de distintas formas, ya sea por trazos de ida y vuelta sobre un mismo lugar (avance-retroceso-avance) o con trazos fragmentados (en algunos casos, no hay unión entre junturas pie-piernas, tronco inferior-superior). Asimismo, en algunos de ellos prevalece la carencia de partes del cuerpo: un pie, medio brazo, las manos.

Cabe destacar que entre estos trazos descriptos se distingue la presencia de índices de movimiento (líneas curvas que sugieren la idea de "sacudirse"). Estas imágenes cinéticas refieren al juego nombrado por el grupo en el relato verbal: el "Samba" del Italpark. Este juego se desarrolla en una plataforma circular con forma de olla y asientos que la cercan, y que tienen en la parte superior una barra que hace a la vez de respaldo y pasamanos para sujetarse. Una vez que esa plataforma se pone en movimiento, comienza a girar sacudiéndose en distintos sentidos (adelante-atrás, arriba-abajo).

La diversión consiste en soltarse del pasamanos, pararse del asiento y caer encima del compañero o compañera de al lado o de los que están en el centro, luego volver a pararse y repetir la secuencia: reorientarse, golpearse, marearse, caer, levantarse y otra vez. Todo esto acompañado de excitación, gritos y risas que van en aumento y sirven de descarga al desenfreno. En otros casos, el juego consiste en mantenerse el mayor tiempo posible sin ser "derrotado" por los fuertes sacudones y conseguir el dominio de sí a través de la propia musculatura, esto constituye un desafío consigo mismo. Otras veces, simplemente se trata de dejarse llevar pasivamente por el movimiento que el juego propone.

En algún sentido, este "Samba" sería una variante de la calesita infantil, donde el girar se combina con los movimientos rítmicos de los elementos (autitos, camiones, caballitos, etc.) que la componen. La diferencia entre el "Samba" y la calesita es que para los más chicos el placer es pasear girando, combinando el ser llevado por el

movimiento y por la música, con algún otro elemento activo, como manejar un coche, mientras aceptan la pérdida y recuperación de quien los mira. Para los latentes, en cambio, la sortija es un nuevo desafío, y ganársela a otros significa un triunfo. Supone ya la presencia de un grupo, aunque este no esté presente en su totalidad. Para los adolescentes, el "Samba" constituye un placer que se centra tanto en el dominio de los movimientos del propio cuerpo como la excitación que produce el desenfreno de tirarse encima del otro, y el contacto a golpes en forma torpe entre los cuerpos.

Algunos comentarios acerca del contenido

La búsqueda de sensaciones placenteras a través del movimiento mecánico como una de las fuentes de la sexualidad infantil, la encontramos descripta por Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* (pág.183):

> *(...) Además tenemos que incluir en esta serie la producción de una excitación sexual mediante sacudimientos mecánicos del cuerpo, de carácter rítmico. Debemos distinguir en ellos tres clases de influencias de estímulos: las que actúan sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, las que actúan sobre la piel y las que lo hacen sobre las partes profundas (músculos, aparato articular)(...). La existencia de esas sensaciones placenteras, entonces, producidas por ciertos sacudimientos mecánicos del cuerpo, es documentada por el gran gusto que sienten los niños en juegos de movimiento pasivo, como ser hamacados y arrojados por el aire, cuya repetición piden incesantemente (...).*

En estos púberes, esta sensación placentera a través del movimiento descripta por Freud es una manifestación de la excitación sexual expresada a través de las sensaciones musculares que el "Samba" les produce, mientras combinan el contacto corporal con el compañero o compañera, excitando la sensorialidad de la periferia del cuerpo.

"Un chico" responde a varios significados. En primer lugar, podemos categorizar una diferencia. El objeto denominado con nombre propio aparece como único y ubicado en un contexto diferente del resto del grupo. En este caso, el nombre pertenece al cuerpo caído sobre la mesa, aquel que habiéndose arriesgado a la empresa heroica del salto (mortal) se halla en el centro de la escena. Como tal, se ubica en el lugar de garante del ser de los otros o sea en el lugar de líder, héroe y modelo. Por el contrario, el resto de los sujetos que mueven la mesa constituyen la infraestructura

que sostiene al modelo. Y por tal razón se ubican como miembros de una clase, son parte de la masa, indiferenciados por la misma función y en sí mismos incompletos, predicados de un núcleo y carentes de ser.

En segundo lugar, ese nombre propio único y diferenciado es tachado y eliminado como diferente por otro que lo degrada al lugar de la masa. No obstante, este componente hostil y de rivalidad ante el héroe, líder desafiante, permite igualar al grupo ante el líder formal, las autoridades escolares, por ejemplo, representantes del Superyó consensual. Y es ante esta instancia formal que el grupo ha intentado la socialización de la culpa por desear la muerte del padre simbólico, representado por las normas escolares, a través de actos transgresores de dicha ley: primero, "subirse a la mesa", una metáfora cinética de "estar más alto", "ser mayor", "estar más arriba" (un desafío al Superyó instituido); segundo, la culpa frente a los desbordes provenientes del desenfreno pulsional, de la libido genital, que aún no tiene posibilidad de descarga.

Se trata de un acto de desafío omnipotente y narcisista hacia la autoridad escolar, debido a una supuesta injusticia por pensar que no eran escuchados. De igual manera, en el final de la película *La sociedad de los poetas muertos*, los alumnos que se paran sobre los bancos, golpeando rítmicamente, muestran su rebeldía por la exclusión de los que pretendieron rebelarse para ser escuchados: el joven profesor y el compañero que se quita la vida. Ambos líderes, desafiantes del Superyó, pagan con su propia vida. La diferencia de edades permite que para el profesor existan otras salidas posibles en la realidad, mientras que para el desafío heroico del adolescente, la desaprobación de los padres reales (aún garantes de su ser) lo deja sin salida posible y opta por su aniquilación. Estos desafíos constituyen una forma de protesta que pagan con la autodestrucción, frente al sentimiento de haber sido ya forcluidos (desaparecidos) de la mente de los adultos.

Veamos ahora la figura del líder caído. El caer parece estar ligado con el vértigo, que Freud ubica como uno de los síntomas de la "neurosis de angustia" y que nosotros ubicamos como un rasgo sintomático de la adolescencia temprana. Veamos, entonces, qué nos aporta Freud al respecto. Freud (1895b, pág. 93-6) llama "neurosis de angustia" a un complejo de síntomas, cuyos componentes se agrupan alrededor de la angustia. El cuadro clínico comprende: inestabilidad general, que indica una acumulación de estímulos intolerables; angustia, acompañada de sensaciones corporales penosas y "angustia de la conciencia moral", con un *quantum* de angustia libremente flotante, que puede mezclarse con el temor a la aniquilación de la vida, la amenaza de volverse loco, o combinarse con perturbaciones de una o varias funciones corporales -respiración, actividad cardíaca, inervación vasomotriz, actividad glandular.

Otra manifestación orgánica de los ataques de angustia es el vértigo locomotor que consiste en un malestar, acompañado por sensaciones de que el piso oscila, las piernas desfallecen, o pesan como plomo, tiemblan o se doblan las rodillas y le es imposible mantenerse en pie, pudiendo llegar al desmayo.

Los ataques de angustia con vértigo pueden acompañarse de fobias (miedo a la oscuridad) o agorafobia (miedo a salir solo), con sus variedades referidas a la locomoción y al vértigo como su fundamento.

En cuanto a su etiología, Freud no tiene duda de ubicarla como proveniente de la vida sexual, y dice que (pág. 124) produce neurosis de angustia todo aquello que aparte del trabajo psíquico la *tensión sexual somática*, "todo cuanto perturbe el procesamiento psíquico de ella". El momento en que la representación sexual se hace presente en la psique genera un estado psíquico de *tensión libidinosa*, que llevará a cancelar esa tensión por medio de la acción específica.

También en la adolescencia temprana, para ambos sexos, la tensión sexual somática y la carencia de representaciones impiden la acción específica y se observa la presencia de equivalentes, como el vértigo, las caídas, el mareo, la falta de aire, el sudor, los estados de aceleración muscular o su contrario, de postración, etc. En suma, toda esta sintomatología corresponde a estados de insatifacción sexual, "una insuficiencia psíquica, a consecuencia de la cual se producen unos procesos somáticos anormales" (pág. 114).

Freud (1912c-1940a) vuelve sobre la importancia del punto de vista económico en el enfermar durante ciertos períodos de la vida, en que, a raíz de procesos biológicos "que obedecen a una ley" (1912c, pág. 243), se ha experimentado un acrecentamiento repentino en su economía anímica, y señala que la pubertad es uno de esos momentos. "La *estasis* libidinal es aquí el factor primario; se vuelve patógeno, a consecuencia de la frustración relativa que inflige el mundo exterior".

La angustia de caída ha sido estudiada también por Winnicott (1965, pág.156) como la sensación de "caída perpetua", representante de la angustia psicótica, que aparece con distintas manifestaciones clínicas. La sensación de "caída" la liga a estados de desintegración, sentimientos de irrealidad, falta de capacidad de relacionarse, despersonalización o falta de cohesión psicosomática, funcionamiento intelectual escindido, sentimiento generalizado de pánico.

Recapitulando, la idea de Freud acerca del "caer" como vértigo, exteriorización del ataque de angustia y la fantasía de muerte, por carencia de ligadura, nos acerca a las ideas de Winnicott referidas al temor a la locura y la angustia psicótica. Constituye una explicación teórica a la problemática del púber, que regresa a

formas de funcionamiento psíquico menos complejizados, más cercanos a lo somático y pulsional, cuyas manifestaciones se observan en desequilibrios funcionales. Ellos son característicos de estados tóxicos, provenientes de una estasis libidinal con imposibilidad de descarga, acompañados por un retraimiento del Yo y vínculos de tipo indiferenciado, simbiótico. Estos estados se advierten en la pobreza expresiva que los adolescentes exhiben, y que se detecta en la narración y en el dibujo, que carecen de matices expresivos y discriminativos, trazos poco definidos, fragmentados y partes corporales faltantes; todo ello como transcripción de una lógica psíquica monocorde, como el sacudimiento muscular, que acusa sólo ritmos y frecuencias sin cualificación.

Estos procesos prepuberales y puberales son traumáticos, carecen de ligadura y se descargan por vía directa, como ataques de angustia (o sus equivalentes: furia, ataque epiléptico, crisis de asma, asco, etc.) y son acompañados por estados de abrumamiento con alteración de la percepción-conciencia (como el torbellino del girar, los mareos, la caída). Al respecto, Freud (1909a) plantea:

> *(...) La pérdida de conciencia, la ausencia del ataque histérico proviene de aquella pasajera pero inequívoca privación de conciencia que se registra en la cima de toda satisfacción sexual intensa (...).*

El cuerpo ha perdido, pues, la representación simbólica adquirida en la latencia, predomina la dimensión orgánica y la estasis libidinal, a causa de una dificultad evolutiva del Yo para ligar el cuerpo orgánico con representaciones y protegerse de estados autodestructivos.

Hasta aquí hemos trabajado, a través de la narración y el dibujo Nº1, la expresión de estados del Yo, frente al surgimiento del nuevo erotismo pulsional. Veamos ahora cómo aparecen expresados otros estados del Yo, esta vez en relación con otra instancia: el grupo y su líder.

La figura del "caído" sugiere la imagen de una muerte por arrojarse al vacío. El protagonista, líder de la escena, ha decidido "suicidarse" en un acto de triunfo heroico y de inmolación masoquista (a la manera de un Cristo), como un hijo que asume con su muerte el deseo de muerte del padre, expiando así la culpa por el parricidio. El grupo asiente, lo acompaña, lo promueve, ya que a través de su persona libera su culpa. Y en este punto, corresponde considerar la aparición del *nombre tachado* que, de líder con nombre, se ha transformado en nadie. En cuanto a las formas dibujadas, esas siluetas fantasmáticas, vacías, recuerdan a aquellas que portaban las madres de Plaza de Mayo en las marchas por los hijos desaparecidos.

Veamos en este punto algo de la historia de este alumno. En numerosas ocasiones sus padres habían sido citados, debido a sus continuos actos de desafío a la autoridad. La única vez que su padre se presentó fue para criticar la escuela, lo cual colocó al niño en situación de desamparo, debido a que reforzó su posición de héroe rebelde y por lo tanto de desadaptación e indisciplina, hasta un límite, que forzó su expulsión del colegio. Su historia también contenía algo de "desaparecido" y "asesinado" prematuramente, ya que sobre él recayó la violencia de la disciplina escolar. Su última "actuación" se había inspirado, -según contó a sus compañeros- en un líder de rock que por aquella época, en un recital y ante algunas injurias del público, reaccionó bajándose los pantalones y mostrando sus genitales. Este alumno, identificado con su líder, y enfadado por el llamado de atención de su preceptor, decidió emularlo, imitándolo en público (en este caso a sus compañeras), que, por supuesto, comenzaron a gritar espantadas y a acusarlo.

Interpretamos que este acto exhibicionista fue un intento de respuesta desesperada ante su propia angustia de castración, de su "caída sin fin". En este caso, como expresa Winnicott, el temor a la muerte se transformó en la búsqueda compulsiva de la misma, hasta provocar, mediante un rodeo, su propio suicidio, ejecutado por la mano de otro.

Estos significados que nos fueron suscitando el dibujo de "un chico caído", nos llevaron a tomar una cita de *Tótem y Tabú* (1912/13, pág.157), en la que Freud describe de un modo agudo el banquete totémico. Dice así:

> *(...) Es la situación de la tragedia griega más antigua. Una banda de personas, todas las cuales reciben el mismo nombre y se visten igual, rodean a una persona sola de cuyos dichos y actos están todos pendientes: son el coro y el figurante del héroe, originariamente único (...). El héroe de la tragedia debía padecer, éste es todavía hoy el contenido esencial de una tragedia. Había cargado con la llamada "culpa trágica" (...) casi siempre consistía en la sublevación contra una autoridad divina o humana, y el coro acompañaba al héroe con sus sentimientos de simpatía, procuraba disuadirlo, alertarlo, moderarlo, y cuando él, por su osada empresa, había hallado el castigo que se juzgaba merecido, lo lamentaba (...).*
>
> *(...) Ahora bien ¿por qué es preciso que el héroe de la tragedia padezca y qué significa su "culpa trágica"? (...) Tiene que padecer porque él es el padre primordial, el héroe de aquella gran tragedia de los tiempos primordiales que halla aquí una repetición tendenciosa; y la culpa trágica es la que él debe asumir para descargar al coro de su propia culpa (...). El crimen que sobre él se descarga, la*

> *arrogancia y la revuelta contra una gran autoridad es justamente el que en la realidad efectiva pesa sobre los miembros del coro, la banda de hermanos. Así el héroe trágico -todavía contra su voluntad- es convertido en el redentor del coro (...).*

Pasemos ahora a las características del dibujo. El tipo de grafismo que este presenta, como ya dijimos, posee características fantasmáticas, desdibujadas, brumosas. Pensamos que señala un estado del Yo de pobre discriminación, tanto entre los miembros de la masa como en la representación-cuerpo de cada uno de ellos. De esto se desprende la escasa cualificación psíquica con que cuentan frente a la emergencia de la genitalidad, que se resuelve a través de una frecuencia repetitiva de los ritmos pulsionales, más cercana a la descarga cuantitativa que a la cualificación del principio del placer. Esta situación queda representada por las rayitas curvas del dibujo y por la alusión verbal al "Samba".

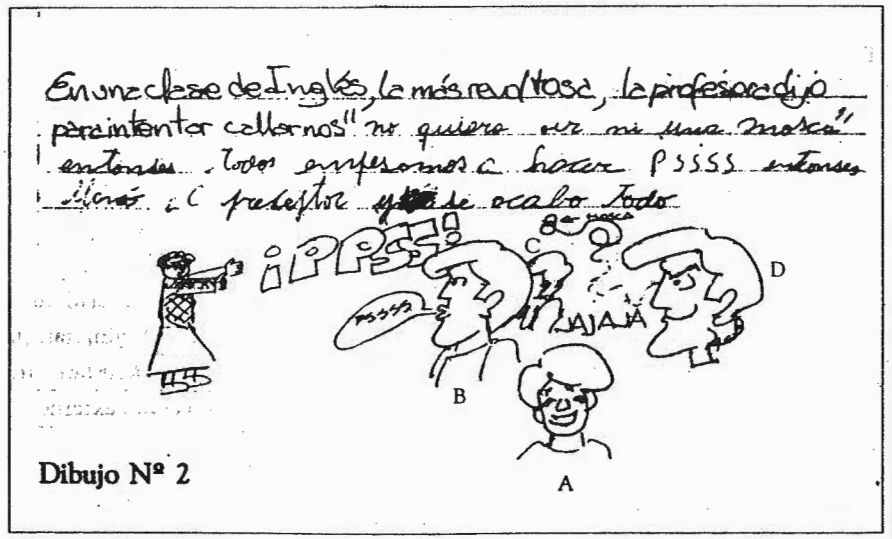
Veamos ahora algo sobre la interpretación de contenido. Los sacudimientos rítmicos que *"una vez probados, se transformaron en una manía"* posiblemente estén referidos a la masturbación de esta época, que se realiza en forma frecuente, y a la búsqueda del orgasmo, que, una vez logrado, parecería no poder parar. En el dibujo, esta acción queda representada por la figura del líder caído, muerto o desmayado. Y en este punto observamos cómo sexualidad y muerte en la adolescencia temprana, debido a la falta de investidura representacional, quedan plasmadas en un acto riesgoso para el Yo, pues resulta una forma de eliminación del ser.

Estos procesos pulsionales no son representables ni en el Yo, ni en el Superyó, pues han perdido su dimensión simbólica. En el cuerpo, a causa del embate pulsional, y en el contexto, debido a que los adolescentes no se sienten representados en el discurso de sus profesores, por lo cual tampoco sienten la escuela como un espacio simbólico de contención de su propio discurso. Tampoco se sienten representados por su cuerpo, del cual no se han hecho dueños. En realidad, en aquella circunstancia institucional existía una correlación entre esa expulsión del adolescente del discurso docente y la expulsión de sus sustancias corporales (polución, menstruación, transpiración), con las que se sienten identificados. La mirada de rechazo proviene tanto del Superyó hacia el Yo, como del Yo hacia el propio cuerpo, sentido como externo.

Narración nº 2

En una clase de inglés, la más revoltosa, la profesora dijo para intentar callarnos "no quiero oír ni una mosca" entonses todos empesamos a hacer Pssss entonses llamó al preceptor y se acabo todo.

Resulta importante señalar, con respecto a las manifestaciones discursivas de esta narración, las distintas tipografías que se encuentran escritas en los dibujos en forma de onomatopeyas, combinadas con dos tipos de letra, que pertenecen a las mismas personas del relato anterior. Una, consensual, más compleja, minúscula imprenta, correlativa con una estructura sintáctica más rica, que se observa en una frase que contiene una aposición: "la más revoltosa". Pero, por otra parte, las onomatopeyas representan emisiones sonoras de descarga de tipo expulsivo, diferentes de las representaciones verbales del relato, articuladas por nexos (por ejemplo, "entonces", "y"). Cabe destacar que esta letra coexiste con otra, que parece corresponder a un niño de escuela primaria y no a un adolescente. Esta letra cursiva está poblada de faltas de ortografía, que parecerían ser intencionales, una figura retórica que expresa el estado de "está todo al revés".



Dibujo Nº 2

Al igual que la narración nº 1, este relato también está acompañado por un dibujo.

Trataremos de describir el dibujo a partir de dos variables: la forma y el contenido. En cuanto a la forma, podemos decir que existen dos tipos de diseño. Uno de ellos está ligado a la historieta. La narración gráfica muestra una superposición de planos, de imágenes cinéticas y onomatopeyas. Los planos superpuestos corresponden a la figura del alumno (de frente, de perfil, más atrás, más adelante). Vemos dos planos, divididos por una línea imaginaria vertical, que separa el espacio de la profesora, a la izquierda, que está sola, y el de los alumnos, a la derecha. El grupo de los alumnos está formado por cuatro semblantes (dibujados hasta el busto), que podrían pensarse como dobles de una misma persona. Cada uno de ellos muestra distintos estados afectivos de un "personaje" que evoca la imagen de "Pedro Bello", el galán de *La carrera de los autos locos*, una serie de dibujos animados que se emitía por TV hacia fines de los años '70, y actualmente por cable en el Cartoon Network.

Vemos, entonces, una cara de frente (figura A) que se ríe ingenuamente de lo que está ocurriendo. Sus rasgos presentan dos particularidades: la boca abierta (por la risa) y los ojos cerrados. Otra cara (figura B), de perfil, ante la orden de la profesora queda identificada con el ruido de la mosca, representado en un globo de historieta que contiene ese zumbido. Detrás de ésta, vemos otra figura (figura C) con la misma estructura formal de las anteriores, pero que queda tapada por la que describimos antes. Por lo tanto, sus rasgos faciales permanecen ocultos. Finalmente, observamos un tercer perfil (figura D) que presenta los rasgos (ceja, ojo, forma de la boca) de un gesto socarrón, maligno, o de venganza. De su boca parte la risa manifestada por la interjección correspondiente ("ja ja ja"), que no condice con su gesto y es diferente en su intencionalidad de la risa ingenua de la figura A.

De la figura del "burlón" surge una línea -primero punteada y luego con un trazo completo- a la altura del ojo, que culmina en el dibujo de una mosca, junto con la palabra "mosca" y una flecha que señala ese dibujo.

También, a partir de esa línea vertical imaginaria, podemos notar la diferencia de estos dos estilos gráficos. La profesora está representada por un dibujo cuyo grafismo parece pertenecer a la latencia: se ha logrado la figura humana con vestimentas, pero no se ha sabido connotar la riqueza de expresión afectiva, por su falta de movimientos. Mientras que los alumnos están representados por un dibujo rico en variedades expresivas, articuladas entre sí. Este grafismo está indicando, a través de la adecuación a pautas genéricas (propias del dibujo de historieta), la instalación de determinadas restricciones de tipo convencional que el Yo ya ha decidido aceptar.

Algunos comentarios acerca del relato

En el grafismo expresado en la escritura y en el dibujo, analizaremos los diferentes niveles de complejidad en la estructura del preconsciente de este grupo de púberes.

Retomando aquello que habíamos señalado respecto de una línea imaginaria vertical, que ubicaba a la profesora al frente de la clase y la describía con rasgos de una figura humana, característicos de la latencia, específicamente al Superyó de la latencia, en la medida en que se ven reflejados arquetípicamente los rasgos de una profesora "fea, vieja y solterona". Su grafismo muestra marcas de rigidez: brazos estirados hacia el frente, una vestimenta nada sensual (una blusa cuadriculada y una pollera larga sin ningún rasgo femenino). Esta representación de la profesora constituiría, en algún sentido, el modo en que se subjetiviza la cultura, en cuanto a la representación de la autoridad, en un determinado grupo de adolescentes. A su vez, ella constituiría la forma en que una norma consensual -exterior a los adolescentes y proveniente de la cultura de los padres y los educadores- ha sido introyectada en el Yo de estos púberes.

Podríamos homologar la severidad de la ley con el dibujo de la profesora: sus rasgos rígidos como la ley, que es igual para todos. Frente a estas formas duras, en el otro lado de esa línea, el grupo de adolescentes estaría representando la diversificación de rasgos que representan estados afectivos provenientes de la erogeneidad genital.

Intentaremos profundizar el análisis del preconsciente. Para ello, abordaremos, en primer lugar, su estructura formal, y luego nos adentraremos en el análisis del contenido, proveniente del desarrollo pulsional.

En cuanto a la estructura formal, encontramos rasgos de dos tipos de representación-grupo: la mítica y la totémica.

Esos rasgos son arquetípicos, en la medida en que son tomados de un modelo (del género de la historieta), por lo cual corresponderían a una representación grupo de tipo mítica. Como dijimos antes, el tipo de rasgo de esos dibujos está ligado a la figura de "Pedro Bello", uno de los personajes de *La carrera de los autos locos*. La serie (mítica, cíclica, épica, por la reiteración de la estructura de las historias, aunque cambiaran la escena) contaba la historia de un mismo grupo de personajes -todos corredores de carreras automovilísticas-, entre los que se encontraba Bello y su pretendida, Penélope. La acción estaba dada por la presencia del tramposo Pierre Nodoyuna y su perro Patán (conocido por su risa socarrona, burlona), quien siempre intentaba ganar por el camino más fácil. Así se sucedían las peripecias, porque Pierre

Nodoyuna tendía trampas a los distintos contrincantes, aunque finalmente nunca ganaba.

Pero también encontramos una representación-grupo de tipo totémico, ligada a la presencia del animal (la mosca) y la identificación de los adolescentes con este insecto, popularmente caracterizado como molesto, reiterativo, pegajoso. Si seguimos con la hipótesis que relaciona estos dibujos con la serie de dibujos animados *La carrera de los autos locos*, podríamos decir que uno de los rostros, el que emite la carcajada, se identifica con el tramposo Pierre Nodoyuna y a la vez con su perro Patán, un animal. Pierre Nodoyuna proyecta en su perro una parte de su Yo, que corresponde a quien se burla del burlador, aquel que goza con el fracaso del dueño por sus intentos tramposos. Le muestra "qué tonto es".

Profundizando en el análisis de este grupo, veremos ahora qué tipo de representaciones aparece en cada una de las individualidades dibujadas. Si tuviéramos que hacer una escala de complejidades en cuanto a las representaciones, podríamos decir que, en el púber que está de frente (figura A), lo que se destaca es una identificación autoerótica con su propia risa, como fenómeno de descarga. Esto, desde el punto de vista económico, constituye una forma de espasmo, un poceso de desinvestidura (de descarga), producto del goce corporal con su risa.

En cuanto al rostro de la figura B, la identificación con el sonido de la mosca -representado en el Pssss- habla de una representación en la que predomina el uso de los sonidos en una palabra-frase, que a veces acompaña, a veces reemplaza al acto, o a veces lo desmiente. La palabra-frase, llamada *holofrase*, es en sí misma un acto, donde se expresa lo pulsional en el Yo. Descriptivamente, podríamos decir que la *holofrase* es la condensación de varias palabras en una sola. De la lectura de Lacan, podríamos inferir que para este autor lo condensado en la *holofrase* tiene dos posiciones: la del ideal y la del Yo, dicho en sus palabras, el S^1 (significante Amo) y el S^2. Ambas posiciones forman un núcleo confusional no diferenciado. Esta fusión no llega a constituir metapsicológicamente la estructura de la identificación primaria, donde sí aparecen dos lugares. Lacan dice que la estructura de la *holofrase* aparece en los psicóticos, en los psicosomáticos y en los débiles mentales.

En *El deseo y su interpretación*, Lacan subraya que la holofrase tiene un nombre: *la interjección*. *La interjección* es una palabra invariable, que puede ser utilizada aisladamente para traducir una actitud afectiva del sujeto hablante. Interjectar quiere decir introducir, hacer intervenir. En ella se hace presente la noción de llamada, de grito primitivo. Por ejemplo, en el dibujo A podríamos decir que la traducción de ese afecto, a través de los gestos faciales que expresan una emoción, también correspon-

de a un estadio holofrásico en el niño (según expresa Jakobson en *Lenguaje infantil y afasia*).

El recurso de la holofrase remite a una situación de intermirada que ubicamos en el límite, en la periferia del estadío del espejo. Esta imagen especular es la vía que toma la trasmudación de libido del cuerpo hacia el objeto. Esta holofrase se corresponde con una representación-cuerpo, propia de una unificación cinética, que aquí está dada por el sonido, correspondiente al vuelo de la mosca. Cuando predomina la unificación cinética, no se ha logrado aún la unificación mnémica de la representación-cosa, sino su sonido, y no significa aún una clausura del cuerpo como un Yo separado del otro. Este estado del Yo se observa en la figura B, donde a partir del enunciado de la profesora, el púber resulta una prolongación de ella, algo así como su resto, que actúa en forma *ecolálica*, a partir de la emisión sonora que aparece a continuación de su orden.

El "PPSS", derivado corporal y sonoro de la profesora, es una doble convocatoria: por un lado, atiende al sentido de su orden "cerrar la boca", pero, por otro, es una convocatoria a continuar, debido a la connotación fálico-uretral que tal sonido tiene, homólogo al de la madre que convoca al niño a ofrecerle su contenido uretral. Esto parece ser lo que ocurre con la figura B, que ante el pedido de la profesora, responde con la onomatopeya correspondiente "PSSS".

Una transacción entre la orden de callar y el grito de los chicos es el susurro (PSSS), el "cuchicheo", que si bien acata, posee un carácter irritante, índice del desafío a la orden.

El sonido "PSSS" y el "PRRR", que aparecen en la tercera narración, tienen una connotación proyectiva característica de restos excrementicios. Ambos confirman su carácter anónimo, ya que carecen de la discriminación discreta que posee el lenguaje consensual. Estas onomatopeyas son predicados carentes de un núcleo correspondiente al sujeto. El "PSSS" como el "PRRR" corresponden al doble narcisista ubicado como "lo que sale de mí". Para Winnicott, estos productos corporales inauguran un espacio transicional, previo a la diferenciación Yo-no Yo.

Resulta interesante hacer algún comentario acerca de la semiología de las interjecciones usadas por estos púberes. La "P", sonido llamado expulsivo, sonoro, implosivo (el más usado en los insultos), se une aquí con otro sonido llamado "durativo", como la "SSS..." y la "RRR...", ambos tienen distinta exterioridad y se pueden asimilar a distintas erogeneidades. La "SSS...", más exterior, se puede asimilar a la erogeneidad fálico-uretral, mientras que la "RRR...", más palatal e interior, está más ligada al erotismo sádico-anal.

Ambas constituyen dos formas en que el "lenguaje de las entrañas", intracorporal, se combina con el lenguaje consensual. Ambos lenguajes constituyen distintas formas de expresión del cuerpo, sólo que el lenguaje intracorporal proyectivo promueve en el otro un rechazo, a causa del desafío que este contiene. Pone en evidencia el enojo que el adolescente temprano tiene, por tener que usar las palabras del lenguaje consensual, que obliga a limitar el desenfreno pulsional.

En la figura C, está representando el no-ser del sujeto, que hemos descripto como característico de la holofrase. La fusión entre el Yo y el otro está dada aquí por una figura retórica clásica: la carencia de los rasgos del rostro. Apenas cuenta con la estructura del gráfico del cabello de los otros personajes, pero sus rasgos faciales permanecen ocultos detrás de la figura B.

En cuanto a la figura D, podemos decir que la representación gráfica muestra un afecto complejo: la combinación de un deseo hostil con un deseo de derrota hacia el otro, transcripto en los rasgos de un gesto "socarrón", "solapado", que se combina con la risa representada por la interjección correspondiente ("Ja, Ja, Ja"). Esta combinación podría interpretarse como un deseo de goce a través de un otro, posterior a un estado de vacío, sentido como tedio y aburrimiento. Esta burla del otro implica una burla del propio Superyó, proyectado en la figura de la profesora. Resulta una forma de defensa activa, maníaca, para salir del estado pasivo y depresivo del Yo.

Además de la emisión sonora "Ja, Ja, Ja...", se genera desde la vista una imagen: la mosca. En cuanto a la evocación de la figura de la mosca, la línea primero punteada y luego continua, que termina en la representación del insecto, habla de un proceso de investidura de una representación visual (la mosca), distinto del proceso de descarga sonora de la holofrase. Donde el personaje de la figura B se transforma en el eco sonoro de la profesora, el personaje de la figura D produce una imagen proyectada desde su mirada y realiza un pasaje de la actividad motriz "PSSS..." a la denominación "mosca".

Existe, así, una diferencia en respuesta a la orden de la profesora. En el personaje de la figura B se genera la actividad motriz, y en el D una imagen visual con nombre.

En la orden categórica de tipo superyoica (inapelable) "no quiero oír ni una mosca", que emite la profesora, podemos observar la falta de coherencia semántica, en tanto no existe un enlace adecuado entre las representaciones auditivas y las representaciones visuales. Esta oración encierra dos unidades de sentido distintas ("oír" y "mosca"), que hubiese sido necesario articular a través del verbo "volar", que otorgaría la coherencia semántica a la frase.

Si tomamos en cuenta la alusión en el texto a "la clase de inglés", que implica el pasaje de la lengua materna, aprendida en las experiencias de contacto corporal, a

una segunda lengua, la de la cultura, propia de los procesos de pensamiento por deducción, y de la herencia patrilineal (Freud 1940a), este hecho nos lleva a pensar en dos consecuencias de la emergencia de la palabra "padre". La primera se observa en la apelación de la profesora (madre) a la figura del preceptor (padre), cuya palabra tiene como efecto en la mente de los adolescentes el fin del acto de desborde pulsional, a través de la idea de que "se acabó todo". Cuando tiene lugar tal desenfreno pulsional, lo que se genera en la mente del adolescente es la figura del "padre terrible".

Esta escena puede homologarse con el segundo tiempo del complejo de Edipo desarrollado por Lacan, posterior al de la identificación del niño con el deseo de la madre. En este segundo tiempo, interviene el padre como aguafiestas, para privar al niño de esa identificación y a la madre del falo. En este caso, la profesora, sustituto materno, no sólo no renegó de la función paterna, sino que ella misma la evocó llamando al preceptor, a partir del intento de los adolescentes de desmentir la ley y persistir en la voluptuosidad pulsional y en el registro imaginario. Por esa razón, el "padre terrible" emite una orden con características apocalípticas.

La segunda consecuencia de la emergencia de la palabra "padre" es la forma en que se ha producido la representación gráfica y discursiva de la frase "*no quiero oír ni una mosca*". La incoherencia semántica de las dos sensorialidades (ver y oír) debe entenderse a través de un mediador: "la clase de inglés". El otro idioma, el aprendido, el de la cultura, ha condensado a través de la palabra "fly", en inglés "mosca", y "volar", la falta del objeto directo de la oración "no quiero oír *volar* ni una mosca", omitido en el idioma español. Lo más interesante de esta condensación es la aplicación del modelo de investigación de los procesos del pensar que Freud (1918b) usó en el *Hombre de los Lobos,* con respecto al brillo de la nariz: la eficacia del cambio de idioma para comprender ciertas producciones del inconciente.

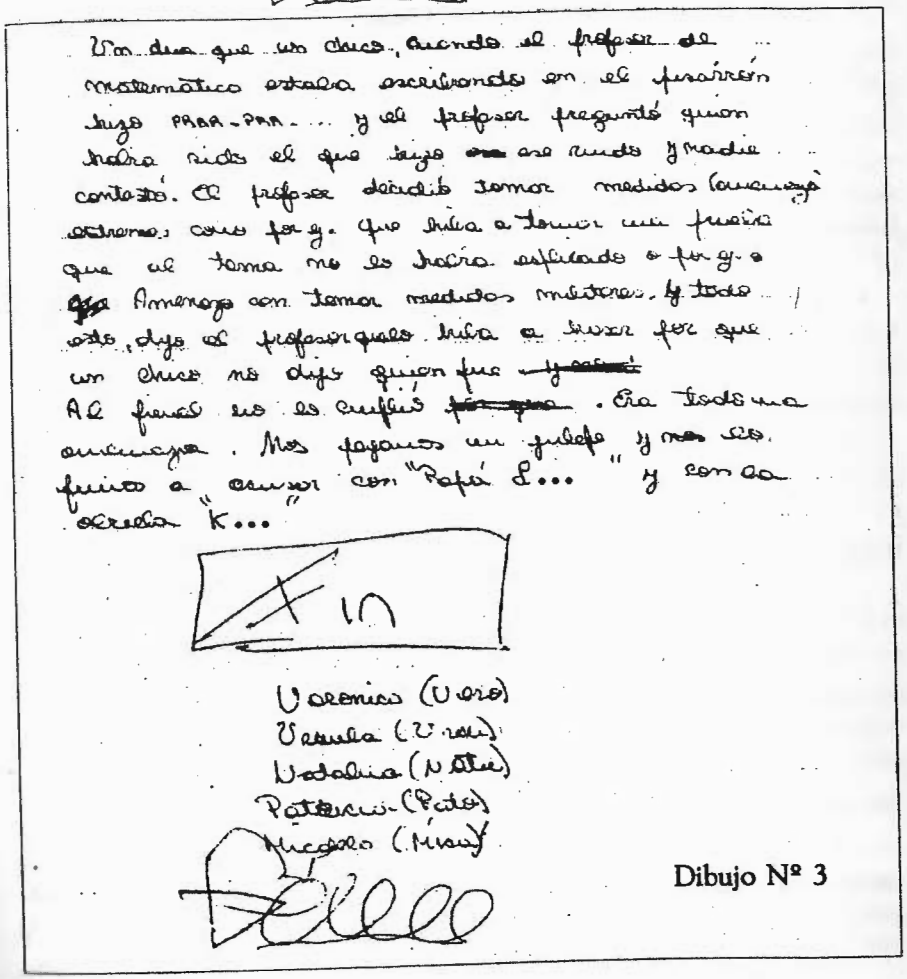
Narración nº 3

Un dia que un chico, cuando el profesor de matemática estaba escribiendo en el pisarrón hizo PRRRR - PRR.... y el profesor preguntó quien habia sido el que hizo ese ruido y nadie contestó. El profesor decidió tomar medidas (amenaza) estremas como por ej. que hiba a tomar una prueba que al tema no lo había esplicado o por ej. Amenazo con tomar medidas militares. Y todo esto dijo el profesor que lo hiba a haser por que un chico no dijo quien fue.

Al final no lo cumplió. Era todo una amenaza. Nos pegamos un julepe y lo fuimos a acusar con "papá L..." y con la abuela "K...".

FIN

VERONICA (VERO)
URSULA (URSU)
NATALIA (NATU)
PATRICIA (PATO)
MICAELA (MICA)



Dibujo Nº 3

Esta narración, a diferencia de las otras dos, carece de un relato gráfico. La letra es cursiva y al pie del texto se encuentra la palabra "Fin" enmarcada. Asimismo, su comienzo corresponde a los encabezados característicos de los cuentos maravillosos, de carácter mítico (semejante al "Había una vez"). Desde el punto de vista de la organización textual, este relato es más cualificado que los anteriores. Revela al mismo tiempo, dificultades de cohesión y de incoherencia (sintáctica, semántica), así como también de ortografía y puntuación.

También llama la atención que este relato comenzó escribiéndose en el reverso, correspondiente a la posición correcta de la hoja, donde decía "*La vez que...*", frase que luego fue tachada y recomenzada del lado del revés de la página.

Pensamos que esta inversión constituye una figura retórica[1] para expresar "lo que está al revés" o "patas para arriba", expresado en un "acto" que se realiza en el papel. Constituye un equivalente de lo que se expresa en la narración número uno, sólo que, en lugar de un acto riesgoso en un contexto grupal, se realiza en el marco del espacio de la hoja. Ambos son la expresión de un mundo que parece estar "dado vuelta". La diferencia reside en que una cosa es marear el propio cuerpo, como en la narración nº 1, marear a la profesora con las emisiones sonoras, como en la narración nº 2, y marear un papel, como en la narración nº 3.

En cuanto al contenido, el relato cuenta la anécdota de un profesor que decidió tomar medidas disciplinarias severas, debido a que un chico emitió un sonido "PRR...", del que luego no se hizo responsable. Finalmente, estas medidas fueron sólo una amenaza. Las firmantes aclaran que fue solamente un susto, que ellas llaman "julepe". Ante el susto que esta amenaza (autoritaria) les produjo, ellas tomaron la precaución de buscar ayuda, haciéndolo saber a otras autoridades escolares, quienes aparecieron en su auxilio (intrapsíquico y contextual) como una pareja parental contenedora. Sus apodos eran "papá L..." y "abuela K...".

A diferencia de los anteriores, el texto se cierra con la firma del grupo de alumnas que lo redactaron. Estos nombres las identifican como dueñas del discurso emitido, del cual se hacen cargo, a diferencia del chico que hizo el "PRR...", que permanece en el anonimato. El principio y el fin de la narración contextualizan la experiencia en una dimensión temporal y espacial determinada. Esto nos lleva a pensar que este relato se ubica no tanto en la estructura de un Yo de placer purificado, sino más bien en el de un Yo de realidad definitivo.

1.Proceso retórico que constituye una transgresión reglada de las normas consensuales. Otros ejemplos comunes entre los adolescentes o los niños son hablar en "gerigonza", "hablar al revés", "leer textos al revés", o escribir letras al revés.

En todo el relato se nota una tendencia hacia la singularización de los sujetos, dado por el protagonismo de los que firman, a diferencia del primer relato, el de "un chico", donde se conserva la estructura de la holofrase correspondiente a un preconsciente cinético no cualificado. Las firmas hablan, entonces, de un pasaje de la estructura del número y la frecuencia (la cantidad) a la instancia de la letra, que supone la presencia del inconsciente organizado como lenguaje. Se ha pasado de la frecuencia a la estructura del significante metafórico.

Aunque con dificultad, el texto combina formas del discurso argumentativo dentro de la narración. Incluye ejemplos y conectores lógicos, además de los conectores temporales, propios de las formas del relato. Esto implica una objetivación de la narración, dada a partir de explicar por qué sucedieron las cosas. No sólo se cuenta la anécdota, sino también cuáles fueron sus causas y sus efectos. Aparecen, asimismo, oraciones subordinadas estructuradas de un modo más complejo que en los otros dos casos y juicios evaluativos relacionados con esa forma más compleja y argumentativa que presenta la narración.

La narración nº 3 indica el pasaje de una narración pragmática, cinética, como en las narraciones 1 y 2, a una narración que incluye un pensamiento más reflexivo acerca de ellos mismos. Asimismo, presentan un cuestionamiento de las autoridades, a través de procesos de pensamiento y no de la actuación: plantean una disconformidad respecto de la amenaza disciplinaria autoritaria del profesor, mediante la cual, como en los casos anteriores, quedarían forcluidos como personas de la mente de los adultos. Esto es lo que ocurrió en el relato nº 1, donde se observa el pasaje al acto del chico suicida, cuya única opción era la muerte o la exclusión del grupo escolar. O como en el relato nº 2, donde las opciones eran el desborde pulsional a través de emisiones sonoras o el "se acabó todo", producto de un padre terrible, sin mediadores que posibiliten el pensar.

Por el contrario, en este relato se ve una búsqueda intrapsíquica grupal de otros subrogados del Superyó, con características protectoras y no de un Superyó sádico que conduce a la posición masoquista del Yo y a la aniquilación del ser. Esta búsqueda de leyes ordenadoras, provenientes del Superyó protector, se observa en las tachaduras que presenta el manuscrito del texto, donde puede verse una intención de mejorar cualitativamente el orden secuencial y lógico de la exposición, a través del uso de correctores y signos de puntuación adecuados, aunque ello no se logre.

En este relato aparece una preocupación reiterada de las adolescentes acerca de un saber. En el ejemplo que ellas ponen, el "julepe" se refería a la posibilidad de que se les exigiera saber, a través de una prueba escrita, aquello que los adultos aún no les habían explicado, lo cual podría pensarse como miedo ante el Superyó sádico, personificado en el profesor. Por otro lado, hay una alianza grupal para ocultar ante las

autoridades al compañero de grupo, en el que todavía predomina algo del desenfreno pulsional correspondiente a la masturbación. Mediante la identificación, el grupo se hace cargo del miembro en el que predomina el deseo masturbatorio y la transgresión de las normas consensuales.

El "chico" de la anécdota es quien ilusoriamente trata de mantener, por medio del predominio narcisista, ese entrampamiento que significa la desmentida y el triunfo maníaco frente a la muerte y la diferencia de sexos. Este personaje, a la manera de la narración nº 2, se defiende de la angustia frente a estas verdades inapelables, con un recurso cinético (el PRRR...) que intenta colocar a la autoridad en el lugar pasivo. "El chico" resulta el emergente arcaico no socializado de lo pulsional dentro de un relato, donde se observa el esfuerzo por transformar los derivados pulsionales en formaciones sustitutivas preconscientes en el Yo y en el Superyó.

Por último, el logro parcial del grupo 3 en el pasaje de lo íntimo familiar, a la cultura consensuada, se observa en las dos columnas con sus nombres: los legales a la izquierda y los sobrenombres (íntimos) a la derecha. Esta manifestación, junto a la "firma comunitaria" con que concluyen el relato muestran el vínculo grupal indiscriminado y de apego afectivo aún presente, en el camino hacia la subjetividad.

De los procesos tóxicos al Superyó protector

A partir del análisis de las tres narraciones, intentaremos realizar una confrontación que nos permita acceder a la comprensión de las distintas estructuras psíquicas, a través de las manifestaciones preconscientes en cada uno de ellos.

Formalmente, observamos que los dos primeros relatos acompañan el texto con una narración gráfica. Freud (1900a) indica la analogía que existe entre el análisis de los sueños y el de los dibujos, y compara la actividad del soñante con la del pintor, que expresa sus ideas por medio de las imágenes. A su vez, señala la relación entre el grafismo y la masturbación y el pintar como una sustitución del tocarse. En esta sustitución, se realiza un pasaje del autoerotismo corporal a una actividad social, el grafismo, que defiende al sujeto de la tentación masturbatoria. Los contenidos de los dibujos tienen el valor de la expresión de una fantasía.

Más tarde, Freud (1923b) agrega que esta expresión de fantasías, a través de un preconsciente visual, carece de los nexos que el preconsciente verbal le brinda para expresarlas. En ambos casos (gráficos 1 y 2) encontramos que las fantasías inconscientes, por una carencia normal del desarrollo del preconsciente verbal, deben ser acompañadas por dibujos o con actos o dramatizaciones, es decir, con un compromiso corporal, del cual el adolescente aún no puede desprenderse. A diferencia de estos dos casos, en el tercer relato observamos la posibilidad de desprendimiento de la imagen gráfica, lo cual implica una mayor complejidad del preconsciente verbal en su posibilidad de ligadura y, por lo tanto, de las transformaciones pulsionales.

Freud (1917b; 1920g), al analizar el juego del carretel y un recuerdo infantil en Goethe, encontró que en ambos lo común era el acto de arrojar y no tanto el contenido de lo arrojado. Ambos dibujos (1 y 2) encierran la fantasía de arrojar y ser arrojado. En el primero, en la alusión al juego del samba, que implica un zarandearse en una orgía desenfrenada de música, ritmo y cuerpo, pensamos que el sentimiento del sujeto de haber sido arrojado afuera se realiza en un pasaje al acto, carente de fantasmática. Existe una identificación masiva con el objeto arrojado. Este pasaje al acto nos lleva a la idea de suicidio, como forma de expresión de un proceso pulsional tóxico.

En otros términos, podemos decir que el pasaje al acto implica una derogación de normas consensuales orgánicas, en tanto que se observa una tendencia al desconocimiento de las necesidades del cuerpo. Este desconocimiento lleva a este grupo de púberes a contradicciones diversas. Por ej., en el dibujo observamos que la figura del caído, que representa a un muerto, no condice con las ganas de "acceder a esa manía" que ellos mismos expresan en el texto.

Podemos decir, entonces, que las características estructurales del preconsciente presentan contradicciones de tipo orgánico: "cuanto más me zarandeo, más peligro de caerme tengo y más rápido me zarandeo". Esto es, cuanto mayor es la tensión pulsional voluptuosa, mayor esfuerzo se realiza para aumentarla. Existe una imposibilidad de comprender tal contradicción, sosteniéndose, en cambio, la promesa de un goce creciente, del Superyó sádico. Todo este despliegue psíquico surge ante la posibilidad de sentir una depresión insoportable y no cualificable, proveniente de un vacío afectivo, carente de objeto protector

Observamos que tampoco existe en el dibujo la representación gráfica de un Superyó ordenador, un otro externo o interiorizado que produzca un corte en esta manía sin fin, un "aguafiestas" protector. De este modo, el Yo queda capturado por la voluptuosidad de las pulsiones parciales, por lo cual el Ello se ha transformado en el líder grupal.

En cambio, en el segundo caso, ha habido una variante en la estructura grupal. Si bien el grupo también muestra un desenfreno pulsional, éste no compromete todo el cuerpo, sino sus emisiones sonoras y ha logrado colocar un líder al cual le atribuye las características de padre-madre terrible, que dice "no quiero oír ni una mosca" y "se

acabó todo". En este sentido, esta escena grupal puede conformarse, a diferencia de la otra, como un "acting-out", cuyos actores muestran su desborde en la presencia -quizá por la presencia- de otro. Es este otro, exterior a su aparato psíquico, quien va a poner fin a la escena desenfrenada.

Esta diferencia entre el pasaje al acto de la primera y el "acting-out" de la segunda se observa a partir del montaje de la escena en la segunda narración. Esta, a diferencia de la primera, apela a una respuesta y propone un encuadre diferente, que podríamos traducir en: "nosotros nos desbordamos, pero vos nos parás". El encuadre de esta escena se monta en el desafío a una autoridad que está presente.

Por el contrario, en la primera narración, la escena se desmonta y se descualifica; se transforma en un caer que representa la pulsión de muerte, propia de la descarga a cero del principio de Nirvana. La carencia de líder protector supone la presencia de un líder terrorífico intrapsíquico que hipnotiza a la masa y la empuja a la muerte. Este líder terrorífico que empuja a la muerte es reemplazado, en las adicciones, por una actividad autoerótica (la "manía" que no podían abandonar).

Si analizamos la tercera narración en relación con la segunda y la primera, obervamos una progresiva cualificación del preconsciente. Esta última ha podido representar la escena prescindiendo del preconsciente visual, de la imagen, y ha recurrido a las representaciones-palabra para relatar el suceso. En el segundo y en el primero, como dijimos más arriba, se ha apelado a la combinación de un gráfico con un texto breve. No obstante, el segundo muestra una imagen gráfica, donde predomina un mayor discernimiento respecto de los afectos representados. En el primero, las imágenes -excepto una- presentan una descualificación en cuanto a las formas y a los afectos. Parecen fantasmas, esencias más que personas, un mínimo de siluetas, descualificadas.

Asimismo, en cuanto a la temporalidad en las narraciones, encontramos en la primera un tiempo cíclico, un hacer una y otra vez, un eterno retorno. El texto comienza diciendo "Un día...", pero esta construcción temporal en realidad señala un tiempo cualquiera, no singularizado, sin fecha, que puede repetirse en cualquier momento. En cambio, en la segunda se observa un comienzo y un fin de la acción organizados a partir de un acto, donde el tiempo se categoriza a partir de las emociones, el pasaje de la euforia a la desesperación, de la humillación y la vergüenza a la venganza. En el tercero, vemos un comienzo y un fin que marcan la ubicación espacial y temporal del relato. Se construye sobre la base de un esquema clásico: introducción, nudo y desenlace, y el tiempo de desarrollo está descripto gradualmente; se trata de una temporalidad regida por el principio de realidad.

Para finalizar, podemos decir que existen varias formas de pensar la adolescencia, según los distintos modos de encuadre que se focalicen. Aquí, sin ignorar el contexto sociohistórico y cultural, hemos intentado hacer hincapié en las particularidades en el pasaje de la latencia a la adolescencia temprana, momento lógico en el que se ponen en marcha procesos de origen orgánico (filogenéticos), tales como el crecimiento y la puesta en funcionamiento de las glándulas sexuales.

El contexto sociocultural se expresa en las manifestaciones del preconsciente y en las del Superyó, que muestran los adolescentes. Estas producciones realizadas, poco después del advenimiento de la democracia, llevan la marca de enunciados autocráticos: por ejemplo, el preceptor de la segunda narración que dice "se acabó todo", o el profesor de la tercera, que iba a tomar "medidas militares, amenazas extremas". Nuestro análisis de las poducciones psíquicas se centran no sólo en las manifestaciones contextuales, sino también desde la metapsicología psicoanalítica de la adolescencia desarrollada en los primeros capítulos de este libro.

Una cita de *Winnicott (Deprivación y delincuencia,* 1984, pág. 226) sobre el funcionamiento grupal de los adolescentes creemos que puede ser adecuada para pensar esta coyuntura específica:

> *Los grupos adolescentes pueden alcanzar cierto grado de democracia bajo supervisión, pero es un error esperar que la democracia madure entre los adolescentes, aun cuando cada uno de ellos sea maduro. En el caso de niños sanos, la protección debe ser manifiesta, al tiempo que se proporcionan, a los individuos todas las oportunidades necesarias para que contribuyan a la cohesión grupal mediante el empleo de las mismas fuerzas que promueven la cohesión en las estructuras yoicas individuales.*

Para concluir, diremos que en el análisis que hemos realizado de este material dimos por sentados dos supuestos: el primero se refiere a una mayor discriminación lógica en la historia de la constitución de las estructuras psíquicas en la adolescencia. Este enfoque no se basa en cierta fijeza del momento de constitución de las estructuras, como tampoco en la excesiva relevancia de un contexto que deja al adolescente como producto de los avatares de procesos socioeconómicos. En segundo lugar, podemos interpretar estas narraciones grupales como tres estructuras psíquicas que pertenecen a tres grupos de jóvenes diferentes, o bien como tres momentos lógicos de un mismo grupo, en los que se observa una secuencia en las transformaciones. Un pasaje del liderazgo de la voluptuosidad sin freno, como en el primer caso, pasando por la puesta de un Superyó externo que frene la voluptuosidad, como en el segundo caso,

y la búsqueda de instauración de un aparato psíquico grupal democrático, "que busca justicia" y protección, a través de evitar la acción de un Superyó (líder) sádico o del desenfreno, como en el tercer caso.

8. LOS CHICOS DE LA CALLE

CONTRIBUCIONES PSICOANALÍTICAS AL ESTUDIO DEL DESAMPARO SOCIAL EN LA ADOLESCENCIA TEMPRANA

Introducción

En este capítulo analizamos algunas de las manifestaciones que se presentan en la adolescencia temprana masculina. Ellas surgieron a partir de una investigación de campo que desarrollé hace varios años en el marco de una institución que albergaba a niños y adolescentes tempranos con hogares desintegrados y desamparo social. El objetivo era tratar de conceptualizar cuáles eran los psicodinamismos que sustentaban ciertas manifestaciones observadas en púberes varones de entre 10 y 12 años, de clase popular, con fugas reiteradas, tanto del hogar como de institutos del Estado, que se reiteraban año a año. Todos ellos tenían un trasfondo familiar y social semejante. Sin embargo, un grupo de ellos incrementaba el vagabundeo. Al mismo tiempo, esta investigación nos llevó a dar algunas respuestas a ciertos interrogantes que se nos presentaban en el común de los adolescentes de esta etapa.

Este capítulo es además un doble testimonio. Por un lado, de mi interés por ubicar la adolescencia temprana en un marco macrosocial más amplio, como es el caso del desamparo social, y en el marco de una institución para niños y adolescentes con carencias familiares.

Ya en el capítulo I y II nos habíamos referido a la adolescencia como un fenómeno de multideterminación y, en este sentido, este capítulo y el anterior son un ejemplo de cómo los dinamismos psíquicos de la adolescencia temprana quedan enmarcados en un contexto más amplio, que dejan la impronta del momento histórico y la subcultura en la que se desarrollaron.

Por otro lado, en este capítulo también se advierte la evolución en cuanto a mis transformaciones teóricas (y en general de aquellos que trabajan en este tema), en la manera de ir pensando la adolescencia a través del tiempo. Esta segunda marca se advierte en la forma de encarar los dinamismos psíquicos de esta fase. Ellos se vieron, en un principio, como derivados de los conflictos edípicos, pero progresivamente fui profundizando en la comprensión de los momentos arcaicos de la organización del psiquismo y su influencia en la adolescencia. Esta situación es la causa de la "Addenda 1994", que se encuentra al final de este capítulo.

Observación de la problemática y ubicación del grupo

Se trata de púberes pertenecientes a la clase popular, con hogares parcial o totalmente desintegrados, que el Estado toma a su cargo para continuar la educación que el grupo familiar no pudo brindarle. Son púberes que se encuentran "vagando" por las calles (frecuentemente, alrededor de las estaciones terminales),[1] viajando en ferrocarril, abriendo puertas de taxis, lustrando zapatos o vendiendo golosinas en zonas de esparcimiento público (parques de diversiones, cines, restaurantes). Como limosna o propina, consiguen pequeñas cantidades de dinero, que luego gastan en diversas experiencias que no tienen ocasión de realizar en su barrio.[2]

Al despuntar la pubertad, comienzan a fugarse de su hogar, lo que no siempre significa que se alejarán definitivamente de él. A veces realizan salidas que pueden durar todo el día o un par de días, y luego retornan. Al encontrarse en la calle en horas de la noche o ejerciendo oficios que no les está permitido realizar, son apresados por la policía y trasladados a institutos que los albergan. Una vez allí, la familia solicita su retiro para reintegrarlos al hogar. En la mayoría de los casos, ésta no aparece o bien

1. Durante la época de elaboración del trabajo, esta problemática social era una preocupación de los organismos oficiales, luego desestimada durante el Proceso Militar (1976-83). A partir del advenimiento de la democracia, se observó una preocupación por la modernización y la canalización de nuevos proyectos desde el Consejo del Menor. Aun así esta preocupación no alcanza para revertir o dar soluciones a esta situación de desamparo social.
Aun más, en ciertos casos se observa una organización desde los adultos del mismo estrato social para usufructuar de la mendicidad de estos niños. Actualmente, este desamparo social se ha incrementado a grados nunca alcanzados (1993).

2. En realidad, ahora se los ve por toda la ciudad (1996).

pide que el Estado continúe haciéndose cargo de ellos. En ese caso, continúan internados y sus vidas adquieren un tipo de organización opuesta a la experiencia previa.

Sobreviene la rutina cotidiana, donde todo se torna pautado: desde el edificio y sus paredes, a veces frías y monótonas, hasta los horarios para dormir y comer, jugar y aprender. Desde la total falta de límites de la vida en la calle pasan a la vida de internado, generalmente monótona y pobre en experiencias creativas.

Su permanencia se limita a un tiempo determinado hasta que comienzan a organizar su fuga, individualmente o en grupo. Una vez afuera, reorganizan y despliegan todas las experiencias de trabajo-placer, recorriendo y frecuentando los mismos lugares en los que fueron apresados. Al cabo de un tiempo, regresan al instituto, ya sea porque los apresan, se dejan apresar o deciden retornar allí voluntariamente[3]. Este ciclo se repite varias veces: lentamente, a partir de los 8 años, y con rapidez durante los 10-12 años. A partir de esta edad, decae, hasta que vuelve a agudizarse entre los 15 y 17 años, para decaer nuevamente hasta los 21 años, edad en que el Estado deja de ampararlos.

Los dos períodos en los que se incrementa la fuga (entre los 10 y los 12 años y los 16 y 17 años) coinciden con las dos etapas claves dentro de la adolescencia: la primera, con los cambios corporales y la aparición de caracteres sexuales primarios y secundarios; la segunda, con la búsqueda de objeto exogámico y la finalización del proceso de crecimiento, que supone una desinvestidura libidinal sobre el cuerpo orgánico.

Esta reiteración de las curvas de ingreso-reingreso o de fuga-encierro se corresponde con un mecanismo psíquico de descontrol-control, coincidente con un desenfreno pulsional, que nos condujo a pensar una hipótesis "a priori": "Los púberes con fugas y reingresos reiterados constituyen el grupo de futuros delincuentes y son provenientes de áreas de residencia denominadas *villas de emergencia*. Con el objeto de ratificar o rectificar esta hipótesis, investigamos sobre cincuenta púberes, que fueron seleccionados entre doscientos, en un instituto que albergaba una población de 6 a 14 años, y luego rastreamos su conducta posterior en sus legajos hasta los 21 años.

3. Mi experiencia en el CUD (Centro Universitario de Devoto), durante los años '92 a' 94, me permitió tomar contacto con varios internados adultos. En conversaciones informales descubrí que también existe este tipo de proceso caracterizado por las alternancias adentro-afuera, vivenciadas como un ciclo de libertad sin límites (robar, salir a conocer, viajar por el mundo, juego, mujeres, etc.), en una vorágine, hasta llegar a un tope en que se siente la necesidad de "descansar", y ese lugar es la cárcel, donde los controles externos y rígidos, la dependencia y el orden parecerían repararlos y prepararlos para el próximo ciclo.

El perfil de la muestra arrojó los siguientes datos: se trataba de púberes pertenecientes a clase popular, que presentaban una conducta de exacerbación de la motricidad a través de la deambulación, ejercida durante menos de dos años y sin delito posterior, residentes en áreas suburbanas de viviendas precarias y no sólo en villas de emergencia. Provenían de familias cuyos hogares estaban semidesintegrados, debido a la inestabilidad de las figuras parentales, especialmente la paterna, que era cambiante o ausente. Su escolaridad era pedagógicamente retrasada: apenas habían adquirido los rudimentos de la lectoescritura.

A partir de este perfil, la hipótesis primera en que vinculábamos en forma directa el vagabundeo -como conducta previa a la delincuencia- con la procedencia de villas de emergencia, en tanto área social desintegrada, se confirmó sólo en el 8% de los casos. Por el contrario, en el 92% de los casos se detectaron púberes provenientes de zonas suburbanas, hijos de padres migrados desde el interior, de vivienda modesta, precaria, carente de la infraestructura mínima (agua, energía eléctrica) y constituidas, sin planificación alguna. Este contexto psicosocial y económico nos llevó a pensar la "vagancia" como la resultante de tres perspectivas:

1. Su contexto macrosocial: una subcultura, constituida por migrantes que han perdido el espacio de sus orígenes; aquello del orden contextual (el telón de fondo) como el clima, los ritmos, las costumbres. También la migración tiene sus particularidades: familias desintegradas, o parte de ellas, sin apoyo económico, sin marco institucional contenedor, sin proyecto de futuro.
2. La familiar, expuesta como grupo familiar semidesintegrado.
3. La individual, proveniente de la particular sutura de estas experiencias interactivas, en el contexto del cambio del esquema corporal y de transformaciones psíquicas, y el uso de la acción como forma de metabolizar tales cambios. Todo ello, como un marco eficaz en la constitución de la subjetividad del adolescente, que en este momento carece de un lenguaje verbal apropiado para expresar sus contenidos psíquicos.

Trataremos de dar cuenta, en el marco de la teoría psicoanalítica, de las transformaciones psíquicas del problema del vagabundeo o "fuga" y del pasaje a la actuación con o sin representación psíquica subyacente (pasaje al acto o "acting out"), como producto de conflictos psíquicos coyunturales evolutivos.

Un intento de categorizar las "transiciones mediadoras"

En *Tres ensayos para una teoría sexual* (Freud, 1905, pág. 189) dice:

(...) Con el advenimiento de la pubertad, se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla el objeto sexual. Hasta ese momento, actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual: para alcanzarla todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital (...).

Más adelante, (pág. 190) continúa:

(...) Vemos con toda claridad el punto de partida y la meta final del curso de desarrollo que acabamos de describir. Las transiciones mediadoras nos resultan todavía oscuras en muchos aspectos; *tendremos que dejar subsistir en ellas más de un enigma (...)* (El destacado es mío).

Podemos ver en esta cita el intento de Freud de dejar delimitada la adolescencia como un momento lógico diferenciado, aunque al mismo tiempo abre interrogantes acerca de las "transiciones mediadoras" que aún resultan "oscuras". Indaguemos ahora nuestras observaciones a partir del trabajo con "los chicos de la calle". En el marco de las "transiciones mediadoras", llamó nuestra atención la recurrencia de ciertos observables, en especial el uso del mecanismo locomotor, que nos llevó a formular una pregunta: ¿cuáles son las vicisitudes que recorre la pulsión sexual, si, llegada la pubertad, el sujeto debe recurrir, entre otros, a este tipo de descarga?

Veamos, pues, un intento de explicación.

a. Transformaciones de la pulsión

En primer lugar, con respecto al desarrollo pulsional, pensar la pubertad nos conduce, por una parte, a la necesidad de investidura libidinal de las pulsiones de autoconservación, que se manifiesta en las experiencias de crecimiento: los cambios corporales a nivel morfológico y fisiológico y, por otro, la proyección de tales cambios en una sensorialidad, cuya cualidad está dada por la excitación de los órganos de

los sentidos, que determinan en el aparato psíquico representaciones ligadas al Yo corporal y a la identidad sexual.

En segundo lugar, con mayor frecuencia, se ha hecho hincapié en el despertar del aspecto libidinal, sin tomar en cuenta con el mismo énfasis los efectos de las transformaciones de la pulsión de muerte en su ligadura con Eros, tales como el masoquismo primario erógeno, la compulsión de repetición, o la derivación hacia el exterior de la agresión manifiesta. Estos temas, los hemos observado en: 1) el despliegue de la motricidad autoerótica, que se observa en el goce intrasomático músculo-esquelético; 2) la aparición de conductas propias de la fase sádico-anal, como la expulsión y la destrucción; 3) la transformación del autoerotismo motriz en aptitudes del Yo socializadas, como por ejemplo el deporte u otras; y 5) ciertos trastornos en la constitución del registro simbólico e imaginario, concomitantes con el incremento de la acción.

b. Las transformaciones en el Yo y su génesis pulsional

La condición problematizante del surgimiento de la pulsión genital, como profundamente perturbadora del psiquismo, obliga al Yo al trabajo de ligadura entre pulsiones y pulsiones y Yo, que por momentos no es alcanzada.

Desde los estratos menos arcaicos de la mente, el conflicto edípico reeditado en la pubertad convierte a la *evitación* en un mecanismo de defensa principal que estructura la huida del objeto incestuoso. Desde un punto de vista más arcaico, la fuga puede ser entendida como un intento de transformación en lo contrario, frente a la pasividad de la pérdida materna en la meta activa, abandonante.

Hasta aquí hemos manejado dos afectos traumatizantes: el temor a la castración y el deseo de venganza ante el abandono.[4]

En el tiempo de la constitución del Yo placer, durante la fase oral secundaria, la erogeneidad oral y la percepción táctil y visual de la parte superior del cuerpo se privilegian frente a otras, tales como la musculatura estriada de la parte inferior. El registro perceptual de la madre como separada del propio cuerpo se realiza mediante afectos displacenteros, debido a las experiencias sensoriales de acercamiento y alejamiento de la primera, que el niño soporta en forma pasiva y, por lo tanto, traumática.

4. En el momento actual, pensaría en una tercera posibilidad: fugarse como "dejarse ir", como el "dejarse morir", expresión motriz pasiva de desvitalización debido a la falta de contención parental y del contexto.

Durante la adolescencia temprana, la representación corporal del púber se realiza también en términos del registro de diferencias de estados afectivos, que siempre son desbordantes. Dichos estados son siempre traumatizantes, debido a la imposibilidad de alcanzar el objeto de deseo. Una regresión del Yo a la estructura del Yo-placer de la fase oral secundaria implica una sujeción a la pasividad y la imposibilidad del púber para salir del trauma, de la dependencia del objeto y de la torpeza muscular.

En un momento lógico posterior, este Yo de placer se estructura en función de la actividad, a partir del gobierno de la musculatura, que permite la unificación yoica mediante el dominio de sí. La constitución del "Yo ideal" -en el que prevalece la identificación narcisista con el modelo- se realiza mediante la investidura del cuerpo, como cuerpo erógeno en movimiento. Este momento significa una salida de la situación traumática, ya que el púber inviste omnipotentemente su locomoción. Ya no es el niño arrojado por su madre, sino que él también arroja, abandona el objeto deseado, a la vez que todo él se arroja afuera a través de la fuga, ayudado por el sistema músculo-esquelético que ahora domina.

En esta fase, desde el punto de vista de la estructura yoica, predominan las inscripciones por simultaneidad y por contigüidad *en el aparato psíquico*. No se ha estructurado aún la representación-cosa de tipo visual, y menos aun la representación-palabra.

c. El Yo y las corrientes psíquicas eficaces

Volvamos ahora al Yo de la etapa puberal. La irrupción de la pulsión genital abre dos instancias de trabajo psíquico en el Yo: en primer lugar, la genitalidad se manifiesta como un incremento de tensión sin posibilidad de descarga (al modo de una neurosis actual) y, en segundo lugar, se produce la reedición de la conflictiva edípica infantil (reactualización de experiencias del pasado, que determinaron diferentes fijaciones y consecuentes regresiones).

En el primer caso, la corriente psíquica del Yo actúa bajo el efecto de un proceso tóxico, producido por estasis libidinal, y se despliega, en principio, como descarga de órgano o de estados afectivos en forma de espasmos, risas o incrementos de la motricidad no coordinada (semejantes a un ataque epiléptico). En este momento lógico, este proceso tóxico en este grupo de púberes parece culminar con la fuga, como una forma de descarga locomotriz que, según la complejidad de su aparato psíquico, tendrá mayor o menor intencionalidad. El grado de tal intencionalidad indicará la forma pasiva o activa en que el Yo se ubica frente a la pulsión. Esta corriente

tóxica se corresponde con dos mecanismos de defensa: la desmentida o la desestima del sentir y, por lo tanto, de la conciencia de sí. La segunda instancia, la de la reedición de la conflictiva edípica, implica la imposibilidad (por represión) de dar curso, por desplazamiento, a las fantasías edípicas, y condicionan en el adolescente la regresión libidinal y del Yo y el gobierno de las pulsiones parciales.

En suma, en este momento lógico, encontramos en el Yo una corriente tóxica con descargas endógenas o de fuga, sin plena conciencia; una segunda corriente psíquica, que actúa por regresión y empuja al púber a una estructura psíquica propia de la fase anal-sádica, y un Yo de placer, que, buscando ser sujeto, actúa conductas de tipo sadomasoquista, activo-pasivas y de pasaje de la sumisión a la hostilidad. En los vínculos intrapsíquicos, se los ve enfrentándose con una representación intrapsíquica de madre fálica y la regresión a identificaciones primarias. En tercer lugar, en coexistencia con las anteriores, una representación de madre edípica y deseante, perteneciente al período triádico, en que se ha instaurado el padre como tercero, a veces rival y otras como ley. En el varón, tal constelación (edípica positiva) sólo se vuelve eficaz una vez elaborado el vínculo ambivalente con la madre preedípica y superada la constelación edípica negativa.

En este contexto, la fuga resulta, pues, un desenlace posible, ya como descarga, ya como intento de omnipotencia, o como defensa ante la angustia de concreción de la erogeneidad genital. En el primer caso, hay imposibilidad de procesamiento anímico, y a esta imposibilidad se suma la desilusión del objeto materno, que le otorgaba la garantía de su ser. Su madre se ha transformado en ominosa portadora de la muerte. Entonces, ante este conflicto, "huir" contiene una significación: la búsqueda de un padre, a quien, por desplazamiento, se inviste como un modelo ideal, como un salvador. La identificación primaria con esta figura paterna constituye una defensa ante la madre activa omnipotente, y por lo tanto ante la amenaza de castración y la vuelta a la pasividad.

Freud (1923*b*) postuló que junto con el complejo de Edipo positivo existe otro, el complejo de Edipo negativo, invertido, según el cual para el varón la madre se ubica en lugar de modelo y rival, y el padre, en el de modelo y objeto. Esta forma supone la vigencia de un apego inicial a la madre, quien en ese momento se ha vuelto hostil, debido al elemento siniestro que comporta y que es causado por el registro de la diferencia de sexos. Ocurre entonces que, por medio del mecanismo de desplazamiento, el púber sustituye la imagen idealizada de la madre por la del padre, quien pasa a ser ahora garantía del ser. Esta identificación primaria, narcisista, con el padre omnipotente, permite suponer que cuanto mayor sea la idealización defensiva de la figura paterna, mayor será el temor a la aparición de lo siniestro en el vínculo con la madre.

Hacia una metapsicología del desarrollo puberal

Nos encontramos con un sujeto que, al igual que otros adolescentes al comienzo de esta etapa, ha sufrido una "transformación de carácter", pero que por el grupo social al que pertenece toma características particulares. Ante el surgimiento de la pulsión genital, el púber, que no se había separado de su madre o sustituta y a la que, hasta ese momento, permanecía simbióticamente unido, busca ahora romper este tipo de vínculo. En estos púberes, este intento de despegarse abruptamente se traduce en una actuación por medio del mecanismo de fuga.

Esta forma que toma la ruptura del vínculo se acentúa, en este grupo, por su modo de organización familiar, en tanto obedece al tipo matriarcal: el padre realiza el aporte biológico, pero no cumple la función paterna. Si en esta estructura la madre permanece en el registro psíquico del púber, con características sexuales indiferenciadas de madre fálica, en tanto desempeña ambos roles, el púber permanece ligado a una relación de objeto narcisista. Entonces, desde el punto de vista de la madre, él representaría el falo omnipotente que la completa, mientras que, desde el punto de vista del púber, esta indiferenciación lo había inducido a una mayor dificultad en el pasaje de la fase fálica preedípica a la edípica.

Ahora bien, también puede ocurrir que el hijo quede *desinvestido* para su madre y por lo tanto el lugar de hijo se transforme, en la mente de la madre, en un lugar forcluido (de hijo no nacido, o muerto o abortado). En el primer caso, la fuga resultaría un modo de evitar el incesto. En cambio, en el segundo, la fuga podría asimilarse a un pasaje al acto: el sujeto queda identificado en el lugar que su madre le había asignado, previo a su nacimiento, el lugar del no ser; entonces, el sujeto cae de su propia imagen constitutiva y se dirige hacia lo real, siguiendo la trayectoria del objeto "a", aquello carente de significado.

La predominancia de alguna de las dos estructuras depende del lugar que la madre ha dado a la ley paterna. En el primer caso, existe una ambivalencia entre conservar al hijo en el lugar de falo que la completa o bien aceptar la ley paterna. Si lo conserva en el lugar de falo que la completa, desafía la ley paterna: el padre ha hecho el aporte biológico y su ausencia reafirma la desmentida de la diferencia de sexos, de parte de la madre. En este caso, la fuga podría significar la búsqueda de la figura paterna, o una búsqueda del púber que restituya el lugar de ley. En el segundo caso, el de no haber sido concebido nunca en la mente de sus padres, este *no lugar* (la no representación del hijo) lo predispone a la muerte psíquica, al no ser.

Desde el punto de vista pulsional, esta separación brusca del hogar, del barrio y, en especial, de la madre, obedece a que ella se transforma en objeto fobígeno frente al incremento de la carga pulsional. La capacidad de espera del púber está dañada y

se estructura el núcleo de la fobia: *la evitación*, frente a las fantasías incestuosas. Por lo tanto, la angustia aumenta y toma características de urgencia. La primera elección de objeto, que había comenzado entre los 3 y 5 años, cobra nueva significación: la elaboración "a posteriori" de sus experiencias sexuales infantiles en función del presente. Freud (1905*d*) dice que todo adolescente guarda huellas mnémicas infantiles, que sólo pueden ser comprendidas por él al aparecer la excitación sexual. La aparición tardía de la pubertad posibilita procesos primarios póstumos, explica.

En el caso de estos púberes, la huida brusca del hogar nos hace pensar que, en el primer período de la elección de objeto, las vivencias sexuales fueron altamente traumatizantes. Así, las fantasías del apego a la madre cobran una eficacia psíquica que hasta ese momento no tenían, se tornan traumáticas: fantasías tales como haberse quedado con la madre, expulsado del hogar al padre o haberlo matado. El exterior también se vuelve traumático: el padre real no existe y a veces el sustituto, nueva pareja de la madre, agrede efectivamente al púber con castigos corporales, y a menudo propicia su alejamiento. Es muy frecuente, también, que ante una nueva unión de la madre, el hijo anterior a esa unión sea rechazado. Muchas veces, una forma de expresar el rechazo es pedir su internación.

El rechazo de la nueva pareja de la madre hacia el hijo anterior se debe a que éste se constituye en representante de la sexualidad anterior de la madre, por lo cual aparecen sentimientos de celos y rivalidad. A partir de la puesta en escena de la fantasmática edípica, el hombre reedita en la figura de su compañera la fantasía de prostitución que, en su pubertad, experimentó respecto de la sexualidad de su madre.

Quiere decir que la estructura anímica del púber presenta varias problemáticas: a) la resignificación traumática de las fantasías edípicas; b) la falta de ligadura preconsciente para representar la nueva pulsión; c) una regresión a representaciones propias de una erogeneidad anal; d) su inserción en el mundo cultural exogámico.

Las experiencias infantiles han sido traumáticas, en tanto los púberes provienen de un hogar casi desintegrado: la figura paterna resulta a veces ausente -por muerte, alcoholismo, delincuencia- o a veces cambiante -por sucesivas parejas de la madre. Las demostraciones de afecto no existen, mientras que las de agresión son frecuentes. Todo esto hace que la imagen parental permanezca fijada a componentes sadomasoquistas. Este tipo de vínculo parental, inestable o inexistente, hace que el púber se haya propuesto frecuentemente a sí mismo como pareja de la madre, y eso determina que estas fantasías se reactiven en la pubertad: desde la estructura edípica, con un significado incestuoso prohibido, y desde la estructura preedípica, con un significado siniestro.

La reacción de *fuga* significa, entonces, resolver el conflicto de la permanencia junto a la madre con una acción: la de huir. Esto demostraría que el conflicto no se está resolviendo por medio del proceso secundario, a través del desplazamiento entre representaciones, sino que la vía de descarga se está dando bajo la influencia de "un quantum de afecto", correspondiente a una pulsión que, desligada de la representación, lo obliga a realizar un acto impulsivo, propio del proceso primario, en el que predomina la proyección de lo displacentero fuera del Yo.

El aparato psíquico se halla regido por una estructura constituida por regresión al narcisismo primario, identificación primaria y un Yo de placer, con características cinéticas. Ante la aparición de la excitación sexual, la liberación del afecto por vía cinética no genera transformaciones en el preconsciente verbal, lo cual no permite la señal de alarma y los mecanismos de defensa adecuados. Estamos en presencia de un Yo cinético narcisista, en el que la función de ligazón está dañada.

Según Freud (1940a):

> *(...) El fin de Eros consiste en establecer unidades cada vez mayores y, por consiguiente, conservar; es la ligazón. La meta de la otra pulsión, la de muerte, es por el contrario, romper la relación entre representaciones y, por consiguiente, "destruir" (...).*

El recuerdo de los hechos sexuales de la infancia son resignificados en la pubertad como "trauma a posteriori"; ante ellos, sobreviene la impulsión, y con ella *la fuga*. La impulsión puede remitir a mecanismos de compulsión a la repetición y de transformación pasivo-activo.

Hemos observado en la clínica, que el púber que ha sufrido experiencias infantiles de abandono, sí posee como rasgo un componente a cinético marcado, ante un conflicto psíquico apela a la fuga, repitiendo activamente el abandono sufrido pasivamente.

El mecanismo de compulsión a la repetición lo lleva a tener que abandonar continuamente, personas y lugares, sin poder mantener vínculos estables que le permitan el logro de verdaderas satisfacciones yoicas de tipo narcisista y den lugar a la organización de un Yo real definitivo.

Importancia del desplazamiento motor

Según hemos visto, luego de la *fuga* de su casa o del instituto, estos púberes comienzan un vagabundeo en el que el *emplazamiento* motor parecería constituir el

elemento regulador de la angustia. Volvamos a retomar, por un momento, lo que Freud dice, luego de definir los cambios puberales y sus consecuencias en el tercer ensayo, *Metamorfosis de la pubertad* (Freud, 1905d, pág. 189):

> *(...) Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual: para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital (...).*

Pero es importante destacar lo que Freud señala en el párrafo siguiente:

> *(...) Como en todos los otros casos en que deben producirse en el organismo* nuevos enlaces y nuevas composiciones en mecanismos complejos, *también aquí* pueden sobrevenir perturbaciones patológicas por interrupción de esos reordenamientos. *Todas las perturbaciones patológicas de la vida sexual han de considerarse, con buen derecho, como inhibiciones del desarrollo (...).* (El destacado es mío).

Tres ideas me parece importante subrayar. La primera se refiere a que el acceso a la genitalidad se logrará mediante nuevos enlaces (ligaduras entre representaciones). La segunda, que estos nuevos enlaces llevarán a mayor complejidad psíquica, y tercero, que las perturbaciones patológicas *posibles* pueden producirse por *interrupción* en los reordenamientos.

Aquí Freud explica que las perturbaciones patológicas de la sexualidad sobrevienen como inhibiciones del desarrollo y por interrupción en los reordenamientos. Y para ello toma el modelo de la *Carta 52;* podríamos señalar, pues, que, en el caso de la pubertad, el surgimiento de la fase genital carece de "nuevos enlaces" entre pulsión y representación, y por lo tanto necesita "nuevas composiciones" de la vida psíquica para tramitar el acceso a esta nueva fase. Todo esto cabe tanto para la progresión de la vida psíquica (el desarrollo normal) como para la regresión, detención o inhibiciones, que en un principio se observan.

En este grupo de púberes, la deambulación indica que no están buscando aún un objeto del sexo opuesto, sino que están ejerciendo una actividad de tipo autoerótico muscular, correspondiente a un punto de fijación pregenital. Diríamos que, en función de experiencias sexuales pasadas, resignificadas en el presente, la genitalidad se

torna prohibida y obliga al sujeto a una regresión a una etapa anterior, la etapa sádico-anal. En este punto de fijación (la fase anal primaria), el púber realiza un desplazamiento desde la madre hacia los objetos del mundo exterior, invistiendo el contexto espacial por medio de la proyección.

Este mecanismo tiene su génesis en la subfase de ejercitación locomotriz -descripta por M. Mahler (1972)-, comprendida entre los ocho y quince meses, y se ubica dentro del período de separación-individuación. Al respecto, la autora dice que en esta fase se amplía el mundo del niño: no sólo tiene un rol más activo en determinar la cercanía y la distancia de su madre, sino que las modalidades, hasta entonces utilizadas para explorar el ambiente, lo exponen repentinamente a un segmento más amplio de la realidad; hay más que ver, más que oír, más que tocar.

El desplazamiento motor que implica andar sin rumbo fijo, viajar, da al púber sensaciones placenteras de tipo muscular, con respecto a las excitaciones mecánicas, afirma Freud (1905d, p. 183):

> *Además, tenemos que incluir en esta serie la producción de una excitación sexual mediante sacudimientos mecánicos del cuerpo, de carácter rítmico. Debemos distinguir en ellos tres clases de influencias de estímulo: las que actúan sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, las que actúan sobre la piel y las que lo hacen sobre las partes profundas (músculos, aparato articular).*

Podemos pensar que el placer por el movimiento se mantuvo desde la época de la primera elección de objeto, y se ha mantenido no sólo como placer pregenital, sino también como defensa frente a la sexualidad y al componente edípico que ellas encierran. Ellos no conciben a la mujer como objeto de deseo, sino que se alejan para defenderse de ella. En su particular constitución familiar, carente de figura paterna, ha habido una madre excesivamente presente como objeto sexual. En un tiempo anterior, el púber ha hecho entrega de su falo para que la madre sea, por lo cual él mismo no podrá ser (como el padre), pues carece del atributo que lo hace sujeto. Las ligaduras entre la genitalidad y sus representaciones en el Yo se obstaculizan y dificultan el acceso al logro de la identidad sexual.

En el ámbito pulsional, esta situación produce una regresión a la erogeneidad anal y un estancamiento libidinal genital. En lo relativo a la búsqueda objetal exogámica, la regresión oscila entre los lazos homosexuales desexualizados, como en la masa, y una suerte de soledad acompañada, concomitante con un autoerotismo intracorporal compartido. Esta elección se observa en la búsqueda de amistades del mismo sexo, cuando están en espacios abiertos, con las que realizan aventuras durante

los viajes. Estas alianzas son múltiples y no suelen ser determinantes: la unión durará lo que dure la aventura y luego se desharán de ellas. Básicamente, estos púberes se conciben como solitarios en medio de una multitud. Las aventuras, tales como robar una fruta, tomar un helado, adquirir un "cajón para lustrar", ocupar un lugar para la venta de pastillas, pedir limosna, se llevan a cabo a través de alianzas y guerras diversas. La lucha por ocupar un lugar puede ser de uno contra otro o de dos contra un tercero para vencerlo. Esta conducta tiene su fundamento en el deseo de encuentro de un objeto homosexual paterno, que ayude a organizar la salida exogámica y enfrentar el mundo externo, para poder alejarse del objeto incestuoso prohibido.

La ejercitación motriz autoerótica es, entonces, una transacción entre la investidura homosexual y la defensa contra ella. En el desplazamiento motor -ir de un lugar a otro en compañía de amigos-, se concreta el placer autoerótico que se experimenta con la musculatura: activo, en cuanto al desprendimiento de la figura materna; pasivo, en cuanto a la búsqueda de una figura de identificación homosexual, derivada de la imagen paterna. A la vez, esta conducta se constituye en la defensa contra la actuación sexual perversa.

En un primer momento, la fuga del hogar, desplazarse y moverse en el exterior, constituye la defensa contra el objeto edípico: la madre. A su vez, el huir regresivo constituye un alejamiento de posibles conductas perversas. Esta defensa resulta importante, debido a que uno de los problemas de los internados es la actuación homosexual. El deseo y el rechazo de la actuación homosexual perversa es una de las variables y de las razones por las cuales las alianzas y los contactos con el mismo sexo son de corta duración.

En las actividades locomotrices que los púberes desarrollan en el exterior, se observan dos tipos de actividad muscular, correspondientes a dos tipos de placer distintos: el activo y el pasivo.

Una actividad en la que son desplazados por medios mecánicos (el ferrocarril, los juegos de los parques de diversiones[5]), experimentan el placer rítmico en forma pasiva, además de abordar lugares desconocidos. Se trata de una evocación del *placer pasivo*: la sensación de ser llevados en brazos, hamacados o mecidos. Esta actividad parecería estar ligada a experiencias primarias de contacto, cuando la acción era regida por alguien exterior al sujeto, como ahora el ferrocarril, donde el púber es llevado por otro que condiciona en él estados placenteros.

5. Es interesante poner en relación esta experiencia de placer rítmico con el abordaje que realizamos en el trabajo sobre las tres estructuras discursivas y gráficas del capítulo anterior.

La otra actividad, el *placer activo* del desplazamiento motor autónomo, sin rumbo fijo, nos remite a la etapa anal expulsiva, en la que el niño se torna activo con respecto a la acción muscular con su propio cuerpo, al usar los miembros inferiores en busca del dominio de sí y como respuesta a la experiencia traumática pasiva del momento lógico anterior, donde el dominio de su movimiento lo tenía el otro (en especial, la madre).

En otros púberes, el incremento de la descarga muscular de los miembros inferiores tiene su correlato en un incremento de descarga, a través de los miembros superiores, en la actividad gráfica. En estos casos no es importante la cualidad del dibujo, sino el movimiento desenfrenado de la mano (por ejemplo, se ha dado el caso de realizar dieciséis o diecisiete dibujos en una misma sesión).

La articulación de rasgos fóbicos e impulsivos

En este apartado nos referiremos a las formas en que se vinculan las fobias en este grupo de púberes, las dos posibles versiones de espacialización del conflicto: la claustrofobia y la agorafobia, también abordaremos el rasgo fóbico y su contrapartida defensiva: la contrafobia. Asimismo, tomaremos en cuenta su relación con los rasgos impulsivos.

En cuanto a la claustrofobia y la agorafobia, debemos tener en cuenta ciertos datos tomados de las historias obtenidas y de las observaciones realizadas.

El haber concebido la niñez como estar adentro, encerrado, atado, en el vínculo con la madre, los hace concebir el futuro como estar afuera, desatados, recibiendo y probando nuevos estímulos del exterior.

La característica del rasgo claustrofóbico está dada no sólo por la necesidad de espacializar el futuro, sino también por la necesidad de renovar continuamente las experiencias en nuevos lugares y con gente distinta. El contacto con las cosas y personas tiene que ser corto y cambiante, porque de otra manera puede aparecer la angustia a quedar encerrado, ahogado en un vínculo prohibido, a la vez siniestro y determinante de la muerte.

Freud (1895c, pág. 81) diferencia aquellas fobias, que son acompañadas por obsesiones, de aquellas que resultan una evitación cuidadosa del sujeto de un estado emotivo. Las primeras tienen un correlato representacional, el recuerdo de un trauma particular, una defensa del Yo contra una idea penosa intolerable. Las segundas, en cambio, entre los que incluye la agorafobia y otras fobias de la locomoción, no

encuentran una formación sustitutiva de una idea inconciliable, sino un afecto que desborda al Yo. Dice así:

> *(...) En el caso de la agorafobia, etc., solemos hallar el recuerdo de un* ataque de angustia, *y en verdad lo que el enfermo teme es el advenimiento de un ataque así en aquellas condiciones especiales en que cree no poder escapar a él (...).*

La diferencia, entonces, consistiría en que en las primeras habría un estado cualitativo de investidura yoica, mientras que las segundas se refieren a un estado de desinvestidura, de descarga cuantitativa de tensión. En esta investigación nos referimos específicamente a las segundas, en tanto describimos las variantes en los trastornos deambulatorios.

En cuanto a la claustrofobia, el temor a quedar encerrado con la excitación sexual se relaciona con el temor a la masturbación. Así, los lugares de encierro operan como lugares de peligro, en la medida en que generan sensaciones de excitación y las fantasías concomitantes, o afectos masoquistas pasivos, desbordantes. Las fantasías se toman regresivas, primitivas, como el temor a volverse loco, a enfermarse, a quedar encerrado y morir asfixiado, deformarse, volverse idiota, etcétera.

Los rasgos impulsivos pueden verse como la fuga de un peligro o una tentación, o bien correr a un lugar de reaseguro o de satisfacción. También el acto de huir constituye una defensa contra el peligro de caer en un estado depresivo o de culpa. Los púberes suelen establecer una analogía entre el huir de una tensión interna y de una situación externa. En la fuga compulsiva se observa una intolerancia para sostener la tensión y la frustración en el ámbito psíquico. Esto remite a fantasías regresivas pasivo-receptivas; huir de un lugar de desamparo hacia otro donde se encuentre "con quién contar".

Asimismo, la contrafobia forma parte de mecanismos defensivos contra los afectos, y lleva a que una fuerte contrainvestidura sea empleada como defensa contra la angustia. Esta transacción se realiza de dos formas: negando la existencia de una situación peligrosa, o negando el hecho de sentir temor. De ello se deduce la aparición de un rasgo de *coraje reactivo* contra la angustia, rasgo que observamos frecuentemente en este grupo de púberes.

Frente a conductas de tipo fóbico con la madre, aparecen alternativamente lo claustro y lo agorafóbico, representados por las reiteradas entradas y salidas del internado. Este ámbito ocupa el lugar de claustro materno, a donde regresan, luego de un tiempo, en sus anhelos de receptividad pasiva, segunda de intentos de independencia omnipotente, idealizado y contrafóbico. Cuando este último comportamiento persiste, se configuran conductas impulsivas o psicopáticas. En ese caso realizan acciones de tipo vindicatorio, en las que ellos se presentan como los héroes que se están vengando de una injusticia recibida, fundamentalmente el abandono de los padres, aunque este problema sea el menos concientizado. La acción vindicatoria puede estar asociada a una defensa frente a estados de tedio y aburrimiento: salir para gozar a otro y a veces para vengar a otro. Se trata de una evitación del pensar reflexivo y/o de las angustias hipocondríacas frente al cuerpo.

La urgencia de la fuga del hogar o de la institución delatan la carencia de una madre continente, carente también de figura masculina, que lleva a buscar en el púber (con urgencia) su objeto erótico. Cuando predomina la conducta impulsiva, tanto en la madre como en el púber, las elecciones de objeto tienen un tinte de mayor agresividad. En el caso de ser ellos los pasivos, dejan de ser objetos totales para el otro, para transformarse en prolongaciones del cuerpo del otro. En este sentido, el púber queda transformado en el falo de la madre. Luego, el púber repetirá compulsivamente en forma activa el tomar al otro como objeto.

Con respecto al desplazamiento motor y al deseo de realizar viajes y abordar lo desconocido, el irse del hogar es salir "en busca de su destino", de su futuro, en busca de una figura paterna idealizada que les dé identidad. Un rasgo notorio de este grupo es la manera particular de concebir el futuro. No se realiza por un proceso de pensamiento, articulado con un preconsciente visual y verbal, complejizado, reflexivo y con capacidad de espera, sino que se configura a partir de una espacialización del psiquismo. No existe la "moratoria social" adolescente, de la que habla Erickson (1971), más bien prevalece la urgencia y la incapacidad de espera. El futuro se concibe como *algo que está en el exterior y que hay que salir a buscar*: hacer el futuro es conocer lugares y personas diferentes, oler, gustar y escuchar nuevas cosas; la gratificación libidinal está dada por el encuentro con lo desconocido y nuevo.

El abandono de su grupo familiar incrementa la búsqueda de la figura paterna, encontrar a *"alguien de quien ser hijo"*, a alguien que dé sentido a su ser, que lo incluya dentro de su linaje. El padre aparece como objeto idealizado, salvador, y otras veces, como denigrado o persecutorio. Es una figura cargada de sentimientos ambivalentes y, en los casos más graves, la disociación yoica es lo predominante. En los casos más graves, se busca un ser idealizado, un padre nutricio que le otorgue los dones de los que fue privado. En este caso, las disociaciones llevan a conductas de actuación antisocial en el mundo externo, al que le reclaman "lo que le deben", y la figura paterna es víctima del desprecio: el adolescente siente el triunfo sobre él, a veces el componente vindicatorio lo lleva a una conducta compulsiva de tener que derrotar a otro.

Salir a conocer el mundo, tener nuevas experiencias y buscar su sustento (vender golosinas, mendigar, lustrar, etc.) encierra, entonces, un componente de desafío

frente al padre. La frase "me las arreglo solo" se apoya en una defensa omnipotente y narcisista de desprecio por el objeto y de identificación primaria con el mismo. El enfrentar la vida solo, probar y gozar con nuevas experiencias y desear ser su propio padre, implica un componente hostil, rebelde, que más tarde se transformará en una posición masoquista en el Yo.

En sus fugas y vagabundeos, caracterizados como gesta heroica, los púberes están compelidos a realizar una acción vindicatoria, con el objeto de restablecer un equilibrio perdido por una injusticia recibida. En estas circunstancias, se sienten "héroes" emprendiendo una gesta, que debe ser desplegada en el mundo externo con la ayuda de la acción muscular. Son héroes solitarios luchando contra una mayoría. Estas mayorías pueden ser tanto su grupo familiar como las autoridades del internado, a las que ellos consideran injustas. La gesta heroica implica desafiar a la autoridad realizando un acto ilegal como la fuga. Para este grupo, la ilegalidad corresponde al código de las autoridades, pero no al propio: ellos, en cambio, sienten que hacen justicia frente a las injusticias sufridas.

En la jerga institucional, la internación era vivida como encarcelamiento. Ser llevado por la policía era designado con el verbo "caer". Las oposición "caer" versus "levantarse y caminar" (deambular), o "caer" versus "hacer caer a otro" aparece con frecuencia en este grupo. Expresan el sentido de "vencer-ser vencido", correspondiente a las personalidades de acción, al pensamiento mítico y a la dramatización del mito del héroe. Estas también son formas defensivas que toma el duelo en la adolescencia temprana.

También la búsqueda de lo nuevo en espacio abierto resulta una forma de la espacialización del conflicto, que deviene del placer por ver la sexualidad infantil: ver los propios genitales, la diferencia de sexos o el coito de los padres, que lo llevará a la formulación de las teorías sexuales. Sobrevenido el conflicto edípico, "el ver" se torna prohibido, y ver el cuerpo se transforma en un deseo de ver el afuera, de conocer el mundo exterior.

Entonces, desde la conflictiva edípica en adelante, el placer de ver sufre numerosas transformaciones, que resultan desplazamientos hacia lo cultural, tales como ver espectáculos, a nuevas personas (otras mujeres distintas de la madre) y conocer (derivado de la pulsión de ver) acerca de los saberes del padre.

Es interesante cómo *el ojo*, representante del ver, aparece representando *el saber del padre* en distintos relatos míticos. Al respecto, Abraham (1913) dice:

> *(...) La función de observar las cosas ha sido con frecuencia adscripta al dios-Sol. En los poemas homéricos, por ejemplo, Helios es constantemente llamado "aquel que ve y oye todas las cosas" (...).*

Y en una nota al pie continúa:

> *(...) Podemos notar especialmente el pasaje de la Odisea (VIII) donde Helios observa el encuentro prohibido de Ares y Afrodita" (...).*

Asimismo, la relación del ver con el saber la encontramos en *La Eneida*, en el relato del encuentro de Eneas con su padre Anquises, en el Averno. Eneas desciende allí, guiado por la Sibila, quien lo conduce a ver a su padre. Luego de este encuentro, Eneas recibe el legado del padre, necesario para continuar el linaje y fundar, finalmente, Troya. Podríamos pensar que la Sibila es una representante-materna que ayuda a Eneas a desprenderse de la sensorialidad y a aceptar el legado simbólico paterno, que significa su inserción en la cultura y su misión entre los hombres. Esto es, transformarse en líder de la grey fraterna.

También Abraham (1913) dice que la psicología de los pueblos provee ejemplos en sus religiones de la identificación entre *el ojo del padre*, el esplendor o brillo del sol, y el dios Sol: el ojo del dios-padre, al igual que el sol, puede verlo y saberlo (iluminar) todo.

En este sentido, recorrer espacios abiertos es ir en búsqueda de la sabiduría paterna, que significa -tal como Freud lo expresa en *Moisés y la religión monoteísta*- cambiar la sensorialidad por los procesos del pensar, que conducen a la formación del Superyó. Este mismo tema ha sido trabajado por Lacan en la construcción de los Nombres del Padre. En el caso de este grupo, el proceso de pensar queda inhibido intrapsíquicamente por la interrupción en la transcripción psíquica y desde lo vincular, por la falta paterna.

La fuga también se vincula con un componente de riesgo y de desafío. El riesgo es la actitud contrafóbica que contiene un esfuerzo por controlar de manera obsesiva situaciones antes temidas. El "colarse" en un espectáculo o el hurtar una fruta son actividades prohibidas y peligrosas, por lo tanto desafiantes. El mayor placer reside en el mayor riesgo, y cuantos más peligros hay que vencer, también más desafíos hay que realizar. Quizá sea la expresión de una frase que se repite incesante desde el Yo: "Ya no tengo más miedo".

En este rasgo de la erotización del peligro, se cumple el deseo del fóbico, cuyo requisito básico para el encuentro con un objeto de placer es el riesgo. La manera compulsiva de buscar situaciones temidas y riesgosas mediante actividades prohibidas muestra que las mismas son transformaciones de deseos incestuosos, que traerán culpa y castigo: "la cárcel". La angustia (de castración) se transforma en *coraje reactivo*, alguien que "huye para adelante", un valiente. Así, esa angustia es proyectada y el

miedo al peligro es asumido por otros y no por ellos. Tal como si dijeran: "No soy yo el asustado, es el otro". Y ese otro suele ser un niño menor.

En cuanto a los modelos de identificación, estos niños pertenecen a familias que han emigrado de su lugar de origen, en busca de un futuro mejor. En aquel tiempo, la decisión, en la clase popular, de migrar a la Capital constituía el intento de buscar mejores oportunidades de vida y realizar experiencias distintas de las de su lugar de origen, caracterizadas por la monotonía y la escasez de situaciones novedosas. Este modelo migratorio adulto constituye una forma de vida (definida por la oposición adentro-afuera, mundo nuevo "versus" rutina, conocido-desconocido) y un estilo fóbico cuya característica es la "espacialización del cambio".[6] La identificación con los modelos parentales u otros permite entender, desde varias perspectivas, la problemática puberal del grupo: su actuación de tipo evitativo es también la dramatización espacial exogámica.

La fuga es también una dramatización de la exogamia a través del éxodo. Rolla (1971) dice que la exogamia es una de las crisis vitales que más dificultades produce en el adolescente y constituye su problemática central. Al respecto, diferencia el sentido de la palabra *exogamia* de otras como *éxodo* y *exilio,* y las analiza desde la tragedia edípica. Así entiende que cuando Layo entrega a Edipo a un sirviente en el monte para que le dé muerte, lo que le ocurre a Edipo es un *exilio* forzoso. En el segundo caso, cuando Edipo huye de los padres de Corinto, queriendo evitar los presagios del Oráculo, realiza un *éxodo* (del hogar sustituto). En el tercer caso, luego del suicidio de Yocasta y su ceguera posterior, se condena a un *exilio vagabundo,* como forma de pagar su culpa.

En el caso de estos púberes, entendemos que el intento de exogamia a través de un éxodo se debe a un temor de consumar la tragedia edípica (Cesio, 1988) homicida o suicida. En este sentido, el éxodo consumado mediante la fuga es la evitación de un matricidio, y el vagabundeo, una forma de expresar un estado psíquico: la angustia confusional que se manifiesta en el desplazamiento espacial desordenado y sin rumbo. Puede ocurrir que luego del estado de confusión, expresado en el vagabundeo, se estructure una conducta repetitiva -producto de la compulsión a la repetición-, en la que cada huida conducirá a la reiteración de situaciones traumáticas. Estas consistirán un ciclo (huida-encierro-huida) como forma de eternizar el presente, sin posibilidad de construir un proyecto identificatorio futuro (Aulagnier, 1975) y negar el transcurso del tiempo. Por lo tanto, *la fuga* se condensa en un eterno presente y, en lugar del recuerdo, se instala la actuación.

6. Una explicación psicoanalítica de la conducta de los púberes no invalida ni desconoce, en forma alguna, el contexto socioeconómico al que se ve sometido este grupo social, cuyas migraciones están determinadas fuertemente por la falta de ofertas laborales. Pero un mismo contexto social puede determinar distintas actitudes por parte de distintos grupos familiares, como salida grupal para ese conflicto económico.

Los púberes con características familiares más estables tienen más opciones psíquicas para elaborar la exogamia. Piensan y dramatizan las acciones heroicas en la lectura de historietas, las series de TV o el juego solo o con los amigos. En cambio, este grupo necesita poner el propio cuerpo actuando las escenas en la realidad, debido a la detención en el proceso del pensar, que conserva restos del pensamiento sensorio-motor. En esta situación se observa una imposibilidad de ligar procesos pulsionales con representaciones preconscientes, lo cual incide en la constitución del Yo de realidad, conservando el pensamiento mítico. Más profundamente, esta construcción imaginaria remite siempre a un vacío psíquico del lugar paterno y se manifiesta un trastorno de identidad permanente.[7]

El deseo del púber de encontrar a alguien que le dé un lugar como sujeto se articula con el componente impulsivo, mientras que el deseo de salir al exterior, espacializando la búsqueda del futuro exogámico, se observa en el componente fóbico.

Aportes generales al problema de la deambulación

Hemos visto que el tema de la deambulación en el espacio está relacionado con dos factores fundamentales: a) la búsqueda de identidad, a través de la búsqueda de la figura paterna, frente a la ansiedad confusional, y b) la necesidad del púber de elaborar el desprendimiento de su cuerpo infantil y aceptar el de adulto, consecutivo al pasaje de la endogamia a la exogamia.

La deambulación espacializa este conflicto, donde subyace una fantasía épica de "comenzar una nueva vida" u "organizar el futuro", cambiando de lugar y buscando adaptaciones aloplásticas, en vez de autoplásticas.

Estas conclusiones no están limitadas solamente a este grupo específico, sino a todo el universo adolescente: todo desprendimiento o cambio está ligado a la idea de salida, de realización de un nuevo camino, de ir de un lugar a otro. Un ejemplo de ello son los grupos de adolescentes que se desplazan, de un lugar a otro, no tanto con

7. Esta problemática se ve en la película *Tango Feroz* (1991). El seudónimo Tanguito surge de su mito acerca del propio padre: de él decía que había sido un famoso cantor de tangos.

la finalidad de comunicarse a través de la palabra, sino de realizar un desplazamiento motriz en grupo y en el espacio, buscando ver y ser vistos por otros. Descubrir esos espacios nuevos es homologable al descubrir nuevos espacios psíquicos: se trata de un Yo que se va descubriendo en el *hacer*. Otro ejemplo de este comportamiento se observa en la ritualización institucionalizada del "desprendimiento", que se realiza al término del ciclo primario y secundario, en el viaje de egresados.

También entran en esta categoría los campamentos y los grupos tales como los "boy-scouts", que se constituyen como organizaciones que buscan el cambio de contexto externo, para posibilitar experiencias de nuevos contactos y de aprendizaje del autoabastecimiento en microsociedades distintas de la familiar. Por otra parte, en algunas expresiones artísticas vemos planteado este fenómeno: los clásicos del cine como *Edipo Rey, Perdidos en la noche, Busco mi destino, Espantapájaros*. El viaje alude a la necesidad de tener que recorrer un camino riesgoso en busca del futuro. Las revistas de historietas y las películas de cow-boys, cuyos personajes son el héroe solitario y su acompañante, sirven también como ejemplo.

Finalmente, los planteos de esta investigación nos acercan también a la psicología del viajante. Hombres como Marco Polo, Vito Dumas y todos aquellos personajes que recorren países, en un jeep, en motocicletas o "a dedo", tienen en común el placer de la locomoción y el alejamiento momentáneo o permanente del hogar y a veces también de la mujer, como pareja exogámica. Si ella aparece, es colocada en el nivel de una nueva experiencia o de un lugar nuevo para conocer, que más tarde será abandonado para buscar otro. En este contexto, aparece, en cambio, en forma constante, la pareja del mismo sexo, el compañero de viaje y de aventuras, o también el personaje solitario que, a través de la figura heroica, cuenta que "habiendo sido tratado en el pasado injustamente, en el presente organiza su destino, recorriendo lugares y atravesando por situaciones riesgosas, con el fin de hacer justicia".

Addenda 1994

En el trabajo realizado en 1978 y corregido en 1982, describí algunos problemas en torno de un grupo de niños varones, que, en el pasaje por la adolescencia temprana, incrementaban un mecanismo que denominamos "deambulatorio". Observábamos que esta conducta se daba a través de fugas que los llevaban a un vagabundeo por lugares desconocidos, generalmente espacios abiertos, tales como otros barrios o zonas de esparcimiento público. Asimismo, en este deambular, solían tener episodios de pequeños hurtos que, sin embargo, no configuraban una personalidad delictiva.

Para analizar esta conducta, habíamos abordado también la constelación familiar: un padre real y psicológicamente ausente, que imponía la ley en forma inestable o violenta, y una madre presente en la realidad, pero afectivamente abandonante, con características esquizoides y componentes fóbicos. Por otra parte, la falta de pareja de la madre hacía que el niño, durante su infancia, fuera tratado como su objeto narcisista. Así, más que como un hijo autónomo se había constituido en apéndice de ella.

En este contexto, expliqué que la fuga constituía un acto impulsivo con el cual ponían en marcha su motricidad en forma desordenada y se alejaban fóbicamente de la madre, debido a la resignificación traumática de las fantasías incestuosas, derivadas de pulsiones genitales y pregenitales que tornaban real lo que antes era fantaseado. Por eso señalé que en ese vagabundeo existía siempre el deseo, a veces consciente, otras inconsciente, de encontrar una figura paterna que posibilitara modelos de crecimiento y límites a las fantasías incestuosas y siniestras.

Analizar esta conducta desde el punto de vista del desarrollo de la libido, me llevó a observar una regresión a la etapa anal-sadomasoquista, en la que la deambulación constituía: a) una defensa frente a los impulsos incestuosos prohibidos y a la angustia de castración; b) una transacción entre el impulso amoroso hacia la figura paterna y una defensa en contra de la misma.

Asimismo, señalé que en este grupo los factores de tipo psicosocial son importantes, en tanto pertenecer a la clase popular implica necesariamente residir en barrios modestos sin infraestructura. Esto, a su vez, plantea limitaciones de tipo económico y falta de canales institucionales (clubes deportivos de barrios, por ejemplo, que posibiliten la salida del hogar y la descarga muscular por vías socialmente aceptadas), carencias que, veíamos, contribuyen a llevar al niño a actuaciones de tipo marginal.

Actualmente, en la tarea de revisión del texto para su publicación, pienso que resulta importante abrir otras líneas de interpretación, que, lejos de invalidar los postulados freudianos, abren nuevos caminos a la lectura de los observables de la conducta puberal en este grupo específico.

La deambulación y la fuga

En la puesta al día de los desarrollos teóricos actuales, observamos las diversas posibilidades que despliegan los adolescentes en su actuación: de los viajes de egresados a los pasajes al acto, en los que se insertan tanto los actos delictivos como la fuga y el vagabundeo, también el suicidio u otros.

Entre las diversas posibilidades psíquicas que el advenimiento del erotismo genital conlleva, aparece una manifestación característica, universal, que es un estado tóxico, producto de la tensión genital sin posibilidad de descarga. Este estado tóxico presenta ciertas particularidades en el Yo, tales como su carencia representacional (de ligadura entre pulsión y representación) y, por lo tanto, la invasión desenfrenada de la pulsión en el Yo. Esto lleva a estados de abrumamiento del Yo por afectos primarios desbordantes, tales como la angustia desbordante, el pánico, el terror, la furia, el pánico hipocondríaco (temor a morirse por una enfermedad fatal) o, por el contrario, una aceleración de la acción motriz de descarga, que conduce, también, a un acto impulsivo, arcaico, como la fuga.

Dentro de estos actos, se emplazan ciertas conductas que constituyen, más bien, un "pasaje al acto". Todas ellas tienen en común el intento de derivar hacia el exterior el exceso de tensión. Algunas de sus manifestaciones son: los actos delictivos, la fuga, el vagabundeo, o la violencia. Pero también encontramos una falla en esta derivación, por la cual se deconstituyen las pulsiones de autoconservación y aparecen conductas como las adicciones, la automutilación, el suicidio.

La contraparte de estos estados de desborde tanto motor como afectivo son el estado de estupor y/o de inermidad, vacío psíquico, apatía, en el que suelen caer estos púberes con frecuencia.

Desde el punto de vista de la semiología de la actuación, encontramos distintas formas de manifestación. Puede tratarse de un acto aislado o bien de un acto repetitivo. En el primer caso, podría constituir un estado agudo, mientras que en el segundo, la repetición habla de ciertos trastornos enquistados con mayor grado de patologización.

En sí mismo, el acto es una manifestación que puede responder a distintas estructuras psicopatológicas, propias de una entidad nosográfica. Bien pueden ser actos impulsivos, psicopáticos o un acto psicótico, desencadenado por un estado delirante, una melancolía o un acceso maníaco o, también, la fuga del epiléptico.

Por último, habría que establecer la diferencia entre el paso al acto y el "acting-out"; este último, como una actuación histérica que encuentra su significación en una fantasía inconsciente. Dentro de la estructura neurótica, también se producen estados límites derivados del gobierno de una corriente psíquica, como la desestima o la desmentida, que provocan el pasaje al acto violento o irracional, pero no caótico.

En el caso de estos púberes, no debemos perder de vista el duelo adolescente, ya que se manifiesta en una dimensión particular: una depresión no vivenciada, que tiene como defensa la desestimación del sentir y se expresa en estados de apatía o aburrimiento, en lugar de tristeza. Una salida defensiva del estado de aburrimiento es la fuga o vagabundeo como formas de pasaje al acto.

En este sentido, podríamos relacionar la fuga con un estado tóxico de embotamiento motor, que provoca el mismo efecto que el mareo que conlleva la ingestión excesiva de alcohol o un baile desenfrenado hasta caer agotado. Se trata, en todos los casos, de formas de manifestar el proceso tóxico por falta de procesamiento psíquico de la tensión genital, en las que se unen cuerpo, movimiento rítmico de frecuencias y desenfreno. Otro ejemplo de este tipo de ritmo son los "pogos", que tienen lugar en ciertos recitales de grupos de rock. Estos consisten en sumergirse en un torbellino de golpes y dejarse llevar por la multitud hecha masa (léase aquí en el sentido literal del término), que produce una indiferenciación corporal, donde se confunde no sólo la periferia de los cuerpos, sino también sus excrecencias (transpiración, respiración, olores, etc.). Bick (1970) llama a estos estados de "identificación adhesiva" y Bleger (1967), "glischro-carica". Coinciden en un autoerotismo intracorporal de tipo motor, en el que no hay enlace con el mundo sensorial de las percepciones, por lo cual se desinviste la periferia exterior y prevalecen las sensaciones cenestésicas (de la música, en este caso), golpeando en el interior del cuerpo, como una forma de identificación intracorporal.

Como no hay cualidad de la conciencia y se está en presencia de estados de aturdimiento, la conexión con el cuerpo propio o con el del otro obedece más a un registro que carece de formas discriminadas, solamente discernibles en términos de densidad de ritmos. Esto indica que estamos frente a un cuerpo percibido en términos cenestésicos y *propioceptivos*, más que a través de los sentidos *distales* (vista y oído).

Este tipo de descargas no cualificadas se corresponden con los "significantes formales" definidos por Anzieu (1987), diferentes de la estructura del fantasma. Esta última, ya descripta por Freud, tiene una secuencia, es característica de la neurosis y está construida sobre el modelo de la frase. Se modela bajo la dirección de los sentidos distales y se corresponde con la adquisición del lenguaje. Hay un espectador de la acción, lo cual conduce a establecer diferencias entre el sujeto de la enunciación y el del enunciado. La acción, así, se desarrolla en un espacio de tres dimensiones, que implicaría la instancia edípica. En cambio, los significantes formales están constituidos por imágenes propioceptivas, táctiles, cenestésicas, kinestésicas, posturales, de equilibrio, es decir, del interior corporal.

Entendemos que estos significantes formales caracterizados por Anzieu se corresponden con la acción deambuladora, sin rumbo fijo, de este grupo de púberes, donde parecerían no estar representados un tiempo y un espacio, propios de la realidad supuestamente objetiva.

En este sentido, la *fuga* parece constituir una descarga motriz más que una acción específica. Freud tiene en cuenta el apremio ejercido por las necesidades de la vida

frente a las cuales el sujeto practica una primera respuesta, la satisfacción alucinatoria, que termina en un fracaso. Una segunda respuesta implica aceptar las condiciones del mundo exterior, a fin de discernir si una cosa es placentera o displacentera, si es real o no. En este caso, la experiencia de frustración de la alucinación sería cambiada por la prueba de realidad en la que el pensamiento como una acción interiorizada llevaría a efectuar, en la realidad, acciones adecuadas al fin deseado.

Sin embargo, podría pensarse en la existencia de una fase intermedia entre la alucinación, que marca la permanencia en el polo sensorial, y la acción cualificada acorde con el principio de realidad. La deambulación sin rumbo, o en búsqueda de una figura parental idealizada, nos lleva a pensar cuál es el lugar del medio familiar en este tipo de respuesta puberal. Al respecto, Winnicott (1984) analiza el comportamiento del niño antisocial y lo liga al "complejo de deprivación":

> *"El niño deprivado ha tenido un suministro ambiental suficientemente bueno, que posibilitó la continuidad de su existencia como persona diferenciada. Luego se vio deprivado de él, en un estadio de su desarrollo emocional, en el que ya podía sentir y percibir el proceso. Este niño queda atrapado entre las garras de su propia deprivación (adviértase que no me refiero a una privación) y a partir de entonces debe hacerse que el mundo reconozca y repare el daño, pero como gran parte del proceso se desarrolla en el inconsciente, el mundo fracasa en su intento... o paga caro su éxito".*

Y continúa diciendo que el cuadro clínico de estos niños se observa en síntomas como el robo, la mentira, el constante planteo de reclamos o en actos destructivos.

Observamos que este "complejo de deprivación" trae aparejado como secuela un trastorno de identidad, que reaparece llegada la adolescencia, en tanto constituye una problemática central para el pasaje a la adultez. Especialmente, en estos púberes esta crisis de identidad reaparece como una conflictiva abierta que señala que ese sentimiento de identidad estaba deficientemente constituido. Este concepto estaría relacionado con el de "identidad negativa" de Erikson (1971).

Siguiendo los desarrollos de Winnicott, habría que diferenciar aquellos púberes cuya experiencia temprana no ha sido totalmente negativa, de aquellos otros en quienes existe una privación temprana (fallas graves en la función maternante).

Los primeros han podido adquirir la capacidad de percibir que la causa de la conducta desafiante radica en una falla ambiental. En estos casos, existe una toma de conciencia de un estado depresivo o de posible desintegración, que obedece a una causa externa y produce distorsiones en su crecimiento. Por esto, este tipo de púber

procura buscar una cura por medio de una nueva provisión ambiental. El grado de madurez del Yo, que posibilita la percepción de este problema, hace que se desarrolle un cuadro que tiende a la conducta de tipo antisocial, en lugar de un cuadro psicótico.

Se hallan en una actitud vindicativa con respecto al contexto familiar: salen a recuperar aquello de lo que han sido privados, un hogar estable. Así, ellos presionan constantemente para obtener lo que les falta, mediante una provisión ambiental, pero generalmente, cuando ésta llega, son incapaces de aprovecharla. La característica de estos púberes, cuando están en el internado, es poner a prueba la capacidad del ambiente inmediato para soportar su agresión, reparar la destrucción, tolerar el fastidio; ellos buscan el reconocimiento de esta protesta y del pedido. Esta deprivación ha acontecido en un período anterior a los dos años, en la fase anal primaria, cuando aún no se han fusionado adecuadamente las pulsiones libidinales y agresivas (por tal razón, estas últimas tienen una tendencia a la descarga motriz o destructiva).

En el caso de los segundos, no se manifiesta una actitud vindicativa con respecto al contexto, y la descarga motriz es el efecto de un estado mental, confusional, caótico. Su deambular se transforma, entonces, en una situación permanente, propia de esquizofrenias juveniles, que conducen a un "salir y perderse". No parece haber odio, sino más bien dejarse morir. Las pérdidas en estos casos han acontecido desde los primeros meses de vida.

Sobre el cascarón muscular

A partir de los estudios de Bick (1970) y Meltzer (1990), se ha desplegado el conocimiento sobre la manera arcaica en la que el niño adquiere el sentimiento de sí. Es a partir de la estimulación cutánea, realizada por una madre, suficientemente empática, capaz de permitir la investidura intracorporal y luego de la sensorialidad, que el niño genera un espacio corporal psíquico continente. Por el contrario, los niños autistas o aquellos pacientes que han sufrido la falta de una madre, con una conexión empática y táctil temprana, adquieren una integración corporal defectuosa. Esta se caracteriza por un aislamiento estructural rígido que, a menudo, según S. Klein (1980), se imagina en sueños, tomando la forma de insectos duros o animales con caparazón. Es decir, una semejanza con la defensa secundaria muscular dura, descripta por Bick (1970).

Al respecto, Didier Houzel (1985) desarrolla el concepto de "angustia de precipitación" en relación con la sensación del niño autista de girar en torbellino vertigi-

nosamente.[8] Esta sensación de vértigo (y miedo) supone el descubrimiento del cuerpo objetivo -tridimensional-, en el sentido de que ese cuerpo puede despedazarse, despegarse, diseminarse. Previo a este descubrimiento, estos niños tienen la impresión de que el cascarón protector -observado como un endurecimiento y rigidez muscular exterior- los cuida de que emerjan estos terrores del cuerpo, tales como la dispersión de sus miembros o la pérdida de líquidos internos, o la caída en "agujeros negros" (Tustin, 1972) o la desaparición del suelo o el derrumbe del cielo. *El uso del cascarón muscular endurecido*, según Anzieu (1987) *no protege de la fragmentación corporal* que describe Lacan, sino de un temor más primitivo a ser *desollado entero y vivo*. El cascarón tiene la capacidad de contener la sangre del cuerpo para que no se rompa la continuidad de la superficie continente, agujereándola artificialmente. Anzieu da ejemplos de esta imagen, a partir de personajes míticos como Cristo en la cruz, Edipo Rey colgado, o Marsias desollado entero vivo por Apolo.[9]

La *evitación*, que ha sido registrada y tomada en cuenta por los mismos autores interesados en los estudios autistas, es otra de las conductas de los niños con esa patología. Fraiberg (1982) encuentra que la *evitación* es una reacción defensiva primitiva y luego Tustin (1990) redefine este concepto con el término *reacción protectora*. Por su parte, James (1986) dice que esta conducta opera desde las dos semanas de vida en forma de un "modo neuronal prodrónico", propio de un Yo prematuro y anormal de índole neuromental, que toma sobre sí las funciones de la madre, a la que ellos sienten incapaz de satisfacer sus anhelos hipersensibles. Asimismo, Tustin señala que este Yo prematuro ya está presente en el último trimestre del embarazo.

8. En mi trabajo, junto con un grupo de estudiantes de la Universidad del Salvador, he comprobado la presencia de este comportamiento en niños autistas internados en el Hospital Tobar García (1978-1981).
Son frecuentes las acciones violentas sobre el cuerpo en forma de golpes en la pared, en la cabeza u otras partes del cuerpo, o el girar sobre sí en círculos como un trompo o en forma de calesita, o el movimiento de rocking (movimiento de cabeza rítmico o frecuencial). También, en niños no psicóticos, se observa *la marcha* como una forma activa de aproximarse o tomar distancia de su madre, de ruptura del cascarón simbiótico (Mahler, 1972). Se trata de la investidura placentera en el ejercicio de las funciones autónomas, especialmente de la motilidad, hasta la manifestación de un cuasi-desinterés por la madre, en algunos momentos. Pero también pensamos que esta marcha se desarrolla como un estado autista, como un irse sin rumbo, un "desaparecer", perdidos y olvidados (por una madre desconectada, caracterizada coincidentemente por varios autores como "una madre deprimida") en el infinito del horizonte.

9. Un desarrollo de esta problemática se encuentra en la película *El silencio de los inocentes*.

Todos estos niños parecen haber carecido de interacciones sensibles adecuadas para restañar la separación física del nacimiento, por lo cual desarrollan una aversión a la madre nutricia, incapaz de contrarrestar esta aversión (Tustin, 1990). Fraiberg (1982) explica que todos los niños presentan reacciones de *evitación* cuando la díada madre-hijo pasa por una desavenencia temporaria y, por lo tanto, esa *evitación* resulta transitoria y pasajera. En el autismo, en cambio, se asiste a una *evitación* desarrollada en un grado masivo y total.

El concepto de Mahler de autismo-simbiosis, separación-individuación, ha sido reelaborado por muchos autores, en relación con el segundo nacimiento que representa la adolescencia. En este sentido, he tomado los desarrollos más recientes sobre autismo, como una base teórica para comprender la pubertad como un proceso autista normal universal, y en particular, la envergadura que el "cascarón muscular" adquiere en este grupo de púberes.

He considerado enriquecedor para las primeras conclusiones de esta investigación -donde relacionábamos la *evitación* como una forma de huida frente a la conflictiva edípica- verlas a la luz de mecanismos arcaicos, ligados a privaciones (yendo más allá de la "deprivación" observada a partir de Winnicott) aun previas al nacimiento. Estas privaciones, ahora en la pubertad, se resignifican en forma de huidas del hogar, frente a la sensación que despierta la imagen de una madre arcaica y aterradora, además de los terrores que provoca el cuerpo orgánico cambiante, que comienza a ser gobernado tanto por los procesos de crecimiento como por la tensión genital sin posibilidad de descarga.

Debido al "apres-coup" de las sensaciones arcaicas, el cuerpo de los adolescentes con privación carece de una capa protectora (Freud, 1950; Anzieu, 1987) que los aterroriza ante la posibilidad de ser destrozado, diseminado. La diseminación señala la pérdida de los contenidos líquidos que emanan del cuerpo puberal, relacionados con la procreación de nuevos seres (aquello que Freud llama "la continuación de la especie"). En las especies inferiores, este acto significa la muerte, del mismo modo que en la mente de los púberes significa abandonar la fantasía narcisista de la inmortalidad de la niñez y aceptar la propia muerte. Si bien se trata de una fantasía universal en la mente de todos los púberes, en este grupo se incrementa el sentido aterrador y la defensa autista se manifiesta a través de la huida motriz.

La *evitación*, que en los púberes con un ambiente familiar adecuado se manifiesta en el silencio con los padres, o en el hecho de frecuentar más asiduamente las casas de los amigos, en estos púberes cobra características patológicas: huir del espacio familiar se transforma en una migración que conlleva la pérdida de los lazos de origen.

Los golpes y el torbellino constituyen una forma de relacionarse con el mundo exterior, desinvestido, a través de la intrusión mecánica en el cuerpo. Tal como hemos visto, en el juego del Samba[10], en la montaña rusa o en el baile en las discotecas, los adolescentes normales encuentran, en algún sentido, una serie de "figuras autistas de sensación" (Tustin, 1990), que les permiten desplegar una sensorialidad exagerada. Estos objetos exteriores (mecánicos o electrónicos) se experimentan como si fueran partes de la superficie corporal, que proporcionan el sentimiento de sí diseminado a través de la pérdida de los líquidos puberales.

En estos púberes, la descarga muscular rítmica es diferente de aquella vehiculizada a través de la marcha, como una acción "para ir hacia". Significa un intento de sentir sensaciones autoeróticas en el cuerpo, como forma de lograr el sentimiento de sí en un movimiento monótono, repetitivo, sin destino. Se trata, finalmente, de una frecuencia serial, numérica, *escandida* en ese caminar descerebrado, en el que sólo el número tiene el efecto de una captación de lo anímico. El movimiento, entonces, no tiene ya un correlato sensorial consciente, sino que constituye un equivalente del autoerotismo intracorporal, en el que fuente y objeto coinciden en el interior del propio cuerpo. En estos púberes -así como en las esquizofrenias, en las traumatofilias, en las afecciones psicosomáticas- lo faltante es la investidura del sentir.

10. Cap. VII

TERCERA PARTE

ADOLESCENCIA MEDIA

METAPSICOLOGÍA Y MANIFESTACIONES

9. El duelo y los procesos identificatorios en la adolescencia media

Introducción

Este capítulo tiene por objeto examinar un período de la adolescencia media, cuyos procesos psíquicos y las manifestaciones que lo acompañan aparecen en un momento lógico posterior a la adolescencia temprana.

He observado que los estudios sobre esta fase no son tan habituales como aquellos referidos al comienzo, o a la fase resolutoria de la adolescencia. Quizá porque es más fácil, como diría Freud, comparando los tratamientos psicoanalíticos con las partidas de ajedrez, exponer acerca de las aperturas y los cierres, que sobre el medio juego, donde se ponen de manifiesto alternativas dinámicas más difíciles de asir conceptualmente.

Peter Blos (1962-81), quien se ha detenido en este estudio, ha destacado como temas la desinvestidura del vínculo con los padres, el hallazgo de objeto, la prevalencia del narcisismo y de ciertas defensas ligadas a él, entre las cuales conjeturamos que prevalece la desmentida, así como la represión.

En esta oportunidad, deseo centrarme en ciertos puntos que el texto de Blos no ha privilegiado, a la vez que pretendo continuar con la trayectoria inherente al pensamiento psicoanalítico argentino, en relación con la teoría de los duelos.

La caracterización de la adolescencia media no deriva de un mero afán descriptivo, fenoménico, donde se trata de reunir un conjunto heterogéneo de elementos para encontrar su punto de inserción, sino que es una caracterización derivada de la metapsicología freudiana y fundamentada desde el punto de vista económico. Se

pone, pues, el énfasis en que la fase genital exige tramitación psíquica, y ésta fue descripta por Freud (1905d), en términos de hallazgo de objeto exogámico y desasimiento de la autoridad de los padres.

Sin embargo, esta tramitación no coincide con el estallido de lava que es la irrupción genital, y permanece un tiempo postergada. Esta situación deriva de que buena parte de ella está dedicada a la investidura sobre lo orgánico, tanto de crecimiento como del funcionamiento hormonal.

A la lógica de ese período previo, donde había una mayor invasión de lo económico le sucede otro período, en el que los procesos de duelo y sus consecuencias, el desasimiento de la autoridad de los padres y el hallazgo de objeto exogámico, por un lado, y el incremento de los procesos identificatorios en el Yo y en el Superyó-ideal del Yo, por el otro, constituyen manifestaciones del pasaje a lo tópico-dinámico, y dan cuenta de la mayor tramitación psíquica que caracteriza a este período.

Mi aporte en esta oportunidad consiste en destacar que en él se ha constituido un nuevo erotismo que es menester tramitar. Además, quedan cuestionadas las lógicas de funcionamiento psíquico del período previo, e involucra como uno de sus requisitos, pero no el único, el trabajo de duelo y sus consecuencias identificatorias.

La irrupción pulsional de la adolescencia temprana ha dejado al Yo pasivo e inerme, y este estado de inermidad se origina frente a procesos de tipo orgánico, ya que el adolescente, ante la percepción del incremento de tensión, no tiene respuesta adecuada alguna para calmarla. La masturbación constituye, en un principio, el logro de una respuesta orgánica del adolescente temprano, al incremento de tensión. Esta salida para las tensiones de origen orgánico no se corresponde con algo similar en el plano del procesamiento psíquico.

La desmentida como defensa aparece, pues, en buena medida, forzada por la irrupción del nuevo empuje pulsional imposible de procesar, y su consecuencia es la imposibilidad de la elaboración de los procesos de duelo.

Desde el punto de vista lógico, pues, se puede detectar el comienzo de la adolescencia media por un cambio en las defensas , que da paso a la elaboración psíquica de los duelos y permite realizar al Yo esfuerzos de ligadura de la libido con nuevas representaciones.

El duelo por el cuerpo infantil (Aberastury y Knobel, 1971) culmina en esta fase con el logro de una nueva imagen de sí, con la cual el adolescente se identifica. Esta elaboración posibilita diversos procesos tanto de tipo identificatorio como de investidura objetal.

En el primer caso, se incluye el logro de la identificación con una nueva imagen de sí correlativa de la nueva representación corporal; la inclusión de nuevos grupos

con una mayor complejidad organizativa, ligados a diversos tipos de líder que obedecen al logro de una representación-grupo intrapsíquica diferente de la fase anterior.

En el Superyó se producen transacciones entre la instancia descripta por Freud (1930) como la *mala conciencia* y la incorporación de una *conciencia moral* propia. En el ideal del Yo, las nuevas identificaciones permiten la formación de nuevos ideales de tipo totalizante, aún defensivos, debido al desamparo psíquico que produce la caída de la omnipotencia paterna.

Con respecto a los procesos de investidura objetal, la tarea del desasimiento de la autoridad de los padres conduce a la tramitación de los vínculos incestuosos, tanto homo como heterosexuales, y la consecuencia de tales procesamientos conduce al hallazgo de objeto exogámico y al comienzo de algunas tramitaciones con respecto a la inserción laboral.

El cierre de este período lógico podemos ubicarlo, pues, a partir de haberse realizado una cierta elaboración psíquica de los duelos, referida especialmente a la desinvestidura de las representaciones parentales, lo que da lugar a nuevas representaciones-Yo y al hallazgo de objeto exogámico.

Este último se caracteriza por mantener aún vínculos de tipo narcisista homosexual incestuoso, con un compromiso con el otro, poco profundo. La toma de conciencia del tener que insertarse en la cultura, de las pautas laborales, de la sexualidad heterosexual y la noción de "quién soy Yo", de ser un sujeto reflexivo, significa la declinación de esta fase y el comienzo de la adolescencia tardía.

Existen otras particularidades de esta etapa, como las características del proceso defensivo y la tramitación pulsional y sus vicisitudes, que culminan en el hallazgo de objeto. Estos procesos anímicos derivan de la elaboración del destino identificatorio realizado en un momento lógico anterior y está en sus fundamentos, ya que el hallazgo de objeto no puede ser pensado, si previamente no ha sido resuelta la investidura homosexual. Estas otras problemáticas son tratadas en los capítulos posteriores.

Comenzaré, pues, por el análisis de los procesos de duelo, partiendo, como en otras ocasiones (1981a y b, 1987a) de los postulados freudianos para, desde allí, ir complejizando y profundizando el tema, a través de ciertos aportes propios, a los cuales integro algunas perspectivas enriquecedoras de autores posfreudianos.

Procesos de duelo o de desasimiento y sus transformaciones en la adolescencia media

Al abordar el estudio de la adolescencia temprana (1981b, 1983, 1985), encontré que había temas que se constituían como fundamentales en esta fase, alrededor de los cuales los otros parecían insertarse. Tal fue el tema de la irrupción pulsional y los cambios corporales que aquella trae aparejados.

Al abordar el estudio de la adolescencia media, se me impuso la necesidad de partir de igual premisa, sólo que en esta ocasión el tema de la irrupción pulsional parece darle paso al proceso de duelo, que el cuerpo -ya crecido- ha dejado como efecto en el aparato psíquico del adolescente. Este proceso de duelo, su elaboración y sus consiguientes transformaciones, constituyen uno de los núcleos de los cuales partiré para el estudio de la adolescencia media.

Me gustaría, por lo tanto, comenzar con la transcripción de una cita de Freud (1917e, pág. 242) de *Duelo y Melancolía*, dice así:

> *(...) ¿En qué consiste el trabajo que el duelo opera? Creo que no es exagerado en absoluto imaginarlo del siguiente modo: el examen de realidad ha mostrado que el objeto amado ya no existe más, y de él emana ahora la exhortación de quitar toda libido de sus enlaces con ese objeto. A ello se opone una comprensible renuencia... Que puede alcanzar tal intensidad que produzca un extrañamiento de la realidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo (...).*
>
> *(...) Lo normal -sigue Freud- es que prevalezca el acatamiento a la realidad, pero la orden que ésta imparte no puede cumplirse enseguida, se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y energía de investidura, y entretanto la existencia del objeto perdido continúa en lo psíquico. Cada uno de los recuerdos y cada una de las expectativas en que la libido se anudaba al objeto, son clausurados, sobreinvestidos, y en ellos se consuma el desasimiento de la libido. ¿Por qué esa operación de compromiso, que es ejecutar pieza por pieza la orden de la realidad, resulta tan extraordinariamente dolorosa? He ahí algo que no puede indicarse con facilidad en una fundamentación económica (...).*

Continúa en la página 252:

> *(...) Para cada uno de los recuerdos y las situaciones de expectativa que muestran a la libido anudada con el objeto perdido, la realidad pronuncia su veredicto: el objeto ya no existe más; y el Yo, preguntado por así decir, si quiere compartir ese destino se deja llevar por la suma de satisfacciones narcisistas que le da el estar con vida, y desata su ligación con el objeto aniquilado. Podemos imaginar que esta desatadura se cumple lentamente y tan paso a paso, que al terminar el trabajo, también se ha disipado el gasto que requería (...).*
>
> *(...) La representación-cosa inconsciente del objeto es abandonada por la libido. Pero en realidad, esta representación se apoya en incontables representaciones singulares (sus huellas inconscientes) y la ejecución de ese quite de libido no puede ser un proceso instantáneo, sino sin duda, como en el caso del duelo, un proceso lento que avanza poco a poco (...).*

Hasta aquí lo que Freud nos dice. Veamos ahora algunos comentarios con respecto a este párrafo, en relación con el tema que nos ocupa.

En primer lugar, Freud dice que, frente a una pérdida, el sujeto comienza haciendo un examen de su realidad, a través de una función del Yo: su capacidad de formular juicios acerca de ella. Todo comienza, entonces, con un dictamen del Yo de realidad, que a través del juicio de existencia dice que el objeto amado, causa de investidura, no existe más. De ahí en adelante, el Yo se verá abocado a un proceso de elaboración del duelo por esta pérdida, pues ella le demandará tiempo y energía psíquica que posibiliten la redistribución de las investiduras.

¿Por qué hablamos de la necesidad de un gasto de tiempo y energía? Precisamente porque esta representación-cosa, a la que Freud alude en el caso del objeto, constituida por numerosas huellas mnémicas y la representación-Yo, en el caso de la construcción de la imagen corporal (a la que Freud no alude, pero que es necesario incorporar), se han forjado a través de innumerables representaciones unidas a afectos singulares, cada una de las cuales es menester duelar. Podemos pensar que esta lentitud que caracteriza el proceso de duelo es uno de los factores que incide en el fenómeno de la "moratoria social" descripta por Erikson(1970-82).

Por otra parte, esas representaciones de objeto y de Yo se fueron constituyendo en el inconsciente, como producto de procesos de investidura que determinaron distintos tipos de inscripciones en el aparato psíquico. En primer lugar, *las inscripciones por simultaneidad* correspondientes a la huella mnémica, (Freud, 1900a) construida a partir de una coexistencia temporal de la vivencia de satisfacción con el objeto amado, en posición primero pasiva y luego activa del sujeto, engarzadas en tiempos lógicos, correspondientes a las fases orales y anal expulsiva de la libido.

En segundo lugar, las inscripciones por analogía y causalidad, propias del inconsciente (Freud, 1900-1915e). La analogía entre representaciones de un mismo

objeto, como resultado de diferentes inscripciones por simultaneidad, da lugar a la constitución del sujeto durante las fases orales y anal expulsiva. Da lugar, luego, a la constitución del semejante en la fase anal secundaria y la diferencia de sexos en la fase fálica. Esta historia de la constitución de la representación del objeto y del Yo, debe ser ahora desinvestida, y es por tal razón que hablamos de la necesidad de tiempo, debido a la energía de investidura que cada trabajo demandará al aparato psíquico.

Este proceso de duelo y desinvestidura fue postulado como central por Aberastury y Knobel en su libro *La adolescencia normal* (1971e). Especifican que el adolescente se verá inmerso en tres duelos: 1) el duelo por el cuerpo infantil; 2) el duelo por los padres infantiles; 3) el duelo por la identidad (bisexualidad).

Coincido con los autores en su planteo general, pero partiendo de sus aportaciones y de diversos conceptos freudianos es que trataré de discriminar con mayor precisión este proceso, tanto en sus distintos momentos como en el desasimiento "pieza por pieza", los diversos vínculos y posiciones que un objeto puede tener para el sujeto.

Cuando el sujeto entiende que el objeto no existe más, dice Freud (1917e), se resiste a abandonarlo, aunque aparezca un sustituto. Nos preguntamos: ¿este sustituto está referido a los vínculos "de ser" identificatorios, o a los vínculos "de tener" objetales? (Freud, 1941f). ¿O a ambos? Ante esta pregunta, se nos abren dos líneas de investigación en el duelo adolescente: las transformaciones y posterior destino sufrido por los vínculos identificatorios, basados en una investidura de libido narcisista y de objeto homosexual, y las transformaciones y posterior destino de los vínculos incestuosos, basados en investiduras de amor y odio homo y heterosexual de objeto. Para ambas, el sujeto se presenta renuente a los duelos, debido al dolor que despierta y el desamparo psíquico al que el sujeto queda sometido.

Esta renuencia conduce al Yo a defenderse de esta realidad psíquica traumática. Ella se centra en dos temáticas bien definidas: muerte del padre y la castración materna (Freud, 1927e), y lo hace a través de defensas específicas: la desmentida y/o la desestimación de la pérdida. Si la defensa se ejecuta a través de la desmentida tanto de la muerte del padre como de la castración materna, se mantendrá la idealización de los mismos o de lo que ellos otorgan, como bienes materiales o un apellido, por ejemplo. Si se ejecuta a través de una desestimación, aparecerá la alucinación y/o el delirio. El tema de las defensas será tratado en profundidad en un capítulo posterior.

Por otro lado, en mis trabajos sobre la adolescencia temprana (1981b, 1983, 1985), he postulado que la muerte de los padres implica, no necesariamente una pérdida real, sino la caída de un juicio, entendido como una decepción con respecto a un ideal.

Este duelo por el desasimiento se realiza lenta y fragmentariamente, dice Freud (1917e). O sea que entre la desmentida, o desestima de la realidad y el juicio que admite la pérdida, se dan numerosos estados intermedios, donde un sector del Yo (el Yo de la realidad) mantiene la percepción de ésta, y otro sector (el Yo de placer) continúa aferrado a la idealización de las figuras parentales, que de esta forma funcionan como garantes del ser del adolescente (Freud, 1915c- 1927c- 1940c).

En este último sector del Yo, que continúa aferrado a los recuerdos, se sobreinvisten determinadas representaciones que, al no aparecer en la realidad, suscitan en el adolescente un sentimiento de nostalgia y añoranza, que Freud (1936a) relaciona con un deseo en el pasado de intensidad avasalladora.

Sintetizando, pues, habría tres momentos en este proceso de duelo:

1. Un pronunciamiento por parte de la realidad, un juicio de existencia que dice que el objeto se ha perdido, seguido de un corte con la realidad de carácter defensivo, que trae como consecuencia la escisión del Yo (Freud, 1940e) como forma de mantener la ilusión de la presencia del objeto.

2. Una sobreinvestidura de los recuerdos, de las representaciones y, por lo tanto, nostalgia y anhelo por los objetos perdidos.

3. Proceso de desasimiento propiamente dicho "pieza por pieza", teniendo en cuenta que la historia de constitución de ese objeto y de ese Yo se realizó a través de sucesivas inscripciones, producto de sucesivos vínculos eróticos y hostiles, que el sujeto fue experimentando en relación con su propio cuerpo y con el contexto. Creo interpretar que, cuando Freud dice desasimiento "pieza por pieza", alude a este trabajo de elaboración que implica la desinvestidura de una historia inscripta en el inconsciente del sujeto.

El procesamiento del primer momento es el que describimos como típico de la adolescencia temprana: la escisión del Yo para el mantenimiento de las ilusiones, evita temporariamente el conflicto psíquico, hasta que la transformación de las estructuras da paso al segundo momento.

Este segundo momento es, quizá, el más importante para la adolescencia media debido al tipo de dolor psíquico que se produce cuando la nostalgia por ese objeto ausente, que produjo un "deseo de intensidad avasalladora" (Freud 1936a), anhela la percepción del mismo y éste no aparece. No me estoy refiriendo a la ausencia real parental, sino a un estado en que los padres actuales no son aquellos que el adolescente necesita para su equilibrio narcisista, sea porque ellos están envejeciendo, sea porque no le pueden otorgar ya lo que el adolescente desearía. Este punto condiciona un estado de conflicto para el aparato psíquico, que tiende a desmentirse, mantenien-

do una intensa investidura de los recuerdos. Dado que estos recuerdos no son acordes con la realidad perceptual que se le impone al Yo, la escisión va dando paso al conflicto psíquico.

Entiendo, pues, que el ir retirando la libido "pieza por pieza" es, desde el punto de vista dinámico, una "solución de compromiso", entre el deseo, derivado del empuje pulsional, y el examen que de la realidad hace el Yo. Para Freud, este punto de vista dinámico se presenta claro, aunque no así el punto de vista económico. Y al respecto, agrega que la desinvestidura del objeto se produce tan lentamente y paso a paso, que al terminarse el trabajo de duelo, quizá se haya efectuado todo el esfuerzo que ese trabajo requería. Y continúa diciendo que, por un lado, para cada recuerdo la libido se encuentra anudada al objeto perdido. Por otro, la realidad pronuncia su veredicto de que el objeto no existe más.

Por tal razón, pienso que existen dos dolores psíquicos en juego: el primero se debe a que la realidad no consiente en satisfacer los anhelos que el Yo desearía, el segundo está determinado por el desasimiento libidinal. El primero tiene que ver con el deseo de mantener las ilusiones. El segundo deriva de que el sujeto está desinvistiendo dichas ilusiones y este proceso se torna peligroso para el equilibrio del Yo. Algunos adolescentes prefieren mantener un estado ilusorio y pensar, aunque sufran por ello, que la realidad exterior es la que no les otorga la felicidad, ya sea por efecto de la "mala suerte", "de un destino marcado", o porque hay alguien exterior que los odia. En cambio, desinvestir las ilusiones es arduo para el Yo, pues implica dolor psíquico ante la toma de conciencia del esfuerzo que el Yo de realidad debe realizar en el proceso de duelo.

A raíz de esta situación, el adolescente navega por estados afectivos polarizados que van, por ejemplo, desde el estado ilusorio de completud característico del enamoramiento, a la desilusión y sufrimiento por percibir que el amor no saldará su estado de desamparo; desde la demanda de justicia a la desilusión de darse cuenta de que ella es un ideal, proveniente más de un deseo que de una realidad.

Aceptar la pérdida de las ilusiones supone tener un Yo fortalecido, y estar acompañado por un contexto familiar aceptable, capaz de soportar el desmantelamiento en que el aparato psíquico del adolescente queda ante la pérdida de ilusiones. Habitualmente, lo que el adolescente siente es que la vida ha perdido sentido, dado que dicho sentido lo daban sus padres idealizados. Si desde esta actualidad, el sentido de su vida le corresponde, la otra pregunta que surge es: "quién soy yo, y qué deseo", ya que "quién era yo" y "qué deseaba" pertenecían al patrimonio parental.

Parece estar claro que esta conflictiva deriva del desasimiento de aquellos padres que funcionan como vigías, como ideales, cuando en su lugar no aparecen

nuevas formaciones sustitutivas, o las existentes no son suficientes para permitirle mantener el sentido psíquico a su vida. El riesgo de derrumbamiento yoico ante la pérdida de ilusiones es vivido muchas veces como peligroso, y el Yo decide que le resulta más económico, es decir de menor gasto psíquico, mantener una vida de fantasía y decepcionarse de la realidad, trasladando el conflicto al ámbito contextual. En la práctica clínica, es frecuente encontrarse con el adulto joven que presenta este tipo de conflicto, observable como un trastorno de personalidad en una prolongación indefinida de su adolescencia.

Con respecto al tercer punto, "desasimiento pieza por pieza", Freud dice que la representación-cosa inconsciente se ha formado por innumerables huellas mnémicas derivadas de la percepción del objeto. Por tal razón, no sería errado pensar que el retiro de investidura requiera tanto tiempo y energía como huellas mnémicas se hallen registradas en la historia de la constitución del objeto y del Yo. Nos resulta clara esta explicación y a ella agregaríamos otra discriminación en este proceso.

En *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921c), Freud dice que un sujeto coloca al otro en varias posiciones: modelo, ayudante, objeto y rival. De ellas derivan diversos vínculos, que se forjan en distintos momentos de la constitución de lo anímico, que pueden ser analizados, como también puede analizarse la posición sujeto.

Cuando Freud (1915c) afirma que la representación-cosa abandonada por la libido está constituida por incontables representaciones singulares, sugiero agregar que dichas representaciones se apoyan sobre un tipo de huellas mnémicas, que inicialmente formaron parte de lo que Freud (1921) denominaba vínculos de ser, correlativos de la investidura de anhelo, y que parecen corresponder a lo que más arriba denominamos inscripciones por simultaneidad.

Así como Freud dice que nada impide que los procesos de duelo normales avancen desde el inconsciente hacia estructuras lógicas más complejas y posteriores, como el preconsciente, entiendo que tampoco hay impedimento, y más bien hay disponiblidad, para que estos procesos "regresen" hasta las estructuras más primitivas de constitución del sujeto.

De esta manera, entiendo que el "duelo por los padres infantiles" podemos leerlo como el duelo por las distintas posiciones en que el adolescente colocó a sus padres, y de los cuales derivaron diversas representaciones que aparecen o como recuerdos, o como productos de la fantasía.

De estos vínculos, rescatamos que, en lo que se refiere a la función paterna y materna, el "desasimiento pieza por pieza" implica un duelo por el modelo, por el rival, por el objeto y por el doble o ayudante que cada uno fue y es, en distintos momentos. A ello hay que agregarle dos nuevos trabajos: el duelo por la representa-

ción-Yo, y el duelo por el vínculo fraterno, (Lacan, 1934), que, por desplazamiento, fue adquiriendo alguna de las distintas posiciones que los padres ocupaban, además de las que son propias de la posición hermano, como rivalidad, identidad especular, celos, envidia, etcétera.

Discriminaré algo más estos conceptos, que implican un duelo por distintas posiciones o lugares que el adolescente fue constituyendo, y que otorgan sentido a una historia entramada de los vínculos paternos, fraternos y de su Yo corporal.

Estos lugares son:

1. *El de modelo:* Surge cuando el niño hace depender su ser, su sentimiento de sí, de la percepción del otro. El niño establece con él una relación de sujeto, el enlace afectivo se da a través de la identificación primaria, correlativa de la investidura de anhelo.

2. *El de ayudante:* Cuando alguien coloca a otro en la posición de modelo y no logra una identificación primaria con él, se ubica a sí mismo en el lugar de ayudante. Este vínculo se organiza durante la fase oral secundaria y continúa durante la fase anal expulsiva. El ayudante aspira a un vínculo de fusión dual con el modelo, siempre frustrado.

3. *El de sujeto-héroe:* investido por un modelo. Constituye un pasaje a vínculos triádicos, previo al Complejo de Edipo. Los vínculos se constituyen en términos de identificación. El modelo es lo que el sujeto quisiera ser; el ayudante, lo que el sujeto fue, lo expulsado o destruido. El sujeto queda identificado en términos de una acción, del hacer, del que expulsa.

4. *El de rival:* Se genera en la fase anal secundaria y su destino no es ser destruido, sino dominado y conservado. Corresponde a un pasaje desde los vínculos de *ser* a los de *tener*, aunque con carácter hostil. El ser del rival depende del no ser del sujeto. El rival anhela lo mismo que el sujeto, o sea, el modelo (padre-madre), por lo cual se generan sentimientos de celos. Constituye el lugar del hermano.

5. *El de objeto:* Su investidura se caracteriza por ser un vínculo donde por primera vez predomina el amor y corresponde a la fase fálica. Produce un cambio en el modelo, que pasa de la madre al padre.

Estas distintas posiciones están ligadas con diferentes deseos. La relación del Yo con el modelo tiene que ver con el deseo de ser y, en consecuencia, con la libido narcisista y el acceso a la posición sujeto, mediante la identificación. La relación del Yo con el ayudante tiene que ver con el deseo de perder y aniquilar. Toma al otro como un medio para un fin, no se le concede derecho al deseo, y suele relacionarse

con "aquel que el Yo fue" o "lo que ha salido de sí". La relación del Yo con el rival tiene que ver con la pulsión de apoderamiento, con el deseo hostil de tener y dominar.

La relación del Yo con el objeto tiene que ver con el deseo libidinal de hacer, sobre todo de hacer un hijo a la madre para ambos sexos. En cuanto al sujeto, dice Freud (1915c/ 1921c), se define por su actividad respecto del objeto y por la identificación primaria con el modelo o ideal.

Con respecto a lo expresado en el "desasimiento pieza por pieza", las diferentes posiciones del sujeto nos llevan a discriminar dos tipos de desasimiento:

1. Desasimiento de los vínculos de *ser*.

2. Desasimiento de los vínculos de *tener*. (Freud, 1941f).

En el desasimiento de los *vínculos de ser*, diferenciamos la producción de:

a) El duelo por la erogeneidad parcial de las pulsiones parciales.

b) El duelo por la representación Yo-corporal.

c) El duelo por el complejo fraterno.

d) El duelo por la autoridad paterna.

e) El duelo por el ideal paterno.

El duelo por estos *vínculos de ser* produce transformaciones que llevan a nuevas identificaciones e investiduras narcisistas. En el duelo por la erogeneidad parcial, representación Yo-corporal, y la identificación con una nueva imagen de sí, las identificaciones se apoyan, sobre todo, en la mirada. En el duelo por el complejo fraterno, a la formación de grupos y vínculos sociales, institucionales y culturales extendidos. En el caso del duelo por la autoridad paterna infantil, a la transformación del Superyó arcaico en Superyó social (Freud 1923d), y en el caso del duelo por el ideal paterno, a la formación de nuevos ideales y valores culturales.

El desasimiento por los *vínculos de tener* incluye el duelo por los derivados del complejo edípico (Freud 1924d), vínculos de amor y odio, provenientes de investiduras objetales infantiles que se reeditan en la adolescencia, y a las cuales el Yo regresa y sobreinviste como parte del proceso de desprendimiento. Este proceso, a diferencia del anterior, tiene que ver con investiduras dirigidas hacia un objeto y no hacia el Yo. Conduce, finalmente, al hallazgo de objeto heterosexual exogámico, luego de pasar por vínculos mediatizadores, de tipo narcisista y de investidura homosexual, que aparecen como precursores del hallazgo y que dan paso a transformaciones en los diferentes tipos de vínculos heterosexuales en la adolescencia media.

En párrafos anteriores habíamos recordado el tema de los duelos en la adolescencia, analizado por Aberastury y Knobel. Me parece oportuno pensarlo de la siguiente manera, integrándolos con la cita de Freud de *Duelo y melancolía*:

1. El duelo por el cuerpo queda transformado en un proceso de identificación con una nueva imagen de sí, trabajo que lo anímico deberá realizar en esta etapa, y que posee determinadas características.

2. El duelo por los padres infantiles nos conduce al proceso de desasimiento, que incluye dos vertientes: el desasimiento de la autoridad y del ideal parental, y el desasimiento de los vínculos objetales incestuosos de amor y odio de la fase edípica, incluyendo aquí tanto los vínculos parentales como fraternos. La primera vertiente empuja al aparato psíquico a transformaciones de tipo identificatorio en el Yo, en el Superyó y en el Ideal del Yo del adolescente. La segunda dirige el proceso de transformación al hallazgo de objeto heterosexual externo.

3. Este último tema se liga con el tercer punto de Aberastury y Knobel, que es el duelo por la identidad infantil, ya que aceptar el acercamiento al objeto heterosexual externo implica haber realizado un duelo, por la bisexualidad, proceso que se despliega ampliamente durante esta fase, y que encuentra desenlaces más definitivos, recién en el período posterior.

Otro destino de los procesos de duelo, procedente de los vínculos fraternos, lo constituye la investidura de una representación-grupo, que va más allá de la organización del grupo de pares y que se conforma en la noción de *cuerpo social*, entendido como una representación de sociedad organizada.

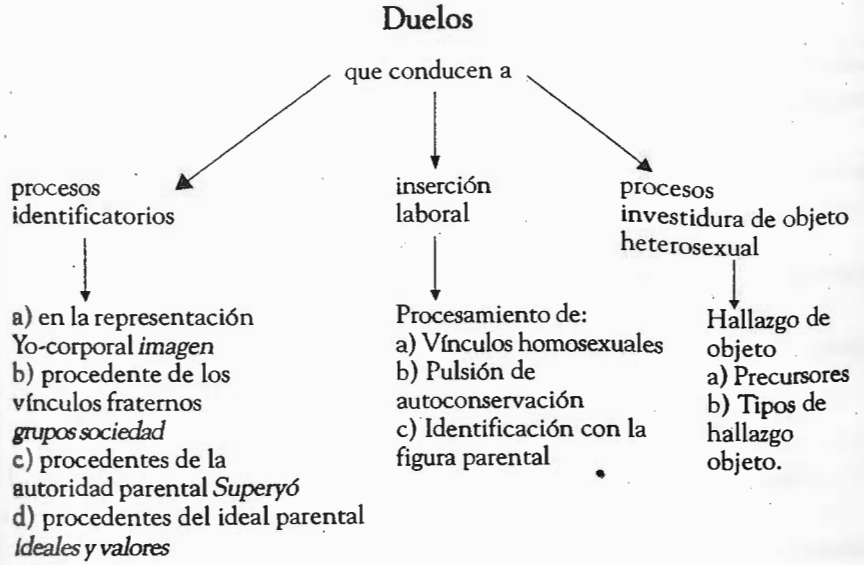
Una forma de tramitación sublimatoria de este tipo de duelo en el adolescente medio se manifiesta en la forma en que éste va invistiendo una representación-grupo, donde queda proyectada la imagen del propio cuerpo, a la vez que la identificación. Esta característica se observa cuando, al hablar de grupos sociales organizados, usamos por analogía la imagen proyectada de un cuerpo: la cabeza de la institución, el tronco de la misma, los miembros que la conforman, etcétera.

Por otra parte, el destino de este cuerpo social, percibido como sociedad organizada, es que quede proyectado en él, el vínculo con los padres. En estos casos, el adolescente espera que ese cuerpo social posea un aspecto protector, anhelando la vuelta a una dependencia infantil, donde los bienes le eran otorgados sin su esfuerzo personal y sin espera de reciprocidad. El aspecto hostil del vínculo con los padres surge cuando se frustran estos anhelos de dependencia, y de ello resultan, por desplazamiento, ataques al cuerpo social como sociedad.

Los vínculos con la sociedad que el adolescente medio establece en esta fase quedan investidos, pues, al igual que los vínculos parentales, fraternos y de objeto, con ambivalencia afectiva. Las mociones de amor y de odio se caracterizan por su *incapacidad de síntesis*, de manera que la búsqueda de "padres espirituales" en el ámbito social, ya sea religioso, político, artístico, etc., y la identificación con estos líderes transita aún por la adhesión o rechazo a sistemas, creencias e ideas, teñidas de afectos polarizados.

La inserción laboral es una resultante de los procesos de duelo, provenientes de diferentes vínculos y fuentes pulsionales. Es una transformación de las pulsiones de autoconservación, de los vínculos homosexuales fraternos, especulares y de rivalidad, más un pasaje de la pasividad infantil, dependiente de los padres, a la actividad, mediante una identificación con la figura paterna. Estos procesamientos terminan de elaborarse recién en la adolescencia tardía. Por esta razón, también quedan excluidos de este trabajo.

Veamos un cuadro sintetizador de lo dicho hasta aquí.



En esta exposición general, derivada del cuadro, se ponen de manifiesto tres tipos de procesamiento psíquico articulados con el trabajo de duelo. En el capítulo siguiente, habremos de referirnos a la tramitación de los duelos que conducen a procesos identificatorios.

10. Duelo, desasimiento y pasaje a vínculos fraternos

Introducción

En este capítulo trataremos las consecuencias del duelo que conduce a diferentes procesos identificatorios, lugar donde se tramitan por excelencia las investiduras narcisista y homosexual.

Dentro de estos procesos, discriminamos la constitución de la nueva representación-cuerpo, basada en identificaciones con una imagen y la relación de esta imagen corporal con la identificación con los vínculos fraternos.

Finalmente, abordaremos los procesos identificatorios devenidos de la transformación de la autoridad y el ideal parental.

Veamos, en primer lugar, algunas diferencias en la tramitación del duelo por los vínculos parentales y fraternos.

Diferencias entre la posición parental y la fraterna en los duelos

La posición "hermano" ocupa varios lugares psíquicos en la mente del adolescente. Y el tema, como dijimos, tiene algo de similar y a la vez de diferente con respecto al desasimiento de los padres.

La posición "hermano" participa simultáneamente de dos lugares:

1. El lugar parental y filial, alternativamente. En el primero, predomina la identificación con el modelo, y por lo tanto se comparte la responsabilidad. En el

segundo, la identificación será con el ayudante del modelo y predominará la independencia del mismo. Ambos compartirán desde distintos lugares los celos edípicos frente a la entrega del hermano a la cultura y a la exogamia.

2. El lugar de par, de igual, de amigo, especular y rival, pero tiene también algo de diferente con respecto al lugar parental, en tanto participa de la herencia parental.

Veamos un ejemplo: Gabriel, de 17 años, cuenta cómo es la relación con sus hermanos.

Entrevistador: -En general, ¿cómo es la relación con tu familia, con tus padres, hermanos?

Gabriel: *- Yo tengo dos hermanos varones y una hermana menor de 13 años. Con mis hermanos somos bastante compinches, trabajamos juntos a la mañana, después, a la noche, nos quedamos charlando y nos vamos a dormir juntos. A veces, se hace la madrugada y todavía estamos charlando. Me llevo muy bien con ellos, nos contamos nuestras cosas, uno de mis hermanos está en la facultad, se mata estudiando los fines de semana, por eso yo quiero esperar un poco antes de empezar la facultad, quiero disfrutar un poco más. Con él charlamos mucho y a veces me da consejos, porque él es más grande y tiene más experiencia. Con mi hermanita las cosas son distintas. La protegemos mucho, la acompañamos cuando va a estudiar, pero cuando dice que tiene un baile o una reunión, nos ponemos como locos, la acompañamos, tenemos miedo de que le pase algo; no sé, mi mamá siempre nos protegió mucho, y para que pueda salir la acompañamos nosotros. Qué sé yo, es la única nena.*

Gabriel cuenta cómo el hermano mayor lo inicia a través de consejos, que *él escucha porque considera que tiene más experiencia*, pero también decide postergar sus estudios terciarios para *disfrutar más*. El hermano mayor, entonces, le sirve como modelo de identificación, como modelo para diferenciarse, y también como sustituto paterno.

Sin embargo, con respecto a su hermana menor y de distinto sexo, expresa que cuando la dejan salir *se ponen como locos*, delatando así los celos edípicos que sienten frente al desasimiento de la hermana.

Aquí encontramos expresado el problema de la posesividad fraterna y de qué manera un hermano puede interferir en el desasimiento de los vínculos edípicos. Esta interferencia disminuye cuando se trata de temas como el estudio, donde la sexualidad queda excluida. En esta instancia, se identifican con los padres, anunciando "los peligros de la calle", que en realidad se refieren al encuentro de "la nena", que ya es adolescente, con el otro sexo.

Pienso que el complejo fraterno presenta varias vertientes posibles para investigar: por ejemplo, si los hermanos son del mismo o de diferente sexo, mayores o menores, cuál de ellos toma la iniciativa frente al desasimiento, etc. Frecuentemente, el menos conflictivo suele ser el hermano menor, ya que el mayor asume la representación parental; sin embargo en este punto he encontrado múltiples variantes y combinaciones, que dependen de la vicisitudes por las que haya atravesado la identificación con los modelos parentales y la culpa por el desasimiento.

Romper la fidelidad entre hermanos resulta traumático y en muchas ocasiones culmina en curiosas transacciones. Algunos, en la adultez, se constituyen como socios, no siempre para cooperar, sino para rivalizar; otros hermanos desean compartir el vecindario. A veces, uno de ellos constituye una pareja estable y el otro alterna parejas inestables, porque permanece fiel al vínculo fraterno.

Creo, pues, adecuado plantarse como un problema diferente el desasimiento de los vínculos parentales, y el de los vínculos fraternos, ya que no son las mismas motivaciones, ni los desarrollos de efecto los que se ponen en juego en cada proceso de duelo.

En primer lugar, si bien el hermano mayor suele ser modelo sustituto de alguno de los padres o de ambos, no siempre se trata del duelo por la autoridad parental y, por lo tanto, los sentimientos de rebeldía y de desafío típicos en esta circunstancia no aparecen en el caso del vínculo fraterno.

En segundo lugar, hay algo diferente en el vínculo fraterno que se pierde, ligado a la pérdida de un placer, sobre todo el placer de la sexualidad que poseen los juegos sexuales infantiles, que, aunque en la adolescencia ya no se practican, significan un vínculo de intimidad, de secreto compartido entre placentero y a la vez traumático, que requiere de un duelo particular y diferente.

En el capítulo I, al analizar la adolescencia abordé el tema del "avunculado" como un iniciador de la adolescencia.

Veamos cómo se desarrolla este problema en la adolescencia media. En el caso de Gabriel, por ejemplo, encierra un doble vínculo: por un lado, la resistencia al desprendimiento cuando se trata de la hermana sexuada, "nos ponemos como locos", dice Gabriel, pero a la vez ocupa el lugar de iniciador exogámico, porque finalmente "la acompañamos".

Allí cité los distintos tipos de relación que establece Lévi-Strauss (1958) para los vínculos familiares: el contrato matrimonial; el de padres e hijos, vínculo filial; el de hijos entre sí, vínculo fraternal; y una relación de todos ellos con el hermano de la madre, que se amplía a la hermana del padre, que hacen de "avunculado". En este vínculo, cada uno cede a un hermano, para recibir a su vez a la hermana del otro. Pero

aun así, cuando esta cesión está por ocurrir, reaparecen los celos edípicos y la resistencia a la exogamia. El lugar del cuñado en Lévi-Strauss corresponde al del hermano en la adolescencia media; es un lugar, conflictivo, debido a la ambivalencia afectiva que deriva del vínculo intenso que existe entre hermanos.

Participa de un lugar de rivalidad, al mismo tiempo que de responsabilidad paterna. Tiene mucho de especular, en cuanto al novio o novia de la hermana o del hermano, pero también de rivalidad homosexual.

Rivalidad, solidaridad y juegos sexuales infantiles son concurrentes en el vínculo entre hermanos. No ocurre así en la relación entre la madre y su hijo. Ella no establece con él un juego de correspondencia y reciprocidad, así como tampoco de rivalidad, ya que existe una diferencia generacional.

El vínculo con el hermano involucra un secreto, una relación secreta infantil, erótica y agresiva que, aunque posteriormente ha quedado sofocada, reprimida, retorna en buena medida, sustituida por el temor de "lo que los otros le pueden hacer a mi hermana" o "la acompañamos, tenemos miedo que le pase algo", dice Gabriel, y ese "algo" tiene que ver con el miedo a que otros le hagan lo que ellos le hicieron o fantasearon hacer con ella.

Cuando una adolescente comienza a tener novio, este último remite al hermano, constituye un "novio para el hermano", la opinión de éste se torna importante, ya que ambos están haciendo el duelo por la pérdida del vínculo fraterno. A veces, la búsqueda de una pareja exogámica es el resultado de haberse sentido abandonado por el hermano, y el "tener novio", una venganza por despecho y un reaseguro contra el sentimiento de soledad, debido a la ruptura del vínculo de fidelidad fraterna.

Procesos identificatorios. Tramitación de las investiduras narcisista y homosexual

Para poder profundizar en distintas líneas de desarrollo, abordo los procesos identificatorios desde cuatro aspectos diferentes. Ellos son procesos identificatorios:

1. En la representación Yo corporal.
2. Procedentes de los vínculos fraternos.
3. Procedentes de la autoridad parental.
4. Procedentes del ideal parental.

1. Procesos identificatorios en la representación Yo-cuerpo

Abordaremos la representación cuerpo desde dos puntos de vista. Desde el punto de vista de la pulsión y desde los esfuerzos del Yo por ligar y constituir una imagen con la cual el cuerpo se identifique (Lacan 1936).

Analicemos el primer punto referido a lo pulsional. Los procesos biológicos de crecimiento y del nuevo funcionamiento hormonal, que tienen como sede el cuerpo durante la adolescencia temprana, traen como consecuencia un nuevo tipo de erotismo y la necesidad de una nueva ligadura entre la representaciones.

Este nuevo tipo de erotismo es el que Freud (1905d) llama "erotismo genital". En él se conjugarán más tarde las dos corrientes de sensualidad y ternura en el amor al objeto. Durante la adolescencia temprana, en cambio, predomina la urgencia pulsional sobre una base somática y sin una clara fijación a objetos de amor.

Dijimos, entonces, que en un primer momento, la excitación se traduce en un incremento de tensión sin posibilidad de descarga; más tarde, la masturbación, que primero fue mera descarga, permite al sujeto una ganancia de placer, un plus, proporcionado por una satisfacción autoerótica, sensual, voluptuosa, parcializada. Este tipo de satisfacción alterna con otras, en las que la sensación de cuerpo fragmentado coincide con un cuerpo que el Yo siente como ajeno.

Además de ser la causa en el Yo de ansiedades que giran alrededor del temor a la aniquilación, el cuerpo es vivido por el Yo como sede de sufrimientos, de temores hipocondríacos, y es propenso a enfermedades reales o accidentes. La tensión genital carece aún de representaciones que tramiten los deseos por medio del preconsciente verbal.

En síntesis: tensión somática, autoerotismo, masturbación, voluptuosidad, cuerpo fragmentado y sede de sufrimientos, conformación del Yo como extraño, no identificado como el propio cuerpo, constituyen manifestaciones pulsionales de la adolescencia temprana.

Durante la adolescencia media, en cambio, las modificaciones fundamentales del crecimiento biológico van llegando a su fin. El cuerpo infantil va adquiriendo la forma definitiva de adulto. La estabilización de dicho crecimiento se traduce, por un lado, en el asentamiento de los caracteres primarios y secundarios y, por otro, en el incremento del control sobre el mismo.

Desde el punto de vista libidinal, la energía pulsional proveniente del erotismo genital se mantiene constante y su característica es la búsqueda de un procesamiento psíquico para la misma. Este proceso de estabilización biológica y de la erogeneidad produce un efecto sobre el aparato psíquico, que no está acosado por el problema de

crecimiento o por el desenfreno pulsional, sino por el de asumir como propio este cuerpo, y por lo tanto abocado al esfuerzo de representar en el Yo, a través de nuevas ligaduras, la nueva imagen corporal con la cual identificarse. Y con este tema, ya estamos dentro del segundo punto: la identificación en el Yo con una nueva imagen de sí, que se presenta como posterior al proceso de duelo.

Durante la adolescencia temprana, la irrupción pulsional descontrolada, asincrónica, regresiva y con un erotismo proveniente de las pulsiones parciales, le impidió un adecuado trabajo de duelo, en la medida en que predominaba la sensación desestructurante de cuerpo fragmentado. En esta nueva fase, en cambio, el predominio del erotismo genital, ya *constante*, hace posible una tendencia a la unificación del Yo (Freud, 1914c).

El estado de mayor ligadura del Yo permite manifestaciones preconscientes que aluden a la pérdida del cuerpo infantil y que aparecen como verbalizaciones del deseo de volver a ser niños y se acompañan de un incremento de estados depresivos. El Yo no está sometido a irrupciones pulsionales tan violentas, se encuentra con energía pulsional dispuesta para realizar un trabajo de reinvestidura y representar verbalmente afectos, sensaciones e ideas acerca de sí, posibilitando así la identificación del Yo con el propio cuerpo.

La ganancia adicional de placer de esta fase, el plus que la pulsión sexual logra a través de la masturbación, se realiza acompañada por un esfuerzo de ligadura. El primer objeto de amor hallado es la imagen del propio cuerpo, y sólo más tarde el hallazgo de objeto se orienta hacia la búsqueda interpersonal.

El cuerpo, como fuente pulsional, es objeto de investidura narcisista. Podríamos decir que en un principio está privilegiado el *deseo de ser*, el deseo de lograr una imagen sobre la cual recaiga la investidura narcisista para "ser hombre" o "ser mujer". Este *deseo de ser* se asienta sobre la búsqueda de identificaciones del propio cuerpo con una imagen. El logro de la imagen, durante la adolescencia media, reviste para el aparato psíquico gran importancia, y es por eso que este tema reaparece en otro apartado.

La investidura de una imagen se diferencia de la investidura de un cuerpo orgánico, revestido de sensualidad y correlativo de la actividad masturbatoria, característico del período anterior. Se diferencia también del deseo amoroso hacia el otro sexo, correspondiente a un momento posterior de esta fase.

La problemática de la ligadura de la pulsión a la representación es un arduo trabajo para el Yo. En varias ocasiones, Freud manifiesta la forma en que la pulsión se desarrolla, explicando que en un primer momento su desarrollo es hipertrófico e independiente, y que recién más tarde se fija a un objeto.

Hasta aquí, hemos tratado de mostrar cuál es el proceso pulsional en esta etapa, referido especialmente a su relación con la investidura de la imagen corporal, y hemos dado cuenta del problema económico correspondiente para la fase.

La consecuencia de la investidura narcisista del cuerpo como imagen se manifiesta en un cuidado del mismo para embellecerlo. También, entre los adolescentes tempranos está presente este deseo, pero su logro se ve dificultado por la carencia de una estructura psíquica adecuada para tal fin. La irrupción del erotismo genital, el predominio de las pulsiones parciales carentes de ligadura, la vivencia yoica de cuerpo fragmentado, son algunas de las causas de tal impedimento. En este período, un incremento de la armonía pulsional, correlativa de mayor ligadura entre afectos y representaciones, se traduce en el logro de una imagen más armónica y de completud estética, observable a través de movimientos, vestimenta y verbalizaciones de mayor equilibrio y adaptabilidad social.

Si se incorpora "lo feo" como valor estético, éste suele formar parte de una ideología de grupo. Es el caso de los "punk", de los cortes de pelo irregulares, o las pinturas y vestimenta de cantantes o músicos, por ejemplo, donde lo "lindo-feo" entra dentro de una variable sociológica, grupal, que otorga un sentido de pertenencia.

Las largas horas frente al espejo o en el gimnasio de los adolescentes medios, abocados a embellecer el cuerpo, son manifestaciones de lo que podríamos llamar un narcisismo no patológico, no traumático, proviniendo de Eros, y lógicamente posterior a la vivencia de cuerpo fragmentado. Aparece como un esfuerzo del Yo por encontrar una buena armonía de conjunto. Las fantasías de ser "Frankenstein" o poseer un cuerpo como "bolsa de papas" (Bick, 1970) de los adolescentes tempranos quedan transformadas en la adolescencia media en el deseo y la búsqueda en la realidad de ser hermosos como los héroes y las princesas (Freud, 1908e) .

Los afectos provenientes de procesos pulsionales, si bien gozan de mayor armonía que en el período anterior, invisten al objeto con ambivalencia afectiva. Las mociones de amor y odio se caracterizan por la incapacidad de hacer síntesis, y el lenguaje de los afectos va acompañado de gran dramatización y puesta en escena de los mismos. Un cuerpo que se esfuerza por representarse, no sólo a través de la imagen armónica estética, sino también a través de un cuerpo en acción, que escenifica. Cuando esta defensa fracasa, una de sus posibilidades puede ser el accidentarse.

2. Procesos identificatorios de la imagen corporal en relación con los vínculos fraternos

La identificación del Yo con la imagen del cuerpo crecido forma parte de la lógica estructural de la adolescencia media. Esta lógica se sostiene a partir de un supuesto: el sujeto posee un cuerpo significado por la palabra de otro (otros), constituido como ideal del Yo, que dotó de identificaciones significativas a una imagen.

Este ideal del Yo no sólo lo constituyen los vínculos parentales, sino también los fraternos. En tanto se trata de pares, la mayor cercanía generacional posibilita una oferta más variada de identificaciones hostiles y amorosas, con un grado menor de culpabilidad frente a los celos, envidia y rivalidad. Permite, también, una gama de polarizaciones de "lo que no quiero ser" o "lo que me gustaría ser", en virtud de la presencia psíquica de una imagen anticipatoria especular, que los hermanos mayores ofrecen a los menores (Freud, 1914c).

En este punto se hace necesaria una aclaración. Cuando aludimos a hermanos mayores o menores, conviene discriminar entre el hermano empírico y la producción psíquica de la posición "hermano", un tipo de vínculo que pertenece al complejo fraterno y que se constituye o no en la mente del adolescente, más allá de los lazos consanguíneos.

Los hermanos mayores constituyen una promesa, a través de la visión anticipatoria de una imagen que ayuda a los menores a disminuir la angustia de castración, en la medida en que el cuerpo del hermano ya crecido e integrado resulta tranquilizante para el Yo del menor, con respecto a las fantasías de deformidad corporal.

Estas experiencias crean una imagen en espejo que al principio sirven de reaseguro al Yo, ante la posibilidad de desestructurarse. Esta imagen especular fraterna tiene como destino quebrarse, para que la percepción pueda abrir paso al juicio de discernimiento acerca de las diferencias (de tamaño, sexo, edad, etc.) .

Por supuesto, estos procesos se reordenan y complejizan en función de la significación que los padres hayan otorgado al cuerpo sexuado de cada hijo. Por ejemplo, si las características del hijo mayor o de aquel que ocupa ese lugar (con frecuencia el hijo de otra familia) coincide con el ideal del Yo de los padres, el otro, menor, o de diferente sexo, quedará significado desde un lugar desvalorizado y de impotencia desde ese ideal.

A partir de los desarrollos de afecto, como celos, envidia, rivalidad, cada hermano implementará defensas que determinarán en la adultez cuál será el destino posterior de la elaboración de este conflicto en cada sujeto.

En cuanto a la identificación con una imagen, tanto la especularidad como la oposición polarizada de la adolescencia temprana y media, tienen que ceder el paso, hacia la adolescencia tardía, a una imagen basada en la lógica racional, con puntualizaciones discretas, relativas, de plasticidad y posibilidad de cambio.

3-4 Procesos identificatorios procedentes de la autoridad y del ideal parentales

Otra manifestación del procesamiento del duelo en esta etapa se da bajo la forma del silencio entre el adolescente y sus progenitores. Una queja frecuente suele ser el hecho de que a partir de cierto momento "se corta" la comunicación con los padres. Para muchos hijos, los padres sólo saben hablar de formalidades o de trivialidades. Al principio, la culpa es proyectada y atribuida a los padres: "con ellos no se puede hablar". La realidad es que este proceso de separación, manifestado por un silencio, deriva de un mayor desarrollo psíquico del adolescente y, como consecuencia, de un mayor grado de diferenciación entre unos y otros, que hace que el adolescente advierta que se trata de aparatos psíquicos diferentes, y esta denuncia desde el Yo de realidad causa dolor. Una defensa ante este dolor es el deseo de volver al estado de indiferenciación anterior, por medio de una regresión, cuando ya se había conquistado la diferencia, debido al sentimiento de culpa.

La mudez del adolescente frente a sus padres constituye una forma de evitar hablar "las verdades", aquellos temas fundamentales que constituyen juicios de valor, por lo que pasa su elaboración psíquica o secretos familiares guardados celosamente por los padres. El adolescente siente que no puede transmitir estos pensamientos, pues existe el riesgo de ser abandonado y que el sentimiento de desamparo deje su aparato psíquico desmantelado, sin sustitutos parentales que llenen ese vacío.

Durante la niñez, los hijos entienden que son transparentes para sus padres. Ellos "entienden" y "saben", más allá de la transmisión o no de sus pensamientos. En este período, sin embargo, esa ilusión de transparencia, cuyo sentido era que todos sus deseos podrían ser resueltos sin el esfuerzo de la mediación de la palabra, se va perdiendo.

Si bien "cerrar la boca" tiene la significación de retener información, como forma de decir "esto es mío", o de oponerse como forma de diferenciarse, también este silencio involucra dolor por esta diferencia.

Al mismo tiempo que mantienen esa actitud con respecto a los padres, van encontrando otros interlocutores sustitutos, hermanos, amigos, o algún interlocutor

ideal, como el diario íntimo, un profesor, su analista, con el cual compartir sus opiniones o secretos. Los lugares psíquicos de diario íntimo, amigo, profesor, constituyen nombres sustitutivos de los vínculos primordiales con las figuras parentales, que apuntan a llenar el vacío que el desasimiento provoca.

Pero, además, el silencio ha sido descripto por Freud (1913f) como el equivalente del mutismo, de la muerte. En esta línea convendría destacar que en esta falta de palabras hay vestigios del proceso de duelo, como la afirmación de una muerte. Activamente promovida por el hijo en su interior respecto de las figuras parentales, es una demostración del asesinato intrapsíquico que aquel necesita realizar para constituir su lugar de sujeto (Winnicott, 1971), y que en ocasiones puede culminar en una postura ascética del adolescente, descripto por A. Freud (1936) como producto también del silencio como una muerte.

Intentaré dar cuenta de algunos conceptos teóricos de Freud (1939a) y Lacan (1957-8), cuya lectura me permitió seguir pensando acerca del problema de los duelos en la adolescencia media, su relación con los procesos identificatorios, la formación del Superyó, del Ideal del Yo y la inserción social.

Retomemos, pues, la problemática del duelo en Freud. Al hablar del él, detectamos tres momentos. Del tercero dijimos que el "desasimiento pieza por pieza" estaba relacionado con el proceso de desinvestidura de distintos vínculos que el sujeto había establecido con un objeto. Este último, posicionado en diversos lugares psíquicos en el curso de distintas etapas de la vida, así como con el pasaje de un objeto a otro.

Este planteo, que significa una mayor discriminación del proceso de duelo, nos lleva a examinar cómo el pasaje a la cultura, el movimiento exogámico que el aparato psíquico del adolescente debe efectuar, involucra por lo menos un pasaje de la madre al padre y las consecuencias del mismo, así como un pasaje desde ellos hasta los distintos significantes sustitutivos, tanto de los identificatorios como de los vínculos objetales. El pasaje a la exogamia en el adolescente significa su inserción en la cultura, un pasaje desde el ámbito familiar, regido por códigos sensoriales y de intimidad, hacia el ámbito de la sociedad, regido por códigos abstractos y consensuales. Freud (1940a) llama a este pasaje "la conquista espiritual de la humanidad".

Precisamente, de este tema habla en *Moisés y la religión monoteísta* (pág. 109), a raíz de la prohibición de crear imágenes de Dios y venerar a alguien a quien no se puede ver, dice:

> *(...) Ahora bien, aceptada esta prohibición, ella no pudo menos que ejercer un profundo efecto. Es que significaba un retroceso en la percepción sensorial frente a una representación que se diría abstracta, un triunfo de la espiritualidad sobre*

> *la sensorialidad: en rigor, una renuncia de lo pulsional con sus consecuencias necesarias en lo psicológico (...).*

Y sigue en la pág. 110:

> *(...) Suponemos que la omnipotencia de los pensamientos era la expresión del orgullo de la humanidad por el desarrollo del lenguaje, que tuvo por secuela una tan extraordinaria promoción de las actividades intelectuales. Se inauguraba el nuevo reino de la espiritualidad, en el que representaciones, recuerdos y procesos de razonamiento se volvían decisivos por oposición a la actividad psíquica inferior, que tenía por contenido percepciones inmediatas de los órganos sensoriales. Fue, sin lugar a dudas, una de las etapas más importantes en el camino de la hominización (...).*

Y prosigue:

> *(...) Ahora bien, esta vuelta de la madre al padre define además un triunfo de la espiritualidad sobre la sensorialidad ... pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y sobre una premisa. La toma de partido que eleva el proceso de pensar por encima de la percepción sensible se acredita como un paso grávido en consecuencia (...).*

Más adelante, en el apartado D, (pág. 114) donde trata la renuncia de lo pulsional, dice:

> *(...) El progreso de la espiritualidad consiste en ... determinar, por ejemplo, que la paternidad es más importante que la maternidad, aunque no pueda ser demostrada como esta última por el testimonio de los sentidos. Por eso el hijo debe llevar el nombre del padre y heredar patrilinealmente (...).*

De tal manera, Freud entiende que insertarse en una cultura, o sea lo que para nosotros significa el duelo por la endogamia en el adolescente, está indefectiblemente ligado a la comprensión del lugar paterno como aquel que funda etimológicamente, desde lo simbólico, el pasaje de la comprensión, a través de la sensorialidad, a la comprensión de los procesos del pensar abstracto, por deducción. Es en este tipo de pensamiento donde alguna de las operaciones de este proceso, como reunión en clases, clasificación, seriación, etc., puede quedar elidida, suprimida, a nivel consciente. Ellas involucran un trabajo de identificación, separación, diferenciación de unos términos de otros, realizados en forma inconsciente, sin apoyatura en percepciones sensibles o vivencias, y sustentan la complejización de los procesos de razonamiento.

Tal es el caso de lo que ocurre con lo que Lacan (1957-8) llamó la creación de la "metáfora paterna", que quizá puede complementarse con las ideas de Freud (1940a) acerca de la herencia patrilineal y el problema del origen.

Una pequeña digresión aclaratoria. Es precisamente el problema del origen en la adolescencia media el que hace crisis, debido a que si hasta la adolescencia temprana el origen quedaba demostrado por la presencia real de los padres, avalada por la sensorialidad, en la adolescencia media, esta situación sufre una serie de sustituciones, donde los padres reales quedan reemplazados por nuevos significantes sustitutivos, como el apellido, los bienes materiales, los valores, la tradición, etc., aquello que los padres les legaron, "el legado" que, ante el alejamiento físico, dejaron en su lugar.

Cuando Freud alude a la herencia patrilineal, lo hace tomando en cuenta que existe otra alternativa para la función paterna, coincidente, en este caso, con la función materna, y que Freud llamó "el padre nutricio" (Freud 1923d) . Si predomina la última, esto implica que el lugar del padre quedará sellado al pensamiento concreto revestido de sensorialidad y propio del lugar materno, por lo tanto la inserción laboral carecerá de significación psíquica y para el adolescente se transformará en una acción humillante (Freud 1927c). La falta de tramitación de los deseos pasivos de recibir del padre no permitirá un acceso adecuado al padre simbólico y dará origen a una escisión en el Yo que desmienta la muerte del padre (Freud, 1927/1938-40e). Desde la perspectiva de Erikson (1971), no habría articulación entre los procesos identificatorios y los procesos sociales.

Hemos observado esta problemática en los adolescentes medios a través de las numerosas entrevistas administradas, aunque este "legado" suele cobrar en la conducta concreta diversas formas de manifestación. A veces se manifiesta a través del desafío rebelde, precisamente desmintiendo la vigencia del origen, del "legado", por ejemplo poniéndose de novio con alguien de diferente religión, grupo, extracción cultural o social. Otras veces se manifiesta haciendo ostentación de sustitutos paternos, como la exhibición de sus bienes materiales (coches, moto, dinero, etc.).

La idea de Freud (1940a) acerca de la herencia patrilineal se relaciona con el tema del apellido, idea que Lacan (1957-8) desarrolla al tratar acerca del nombre del padre. Explica que el mismo está ligado a un significante del deseo materno, y lo relaciona con los tres tiempos del Complejo de Edipo. Al principio, el niño, se pregunta por su significación, se diría "¿quién soy Yo? ", y se responde: "Yo soy lo que mi madre quiere que sea".

Los niños desean ser objeto del deseo de la madre, ser su falo. Luego, el niño advierte que no es el único objeto de deseo para su madre, y que también ella mira

hacia otro lugar. Ese otro lugar es el padre, del cual se desprende la metáfora paterna, ya que en ella, el *tercium comparationis* -aquel término que relaciona a los otros dos (padre e hijo)- es la madre, aunque ella no aparezca explícita, sino elidida, suprimida. Por la mediación del deseo de la madre, el niño llega al nombre del padre, pero al mismo tiempo pierde ese vínculo primordial de la unicidad con ella.

Dicho de otra manera, este planteo lacaniano se relaciona con la idea de Freud acerca del privilegio del pensar por sobre la sensorialidad. A través de comprender la significación del lenguaje, el sujeto llega a conquistar "el nombre del padre", relacionándolo con su propio origen, y esta conquista ha sido entendida por un proceso de pensamiento deductivo: *se nace no solamente de madre sino también de padre*. Aquello que Yo no vi (el papel del padre en la gestación) cobra sentido a través de procesos de discernimiento, como reflexiones, recuerdos, razonamientos, efectuados por el sujeto.

¿Cómo se relaciona este problema del origen con el tema de la adolescencia media? Planteado el problema de la necesidad de desasimiento, el adolescente cuestiona su propio origen, oponiéndose, desafiándolo, como forma de realizar el despegue. ¿De qué otra forma podría hacerlo, si permaneciera idealizando las figuras parentales? Al cuestionar el propio origen, comienza a insertarse en comunidades más amplias, con otros tipos de líderes que le permiten pensar nuevos orígenes, nuevos padres espirituales: políticos, religiosos, económicos, de clase, etcétera.

Veamos algo más de las ideas de Lacan (1957-58) acerca de ese tema. El "nombre del padre" se transforma en "los nombres del padre", un plural que se torna más importante que el hecho de que alguien determinado ocupe un lugar, o que sea específicamente determinado nombre. Surge, entonces, la necesidad de reemplazar un significante, que cumple la función del "nombre del padre", por otros significantes que pasan a sustituir al anterior en la misma posición.

En un principio, el adolescente necesita colocar al padre en una posición: el lugar de donde provienen sus propios pensamientos, de manera que le permita manifestar su adhesión o su rebelión, pero que sirva de referente. Más tarde, ese padre pasa a ser sustituido por una idea, una entidad, una institución, alguien que, actuando desde la posición paterna, le sirva de respaldo para fundar premisas, valores, ideales, desde donde posteriormente ejerza la toma de decisiones. Un referente que no necesariamente implica ser consultado en la realidad, pero que desde el interior del sujeto sirva de interlocutor válido para continuar el proceso reflexivo.

Resulta interesante un comentario de D. Nasio (1982) sobre este tema. Explica que en la forclusión del nombre del padre ha habido un "accidente de trayectoria". Una palabra que venía a ocupar un lugar vacante se desvía y produce un vacío de significante. Opino que este vacío puede constituirse en causa del desmantelamiento

del aparato psíquico del adolescente, debido a la pérdida del sentido de *ser*. La creación del nombre del padre en el adolescente constituye un trabajo psíquico necesario, relacionado, primero, con la elaboración de un duelo y, luego, con la colocación de alguien en ese lugar, para el cual un significante anterior quedó destituido. Si este proceso de "llenado" no se realiza y se produce el "accidente de trayectoria", puede sobrevenir una elaboración patológica del duelo. En ese caso, la pregunta acerca de qué sentido tiene su vida, queda sin respuesta. El correlato psíquico de este estado se trasunta en conductas límites de alto riesgo para la vida, como intentos de suicidio, accidentes, procesos somáticos graves e irreversibles, psicosis, etcétera.

Desde una perspectiva freudiana, diríamos que la creación de los "nombres del padre" constituye la tarea psíquica de formación del Superyó, Ideal del Yo, sustitutos del padre primordial. Esta tarea de generación de ideales producida por el proceso de duelo se constituye en un trabajo ininterrumpido para el aparato psíquico del adolescente medio.

En la medida en que el desasimiento produce en el Yo juicios decepcionantes con respecto a la imagen paterna, sea porque éste envejeció, sea porque el adolescente creció, o por cualquier otra causa, es reemplazada por otros líderes, constituidos como modelos que operan como protectores del adolescente contra el desamparo psíquico.

En resumen, estos aportes teóricos tomados desde Freud y Lacan intentan explicar de qué manera la inserción en la cultura del adolescente se realiza por medio de un proceso lento y complejo que implica:

a) Una elaboración del duelo por el desasimiento.
b) Una creación de sustitutos, ideales del Yo, significantes, "nombres del padre", que ocupen el lugar que el vacío de la muerte de los objetos originarios dejó.

Estos procesos identificatorios resultantes de la elaboración de los duelos desembocan en una nueva conquista del equilibrio narcisista, a través del logro del sentimiento de sí que otorga la recuperación de:

1. Una imagen procedente del registro sensorial del cuerpo unificado, producida por un espejo posicionado como modelo o como doble.
2. Un sustituto del nombre del padre, como por ejemplo, profesores, líderes de grupo, que permiten, a través de un intercambio, ser depositarios continentes de los pensamientos del adolescente, al tiempo que lo insertan como miembro de un determinado grupo con creencias, normas e ideales propios, que le otorgan un nuevo sentido a su realidad psíquica.

11. HALLAZGO DE OBJETO HETEROSEXUAL

Introducción - Alcances del encuentro con el objeto

El problema del objeto ha sido tratado en múltiples estudios acerca de su estatus teórico y metapsicológico. En esta ocasión, como aclaré en el capítulo V, no es mi interés profundizar en la teoría del objeto, sino usar de estos conocimientos para sustentar lo que quiero mostrar con respecto a la importancia de su hallazgo intrapsíquico en la adolescencia media.

Hechas estas aclaraciones, vayamos a las aplicaciones de la teoría del objeto, adentrándonos en los alcances posibles que tiene ese encuentro en la adolescencia media.

Al desarrollar el tema del duelo, dijimos que se trata de un proceso que conduce al desasimiento parental. A su vez, planteamos que este desasimiento es un requisito previo al hallazgo de objeto exterior y que está basado, sobre todo, en la *decisión intrapsíquica*, correspondiente a un deseo de dar por perdidos los vínculos edípicos, aunque hayan sido, hasta ese momento, protectores y salvaguardas frente al temor a la aniquilación del Yo.

Este proceso, que va desde el desasimiento hasta el hallazgo de objeto, sufrirá diversas transformaciones psíquicas que abarcan una amplia gama de manifestaciones. Estas manifestaciones constituyen transacciones entre el narcisismo y la investidura de objeto heterosexual que se plasmará en el exterior.

Una primera manifestación de ese trabajo psíquico para la creación del objeto se observa, principalmente, en los productos de *la fantasía*. Las fantasías evitan el

del aparato psíquico del adolescente, debido a la pérdida del sentido de *ser*. La creación del nombre del padre en el adolescente constituye un trabajo psíquico necesario, relacionado, primero, con la elaboración de un duelo y, luego, con la colocación de alguien en ese lugar, para el cual un significante anterior quedó destituido. Si este proceso de "llenado" no se realiza y se produce el "accidente de trayectoria", puede sobrevenir una elaboración patológica del duelo. En ese caso, la pregunta acerca de qué sentido tiene su vida, queda sin respuesta. El correlato psíquico de este estado se trasunta en conductas límites de alto riesgo para la vida, como intentos de suicidio, accidentes, procesos somáticos graves e irreversibles, psicosis, etcétera.

Desde una perspectiva freudiana, diríamos que la creación de los "nombres del padre" constituye la tarea psíquica de formación del Superyó, Ideal del Yo, sustitutos del padre primordial. Esta tarea de generación de ideales producida por el proceso de duelo se constituye en un trabajo ininterrumpido para el aparato psíquico del adolescente medio.

En la medida en que el desasimiento produce en el Yo juicios decepcionantes con respecto a la imagen paterna, sea porque éste envejeció, sea porque el adolescente creció, o por cualquier otra causa, es reemplazada por otros líderes, constituidos como modelos que operan como protectores del adolescente contra el desamparo psíquico.

En resumen, estos aportes teóricos tomados desde Freud y Lacan intentan explicar de qué manera la inserción en la cultura del adolescente se realiza por medio de un proceso lento y complejo que implica:

a) Una elaboración del duelo por el desasimiento.
b) Una creación de sustitutos, ideales del Yo, significantes, "nombres del padre", que ocupen el lugar que el vacío de la muerte de los objetos originarios dejó.

Estos procesos identificatorios resultantes de la elaboración de los duelos desembocan en una nueva conquista del equilibrio narcisista, a través del logro del sentimiento de sí que otorga la recuperación de:

1. Una imagen procedente del registro sensorial del cuerpo unificado, producida por un espejo posicionado como modelo o como doble.
2. Un sustituto del nombre del padre, como por ejemplo, profesores, líderes de grupo, que permiten, a través de un intercambio, ser depositarios continentes de los pensamientos del adolescente, al tiempo que lo insertan como miembro de un determinado grupo con creencias, normas e ideales propios, que le otorgan un nuevo sentido a su realidad psíquica.

11. HALLAZGO DE OBJETO HETEROSEXUAL

Introducción - Alcances del encuentro con el objeto

El problema del objerto ha sido tratado en múltiples estudios acerca de su estatus teórico y metapsicológico. En esta ocasión, como aclaré en el capítulo V, no es mi interés profundizar en la teoría del objeto, sino usar de estos conocimientos para sustentar lo que quiero mostrar con respecto a la importancia de su hallazgo intrapsíquico en la adolescencia media.

Hechas estas aclaraciones, vayamos a las aplicaciones de la teoría del objeto, adentrándonos en los alcances posibles que tiene ese encuentro en la adolescencia media.

Al desarrollar el tema del duelo, dijimos que se trata de un proceso que conduce al desasimiento parental. A su vez, planteamos que este desasimiento es un requisito previo al hallazgo de objeto exterior y que está basado, sobre todo, en la *decisión intrapsíquica*, correspondiente a un deseo de dar por perdidos los vínculos edípicos, aunque hayan sido, hasta ese momento, protectores y salvaguardas frente al temor a la aniquilación del Yo.

Este proceso, que va desde el desasimiento hasta el hallazgo de objeto, sufrirá diversas transformaciones psíquicas que abarcan una amplia gama de manifestaciones. Estas manifestaciones constituyen transacciones entre el narcisismo y la investidura de objeto heterosexual que se plasmará en el exterior.

Una primera manifestación de ese trabajo psíquico para la creación del objeto se observa, principalmente, en los productos de *la fantasía*. Las fantasías evitan el

surgimiento de angustias frente al contacto directo, sensorial, con el objeto exterior, permitiendo crear nuevos espacios y tiempos intrapsíquicos y exteriores, a partir de los cuales el adolescente podrá regular el acercamiento o alejamiento del objeto exterior.

Estas transacciones, que llamaremos *precursores* o *mediadores* son: el diario, la agenda, un estado de "enamoramiento del amor" y el amor a los ideales. Aunque los denominemos *precursores,* no necesariamente deben ser previos al hallazgo de objeto; cronológicamente hablando, pueden surgir en forma simultánea y corresponden al predominio de una u otra lógica psíquica.

En sí mismas, estas transacciones son coexistentes y alternantes, y muestran la forma en que el adolescente medio se refugia en sí mismo a partir del impacto que le produce el contacto con el otro sexo.

Estos refugios psíquicos, como el diario, la agenda, etc., corroboran que, en la medida en que el objeto heterosexual es siempre "un otro", extraño, no familiar, es traumático. Cada vez que él toma en cuenta que el otro es alguien diferente, extraño a sí mismo, necesita amortiguar el trauma que le provoca esa diferencia. Por lo tanto, se refugia en alguno de estos productos psíquicos, que le permiten mantener el equilibrio narcisista y evitar la pérdida del límite del Yo y el temor a su aniquilación.

Una segunda manifestación de ese trabajo psíquico es el esfuerzo del adolescente por tomar *contacto sensible* con el objeto exterior. Establece con él diferentes tipos de vínculos, que también suelen ser alternantes y coexistentes entre sí y con los *precursores.*

En realidad, no hay una diferencia sustancial entre el tipo de vínculo con los *precursores* y el deseo del contacto sensible. Ambos invisten al objeto exterior con la energía derivada del Yo de placer y de las representaciones-cosa del pasado. La diferencia estriba en que, en el segundo caso, se establece un contacto en la realidad con el objeto, que permitirá la instauración de innumerables huellas mnémicas que irán produciendo la representación preconsciente del objeto de la fase genital.

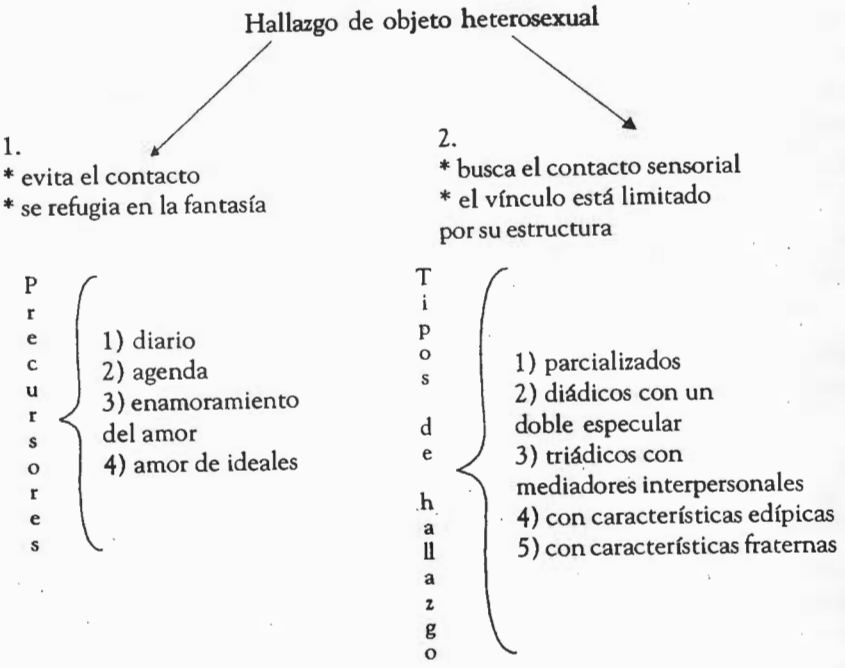
Los tipos de vínculos que logramos caracterizar son:

* Vínculos parcializados, donde se jerarquiza el contacto con predicados y no con el núcleo del sujeto.
* Vínculos diádicos establecidos con un doble especular.
* Vínculos triádicos con mediadores interpersonales.
* Vínculos con características édípicas.
* Vínculos con características fraternas.

De la delimitación de posibilidades del encuentro objetal surgen dos vertientes:

1- Encuentros que tienden a evitar el contacto con el objeto exterior;
2- Encuentros que buscan ese contacto, pero bajo determinadas condiciones, surgidas de las limitaciones que impone la estructura del vínculo del aparato psíquico del adolescente.

Veamos un cuadro sintetizador:



Procesamiento de los vínculos incestuosos. Producción psíquica del objeto heterosexual

Antes de pasar a desarrollar en detalle cada una de las posibilidades de encuentro con el objeto, analizaremos las características del objeto en la adolescencia media y los procesos subyacentes que conforman su producción. Para ello, repasaremos ciertos conceptos de Freud (1950a-1900a-1928b) acerca de la constitución del objeto.

El hallazgo de objeto heterosexual deriva de un procesamiento psíquico. Las transformaciones de este proceso son las productoras de ese objeto. Ellas *son inferidas*

a partir sus observables: las manifestaciones. Dichas transformaciones tienen su origen en la constitución de la representación-cosa inconsciente, que plasma los objetos del mundo a partir de las percepciones y de las propias impresiones sensoriales. Estas impresiones sensoriales provienen de diferentes fuentes: cinéticas, auditivas, táctiles, olfativas, gustativas, que, engarzadas luego en el registro de una imagen visual, ejercerán su eficacia como organizadoras.

A esa imagen visual organizadora, constituida especialmente en la fase anal secundaria, se le sumará la palabra oída de los padres y repetida por el mismo niño, al principio como parte esencial de la cosa. Esta palabra permite discriminar la cosa -el objeto- de su contexto, y sentar diferencias discretas a partir de inscripciones de carácter analógico en el inconsciente.

Identidad y semejanza son dos conceptos que incluyen la inscripción por analogía. La primera es un objetivo deseado por el proceso primario, que busca que el objeto percibido sea idéntico a aquel que el deseo necesita para calmarse. Dos son las formas a las cuales el aparato psíquico recurre: la alucinación y la identificación de un atributo del objeto con su totalidad, para lograr la analogía.

Significa, entonces, la ilusión de que la totalidad de las partes del sujeto se corresponden con la totalidad de las partes del objeto. La identidad se da en los vínculos de identificación primaria. En la fase anal secundaria, se constituye el reconocimiento del otro como un núcleo -la representación-cosa- que es constante, pero diferente del Yo. El núcleo del objeto ahora es irreductible al núcleo del Yo y la semejanza o analogía -que constituye el complejo del semejante- se da con respecto a los predicados.

La inscripción analógica de la fase anal secundaria se corresponde con la inscripción del Yo y del objeto en el inconsciente. En la fase fálica sufre una nueva transformación debido a la percepción de la diferencia de sexos. Durante esta fase, entonces, se constituyen dos complejos del semejante, con diferentes núcleos, según el sexo: uno de ellos reducible al Yo, debido a la igualdad sexual, y el otro, debido a la diferencia sexual, irreductible en su esencia. La ligadura por semejanza se da solamente por los predicados. La representación-cosa de un semejante lo es con respecto al sujeto, por sus predicados, pero debido a que su núcleo sexual es irreductible y, por lo tanto diferente, posee siempre un carácter traumático para el Yo.

Estos conceptos freudianos, ligados a las leyes de asociación entre representaciones, están vinculados también con la constitución del objeto en la adolescencia temprana, en la que el aparato psíquico se esfuerza por la constitución de la representación-cosa, correspondiente a la nueva diferencia sexual: el pasaje de la dualidad

fálico-castrado a la nueva diferencia sexual, basada en el reconocimiento de los dos sexos, como pene-vagina, masculino-femenino.

Durante el tiempo lógico de la adolescencia media, el aparato psíquico cuenta ya con un preconsciente más complejizado, donde la representación palabra posee nuevas combinatorias que se separan netamente de la cosa. Es así que aparecen términos que son específicos de este preconsciente: *los nexos*, que no tienen correlato analógico en el inconsciente.

Por ejemplo, cuando una adolescente ha adquirido la lógica de la adolescencia media, escribe el diario, o la agenda. En la palabra está creando un objeto virtual. El clásico dibujo de corazón con los lugares para los nombres de los enamorados o el verso al amor que desea tener de su enamorado, son espacios significados por la palabra como posibilidad, como virtualidad. Correlativo de la representación-palabra, y del Yo real definitivo de carácter diferenciante, aparece una segunda estructura yoica: las imágenes especulares del sujeto, inscriptas como dobles o como complementarias. Estas imágenes pertenecen al sistema de vínculos imaginarios, narcisistas, sostenedores de un Yo placer que aspira a la completud, usando al objeto como parte de sí, para evitar el efecto traumático de la diferencia.

Un tercer elemento correspondiente a la producción del hallazgo de objeto se inscribe como una transformación de las investiduras homosexuales de la masa. Esta transformación se introduce como un mediador interpersonal entre el Yo y los otros. Es el "amigo intímo", que queda inscripto a veces como un doble que dice o ejecuta lo que el Yo no puede asumir. Otras veces, aparece como un mediador interpersonal en las primeras experiencias de pareja, cuando la cercanía sexualizada del vínculo tiene carácter traumático.

Un cuarto elemento proviene de "lo heredado" del Complejo de Edipo, del Complejo de Castración, del Complejo Fraterno y del narcisismo, y forman una parte de la producción del hallazgo de objeto adolescente. Algunos de ellos provienen del inconsciente constituido, y contienen inscripta la historia del vínculo con el objeto de deseo infantil.

Un quinto elemento deviene de un tipo de sensorialidad erógena, derivada de las fuentes somáticas en el contacto con la figura materna. La voluptuosidad se presenta como un rasgo valorado en la elección de objeto. Por ejemplo, un adolescente que posee una voluptuosidad anal pasiva investirá una pareja en la que se dé el deseo activo. Otra transformación se dará en el trabajo psíquico que significa la presencia simultánea de las corrientes sexuales y de ternura, que son difíciles de integrar durante el predominio de esta lógica. Es factible, por lo tanto, que durante esta fase el hallazgo de objeto se realice en forma dividida.

Los elementos descriptos hasta aquí significan un esfuerzo de trabajo para el aparato psíquico. Bajo los efectos de mecanismos como la condensación y el desplazamiento, y el surgimiento de formaciones sustitutivas, se irán reuniendo, por el proceso de síntesis, elementos de orígenes muy diversos, algunos ligados con la realidad actual y otros con procesos infantiles. Se trata de un trabajo psíquico, que se desarrolla en el interior del preconsciente y que constituye una labor de la fantasía.

Esta labor de síntesis efectuada por la fantasía no crea un objeto predeterminado, sino que produce un tipo de objeto, en primera instancia, una categoría vacía, del orden de "lo posible", que en las experiencias con la realidad modificarán o reforzarán la producción de la fantasía.

Hasta aquí, hemos tratado de trabajar uno de los posibles abordajes metapsicológicos de la producción psíquica del hallazgo del objeto en la adolescencia media. A continuación, estudiaré distintas manifestaciones de algunos de estos sectores del hallazgo de objeto, enunciados en el cuadro sintetizador.

Precursores del hallazgo de objeto heterosexual. Transacciones entre el narcisismo y el hallazgo de objeto

Debido a la desinvestidura que exige el trabajo de duelo, se produce en el adolescente un aumento de libido narcisista, como defensa. En tanto este narcisismo está al servicio del desarrollo, no es patológico; sin embargo su presencia es siempre inversamente proporcional al hallazgo exterior de objeto.

Este aumento de libido narcisista se manifiesta de diversas maneras. Uno de sus efectos es el aislamiento del contacto con la realidad, mientras el objeto se recrea en la fantasía. Este recurso busca evitar el desenfreno pulsional en el contacto con el otro sexo. La precariedad del Yo adolescente lo lleva en ocasiones a actuaciones heterosexuales prematuras, agresivas o autoagresivas, y de hecho traumáticas. Por tal razón, abrir un espacio psíquico, el de la fantasía, lo tranquiliza en lo que podría tornarse una exigencia.

Diego, de 17 años, que está en quinto año bachiller, explica con respecto a su participación en grupos mixtos que, cuando estaba en la escuela primaria, se peleaba con las profesoras y con los compañeros, aunque nunca entendía cómo llegaba a esa situación. Actualmente dice:

> *No sé, cambié, estoy más tranquilo, más aislado de la gente, me la paso mucho pensando... en cualquier cosa.*

Esta supuesta "tranquilidad" a la que alude este adolescente se debe a varias causas. La primera tiene que ver con el esfuerzo psíquico que las relaciones sociales requieren al adolescente: siente que tiene que mostrar una imagen, una fachada, que coincida con lo que supone que el adulto o el grupo esperan de él, pero que él aún no ha logrado. La segunda se relaciona con la primera, ya que el hecho de no saber todavía "quién es uno" hace peligrar los límites del Yo y lleva a la confusión con el otro. Así, la estabilidad yoica resulta amenazada y el temor a desestructurarse le ocasiona ansiedad y a veces pánico.

La tercera está relacionada con sus afectos y la dificultad para controlarlos. Aquello que Diego llama estar "aislado de la gente" tiene que ver con un modelo evitativo, fóbico, que suele ser habitual en la mayoría de los adolescentes. El esfuerzo por evitar el contacto con el otro está determinado por el riesgo de caer en una excitación sexual incontrolable, o en un estallido de furia por sentir humillación y vergüenza, frente a la posibilidad de hacer el ridículo, de ser burlado y perder imagen.

La tranquilidad buscada es lo opuesto de la angustia y la desconfianza que le genera la presencia o la palabra del otro. La tranquilidad es un territorio intermedio que funciona como espacio organizador del mundo interno entre la realidad exterior y el aislamiento narcisista y es, como dijimos, el espacio de la fantasía. Este espacio puede tener una amplia gama de manifestaciones preconscientes; en realidad, su contenido manifiesto es el aspecto más variado de ella.

Básicamente, las fantasías están creadas a partir de una hiperagudización de experiencias sensoriales -como el tacto, la vista, el oído-, otras veces como el producto de percepciones internas. Por efecto del mecanismo de proyección, todas las percepciones contribuyen a la construcción de un espacio de representación intermedio adentro-afuera, entre Yo-no Yo en el que el adolescente expresa sus fantasías.

Las prácticas concretas donde encontramos estas manifestaciones son: el diario íntimo, la agenda y todas las formas de creatividad artística, como la literatura, la música, la plástica o el teatro, actividades que se realizan con marcada intensidad, a veces de placer, otras de sufrimiento. Todos estos productos tienen como contenido el tema del amor, la amistad o la belleza.

Este tipo de manifestaciones constituyen transacciones entre el desasimiento y el hallazgo de objeto. Son productos narcisistas que se constituyen, en el caso del diario, "como lo que sale de mí", y en el de la agenda, como "lo tuyo en mí", "lo mío en vos". Ambos sustituyen el vínculo con los padres infantiles y el vínculo con el grupo-masa de la adolescencia temprana. También cumplen determinados fines, como frenar actuaciones heterosexuales en la realidad para las que aún no están preparados. A veces son el resultado de haber inhibido una actuación desordenada

y agresiva de tipo anal expulsiva, como consecuencia de investiduras homosexuales aún no resueltas.

Estos productos preconscientes se desarrollan como mediadores intrapsíquicos. Constituyen intentos de autoconocimiento, de soportar la soledad, de profundizar en sí mismos, en su subjetividad, mientras mantienen el vínculo heterosexual externo lo suficientemente alejado o superficial.

El diario íntimo y el uso de la agenda son semejantes en relación con el deseo de plasmar a través del lenguaje escrito aquellos sentimientos, ideas, deseos, que remiten a la intimidad. Ambos tipos de expresión predominan en las adolescentes, aunque algunas no tienen diario y sí agendas. Cuando han poseído ambos, se advierten diferencias en el pasaje del predominio de la imagen en la agenda, al de la palabra en el diario.

1. El diario

Es un producto íntimo, y no está escrito para una persona concreta. Es un aliado incondicional, inmediato, reemplazante de la continencia parental y dispuesto a escuchar. La forma del relato indica un interlocutor, que a veces es el mismo diario ("Querido diario", dice al comienzo); otras veces es otra persona, a la que se le "hubiera deseado" decir algo que no se le dijo, y por tal razón, queda inscripto en el diario. En otras ocasiones, luego de escrito, se le ofrece a un líder idealizado, a una persona mayor (un profesor o un terapeuta, por ejemplo).

Una paciente de 11 años, que estaba en tratamiento, era traída a sesión por su hermana de 15 años. Durante una época, al abrir la puerta para hacer pasar a la paciente, su hermana entregaba a la terapeuta un sobre con lo que había escrito para que ella lo leyera. No había intentos de buscar una respuesta, tampoco un comentario, sólo deseaba que fuera una buena depositaria, silenciosa y segura, y obtener a la vez algún beneficio de tratamiento. El contenido de las cartas estaba referido a su sufrimiento por no ser comprendida por sus padres o por su abuela, o los celos que sentía por su hermana. Deseaba enamorarse y de esa manera *cambiar su vida de sufrimiento por otra de felicidad*, decía.

Aunque el diario no se le dé a leer a casi nadie (muchas veces se deja al alcance de la familia), tiene un destinatario, un lector que la imaginación del adolescente forja, y que lo leerá cuando él esté ausente. Lo dota de trascendencia y es una de las formas de plasmar su propio futuro, como en el caso de la hermana de mi paciente, que imaginaba un destino de felicidad.

El diario no se mantiene fuera de la vista de los otros miembros de la familia, ni

de los amigos, pese a que expresen la prohibición de leerlo. En la mayoría de los casos, su objetivo suele ser mostrar que posee secretos no compartidos, con la esperanza de no ser censurada en su núcleo familiar por esta conducta de intimidad. Se trata de un intento de soledad acompañada.

En principio, existe la creencia de que es suficiente la prohibición de ser leído para evitar que lo hagan. Aunque su deseo manifiesto es no darlo a conocer, su mente no puede soportar sus propios contenidos psíquicos sin angustia, y sin que su familia esté presente de alguna forma. Bastante más tarde, cuando se ha dado un paso más adelante en la aceptación de la propia soledad, el adolescente evita dejarlo a la vista de todos.

Otra cualidad del diario es que, en él, el adolescente se abstrae, se cierra ante los demás, y este acto implica un paso más allá en el proceso de duelo, por aquello de que "cerrar la boca" ante los padres es asumir una subjetividad, una privacidad e intimidad, propia del secreto que separa y diferencia.

El diario sustrae del vínculo de masa a un vínculo más íntimo consigo mismo. No se escribe para otorgarlo a alguien inmediato como el novio, el amigo o el enamorado. Más bien, implica una forma de proyectarse a sí mismo como su futuro lector. Esto no significa que realmente lo haga, sino que involucra la posibilidad de anticiparse y de pensarse como "lo que llegaré a ser".

Escribir el diario implica una experiencia importante en la constitución de la subjetividad del adolescente. Es una forma de plasmar el pasado, en la medida en que se vuelcan experiencias vividas que quizá no se quieren perder en el presente, en la medida en que se es el escritor actual, y el futuro, como "aquel que será leído por mí". Tal como dice Freud en *El malestar en la cultura*: *la escritura es la palabra del ausente*, implica la posibilidad psíquica de decretarse ausente a sí mismo a medida que escribe, y saber que está plasmando sus ideas o sus vivencias, porque de otra manera ellas se pierden.

Así, el adolescente se proyecta como futuro lector y se pierde como sujeto de esa experiencia inmediata. Este estado psíquico constituye una contraposición a las vivencias corporales, sensoriales y de desborde afectivo, que también coexisten en esta etapa.

2. La agenda

La agenda, a diferencia del diario, es circulante, ya que está hecha para ser mostrada y compartida, pero no con los padres, sino entre el grupo de amigos. Se trata de otra forma de desplegar el vínculo de masa, una forma de estar unidos en un grupo

de pares por un tipo de identificación histérica, con un vínculo superficial, pseudo-íntimo.

La agenda constituye una transformación de aquel vínculo de masa narcisista y homosexual, propio de la adolescencia temprana. Es una forma de representar los vínculos de introyección: "lo tuyo en mí", y de proyección: "lo mío en vos". Es un modo de expresar la identificación como vínculo amoroso, por la vía escrita, a través de agendas circulantes, que aceptan una suerte de ausencia, en la medida en que el grupo se mantiene unido por su circulación; cada integrante soporta la ausencia cuando en soledad se comunica con el papel.

La circulación de las agendas entre un grupo de amigas más o menos íntimas tiene por objeto lograr que cada una de ellas vaya inscribiendo en la agenda de la otra su particular estado de ánimo, su sentido del humor, sus dibujos infantiles (Snoopy, gusanitos, flores, etc.), y sus opiniones acerca de los hechos y las personas a través de máximas, frases célebres propias o ajenas, axiomas, etc. Estos productos parecen ser anticipos de la adquisición de una ideología con la cual identificarse. Por otra parte, es una manera de ofrecer sus productos como regalos, ya que lentamente se van expresando diferencias y similitudes dentro del grupo de pares.

A través de la especialización de mensajes en imágenes, se observa cómo una parte del propio Yo pertenece a otro, así como otra parte del Yo ajeno pertenece al propio. Supone la existencia de un Yo fragmentable, a la manera de "un resto" y parece ser otra forma de expresar los préstamos recíprocos (ropa, útiles, adornos, compacts, casettes, etc.) que hacen los adolescentes.

La agenda encierra una idea de intercambio y pasaje, mientras la soledad no puede asumirse totalmente como un estado posible, por la angustia desbordante que ello provoca en el Yo. Es una transacción entre estar sola, mientras escribe, y acompañada, al mostrarla y ofrecerla al grupo para la escritura recíproca.

Aunque ahora se manifiesta en un espacio más reducido, este tipo de exhibicionismo tiene que ver con aquel de la adolescencia temprana que se realizaba en las paredes públicas, ya sea como un corazón con flechas y los nombres de los novios o como inscripciones escritas de estados corporales o afectivos del Yo.

Los contenidos de la agenda giran alrededor de varios temas como:

- La idealización de valores totalizantes a los que les dedican sus producciones. Un ejemplo de una agenda de una adolescente de 16 años dice así: *La felicidad está en las pequeñas cosas que tú haces*. O esta otra: *Si cada uno amara a alguien, el mundo sería así...* (seguido de un dibujo de una cara sonriente).

- La idealización del objeto de deseo, a quien le envían cartas, versos que nunca llegarán, impregnados de sentimientos románticos, que aluden a un "antes y después de conocerte" y de cómo la vida cambió a partir de ese instante, como este ejemplo de la agenda de una adolescente de 16 años: *Te conocí y supe que ese día te amaría, te amé y supe que algún día te perdería, te perdí y supe que nunca te olvidaría.*

- Dibujos infantiles de todo tipo con sobreabundancia visual de formas y colores.

- La forma de expresión que toma la agenda es una clara combinación de dos corrientes: una, más atada a la sensorialidad y los vínculos de intimidad, y otra, al intento de manifestarse con un pensamiento más abstracto. La primera corriente se manifiesta en la sobreabundancia visual de colores, formas y texturas expresados por el uso de lápices o fibras, a veces fluorescentes; por "collages", en los que se superponen fotos, diversos tipos de letra y dibujos infantiles. La segunda corriente se expresa en los textos escritos que intentan transmitir "verdades trascendentes" acerca de valores, como ideales del Yo. Parecen constituir una forma de expresar un momento de transición entre la endogamia y la exogamia, el pasaje de la familia a la cultura.

Otra particularidad en el uso de la agenda es la forma de expresar el conflicto adolescente entre el tiempo real, exterior y el "sin tiempo" repetitivo de la fantasía. Resulta interesante la elección de la agenda, en tanto ella tiene impreso un calendario que se usa para organizar el tiempo real de las obligaciones y los compromisos del adulto, es decir, el tiempo del principio de realidad.

Sobre esta letra impresa, expresión de normas consensuales, las adolescentes inscriben su mundo de fantasía como forma de desalojar dichas normas. Es un intento de desmentir un juicio proveniente del Yo de realidad, consensual y traumático -acerca del paso del tiempo, la vejez y la muerte- oponiéndole otro proveniente del Yo-placer y la fantasía, compartida sólo por el grupo íntimo, afectivamente intenso, que desmiente el duelo con un tono de optimismo, apoyado en la idealización del amor, los colores abundantes, la infancia, etcétera.

Una pregunta posible sería: ¿por qué los varones no tienen agenda? ¿Tienen un diario íntimo? ¿Cuáles son sus equivalentes?

La necesidad de reafirmación individual, la necesidad de diferenciarse, de no igualarse, ni "ablandarse", quizá sea, entre los varones, una de las causas por las cuales existe una carencia de ciertos productos adolescentes como la agenda, aunque no ocurre así con el diario.

En el hombre, el temor a "ser igual que" culturalmente lo remite, como fantasía, a la pasividad y al temor a la feminización. La búsqueda de diferenciación, a través de la competencia, queda asociada con la masculinidad y la actividad. Esta búsqueda de la diferenciación puede darse en el ámbito del deporte, ya sea en la superioridad física o en la superioridad intelectual.

Mientras que las adolescentes parecen preocupadas por profundizar en la semejanza, es decir, en la línea de la identificación, los adolescentes plantean la rivalidad en distintos ámbitos, lo cual constituye su forma de estar juntos. El partido de fútbol, el aprendizaje de artes marciales, los juegos de competencia, son ejemplos de elaboración de los vínculos homosexuales.

Las adolescentes sustituyen la hostilidad y la rivalidad por la identificación. Tienen como base la mayor tolerancia cultural hacia los vínculos de ternura entre sujetos del mismo sexo.

En cambio, entre los hombres, la ambición y la lucha por el poder, por un lado, y el temor al sentimiento tierno -como expresión del deseo homosexual-, por otro, hacen que el "parecerse" sea lo contrario de lo esperado como imagen masculina y, por lo tanto, rechazado como posibilidad de vínculo. Quizás el ámbito en que la igualdad puede ser desarrollada es en el que se constituye un grupo como unidad para la acción, a través de la palabra de un líder, como en el caso del deporte, del ejército o de la acción política; en estos casos, la hostilidad se desplaza hacia los del extragrupo.

En las adolescentes, son predominantes los vínculos de identificación ligados al amor, mientras que los adolescentes apelan más frecuentemente a vínculos de identificación hostil. Parece oportuna una cita de Freud (1908e), en la que marca estas diferencias en cuanto a las fantasías en ambos sexos: mientras en la mujer predominan las fantasías eróticas, en el hombre, las ambiciosas.

3. Enamoramiento del amor

Otro punto que actúa como *mediador* entre el desasimiento y el hallazgo es un estado particular que hemos llamado *enamoramiento del amor*. Se encuentra con mayor frecuencia en las adolescentes de esta fase, aunque no es un estado ajeno a los varones. La diferencia radica en que las adolescentes sobreinvisten este estado a través de diversas manifestaciones y lo expresan sin inhibiciones. Constituye una forma de unión del grupo-masa.

Los varones, en cambio, tienden a desvalorizar este sentimiento y, si se presenta, lo sienten como un elemento obstructor de la amistad, un inconveniente para la unión y un motivo de burla para el grupo de pares.

El *enamoramiento del amor* coloca al sujeto en un estado de arrobamiento contemplativo, inhibitorio de la acción y propicio para la fantasía. Esta situación es típicamente femenina y precisamente contraria a lo esperado por el adolescente varón, que centra su autovaloración en la capacidad para el "hacer", en la acción competitiva y el combate. El estado de enamoramiento del amor presenta diferencias con respecto al enamorarse de un objeto exterior, concreto.

Enamorarse de un objeto es traumático y doloroso para el Yo, ya que, como explicamos anteriormente, significa aceptar pérdidas, un duelo por aquello que se pierde, como el sentimiento de completud y omnipotencia, la fantasía de bisexualidad, el desasimiento de los padres, etc., mientras que *enamorarse del amor* es un enamoramiento del propio Yo, enamorado. *Enamorarse del amor* significa, pues, estar enamorado del Yo, la sobreinvestidura recae sobre esta instancia, más precisamente sobre un estado del propio Yo, y no tanto sobre el objeto.

Este estado constituye un precursor de la forma de insertarse en el amor de la adolescencia tardía femenina, cuando el deseo pasivo de ser amada predomina sobre el deseo activo de amar, salvo cuando se trata del propio hijo.

Esta forma de amarse del Yo adolescente se mantiene posteriormente como estructura: el Yo es siempre amado, primero por el sujeto mismo y luego por el hombre enamorado de la mujer. El riesgo psíquico de este estado es que el estancamiento de la libido en el Yo se transforme en tóxico, y aparezcan síntomas hipocondríacos, problemas somáticos, o la permanencia en un estado "volador", de semiconciencia, de semirrealidad y semifantasía.

En el adolescente varón ocurre algo diferente. Las acciones heroicas que frecuentemente realizan tienen su raíz en una identificación con el Yo ideal omnipotente, que desmiente, así, la rivalidad paterna y fraterna. Responden también al deseo pasivo de ser amado por el Superyó, mientras que la niña desea ser amada por el objeto. Mientras la mujer teme la pérdida del amor del hombre, el hombre teme la pérdida del amor del Superyó y el surgimiento del sentimiento de culpa.

4. Amor a ideales

El cuarto punto, enamorarse de ideales, está muy ligado a la constitución del ideal del Yo de esta fase.

Una forma de constitución de ese ideal es el surgimiento de las cosmovisiones. Surgen ante los estados de angustia y de vacío del ser que el desasimiento provoca, y cuando todavía el hallazgo de objeto resulta conflictivo por el peligro de la sexualidad. Las cosmovisiones se manifiestan como un estado de fusión -a la manera del

sentimiento oceánico- con valores o deidades que representan el amor, la belleza, la verdad, la justicia, o con ideales de origen político, religioso o filosófico. Sirven de protección contra el deseo de regresión hacia los vínculos edípicos. Este tipo de transformación se realiza por un desplazamiento hacia otros objetos, ahora desexualizados, y evita sentimientos ambivalentes hacia aquellos vínculos edípicos. Frenan, aplazan o retrasan el contacto con el objeto sexual, al fusionarse con un ideal abstracto, y esto constituye una forma de defensa ante la excitación pulsional, cuando lo desestructurante es el contacto directo y real con el objeto.

Hasta aquí hemos analizado las distintas manifestaciones que encontramos en la adolescencia media, cuando el hallazgo de objeto intrapsíquico comienza a poblarse de representaciones y el deseo puja por acercarse al objeto real, pero no existen todavía mediadores de acción yoica suficientes para lograrlo.

En el capítulo siguiente, examinaremos el momento lógico posterior, cuando el Yo ha logrado sortear las barreras de la fobia ante las diferencias y decide el acercamiento entre los sexos.

12. TIPOS DE HALLAZGO DE OBJETO EN LA ADOLESCENCIA MEDIA

Introducción

En el capítulo anterior tratamos de categorizar aquellas manifestaciones que aparecen ligadas al hallazgo de objeto intrapsíquico, cuando éste aún permanece en la fantasía, como un esfuerzo por ligar representaciones que eviten el efecto traumático de la diferencia.

En este apartado, examinaremos el segundo punto del cuadro del capítulo anterior, es decir, los distintos *tipos de hallazgo de objeto* intrapsíquico exterior, que hemos investigado a través de la clínica y de entrevistas a adolescentes. En esta etapa, el vínculo entre los sexos tiene diversas variantes transaccionales, que oscilan entre distintas formas de narcisismo y el encuentro con el objeto heterosexual en la realidad.

1. Vínculos parcializados. Jerarquización del contacto con predicados

Durante este período, el encuentro con el objeto exterior posee una característica: su reconocimiento se realiza a través de experiencias de acercamiento sensorial y de estados afectivos.

El verse, tocarse, escucharse, mirarse intensamente, corresponden a procesos de sobreinvestidura de los sentidos distales y proximales. Es una forma de reconocer el objeto a través de ciertos predicados o atributos. Esta forma de encuentro cumple dos

objetivos: satisfacer la necesidad del adolescente de experiencias en la realidad, y satisfacer el placer de sentir sus propios sentimientos, derivados del estado narcisista en que el Yo se halla. De todas formas, en ambos casos, el objeto exterior juega de estímulo para que se realicen estas experiencias (tanto con el objeto como con el Yo), y que el adolescente está deseoso de realizar, a pesar de su ambivalencia afectiva y su temor al reconocimiento.

Estos vínculos jerarquizan aquellos contactos que reafirman las semejanzas, pero van en desmedro de percibir las diferencias traumatizantes. Este tipo de vínculo se expresa en frases "tan románticas" como: *mis ojos son tus ojos, mi deseo tu deseo,* etc., en las que una parte del sujeto se iguala con la del objeto.

Freud explica en *El malestar en la cultura* el progreso de la humanidad como un pasaje de la sensorialidad a los procesos de pensamiento, expresando que estos últimos permiten al sujeto despegarse de la experiencia inmediata como única forma de reconocimiento del objeto.

Sin embargo, durante los primeros años de vida este reconocimiento se desarrolla, fundamentalmente, a través de los sentidos. Esta situación es la que parece repetirse en las primeras experiencias de hallazgo de objeto que predominan en esta fase. La sensorialidad constituye una primera forma de saber quién es el otro y quién soy yo con el otro.

Anteriormente, hablamos de la coexistencia y alternancia entre los precursores y los tipos de hallazgo de objeto. También dijimos que estas experiencias de reconocimiento sensorial con el objeto producen un impacto traumatizante a la vez que placentero para el Yo.

Uno de los intentos del adolescente de elaborar el efecto traumático de estas experiencias, tanto con el objeto como en el Yo, se realiza mediante la escritura, el dibujo, las interminables charlas de tipo catártico con el amigo íntimo, tantas veces como el Yo placer queda traumatizado por el Yo de realidad que asume diferencias. A la manera del juego de carretel, o del juego del dentista del niño, el adolescente plasma en un otro, un doble especular, todas sus vivencias acerca de ese encuentro con otro cuerpo diferente, y lo hace en función de jerarquizar los atributos, o los desarrollos de afecto, por ejemplo, dejando de lado los procesos de pensamiento.

Veamos lo expresado en esta poesía de una adolescente de 17 años a su objeto de amor:

Nunca sentí tanta alegría y al mismo tiempo tanto miedo.
Alegría porque ahora te tengo y miedo por perderte;
Yo nunca quise tanto a nadie y no quiero separarme de vos,

porque te necesito y también te hago falta.
Nunca sentí tanta alegría ni temor,
estoy feliz de quererte y ser querida por vos.
Si mis ojos dicen lo que siento
por qué pides de mis labios la explicación.
Si las palabras de amor se las lleva el viento
y las miradas se las guarda el corazón.
Si te quiero, no me importa saber por qué te quiero.

Esta intensificación de la sensorialidad sobre procesos de pensamiento muestra la forma superficial y parcializada de establecer vínculos amorosos. Esta superficialidad se debe a que se ha jerarquizado el estado de fascinación con respecto al objeto, ya sea a través de la sobreinvestidura de ciertos estados afectivos o de la imagen visual, tomados como atributos que igualan, en detrimento del núcleo, que diferencia. Este vínculo, que aparenta ser un vínculo objetal, es en realidad una investidura narcisista del objeto, que responde al anhelo de perfección y completud del objeto que se ha ubicado en el lugar de su Ideal del Yo.

Esta jerarquización de ciertos aspectos del objeto, la fachada por ejemplo, en detrimento de otros aspectos, se debe al proceso de idealización que el Yo ha efectuado. De esta manera, el Yo *calla la crítica, todo lo que el objeto pide es justo e intachable* (Freud, 1921, p. 107). La prevalencia de los atributos (un objeto parcial e idealizado) permite mantener una identificación especular. De esta forma queda relegado el privilegio de un núcleo, de la esencia del objeto, que es el conjunto de rasgos que diferencian al objeto del Yo y lo transforman en otro diferenciado.

La superficialidad está basada en el recorte de ese atributo, una fragmentación del objeto, que es tomado como su núcleo. Ella tiene así una percepción del mismo que la completa en la semejanza y la vacía o la cambia en su diferencia. Cuando esto último ocurre, el adolescente queda colocado en situación de desamparo psíquico. Esta forma de reconocer el objeto a través de las partes (los predicados, para Freud) pone en evidencia un determinado momento en la producción intrapsíquica del hallazgo de objeto, que más tarde surgirá como producto de un proceso de discernimiento, basado en discriminar semejanzas y diferencias entre el Yo y el objeto, entre distintos objetos y distintas partes del Yo.

Una adolescente de 15 años decía que se había enamorado de un compañero de baile, al que veía los fines de semana en el "boliche". *Mataba bailar con él, me excitaba,* según decía, pero todo este encanto se esfumaba cuando miraba su dentadura despareja. *No lo podía soportar, hasta me daba asco.* Otra adolescente de la misma edad se había

enamorado de su pareja *al mirarlo cuando triunfaba en el deporte*. Cuando todos lo aplaudían, ella quedaba fascinada, pero no soportaba que él quisiera tener algún acercamiento corporal con ella.

En el primer caso, había una sobreinvestidura de un atributo: el acercamiento corporal a través de movimientos rítmicos, pero esta fascinación "se cortaba" al aparecer la experiencia visual de la dentadura. Esta identificación de la parte superior con la inferior del cuerpo, parecía ser el motivo del rechazo del objeto, en el cual parecía haber proyectado el rechazo de sus propios genitales. Lo "desparejo" detectado en el código visual rompía para ella el encanto de la armonía estética de los movimientos rítmicos. Esto parecía ser el motivo del rechazo del objeto, en el cual la desarmonía estética visual rompía con lo armónico y placentero del código cinético y la remitía a un lugar faltante. Así como en el estado de fascinación hay una proyección del Ideal de Yo en el objeto, este mismo se torna siniestro en virtud de la proyección en la dentadura despareja, como representante de la castración.

En cambio, en el segundo caso, la erotización estaba dada por "la mirada" de la adolescente, constituida como tercero excluido e identificada con la masa, pero esta fascinación quedaba rota cuando aparecía la posibilidad de acercamiento corporal y excitación sexual a través del "tocar". Por otro lado, los celos que suponía provocar en la masa el ser querida como única se tornaba un factor aterrorizante. Ella elegía desde la posición de "los otros" y no desde sí misma, intensificando así el vínculo identificatorio por sobre el de hallazgo de objeto. De esta manera, siguiendo la línea de la elección objetal, mitigaba la culpa edípica de ser elegida por el héroe (padre) frente al Superyó materno.

Veamos algo de las transformaciones psíquicas en los varones de esta fase. Entre los adolescentes, la mujer suele ser valorada por sus cualidades físicas. Ellas también son valoradas por una parte, en detrimento del todo, de su esencia. Dicen, por ejemplo *tiene un lomo que mata*, o ¡*mirá qué gomas*! Ella resulta seccionada en partes del cuerpo como *las gomas, el c...*, las piernas . El adolescente queda atrapado en la percepción excitante de un atributo corporal del objeto. Es una forma de quedar ligados a lo que Freud llamó "los encantos femeninos", que más tarde Lacan identificó como el objeto "a", ligado a la voluptuosidad.

Privilegiar los encantos significa una forma de soslayar el problema de la castración, ante el reconocimiento de la diferencia de sexos. En lugar de quedar aterrados por el cuerpo femenino y sus diferencias, privilegian los encantos como sustitutos. Pensamos que constituye una forma de *fetichismo normal* en el adolescente. En una lógica psíquica posterior, el temor a la castración se mitiga en el encuentro de un pene

con una vagina, o un pecho con una boca, que recupera la propia erogeneidad en el objeto. La fragmentación del objeto tiene el propósito de aislar los afectos que surgen frente a la profundización del vínculo amoroso entre el hombre la mujer. De esta manera, logran no verse involucrados en situaciones de dependencia, que siempre son traumatizantes porque remiten a la incompletud. Los componentes fóbicos y persecutorios que se observan en los varones suelen ser los responsables de esta conducta de alejamiento del objeto, que es vivido como encerrante, absorbente y devorador.

En las adolescentes, en cambio, el enamorarse de una parte del objeto (que suponen es su totalidad) significa apelar al mecanismo de idealización, en su anhelo de fundirse con él. La sensación de incompletud se resuelve tratando de totalizar al hombre: *es divino, lo adoro,* pueden decir, o bien *quiero ser toda tuya*, como forma de fundirse con un ideal que las complete.

En ambos sexos estas conductas remiten al complejo de castración. Para la niña, es una aspiración totalizarse, mientras que para el varón el recurso suele ser fragmentarse o tomar una parte por el todo, a la manera del fetiche, como forma de obturar los afectos, la dependencia y por lo tanto, la castración.

Los noviazgos suelen durar períodos cortos, sobre todo al comienzo de este período. Ellos confirman la imposibilidad de mantener un vínculo, más allá de lo que su propia fantasía proyectó en él y más allá de lo que su capacidad de entrega le permita, sin que se altere su economía libidinal y sus límites corporales, y surja la angustia.

El logro de la distancia óptima entre el Yo y el objeto se transforma en un trabajo psíquico difícil y lento para el Yo. Oscila entre el anhelo de fusión identificatoria con un Ideal del Yo narcisista, y una excesiva distancia e indiferencia causada por los componentes fóbicos de la relación, que evitan el temor a la sexualidad genital que delata las diferencias.

Otro ejemplo de esta forma fragmentada de establecer vínculos se da en las largas charlas telefónicas que mantienen y que provocan situaciones de erotización intensa, mientras están alejados. A ellas se suceden encuentros donde "no saben de qué hablar". La proximidad física inhibe al Yo ante el acercamiento, o lo torna distante, y por tal razón se relacionan superficialmente.

En otras ocasiones, esa misma erotización telefónica provoca la necesidad del encuentro para sumarle experiencias por vía de otros códigos sensoriales, el mirarse y el tocarse como reaseguro, frente al posible surgimiento de la angustia frente a la ausencia del otro y como forma de narcisizar el vínculo. Cuando este estrechamiento de la distancia corporal con el objeto heterosexual es excesivo, constituye una desmentida ante al desasimiento de los vínculos incestuosos. Desmienten la ausencia de los padres, "pegoteándose al novio o novia".

Sin embargo, el acercamiento corporal se hace necesario para soportar la incompletud y forma parte del trabajo de duelo, en un intento de neutralizar el dolor psíquico que acarrea el desasimiento parental.

Este trabajo de duelo se observa tanto en la necesidad de presencia "pegoteada", como en la necesidad de alejamiento del objeto. La dificultad que acarrea al aparato psíquico el surgimiento de la genitalidad se explica debido al carácter complejizante de la pulsión genital, que implica un esfuerzo de ligadura entre representaciones visuales, auditivas, táctiles, afectivas, verbales, así como la necesidad de una distancia regulada, que permita al sujeto la constitución del objeto intrapsíquico, sin sentirse invadido en su intimidad corporal.

Otra causa por la cual los vínculos heterosexuales se mantienen en la superficialidad, se debe a que la libido se halla ligada, por un lado, a los objetos incestuosos que se encuentran en proceso de duelo y, por otro, una fijación a la satisfacción masturbatoria. Si el adolescente se compromete en un vínculo de intimidad exogámico, pierde el placer que le otorgaron los vínculos primarios.

En realidad, estos dos factores actúan interrelacionados. A veces la fijación a los vínculos incestuosos es un disfraz de la fijación a la satisfacción masturbatoria y otras veces sucede a la inversa. En parte, la masturbación constituye a veces una forma de expresar el afecto, ambivalente, por cierto, hacia los padres y no verse tentado por un objeto exterior, exogámico, que ocupe el lugar de aquellos. Una adolescente de 16 años oscilaba entre salir con un muchacho o quedarse en su casa, con sus padres. Finalmente, cuando optaba por quedarse, no faltaba ocasión para provocar una pelea con sus padres, luego de lo cual se encerraba en su habitación y se masturbaba.

2. Vínculos diádicos. Tramitación del doble especular complementario y hostil

La energía de las pulsiones sexuales comienza por investir al Yo y sólo más tarde una parte es cedida a los objetos, dice Freud en *Introducción del narcisismo*:

> *(...) pero fundamentalmente la investidura del Yo persiste y se comporta respecto a la investidura del objeto como el cuerpo de un protozoo respecto de los pseudópodos que ha emitido (...)*

Durante la adolescencia temprana, el efecto de procesos orgánicos de crecimiento y de desarrollo sexual retrae la libido al Yo y toma el cuerpo como objeto.

La imagen del cuerpo despedazado y el sentimiento de extrañamiento y despersonalización, que son afines a aquella fase, en la adolescente media se transforman en la construcción de una nueva imagen corporal a la cual investir. Por otra parte, el proceso de desasimiento ha traído, como consecuencia, la desinvestidura de las representaciones de objetos incestuosos, sin que haya aún un hallazgo de objeto exterior. Ambas situaciones, la investidura de una imagen y el desasimiento, encuentran al adolescente medio con un "quantum" de energía, "libido flotante", dice P. Blos (1971), buscadora de objetos y carente de representaciones simbólicas del mismo en el Yo, entre otras causas, por la falta de experiencias en la realidad contextual que enriquezcan el preconsciente.

¿Qué características tiene la elección de objeto en este tipo de vínculos?

Debido a que la elección de objeto se enlaza a un objeto narcisista, que inviste a objetos de la realidad en función de sus deseos y no de la experiencia real con ellos, el objeto exogámico, se halla *evolutiva y estructuralmente en el tiempo de constitución.*

La investidura narcisista de objeto recurre por regresión a procesos psíquicos, en los que el principio de realidad es reemplazado por el principio del placer, y donde la identidad de percepción y la satisfacción alucinatoria de deseos predominan por sobre los procesos de discernimiento.

El proceso regresivo conduce al adolescente a la investidura de imagos arcaicas que, proyectadas en el objeto, recrean en él (por medio del juicio de atribución) objetos idealizados o aterrorizantes. Este tipo de relación objetal narcisista con un objeto exterior no constituye el hallazgo de objeto exterior propiamente dicho, ya que el otro no es aún el producto de un juicio de existencia, pero significa un "mediador", una transacción necesaria para que el Yo salga del encierro narcisista de la fase anterior. Estas relaciones de objeto están conformadas por el mecanismo de proyección. La regresión a etapas preedípicas determina la falta de límites claros entre sujeto y objeto, fantasía y realidad, mundo interno y mundo externo.

Hay, pues, un predominio de la identificación primaria por sobre las relaciones de objeto diferenciadas, y este mecanismo actúa como defensa, frente a la posibilidad de derrumbe del Yo y como forma de poblar un territorio psíquico vaciado de representaciones.

La estructura precaria del vínculo en la experiencia con el objeto externo no alcanza a modificar la prevalencia de lo arcaico, por lo cual ellos son investidos como imágenes especulares. El proceso evolutivo determina que la constitución de la representación del objeto sea lenta para el Yo. Por lo tanto, proyectará una representación de su ideal sobre el objeto exterior, amándolo narcisísticamente.

Este objeto, así conformado, aparece como un doble especular: el otro *sólo* es amado porque es igual al Yo. Lo amado es aquello familiar que pertenece al mundo

de lo íntimo, mientras que lo extraño, diferente, exogámico, es expulsado del mundo de las representaciones, en la medida en que provoca angustia confusional en el adolescente y lo conduce a estados de extrañamiento y despersonalización.

El vínculo de especularidad necesita de un depositario: se hará cargo de la contención de sus sentimientos displacenteros, ya sea porque la propia angustia es proyectada al objeto, o porque es capaz de contener con acciones adecuadas el estado de desborde del adolescente.

Existen formas manifiestas de mantener el vínculo identificatorio con un doble especular que sostiene en el sujeto el sentimiento de sí, evitando diferencias: elegir una pareja del mismo sexo; elegir una pareja de diferente sexo, pero con características bisexuales, como un adolescente feminizado o una adolescente con actitudes masculinas; elegir una pareja que, a través de la expresión facial complaciente, evite la desestructuración del ser del sujeto.

Una paciente adolescente de 18 años con angustia difusa, con dificultades para reconocerse a sí misma y al cuerpo como propio, ante cada cambio que realizaba en su análisis, sentía que el cuerpo se le fragmentaba y pedía que la terapeuta la abrazara. Cuando estaba con su pareja, lo cual implicaba el desasimiento de los padres, necesitaba el abrazo y la mirada del novio, como forma de contener la angustia sin nombre y el sentimiento de despersonalización.

Durante la sesión, necesitaba controlar el rostro de la terapeuta. Si su expresión no era sonriente y acogedora, sobrevenía angustia y llanto, y en su cuerpo, una sensación de despedazamiento. Sentía que sus brazos, pies y cuello se seccionaban del tronco y se volaban. Ella se reconocía a sí misma a partir de la expresión sonriente del rostro de la terapeuta, que podía reunir con su mirada sus estados afectivos: *me quiere, me reconoce, no me abandona.* Por efecto del mecanismo de proyección, la sonrisa de la terapeuta le devolvía el sentimiento de sí.

Un doble especular construido a través de la expresión facial confirma, por medio de una sonrisa, el amor al sujeto, y es muy frecuente en las adolescentes.

En las agendas o diarios de estas adolescentes, aparecen inscripciones que dan prueba de lo dicho. Un ejemplo extraído de una agenda de una adolescente de 17 años dice: *Smile, God loves you.* Dios la mira, le sonríe y por lo tanto la ama, esto es, le permite la identificación con un doble ideal omnipotente que le otorga la identidad al Yo.

Letters are smiles along the miles, between friends, decía otra agenda de una adolescente. El elemento jerarquizado que une a los amigos como dobles de sí, en este caso, es la sonrisa. Ella es la expresión de un afecto percibido visualmente; la letra, en cambio, establece diferencias, ya que el lenguaje se compone de rasgos discretos y

diferenciados, además de ser "el lenguaje del ausente". Mediante cartas que envían sonrisas, todos nos amamos y somos iguales, aun a través de la distancia.

Una forma de expresar la fusión con su pareja como un doble especular aparece en la agenda de Mónica así: *Diego, mi amor: You are my shadow, you are with me every where.* El deseo de que el novio sea su sombra, alguien que ha salido de sí, por medio de la proyección idéntica del sujeto mismo, muestra otro tipo de fusión.

Veamos qué dice Freud con respecto a la constitución de los dobles. Afirma que ellos han tenido la función de desmentir una realidad insoportable, aunque su precio sea la regresión yoica. En *Lo ominoso* (Freud, 1919 h), expresa que el espacio del doble es el narcisismo primario, la identificación primaria y los procesos proyectivos, cuando las defensas son transformación en lo contrario y vuelta contra la propia persona.

La cita dice así:

> *(...) El motivo del doble ha sido estudiado a fondo por O. Rank en un trabajo que lleva ese título(...). En efecto, el doble fue en su origen una seguridad contra el sepultamiento del Yo, una "enérgica desmentida del poder de la muerte" (O. Rank) y es probable que el alma inmortal fuera el primer doble del cuerpo (...). Ahora bien, estas representaciones han nacido sobre el terreno del irrestricto amor a sí mismo, el narcisismo primario, que gobierna la vida anímica tanto del niño como del primitivo; con la superación de esta fase cambia el signo del doble: de un seguro de supervivencia pasa a ser el ominoso anunciador de la muerte (pág. 234).*

El doble, dice, puede presentar tres formas: imagen especular, sombra y espíritu o alma. Nos interesa profundizar en el doble como sombra, ya que Freud habla de ella en *Duelo y melancolía*, aludiendo a que, ante la pérdida del objeto, la sombra del mismo recae sobre el Yo.

En efecto, la sombra no tiene autonomía del cuerpo del cual es proyección. Mónica le plantea a Diego que sea su sombra, que sólo exista como su prolongación, que esté con ella en todos lados. Resulta claro cómo su propuesta es un "enérgico mentís" ante el poder de la muerte, un reaseguro contra el sepultamiento del Yo, que si no se reencuentra como su proyección en estado de fusión, deja de ser un seguro de supervivencia y pasa a ser el anuncio de la muerte.

Existe otra forma de entender la sombra como sostenedora del sentimiento de sí. La propuesta de Winnicott (1971), al referirse al rostro materno, en el cual se refleja el niño, y la de Spitz (1956), con respecto al rostro sonriente. Ambas aluden a la jerarquización de expresiones faciales como soportantes del self del niño. A ello nos

hemos referido cuando describimos a aquellos adolescentes que jerarquizan en el doble la respuesta sonriente, como forma de apaciguar la angustia ante la soledad y el desamparo psíquico.

Este deseo de ser amado se relaciona con el carácter traumático que significa para el Yo percibir diferencias, que son la prueba de la soledad en que el adolescente se halla para encarar las exigencias de la triple servidumbre: ante el Superyó, la realidad y la pulsión.

Este y otros ejemplos corroboran la cercanía existente entre esta estructura de pareja y el vínculo de identificación entre los miembros de una masa. El tipo narcisista de hallazgo de objeto también se halla ligado a la forma de elegir pareja de los adolescentes, cuando se encuentran en estado depresivo, estado nada infrecuente por cierto, debido a los procesos de duelo por los que atraviesan.

En un principio, narcisismo es investidura del propio cuerpo, y más tarde, investidura de un doble de sí. Ahora bien, un adolescente depresivo ama su Yo y luego al objeto, siempre y cuando este último le permita reencontrarse con su sentimiento de sí.

Veamos de qué manera esto ocurre en el aparato psíquico. Retomando a Spitz, este dice que el desarrollo de la percepción visual, durante el primer año de vida, hace que en el primer trimestre la madre sea percibida a través de la expresión sonriente. Durante esta etapa, un rostro sonriente, y no los rasgos distintivos de la madre, constituye como efecto del mecanismo de identificación, lo que calma e identifica al niño. El juicio que surgiría es: *si me sonríen, me aman.*

Hacia el octavo mes, la percepción visual ha operado un cambio: en lugar de expresiones faciales, el niño diferencia rasgos discretos, por lo cual el rostro de los extraños se torna inquietante, ya que se diferencian del de la madre. Ha cambiado pues, la lógica de la percepción, que ahora se efectúa en términos discriminativos, opositivos, excluyentes. El juicio posible sería: *Esta no es mamá, entonces estoy solo.* El registro de la ausencia y el desamparo que ello acarrea es la causa de su tristeza.

Retomemos al adolescente. El registro de la ausencia de los objetos primarios de amor, causado por el desasimiento en adolescentes con rasgos depresivos, suele conducir a una regresión en la modalidad de encuentro con el objeto heterosexual. La libido, retraída al Yo, busca al otro para que su respuesta sonriente, que es la confirmación de que lo aman, le permita el reencuentro con su propio Yo.

Resumiendo, la elección de objeto narcisista en estos adolescentes parece darse muy frecuentemente como una búsqueda de su propia identidad, a través de la identidad con un semejante que desmienta diferencias, que remiten a una realidad insoportable.

Esta elección puede hacerse a través de la identificación:

a) De los estados afectivos.

b) En función de un vínculo homosexual, donde la condición para que el vínculo sea soportable es la no diferenciación sexual. Lo contrario, la diferencia sexual posibilitará el surgimiento de lo siniestro, desestructurante para el Yo.

c) Como un doble especular complementario, en el que el objeto es amado y odiado porque tiene lo que a uno le falta y desearía tener.

Veamos un ejemplo extraído de una entrevista a adolescentes:

Lila, de 18 años, y Mario, de 17, son novios. Al hablar de los hogares de cada uno, Mario dice: *Yo particularmente cuando estoy con mis viejos hablo mucho, son personas muy abiertas. Han vivido mucho las cosas que viví yo y han sabido cambiar los errores de mis abuelos.*

Lila continúa: *En mi casa todo lo contrario, justamente hace poco tuve una charla con mi mamá y le dije que se habían quedado estancados. Se rompió la comunicación entre mi mamá, mi papá y yo. Hay un abismo que ellos no pasaron y quedaron allí, con lo que les habían enseñado. Antes cuando daba una opinión mía era la hereje y casi me echaban de mi casa. Me reventaba que me criticaran...*

Esto significa que Lila proyectaba en Mario el deseo de hogar acogedor, de padres nutricios que no pongan límites a la comunicación entre padres e hijos, situación que en su casa se había tornado restringida por el efecto de un Superyó parental que critica. Mario, en cambio, ha proyectado en Lila a la mujer decidida, independiente, ambiciosa, que enfrenta el afuera con mayor decisión, mientras que él parece tener características fóbicas, que a veces lo aíslan y lo apegan al hogar.

d) Como un doble especular opuesto y hostil, en el que el objeto ocupa el lugar de lo despreciado y escindido de sí mismo.

Permite al adolescente criticar lo que él rechaza en sí mismo y ha proyectado en su pareja. Por tal razón, aunque suelen ser parejas que se agreden mutuamente, no se pueden separar, pues surge el peligro de la reintroyección de aquello rechazado de sí.

e) Como un doble anterior que el adolescente ama y teme porque representa lo que él fue.

Un ejemplo de ello es el caso de Oscar, que ahora tiene 21 años. Dice que cuando tenía 18 fue internado en un Servicio de Psicopatología porque había hecho un cuadro delirante con alucinaciones. Actualmente se encuentra mejorado y con tratamiento ambulatorio. Su pareja actual, Alicia, de 20 años, es una persona muy

dependiente. Debió ser internada justamente en el mismo Servicio por un cuadro depresivo. Pero Oscar dice que no puede ir a visitarla, porque siente temor de acercarse a ella y al hospital.

Oscar ha proyectado en Alicia y en el hospital el temor a volverse loco. La cercanía corporal y espacial a su novia, y al lugar en el que estuvo internado, le despierta un temor al contagio, pues lo remite a un tiempo anterior (aquello que él fue) que en el presente se le torna ominoso por temor a la reintroyección. Esta conducta muestra la precaria diferenciación que existe entre el Yo de Oscar y su contexto (tanto personas como lugares) y su vulnerabilidad psíquica. Este temor al contacto supone un tipo de pensamiento mágico-animista, omnipotente y no controlable por el cual el Yo puede ser invadido o despojado de su interioridad, sin el dominio del sujeto.

Este vínculo se asemeja en su estructura a lo postulado por Freud acerca del juego del carretel. El "arrojar activamente" de parte del niño le permite realizar una transformación pasivo-activa del trauma. El Yo del niño, identificado primariamente con el ideal, ocupa un nuevo lugar, omnipotente, mientras que el carretel pasa a ser su doble anterior desorganizado por el trauma de la falta de objeto.

Oscar establece con Alicia un vínculo con su doble anterior; ella es ahora lo que él antes fue. Este tipo de pareja narcisista ha establecido un vínculo donde Alicia es la depositaria del desvalimiento. Ella es la enferma a la que Oscar ahora cuida, pero otras veces Alicia se transforma en lo que él teme o desprecia.

En resumen, estos distintos tipos de vínculo que hemos descripto se visualizan desde el exterior como relaciones diádicas, basadas en la proyección de una imagen del semejante, que incluyen coexistente y alternativamente: una relación de poder asimétricas, como en el caso del doble anterior; una relación de rivalidad hostil; como un doble complementario; como un doble especular.

Todas ellas marcan un déficit en la posición de sujeto, en la identidad sexual y en los límites del Yo, que están en estrecha relación con la intensificación de los vínculos afectivos, en términos de identificación primaria narcisista, sostenedores de un Yo ideal, un incremento de la bisexualidad, como otro aspecto regresivo del Yo y una acentuación de la ambivalencia en las relaciones vinculares.

Este estado del aparato psíquico indica que todavía no se ha consolidado la representación simbólica preconsciente del hallazgo de objeto. Estas parejas se conforman como exclusivas y excluyentes. Constituyen una célula simbiótica de protección, ante frustraciones provenientes del Yo de realidad, que le muestren que la fusión no alcanza a cubrir el anhelo de completud deseado, que evite la angustia frente a la soledad de la propia individualidad.

3. Vínculos triádicos, múltiples o alternantes como mediadores del hallazgo

Los vínculos triádicos o múltiples aparecen en la adolescencia media como otro de los posibles pasajes del estado de masa (donde "todos somos iguales frente al líder que nos protege") al estado de pareja, en el cual la posibilidad de soportar las diferencias y la propia soledad son condiciones para su constitución. Este pasaje se hace posible mediante transacciones psíquicas, que se manifiestan en lo observable como "mediadores externos". Personajes que aparecen y desaparecen fugazmente, acompañando a la pareja como "el amigo/a íntimo", "el hermano/a menor" o "la amiga bajoneada".

Veamos un ejemplo: una paciente de 17 años, que llamaremos Florencia, en un momento de su análisis mantenía vínculos simultáneos con tres parejas. A cada una de ellas le había atribuido un deseo que correspondía a una parte de su Yo, a veces amada, otras odiada y despreciada, u otras indiferente. Florencia mantenía relaciones sexuales con una de las parejas, que le atraía especialmente y la excitaba, pero se había tornado prohibida, pues él no pertenecía a su misma religión, y ésta era una condición familiar para que el novio fuera aceptado por los padres.

Un segundo vínculo cumplía con las características del candidato adecuado para los padres, pero a ella no le despertaba ningún tipo de atracción. Sin embargo, mantenía la relación, porque -según ella decía también- así mantenía el amor y la aprobación de sus padres. De este modo, diríamos, era amada por el Superyó parental y evitaba la soledad de la marginación. Si lo aceptaba, decían sus padres, ellos ofrecían ayuda económica para un futuro casamiento. Esta condición de dependencia le evitaba el duelo por el desasimiento y la tranquilizaba en tanto este modelo le ofrecía seguridad.

Pero había un tercero, al cual su madre llamaba "el andrógino" por su desvalimiento físico y su aspecto asexuado. Sin embargo, para Florencia, este vínculo era fundamental, decía. Constituía el lugar de sus confidencias, de sus descargas afectivas, de su angustia, desesperación u odio. El sabía de las otras relaciones, era "el amigo íntimo" que sabía tanto escuchar como aconsejar, y era al que ella recurría en sus momentos de desamparo psíquico. Era muy querido por los padres de Florencia, ya que no representaba ningún peligro para el abandono de las tradiciones religiosas, ni para el "desenfreno sexual", y por momentos quedaba integrado a la familia como un hermano más.

Otro ejemplo es el caso de Cristina, una adolescente de 16 años. Ella deseaba aprender artes marciales. Durante algún tiempo sus padres trataron de convencerla

acerca de otras prácticas deportivas, pero ella deseaba tener la fuerza y la destreza de los muchachos. Su aspecto físico era menudo y de poca talla, muy femenino, aunque ella insistía en que estaba gorda. Cuando finalmente consiguió concurrir a un instituto apropiado, encontró que todos sus compañeros eran varones, situación que le pareció "fantástica", según afirmaba. Al principio, trataba de pelear y competir a la par de ellos, pero con el avance de su terapia, comenzó a investir con diferente sentido psíquico, esta vez sexual, a cada uno de los compañeros que la atraían. Ella empezó a ejercer con ellos sus estrategias de seducción. Así se permitió incursionar en el grupo de varones como mujer sexuada y no como "varoncito", y comenzó a organizar salidas con ellos y un grupo de amigas con las que salía los fines de semana.

Sucesivamente, Cristina fue encontrando chicos que le gustaran por distintas causas: por buen amigo, por caballero, por playboy ("banana", decía), por seductor, etc. Por otra parte, Cristina estaba enamorada secretamente de su profesor de artes marciales. El funcionó un tiempo como un *iniciador* en la escucha comprensiva, ya que se interesaba por los conflictos que ella tenía con sus padres, o la aconsejaba sobre cómo comportarse con el grupo. A su vez, constituía un desplazamiento de la figura del padre, con el cual poseía algunos rasgos en común: por ejemplo, ambos querían ser su único ideal, y cuando ella se mostraba atraída por algún par, el profesor lo criticaba. Ella pensaba que estaba celoso y otra manera de manifestar sus celos era uniéndose a los integrantes del grupo, sus alumnos, para desvalorizar o burlarse "en broma" de Cristina.

Este ejemplo muestra la forma en que Cristina fue construyendo transacciones psíquicas, para realizar un pasaje de un vínculo entre "varoncitos" a otro edípico con su profesor, y a otros diversos con su grupo de pares, manteniendo siempre la disociación, como en el caso anterior, entre la corriente tierna y la sexual. De todos modos, en aquellos momentos el grupo de pares oficiaba de "mediador", brindándole protección ante los vínculos de intimidad a los que no podía acceder aún, y en los que sus sensaciones corporales de excitación hubieran podido quedar expuestas.

4. Vínculos con característica edípica

Este tipo de vínculo constituye una forma de desplazamiento de la figura incestuosa edípica en un objeto exogámico. En *La novela familiar del neurótico*, Freud afirma que el desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero más dolorosas del desarrollo, y que existe una clase de neuróticos en cuyo caso se discierne su fracaso en esta tarea.

Veamos algunos ejemplos de este tipo de vínculo que se pueden encontrar en la obra freudiana. En el caso del *Hombre de los lobos* (1918b), durante su adolescencia tardía, momento en que concurrió a la consulta, el paciente estaba de novio con Teresa, una mujer varios años mayor que él. Desde el paciente existía una demanda implícita hacia Freud de aprobación de este vínculo, como condición para su tratamiento. Cuando comprendió que Freud no se opondría, dejó de obstaculizar su análisis.

En *Introducción del Narcisismo*, también encontramos el discernimiento que Freud realiza de los caminos en la elección de objeto. Según el tipo narcisista -ya desarrollado en el apartado anterior-, como búsqueda del doble especular, y según el tipo de apuntalamiento, sobre el que Freud explica que el varón elige a la mujer nutricia y la mujer al hombre protector.

Estas elecciones por apuntalamiento las vemos representadas en distintas películas (*El graduado, Verano del '42*) y series de TV, en las que el adolescente se enamora de la profesora o de la madre de un amigo, o la adolescente, de un hombre mayor que la protege, o a quien quiere seducir. En realidad, también son elecciones de carácter narcisista, en tanto se trata de vínculos en los que el sujeto se coloca en el lugar pasivo y espera recibir algo (los dones) de alguien (nutricio) que pueda dárselo, sin tener que sobrellevar el sufrimiento que acarrea el asumir el lugar activo por medio del esfuerzo personal.

Por otra parte, ésta es también la dinámica por la que se sostiene un vínculo con un *iniciador;* la mujer opera como iniciadora sexual del adolescente y el hombre mayor, de la joven.

Veamos como cierre un ejemplo. Se trata del caso de una adolescente que llamaremos Claudia, que se había casado a los 17 años, al término de su ciclo secundario, con un profesor de ese colegio (35 años, soltero). En el análisis de su historia, se pudo entender cómo había gravitado en ella la fantasía de restauración de heridas narcisísticas infantiles, ligadas al complejo edípico y fraterno, que amenazaban con resurgir frente a los duelos que se avecinaban, en función del ciclo vital por el cual atravesaba: 1) la pérdida del contexto institucional, 2) la pérdida de su grupo de pares, 3) el desasimiento parental y 4) la elección vocacional y laboral.

La falta de elaboración de estas situaciones vitales la llevaron a actuaciones prematuras como el casamiento. Ella pensaba que este hecho la mostraba como alguien triunfante, omnipotente, mientras su grupo de pares se hallaba entre el desconsuelo y la desorientación, por la pérdida de este cuerpo institucional protector.

¿Qué era lo que la llevó a tomar esta decisión? ¿Por qué su Yo de realidad no soportó la frustración que significaba enfrentarse con sus pérdidas? ¿Cuál sería el grado de vulnerabilidad yoica, que debió apelar al mecanismo de desmentida con

semejante desmesura? Su familia se componía de cuatro integrantes: sus padres y una hermana menor, de la que Claudia pensaba que era la más bonita y la más querida por los padres. En el colegio, en cambio, la situación era inversa; ella era la más bonita y, según contaba, en los bailes estudiantiles era la más elegida.

Con este casamiento, ella se consagraba como *la elegida* por el profesor. Un sueño que todas sus alumnas hubieran deseado realizar. Por cierto que se trataba de un profesor muy querido tanto por las alumnas, como por la institución. Por lo tanto ella triunfaba sobre sus pares (sustitutos de la hermana), pero también sobre su hermana real, ya que había sido elegida por el profesor (sustituto del padre). Asimismo, triunfaba sobre las profesoras solteras (sustitutos maternos) que, en el imaginario de las alumnas, querían atrapar al profesor.

De esta manera, evitaba sufrir los celos, la envidia o la rivalidad tanto con la figura materna como con el grupo de "hermanas". Todas se identificaban con ella, ya sea por amarla u odiarla, pero ella no envidiaba a nadie.

5. Vínculos con característica fraterna

Otra forma de hallazgo de objeto tiene sus raíces en las mociones de afecto desarrolladas en la infancia en los vínculos fraternos. Existen innumerables situaciones vividas durante la infancia, determinadas por el vínculo entre hermanos, que son causa de las elecciones de pareja durante la adolescencia. Todas ellas se relacionan con el lugar que el sujeto ha ocupado con respecto a ese otro significativo (el hermano/a), según edad, sexo y condiciones personales de cada uno.

La influencia de un hermano del mismo sexo puede ser un punto de referencia importante para la consolidación de la identidad y el encuentro con el objeto. Por ejemplo, si la relación del hermano menor ha sido la de sumisión ante el mayor (ya sea por fascinación o por su dominio), es posible que en las parejas que encuentre se despierten los deseos de venganza por lo sufrido pasivamente o, por el contrario, se repita traumáticamente la experiencia penosa. Los hermanos menores tienen siempre una queja con respecto al trato recibido por el mayor, sea de igual o distinto sexo, pero la queja del mayor se refiere al trato preferencial que los padres han dado al menor. Cuando son tres hermanos, existe menos rivalidad entre el primero y el tercero, que entre cada uno de ellos y el segundo, que por estar más próximo a ambos, despierta situaciones de celos o sentimientos negativos. El mayor, en cambio, oficia de *iniciador* y protector con respecto al tercero, y en muchas ocasiones la elección de pareja está signada por esta historia.

Las diferencias físicas entre hermanos del mismo sexo suelen determinar la profundización de ciertos rasgos de carácter, que luego se manifestarán en el encuentro con el objeto. Durante esta época, para el varón importa la mayor capacidad física: fuerza, destreza, rapidez; para la niña importa la belleza y los encantos. Pero suele ocurrir que, cuando existe un atributo positivo visible en uno de los hermanos, el otro consolida el rasgo opuesto, por ejemplo, destreza física vs. intelectualidad.

Existen infinitas posibilidades para los desenlaces psíquicos que condicionan las diferencias entre hermanos, pero nuestro interés en este apartado es esbozar el problema que la influencia del vínculo fraternal tiene en el encuentro con el objeto, ya sea por contraposición rebelde o por identificación.

Por ejemplo, la muerte de un hermano puede retrasar la exogamia, ya que el sobreviviente siente culpa: primero, por estar vivo, y segundo, por abandonar a los padres. En estos casos, el encuentro con el objeto puede tener características de reparación patológica, como buscar parejas muy destruidas y desear repararlas (revivirlas) por medio de actos heroicos que descuidan la autoconservación. Una hermana con rasgos ascéticos puede condicionar en la otra promiscuidad sexual con objetos que pueden llegar a ser incluso peligrosos. A su vez, el ascetismo adolescente puede ser consecuencia de la culpa por los juegos sexuales infantiles; un hermano aislado socialmente puede actuar por contraposición a otro, extremadamente sociable.

Pueden existir hermanos mayores con discapacidad o precocidad, e inhibir el desarrollo del otro; pueden ser modelos sexuales y, en tal caso, *iniciadores* con respecto al menor; pero otras veces la inhibición sexual del mayor mejora, cuando el menor comienza su adolescencia y se constituye en su *iniciador*.

Un clásico del psicoanálisis con respecto a este tema es la elección de objeto del *Hombre de los Lobos* (1918b), debido a la gran influencia que tuvo su hermana mayor sobre él, al iniciarlo en la práctica de los juegos sexuales infantiles. Llegada la pubertad, la intensa excitación que sentía el paciente de Freud lo llevó a intentar nuevamente el contacto sexual con su hermana, pero esta lo rechazó y él se alejó abruptamente de ella, acercándose a una niña campesina que servía en su casa y que se llamaba igual que su hermana. Con posterioridad, todas las jóvenes de las que se enamoraba tenían que poseer ese rasgo: ser inferiores en educación e inteligencia a la suya. Podemos discernir que estos objetos de amor eran sustitutos de la hermana, y la intención era poner fin a su superioridad intelectual, a la vez que degradarla y ganar el control sobre el objeto.

Ya explicamos en el capítulo sobre duelos que existe una diferencia intrapsíquica entre las relaciones de objeto incestuosas edípicas y las fraternas. En el vínculo frater-

no, suelen combinarse los derivados de dos mociones pulsionales: la erótica y la agresiva. La erótica está ligada a la sexualidad infantil y es un correlato de los juegos infantiles y de las preguntas a los padres sobre el nacimiento de los niños y las diferencias de sexos. La moción pulsional agresiva está vinculada a la rivalidad entre hermanos con respecto al cariño de los padres, y se manifiesta a través de los celos y la envidia.

Otra variante de las relaciones de objeto adolescente, que concluyen en la desexualización del vínculo, puede tener su génesis en intensas mociones pulsionales, tanto eróticas como hostiles. La desexualización es entonces la que encubre estos afectos reprimidos, que, en caso de manifestarse en la conciencia, surgirían como comportamientos perversos o violentos.

Veamos un ejemplo. En una oportunidad, una adolescente tardía, hija única, casada y con un hijo decía: *No sé qué es ser adulto, porque antes de estar casada era yo la que le pedía dinero a mis padres, y ahora somos tres en vez de uno.* Esta adolescente había desmentido la diferencia generacional (tanto hacia sus padres como hacia su hijo) y a la vez inhibido la hostilidad, celos y rivalidad que podría haberle generado el compartir su pareja y su hijo con los padres. De esta manera, los tres eran hermanitos y pedían por igual a sus padres.

Comúnmente, cuando uno de los hermanos constituye una pareja, el otro debe enfrentar la nueva situación: el sentimiento de abandono que engendra el intento exogámico del hermano, y de celos y rivalidad respecto del "intruso", ya que rompe con la fantasía infantil del pacto de fidelidad endogámico entre hermanos.

Un ejemplo de rivalidad y celos, derivado de aquellos entre hermanos, se observa en un tipo de pareja adolescente, que rivaliza por sus propios logros (las notas, los amigos, la vestimenta, etc.) o por sus familias (quiénes son los mejores).

Existe otro tipo de pareja que se caracteriza por la imposibilidad de consumar el vínculo. Es aquella que representa el complejo fraterno infantil al modo de *Romeo y Julieta*, donde los padres infantiles "prohíben la sexualidad". Puede ocurrir que la transformación de los vínculos fraternos hostiles se manifieste progresivamente en las parejas. Un paciente de 22 años, que vivía con su madre y su hermana, solía llevar a sus novias a su casa, pero luego sentía que ellas preferían hablar entre mujeres y lo dejaban aparte. Del sentimiento de celos, pasaba a la envidia, y de ésta a la indiferencia. En aquel tiempo pensaba que *todas las mujeres viven para sacarle todo a los hombres, viven a costa de uno.* Este adolescente iniciaba vínculos de pareja, pero, llegado un cierto momento, la elección objetal se inclinaba por el vínculo filial o fraterno (endogámico) y no por el vínculo exogámico.

En síntesis: en todos los tipos de vínculo que se desarrollan en esta etapa, observamos el predominio de la elección de un doble narcisista especular o de la elección por apuntalamiento. Esto remite al inevitable tiempo que implica el complejo trabajo de duelo por el desasimiento de los vínculos primarios, en los que se incluyen también a los hermanos. En algunos casos, este trabajo psíquico, que implica una espera, un sufrimiento, una elaboración, queda interrumpido por una actuación del adolescente, que transforma una experiencia transitoria de encuentro con el otro sexo, en permanente. Un ejemplo de ello es el casamiento entre compañeros del colegio secundario cuando la joven queda embarazada, o la decisión de tener un hijo, aunque no haya un padre que asuma su función.

Estas son algunas formas en que la adolescente consigue mantenerse en un estado de dependencia infantil con respecto a los propios padres: una forma de obturar el duelo y borrar las diferencias generacionales. En lugar de un hijo, se ha traído un hermanito, la madre (quizá menopáusica) no envejece y los padres no van a morir. De esta manera, también se evitan las situaciones de rivalidad entre pares y la elección vocacional y laboral. Una forma de detener el paso del tiempo y la muerte.

En el capítulo siguiente, nos adentraremos en los tipos de defensa que el Yo erige ante ciertos conflictos más específicos, que suelen ser comunes en la adolescencia media.

Tomaremos para ello el modelo usado por Freud (1950a) de "fuga y sustitución", para discriminar metapsicológicamente en cada caso de qué se huye y qué se pone en su lugar.

13. Defensas ante los procesos pulsionales y ante la realidad

Introducción

En este capítulo trataremos de describir cuáles son las defensas que dan forma a los procesos pulsionales y cuáles son aquellas que se erigen ante la realidad, así como las manifestaciones que de ellas derivan durante la adolescencia media. Asimismo, delimitaremos ante qué tipo de afecto estas defensas aparecen, y qué se coloca como sustituto (formación sustitutiva) de aquello (pulsión o realidad) ante lo cual el Yo se defiende.

Recordaremos, en primer lugar, lo que dice Freud en *Esquema del Psicoanálisis* (pág. 153) con respecto a los destinos de la pulsión. Estos son:

* Mantener la autonomía de la pulsión parcial.
* Que ésta quede subsumida como placer preliminar.
* Que se reprima.
* Que se sublime.
* Que se constituyan formaciones reactivas como constitutivas de los rasgos de carácter.

Veamos, pues, cómo trabajamos estas propuestas freudianas acerca de los destinos de la pulsión en la adolescencia media.

1. Mantener la autonomía de la pulsión parcial

Con respecto a este primer destino pulsional, en el capítulo sobre adolescencia temprana expusimos la forma en que el Yo hacía uso del mecanismo de desmentida, permitiendo que las pulsiones parciales mantuvieran su autonomía e impidiendo que afectos tales como el asco, la compasión y la vergüenza funcionaran sólo en parte como inhibidores de ciertas conductas adolescentes. Un ejemplo de ello se observa en el goce que exhiben por jugar, mostrar o compartir con sus compañeros los productos corporales (la salivación, la mucosidad, la transpiración, la orina, los gases), y cómo el asco y la vergüenza no resultan tan eficaces para inhibir la descarga de la pulsión parcial, ligada al placer excrementicio y al exhibicionismo. De igual forma, el placer por aniquilar al compañero o a los profesores, a través de la burla, la humillación, o el placer por organizar desbordes (destructivos) dentro de las instituciones en que participan, denotan que la compasión y la solidaridad tampoco resultan eficaces para inhibir la pulsión parcial sádica. De ello dimos ejemplos en el capítulo V, VI y VII de la segunda parte.

Solamente cuando el deseo del encuentro en la realidad con el otro sexo toma un lugar predominante, es decir, cuando aparece la necesariedad psíquica del hallazgo de objeto heterosexual, por sobre la investidura narcisista del goce por la descarga pulsional, la expulsión de sus productos o la idealización de su imagen en el espejo, estas conductas se inhiben o reprimen, y la expresión pulsional directa, poco transformada, deja de ser excitante para el Yo. Por el contrario, hay un esfuerzo notorio para transformar, desplazar y así alejar los productos directos de la pulsión parcial y convertir lo disarmónico y lo disruptivo en el logro de una imagen de sí que produzca un efecto estético, armónico y de conjunto, no sólo para sí, sino para seducir al contexto.

Este cambio en las manifestaciones de las transformaciones pulsionales, pues, es un indicio del pasaje del momento lógico de la adolescencia temprana al de la adolescencia media. Asimismo, este pasaje implica un cambio en el aparato psíquico desde el *punto de vista económico*: no predomina la necesidad de descarga pulsional directa y se intensifica el trabajo psíquico de la defensa, en este caso la represión, y la transformación de ese contenido pulsional en una formación de sustitución. Esto se observa en el uso que hace el Yo de afectos que actúan como diques, tanto de la descarga directa de la pulsión parcial, como de la genitalidad.

Desde el *punto de vista dinámico*, esta descarga pulsional se realiza sobre la base de un mecanismo de desmentida de un juicio acerca de la castración, en favor del mantenimiento de la satisfacción de un Yo de placer.

En relación con la genitalidad, estas transformaciones de lo pulsional en el Yo mediante diques, producen efectos inhibitorios en la conducta de interacción, especialmente con el sexo opuesto, y su *manifestación* más clara es la fobia que casi todos los adolescentes padecen. Ella se manifiesta por medio de estrategias dilatorias que, si bien están al servicio del control obsesivo de los desbordes pulsionales, también buscan postergar la toma de decisiones, como una manera de desmentir el paso del tiempo, o como si la realidad estuviera al servicio de sus deseos. "¡Fumá...!", "¡después voy...!", "¡mañana lo hago...!", "¡Ufa...!", "¡después le digo...!", son expresiones frecuentes entre los adolescentes. Estas actitudes actúan en función de cuidar la imagen, por temor a hacer un "papelón". Frases como "Es un quemo...", "te requemaste, loco...", son escuchadas frecuentemente por los pares y dan cuenta de este estado de inhibición del Yo.

2. Que la pulsión quede subsumida como placer preliminar

Con respecto al segundo destino de la pulsión parcial, quedar subsumida en el placer preliminar, no podemos decir mucho aún, debido a que los contactos que se realizan en esta fase, a nivel genital, son esporádicos e incompletos, y por lo tanto las pulsiones parciales y la genitalidad marchan paralelas.

Sin embargo, podríamos incluir en este punto la dificultad en la integración de las corrientes sexual y tierna en el hallazgo de objeto, como otra de las formas que muestran las mediaciones psíquicas necesarias para llegar a la genitalidad. Para esta problemática acerca de la no integración de las corrientes tierna y sensual en esta fase, remitimos al lector al punto 6 de este capítulo.

Los mecanismos de defensa fundamentales que el Yo esgrime en esta etapa son en algo diferentes de la fase anterior, y todos secundarios a la represión primordial. En primer lugar, analizaremos el mecanismo de *la represión*, que actúa ante la pulsión. A través de formaciones sustitutivas, la represión hace posible la transformación y el procesamiento de los derivados de los vínculos incestuosos e identificatorios, tras el sepultamiento del Complejo de Edipo.

Otro mecanismo usado en esta fase es la *desmentida*, secundaria a la represión edípica, que actúa oponiéndose al juicio de realidad y sosteniendo, en cambio, a costa de la escisión del Yo, otro juicio derivado del Yo placer, con el objeto de evitar el sentimiento de aniquilación del Yo y el desamparo psíquico.

La tercera es el mecanismo de *desestimación por el juicio*, donde lo desestimado son ciertos deseos, edípicos y preedípicos, que se inhiben desde el Yo oficial, impidiendo la consumación de las metas pulsionales en forma voluntaria.

La cuarta es *la sublimación*, aún poco diferenciada de *la intelectualización*.

La quinta son las *formaciones reactivas*, que comienzan a constituirse como *rasgos de carácter*. Aparecen como virtudes en el Yo, transformando los derivados pulsionales en su contrario. El ascetismo descripto por Anna Freud, por ejemplo, pertenece a este tipo de tramitación psíquica de la pulsión en el Yo.

Veamos cómo actúa cada uno de ellos.

3. Represión

Comenzando por la represión, me pareció interesante traer una cita de Freud de *Moisés y la religión monoteísta* (pág. 91) por su relación con la adolescencia:

> *(...) La huella mnémica de lo vivenciado antes ha permanecido conservada en su interior, sólo que dentro de un particular estado psicológico. Se puede decir que el individuo ha sabido siempre eso, del mismo modo como se sabe acerca de lo reprimido. Nos hemos formado unas representaciones precisas, de fácil corroboración por el análisis, sobre cómo algo puede ser olvidado y salir a la luz de nuevo después de un tiempo. Lo olvidado no fue borrado, sino sólo "reprimido" (desalojado), sus huellas mnémicas están presentes en toda su frescura pero aisladas por "contrainvestiduras". No pueden entrar en comercio con otros procesos intelectuales, son inconscientes, inasequibles a la conciencia. También puede suceder que ciertas partes de lo reprimido se hayan sustraído del proceso, permanezcan inasequibles al recuerdo, en ocasiones afloran a la conciencia, pero también entonces estén aisladas, como unos cuerpos extraños carentes de todo nexo con lo demás. Puede, pero no es necesario que así suceda; es posible también que la represión sea completa y a este caso nos atendremos en lo que sigue.*
>
> *Esto reprimido conserva su pulsión emergente, su aspiración a avanzar hasta la conciencia. Alcanzan su meta bajo tres condiciones: 1) si la intensidad de la contrainvestidura es rebajada por unos procesos patológicos que aquejan a lo otro, al llamado "Yo", o por una diversa distribución de las energías de investidura en el interior de ese Yo, como por lo general acontece en el estado del dormir; 2) cuando los sectores de la pulsión se adhieren a lo reprimido, experimentan un esfuerzo particular, de lo cual el mejor ejemplo son los procesos que sobrevienen en la pubertad; 3) cuando en el vivenciar reciente, en un momento cualquiera aparecen impresiones, vivencias, tan semejantes a lo reprimido que tiene la capacidad de despertarlo; entonces, lo reciente se refuerza mediante la energía latente*

> *de lo reprimido y esto reprimido recobra eficacia a la zaga de lo reciente y con su ayuda. En ninguno de estos tres casos lo hasta entonces reprimido llega a la conciencia de una manera neta, inalterada, sino que siempre tiene que consentir unas desfiguraciones (dislocaciones;* formaciones sustitutivas diríamos*) que dan testimonio del influjo de la resistencia, no superada del todo, que proviene de la contrainvestidura o del influjo modificador ejercido por la vivencia reciente, o de ambas cosas (...).* Lo destacado es mío.

En este párrafo, Freud aclara cómo la pulsión tiende a emerger a través de sus contenidos reprimidos en tres casos diferentes, o sea de tres formas. De ellos, el segundo de los casos explica cómo la represión queda levantada en la primera fase de la adolescencia por el empuje pulsional que acontece en este período. También explica cómo en ninguno de los tres casos lo reprimido llega a la conciencia en estado puro, sino a través de formaciones sustitutivas constituidas por procesos de contrainvestidura, por la influencia de las vivencias actuales (como proceso "a posteriori") o por ambas.

Esta posibilidad de que lo reprimido llegue a la conciencia, a través de formaciones sustitutivas, es la que se presenta en la adolescencia media. Cuando el hallazgo de objeto exterior remueve los contenidos edípicos reprimidos de la primera infancia, estos últimos obligan al Yo a ejercer una nueva represión sobre estos contenidos, que entonces emergerán desfigurados a través de fantasías. Tal es el caso de las fantasías que Freud expone en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor I)*, o en *La novela familiar del neurótico*.

La represión produce un efecto inhibitorio sobre la pulsión parcial, a través de la aparición de ciertos afectos que actúan como diques de lo pulsional. Estos afectos, por ejemplo el asco, el pudor, la vergüenza, son defensas derivadas no sólo del temor a la pérdida de imagen, correlativo de una investidura narcisista, sino también del deseo erótico hacia el otro sexo, que inhibe la pulsión parcial. Por ejemplo, el adolescente puede decidir inhibir el placer de ensuciar, o de exhibirse con olores, pensando que va a ser rechazado por la joven que lo atrae, o inhibir su sadismo de agredir o humillar al objeto por temor a la pérdida del amor del mismo. Un tercer caso, opuesto al anterior, se presenta cuando la represión puede actuar como inhibidora del erotismo genital, en la medida en que este crecimiento, esta progresión hacia la exogamia, signifique el desasimiento del vínculo edípico.

En estos tres casos está actuando el mecanismo de represión, pero aquello que se reprime y su causa es, en cada caso, diferente. Existen, pues, distintas formaciones sustitutivas derivadas de distintas contrainvestiduras. Cuando se reprime la pulsión

parcial, la causa es el temor a la pérdida de imagen o el temor a la pérdida de objeto exogámico, pero cuando se reprime el amor o la atracción hacia ese objeto, por medio de la desmentida o la desestima del sentir, el temor es a la pérdida de la protección parental. En este último caso se sigue utilizando el erotismo de las pulsiones parciales, en lugar de reprimirlas. Sus manifestaciones se observan en aquellos adolescentes que no tienen vergüenza, o se exhiben en forma desagradable o, por el contrario, se recluyen socialmente, y, aunque pasan los años, aparentan estar "felices" en el ambiente familiar, comparten los fines de semana, los paseos y las amistades de los padres, sin presentar algún tipo de angustia.

Durante esta fase, la elaboración psíquica que produce el mecanismo de la represión, en los dos primeros casos, intensifica la identificación con un ideal de adultez, con una imagen a la cual se aspira.

Durante las entrevistas a adolescentes, observamos que esta identificación está en proceso y suele aparecer de diversas formas que muestran cómo todavía significan un esfuerzo para el Yo. Una de ellas se manifiesta como una conducta excesivamente formal, poco espontánea. El adolescente actúa como si se tratara de un reportaje de una escena a representar, y hay que responder con una imagen acorde con lo que el adolescente cree que el entrevistador espera de él.

Veamos, mediante ejemplos, cómo se expresa esta imagen que el adolescente intenta transmitir:

Un adolescente de 17 años comenta acerca del comienzo de su vida sexual.

Dice: *¡Fue maravillosa!, cada vez es mejor, porque siempre todo es hablado con mi pareja.* Esta imagen idealizada de una pareja sexual muy feliz omite todo tipo de sentimientos referidos a su angustia e inseguridad frente al comienzo de la vida sexual: la posibilidad de episodios de eyaculación precoz o de impotencia; sus temores con respecto a la pérdida de la virginidad de su pareja; el temor al embarazo; el temor a "no saber"; a tener que arreglárselas solo, etc. Todos ellos, temores que suelen ser típicos de esta fase.

Otras veces, la necesidad de mantener la imagen se observa en la diferencia que encuentran entre un pasado menos exigente socialmente y un presente en el que se requieren de él conductas acordes con "la masculinidad". Por ejemplo, otro adolescente de 17 años comenta la diferencia que existe entre concurrir a un colegio mixto a uno de un solo sexo:

Entrevistador: -¿Les resulta más fácil este colegio que si fuera mixto?
Entrevistado: *-Y... imaginate, vos conocés pibas nuevas y te quedás* "cerrado". *Cuando son hombres decís "soy así, si te gusta bien y si no mala suerte". Aparte*

cuando hay una mujer o algo por el estilo *uno trata de ser mejor de lo que es, se pone en papel de hombrecito. Uno está medio incómodo.* (El destacado es mío).

Otro testimonio de un adolescente de 16 años dice:

Entrevistador: -¿Qué pasa cuando salís con una chica?
Entrevistado: *-No... soy tan normal como tendría que ser, normal como yo entiendo que tendría que ser, en realidad. Por ejemplo, si un día estoy con una persona me gustaría ser como soy, no tratar de* "demostrar" *otra cosa.*
Entrevistador: -¿Y eso te hace sentir mal?
Entrevistado: *-Nada... siempre me pongo a pensar qué lindo sería tener una chica* "de igual a igual". *No tener que pensar* si tengo plata, *si está bien esto o aquello.* (Los destacados son míos).

En el primer ejemplo, el te *quedás cerrado* demuestra el efecto inhibitorio que el encuentro con el otro sexo produce en el adolescente, además de confirmar la exigencia de tener que sostener una imagen de *hombrecito* y la incomodidad que ello provoca, por ser ésta aún una identificación fachada. Constituyen conductas tendientes a *parecer* en su intento de *ser*, a través de una imagen ideal.

En el segundo ejemplo, vuelve a aludirse al problema de *demostrar ser normal como tendría que ser*, apelando a una identificación del Yo con una imagen ideal, exigente. El adolescente no sólo se encuentra ante la tarea de representar *ser un hombre normal*, en lo que atañe a su propia identidad, sino que el *tengo plata* está ligado al problema de que, ante los otros, el Yo representa también a sus propios padres, su apellido, su pertenencia cultural y económica, es decir, su origen. Y esto ocurre porque, durante esta fase, los padres dejarán de ser aquellas personas reales que representan al hijo ante la cultura. Ahora son los adolescentes mismos, a través de su accionar, quienes los representan a ellos y, en muchas ocasiones, especialmente observables en la clínica, los adolescentes socialmente retraídos, o por el contrario, con una conducta exhibicionista desagradable, son los que han "asumido" la "vergüenza ajena" de aspectos avergonzantes de los padres.

En estas conductas se observa también una proyección del Superyó en los otros, ya que el *demostrar* está ligado al miedo de lo que estos otros dirán, es decir, a la opinión desde el contexto. Los comentarios referentes a *una chica o algo por el estilo* y *una chica de igual a igual* aluden al problema de la identidad, que aún no ha sido resuelto en el adolescente medio. Su propio deseo homosexual permanece proyectado en la adolescente y su manifestación es el deseo de la no diferenciación sexual.

Hasta aquí, hemos examinado algunos de los efectos de la represión cuando actúa como inhibitoria de lo pulsional pregenital y genital en la conducta adolescente, tanto en la salida exogámica como en el caso contrario.

Existe otra defensa, secundaria a la represión, la desmentida, que actúa ante la posibilidad de pérdida de los representantes edípicos, que han servido hasta ese momento como sostenedores del Yo.

3.a Desmentida

Veamos, entonces, cómo actúa el mecanismo de la *desmentida*, ante qué juicio se opone y con qué conductas manifiestas aparece. Ocurre que, durante esta fase, el establecimiento de la represión y las identificaciones secundarias tienen un tiempo de elaboración. Mientras este tiempo psíquico se establece, el adolescente genera mecanismos intermedios que lo defiendan del temor al desamparo. Es el caso de la desmentida secundaria a la represión.

Habíamos manifestado que la desmentida opera generando un juicio desde el Yo placer que se opone a otro, decepcionante, que ha surgido desde el Yo de realidad. En este caso, el Yo regresa a formas de funcionamiento más arcaicas, y en lugar de un conflicto psíquico, el Yo realiza actuaciones en el mundo externo que eviten el sufrimiento de la elaboración de la pérdida. Pero esta operación tiene un costo, y es la escisión del Yo, y el funcionamiento de dos corrientes psíquicas simultáneas que empobrecen las capacidades de complejización del Yo real definitivo.

Los procesos de duelo que acarrea el desasimiento de los padres, que dejan de ser ideales, producen juicios decepcionantes, que colocan al Yo de realidad ante el sentimiento de desamparo psíquico y el temor a la aniquilación. Estos afectos se manifiestan en sentimientos de soledad, de vacío, de no saber *quién soy yo*, o de preguntarse *para qué vivo*.

Enunciaremos ante qué circunstancias y con qué tipo de afectos surge la desmentida como defensa, sobre qué juicio recae y qué se coloca como sustitución para desmentir tales juicios.

Los *afectos* ante los cuales este mecanismo surge son:

- Ante el sentimiento de aniquilación del Yo;
- ante el sentimiento de culpa frente a la muerte psíquica de los padres, y su consecuencia, el sentimiento de desamparo psíquico.

Los dos temores enunciados, el temor a la aniquilación y al desamparo, surgen de distintas posiciones del Yo. En el primer caso, la desmentida va a actuar debido a

la presencia de un Yo que se desestructura, que se desintegra si el modelo (en este caso las representaciones parentales edípicas) deja de existir; aquí lo que el adolescente necesita es la percepción urgente de un sustituto que evite la ruptura del equilibrio narcisista.

Un ejemplo de esto es el caso de Pablo, un adolescente de 16 años, que sentía que, si sus padres desaparecían, él no podría sobrevivir, su vida perdería sentido y prefería morirse. En cierta ocasión, estando en plena crisis, conoció en un baile a otro adolescente de su misma edad, carente de familia, de quién se hizo amigo. Este le habló de una nueva religión, los "Testigos de Jehová", y lo instó a concurrir a las reuniones. Pablo proyectó en esta secta religiosa su deseo de amparo y su temor a la aniquilación del Yo, ya que, en el discurso de esta religión, según él decía, una de las premoniciones era el anuncio del fin del mundo, para lo cual había que prepararse. La preparación consistía en la "adhesión total" a la ideología y al cumplimiento estricto de sus preceptos.

Esta creencia sobre los anuncios de "fin de mundo" y sus modos de salvación, fue lo que Pablo colocó como sustitución ante el desasimiento. El riesgo de esta sustitución idealizada era el peligro de transformarse en siniestra, es decir, que efectivamente sobreviniera su "fin del mundo", entendido como la aniquilación del Yo, si intentaba desasirse de estos nuevos sustitutos paternos. Las religiones, y en especial las sectas, están constituidas por un sistema de valores totalizantes, que otorgan un *sentido* a la vida del sujeto, a través de un Otro supremo que ampara, siempre y cuando esta adhesión signifique entregar la propia vida.

En el segundo caso, el desamparo psíquico puede ser causado ante la percepción de unos padres envejecidos. Esta situación vital contrasta con la juventud del adolescente y le genera un juicio: *Si yo crezco, ellos morirán*, y esta frase además de temor, le ocasiona culpa. El desamparo proviene, entonces, desde el Superyó hacia el Yo. Un ejemplo de esto lo encontramos en el adolescente que decide reprimir el deseo erótico por el objeto exogámico, por miedo a la pérdida de la protección de los padres. Son adolescentes a los que se los ve aniñados en su vestimenta, en su lenguaje, en sus intereses, a pesar de su edad cronológica. Deciden apegarse a los padres como forma de desmentir el paso del tiempo. Si ellos permanecen niños, los padres no morirán y no aparecerá el sentimiento de soledad. También suelen ser adolescentes que se comportan como adultos en todo lo que se refiere a la intimidad familiar, pero el pasaje a la cultura queda obturado.

Un tercer punto tiene que ver con aquello que se coloca para desmentir determinado juicio. Esta *sustitución* funciona para el aparato psíquico del adolescente a la

manera del fetiche, y está puesto para sostener desde el Yo de placer un juicio opuesto al juicio del Yo de realidad, que resulta traumatizante.

Algunos juicios sobre los cuales recae esta defensa son:

- Ante el juicio de castración;
- ante el juicio de la muerte de los padres idealizados y nutricios;
- ante el juicio de la propia muerte en el futuro;
- ante el juicio referido al origen.

En primer lugar, veamos cómo opera la desmentida frente al juicio de la castración en la adolescencia media.

Desmentida ante el juicio de castración

Hemos encontrado dos tipos de manifestaciones que los adolescentes colocan para desmentir dicho juicio: el uso de intensificadores y la eliminación de la percepción de las diferencias.

Uso de intensificadores:

Llamamos *intensificadores* a aquellas manifestaciones preconscientes a las que el Yo apela en forma exagerada, duplicada o multiplicada en el área de la imagen corporal, del lenguaje o de la acción: algo que se multiplica para contrarrestar la falta.

Estos *intensificadores* apuntan al incremento del componente fálico-activo. Tienen manifestaciones diferentes para ambos sexos, operan como una defensa frente al temor al vacío y a la ruptura del narcisismo. Buscan mantener una imagen idealizada de sí, protectora de desilusiones. En las mujeres, los intensificadores aparecen enmarcados en una imagen estética con sobreabundancia visual y/o del lenguaje, o una intensificación de estados afectivos, con el objeto de seducir para ser amada y evitar que surja el sentimiento de incompletud.

La sobreabundancia se ve tanto en el propio cuerpo como en sus productos. En el primero, se observa a través del uso de vestimentas coloridas, con abundancia de detalles que ornamentan la femineidad, como los moños, prendedores, pulseras, collares, hebillas, y el uso de peinados y maquillajes que la diferencian de la imagen pálida de la adolescencia temprana, donde *lo feo* parecía representarla. En este período, se profundiza la transformación de *lo feo* en *los encantos*, a través del logro de la *armonía visual* de colores y formas, a veces intensificadas, que toma la imagen del cuerpo y sus accesorios como representantes de la imagen de sí.

Los *intensificadores* se expresan también en los productos que ella crea, especialmente en la confección de agendas y diarios, donde se encuentran manifestaciones en forma de dibujos, leyendas, máximas, poesías dedicadas al amor, la belleza, la amistad, o dedicadas a alguien de la realidad exterior. La sobreabundancia del lenguaje se expresa en una verbalización plagada de intensificadores afectivos que refuerzan y reafirman lo ya dicho, como por ejemplo: "está rebueno", "está relindo", "me recopa", "es reimportante", "es genial", "es alucinante", "¡Este flaco me tiene re-loca!".

Su imagen estética es lo que la adolescente coloca ante sí y ante la vista del contexto como prueba de lo que posee, su deseo de agradar y su belleza, para desmentir el sentimiento de la falta y el temor a no ser amada y abandonada.

En los varones, los *intensificadores* se observan en el incremento de la acción armónica y equilibrada del uso de la musculatura; el uso abundante de la verbalización expresada a través de la intelectualización; o el uso intensificado de la música, tanto en el volumen como en la cantidad.

La manifestación del componente fálico-activo se combina con lo ambicioso, y opera también en forma de sobreinvestidura de su cuerpo y de sus productos. La sobreinvestidura del cuerpo se manifiesta en el uso de aparatos para fortificar la musculatura y lograr una buena imagen masculina; o en la práctica de deportes, que además le permite, si tiene éxito, ocupar un lugar de privilegio, admiración y liderazgo frente a ambos sexos.

También en el varón la sobreabundancia muscular, como imagen de potencia, opera para desmentir los temores sexuales: la falta de confianza acerca del funcionamiento de su pene para una mujer. No sólo porque en la mayoría de los casos aún no lo han puesto a prueba, sino porque tienen mayor interés en mantener su pene en función de su narcisismo y su deseo de ser, que disponerse a jugarlo en un vínculo amoroso que podría amenazar su imagen de sí.

Así lo manifiesta un adolescente de 16 años durante una entrevista:

> *Por ejemplo, ahora te copa más ir a un gimnasio para sacar un buen lomo y estar así, mostrando músculos para que te miren, no sólo las minas, sino también los mismos compañeros, y te admiren, y eso antes no te importaba. Vos (al amigo también de 16 años), por ejemplo, antes eras gordito. Ahora querés demostrar que sos hombre, si sos hombre, tenés músculos, te podés dejar la barba, podés hacer un montón de cosas.*

En otros casos, la intensificación de la acción desordenada, rebelde, de la adolescencia temprana, se transforma en una sobreinvestidura de la conducta de acción dirigida hacia la participación activa, con un deseo de dominio y liderazgo sobre

otros, en una agrupación política o religiosa, tanto como transmisor de su ideología (de allí su incremento del lenguaje en función de la intelectualización), como de organizador de tareas grupales.

Veamos un ejemplo. En una entrevista, un adolescente de 18 años dice, a raíz de su militancia política:

> *Ahora puedo decir que tengo una cierta definición, el cambio se dio porque antes (a los 13 años) era un pibe con ganas de participar, de hacer cosas, y no sabía tres carajos de nada, pero era tan omnipotente que a mí Trotsky me venía a hablar y yo lo hacía mierda, por eso yo estaba pasado de revoluciones. La cuestión fue empezar a leer... Y todo ese ímpetu que tenía, canalizarlo leyendo, informándome. Ahí me empecé a ubicar en lo que pienso.*

A partir de estos ejemplos, podemos observar, en primer lugar, el reordenamiento en el aparato psíquico del componente fálico y también del sádico-anal, en función del mantenimiento de su narcisismo dentro de formas socializadas. El primero, manteniendo la musculatura del cuerpo como fuente pulsional placentera y como imagen potente de sí. El segundo, con un deseo de dominio sobre el rival, a través de un proceso del pensar deductivo, de un liderazgo intelectual, ideológico, en lugar de desear su aniquilación por medio de la fuerza, como a los 13 años.

En segundo lugar, se observa cómo, en ambos, hay intentos por parte del Yo de desmentir el temor a la impotencia, colocando en su lugar una imagen potente que derrota al rival, a través de su fortaleza física o intelectual.

En el segundo adolescente, se observa cómo a los 13 años, en la adolescencia temprana, la intensificación se daba a través de la *aceleración*, un estado bastante frecuente en la adolescencia, que opera como defensa frente al temor de la depresión o la muerte (quedarse quieto, inmóvil, como el estar muerto). A los 18 años, el mecanismo de represión lo conduce a un mayor desplazamiento entre representaciones, hacia contenidos ideacionales sustitutivos de los vínculos edípicos, como por ejemplo la rivalidad con la figura paterna, que aparece como un deseo de dominio por medio de un incremento del saber, a través del mecanismo de intelectualización.

En ocasiones, el *uso de intensificadores* aparece ligado a una intensificación de la voluptuosidad. En la entrevista con Pablo, de 17 años, ante la pregunta del entrevistador sobre su noviazgo, dice:

> Entrevistador: -Con la última chica con la que saliste, ¿qué tipo de relación tuvieron?
> Pablo: - *Era puro cariño, puro beso, a veces hablábamos de alguna cosa.*

Esta intensificación de la voluptuosidad aparece desmintiendo el juicio de realidad, es aquello que se coloca para obturar el proceso del pensar. Desde otro punto de vista, el apego a la vivencia indica que todavía el aparato psíquico no encuentra un preconsciente verbal adecuado para expresar los pensamientos.

Asimismo, *los besos* están para impedir el proceso de duelo, a través de acortar o eliminar la distancia espacial con el objeto. El estar juntos tocándose, besándose, agarrándose, desmiente el desasimiento, pues reemplaza la elaboración psíquica del duelo (a través de recuerdos o pensamientos) por la excitación y *el pegoteo.*

Otros adolescentes intensifican las experiencias en la realidad desde el punto de vista del *hacer*, más que del pensar. Realizan una seudomaduración, consistente en tener vida sexual *como* los adultos, fumar o beber *como* los adultos, etc., para evitar la elaboración psíquica. Las acciones son exteriores al Yo en un *como si* que mantiene una fachada, mediante una identificación que apela al histrionismo. Estas experiencias de intensificación de la voluptuosidad, de la acción, de la intelectualización, o del embellecimiento del propio cuerpo, se estructuran sobre la base de mecanismos de proyección e introyección, con diferentes objetos identificatorios que operan como espejos para sustentar una imagen de sí con la cual identificarse.

El predominio de los mecanismos proyectivos actúan en desmedro del proceso de discernimiento, propios del juicio de realidad y del pensar deductivo y consciente, y contribuyen a mantener una intensa vida de fantasía.

Las percepciones que normalmente colaboran en la construcción de los juicios de existencia pasan a identificarse con estados afectivos intensificados del Yo, confundiéndose a veces con estados alucinógenos, no patológicos. Otras veces, buscan confundir el ser o la esencia de la subjetividad con el parecer, que apela a la superficialidad, a través del uso intensificado de insignias, como fetiches.

Eliminación de la percepción de las diferencias

Otra forma de *desmentir la castración* que los adolescentes realizan en este período se da por medio de la eliminación de la percepción de las diferencias, a través de diversas formas. Una de ellas consiste en jerarquizar estados afectivos, en lugar de percepciones discretas. Este mecanismo aparece en pacientes melancólicos, pero también en estados depresivos propios de la adolescencia, especialmente femenina.

Encontramos ejemplos de este tipo en agendas de adolescentes femeninas donde dice por ejemplo: *SMILE*, junto al dibujo de una carita sonriente, o *"Sonríe, Dios te ama"*, o *"Seré feliz cuando me necesites"*, y otros tantos semejantes. La característica

común es la necesidad de encontrar en el otro un afecto positivo de amor o necesidad hacia el sujeto, cuya manifestación es la SONRISA que le permita reunirse con sus propios estados corporales, proyectarlos en sus semejantes y, a partir de la identificación con un rostro sonriente, adquirir un estado de identidad consigo mismo, tranquilizante para el Yo y contrario al sentimiento de aniquilación. Esta es una forma de desmentir la castración, a partir de establecer un vínculo narcisista caracterizado por el *"tú estás bien, yo estoy bien"*.

Una paciente de 16 años, cuyo conflicto principal se centraba alrededor de la dificultad para el desasimiento, efectuaba una especie de ritual al levantarse todas las mañanas. Observaba la cara de los padres y del hermano *para ver cómo se levantaban*, decía. Si no la miraban y saludaban cordialmente, comenzába con preguntas incesantes y angustiantes hacia su madre: *¿A vos te pasa algo?;¿ a papá le pasa algo conmigo?; ¿Qué te pasa mamá?; si no me decís qué te preocupa, no me voy tranquila al colegio...*

Ella necesitaba constatar que el ambiente familiar tenía el clima que ella deseaba que hubiera, no pudiendo tolerar diferencias entre su problemática y la de los otros miembros de la familia. El deseo de ser mirada por un rostro sonriente restablecía su equilibrio narcisista, de lo contrario, surgía una angustia insoportable para su Yo.

La jerarquización del elemento visual como correlato de un estado afectivo es típico de esta fase y apela (como defensa) a desestructurar el juicio de realidad que opera con elementos de la lógica racional, en términos que discriminan diferencias.

También el lenguaje opera en el aparato psíquico en términos discriminativos. Por tal razón, a Mariana, una adolescente de 17 años, parecería no serle necesario como forma de comunicación. Escribe así en su agenda: "*Creo en ti, creo en tu sonrisa, espejo de tu ser...Creo en ti amigo, simplemente en la elocuencia del silencio.*

Otra forma de desmentir diferencias (de la cual ya hablamos), que impide el surgimiento de un juicio acerca de la incompletud, se realiza a través de una elección de objeto homosexual, o también en un varón, a través de la elección de una pareja de características masculinas, o mantener la indiferenciación con un padre potente con el cual mantiene un vínculo de sometimiento homosexual. En las jóvenes, la refutación de las diferencias se observa en la jerarquización de la actividad haciendo deportes, ganando dinero o eligiendo una pareja con rasgos de pasividad.

Desmentida frente al juicio de la muerte de los padres

Los juicios que surgen, a partir de dar por terminada la propia infancia, se relacionan con el efecto que este nuevo estado produce en el vínculo con los padres.

Este efecto se relaciona con el surgimiento del sentimiento de culpa por la desidealización de los padres, que en la infancia se vivieron omnipotentes, y la fantasía actual de haberlos destruido: primero, porque el crecimiento del adolescente puede significar la vejez y el deterioro de los padres; segundo, porque el proceso de desasimiento ha traído, como consecuencia, la oposición y el desafío a la palabra paterna como forma de diferenciarse; y tercero, como resultado de esta situación, ha buscado y ha encontrado sustitutos, con quienes identificarse y a quienes amar.

El adolescente fantasea con el posible surgimiento de hostilidad por parte de los padres, debido a su juventud y al deseo de separarse de ellos para hacer su vida y, por esta razón, fantasea con una conducta retaliatoria como respuesta. La posible o real impotencia de los padres produce en el adolescente un temor ante la posibilidad del desamparo psíquico. Este desamparo reaparece como un temor a un Superyó que condena por la fantasía de independencia.

Uno de los efectos de desmentir el duelo por los padres nutricios puede deberse al temor a la aniquilación del propio Yó. En estos casos, el adolescente puede recurrir a conductas regresivas, de pasividad, con el objeto de que reaparezca un padre dador que lo retenga en la dependencia. Si la desmentida, en cambio, se debe a la culpa por el abandono, puede ocurrir que se evite la exogamia. En ambos casos, y para ambos sexos, predominan los deseos homosexuales pasivos y se reprime el sentimiento de vergüenza ante la dependencia.

Desmentida ante el juicio de la propia muerte

Las desmentidas anteriores se hayan ligadas a la refutación de la realidad del paso del tiempo. Cuando se refieren a la propia muerte impiden la planificación del futuro. Estos adolescentes permanecen en un estado de *adolescencia permanente*, con la fantasía de conservarse siempre jóvenes o siempre niños, dotados de padres potentes, que le eviten la angustia ante la soledad, ante el hacerse cargo de su propia vida, de sus propias vivencias, necesidades y pensamientos. Generalmente, tardan en encontrar la vocación o su ubicación en el mundo laboral y en algunos casos con severas patologías, no llegan a asumir nunca la responsabilidad del trabajo como esfuerzo personal y tendiente al logro de metas, como fuente de placer o de beneficios económicos.

Son eternos adolescentes mantenidos por los padres, eternos dependientes de padres nutricios, especialmente de la figura materna. Es como si permanecieran en un

estado de juego o de fantasía permanente, sin poder socializarse en función del trabajo. La falta de inserción en el ámbito laboral, como ya expresamos, desmiente la propia muerte, pero también pone de manifiesto la dificultad para elaborar los celos y la rivalidad de los vínculos fraternos y edípicos, que finalmente *solucionan* con inermidad psíquica y pasividad, siendo *los mantenidos* de alguien.

Desmentida del origen

La desmentida con respecto al origen se plantea en Freud en el texto *La novela familiar de los neuróticos*. En su estructura queda planteado el lugar del hijo como héroe y el mito de su nacimiento, tema que con posterioridad planteó O. Rank en su libro *El mito del nacimiento del héroe*. En su trabajo, Freud (1909c) explica que llegada la pubertad, el joven se dedica a ensoñar, y que el tema de estas ensoñaciones es el origen, quiénes son sus verdaderos padres.

La causa de la puesta en marcha de este tema es el desasimiento de los mismos. Este duelo pone en juego su fantasía: pensar que es hijo de otros padres, superiores a los suyos. Renegar del origen es, pues, una forma de desasimiento. Invierte así el afecto hacia los padres, de padres amados a padres despreciados. Se amplía el deseo de liberarse de los padres menospreciados y sustituirlos por otros. El sujeto -dice Freud- en un segundo momento sexualiza la fantasía y acepta ser hijo de la madre, pero no del padre, con lo cual satisface la rivalidad edípica. Atribuye a la madre una serie de infidelidades matrimoniales, desmintiendo así el propio origen o el de otros hermanos, que han sido rivales por el cariño de los padres y de los cuales supone que no son hijos legítimos.

En el mito del nacimiento del héroe, se percibe la fantasía de la novela familiar con una inversión de los hechos.

En la novela familiar se observan los sentimientos hostiles del hijo contra el o los padres, y la fantasía de abandonarlos y buscarse una nueva familia de un origen más noble. En el mito del nacimiento del héroe, el argumento se invierte. Se trata de uno o de los dos padres que quieren deshacerse del hijo. Es el caso de Layo, que entrega a Edipo a un criado para deshacerse de él después de su nacimiento, o el caso de Moisés, que fue abandonado en una canasta en las aguas. En estos casos, el padre, por causas diversas, desea liberarse del hijo y ese hijo es el que se transforma en salvador de un pueblo. En ambos casos, el tema del *rescate* y la *venganza* constituyen partes necesarias del argumento del mito.

Tanto el mito de la novela familiar como el del héroe se presentan bajo diversas manifestaciones preconscientes en la vida psíquica del adolescente. Estas estructuras argumentales aparecen a veces condensadas, desplazadas, o fragmentadas, pero todas ellas apuntan a desmentir el propio origen como hijo de esos padres. La motivación profunda reside en que, de alguna manera, ellos han sido frustrados o simplemente limitados en el deseo de conservar los eternos padres nutricios, en otros términos, limitados en ser "eternos bebés de pecho".

Estas manifestaciones diversas se observan, por ejemplo, cuando, llegada la adolescencia media, aparece un deseo de cambio de nombre, de sobrenombre, de religión, de costumbres, de barrio, a veces de país, que el adolescente realiza voluntariamente, con el objeto de desmentir el origen y evitar el dolor que el duelo le provoca. Otra variedad de estas fantasías se manifiesta en el deseo de "ser su propio padre", no necesitar de alguien, ser un "self-made-man"; en ella se plasma la rivalidad con el padre. La rivalidad fraterna se desmiente "matando" psíquicamente a los hermanos.

Desestimación o condena por el juicio

La desestimación por el juicio en la adolescencia media, aparece como un levantamiento de represiones de contenidos inconscientes, sin que esto signifique un pasaje al acto, como en las perversiones. Freud, en el artículo *La represión* y en el caso Juanito, explica que la diferencia entre *represión* y *condena por el juicio* radica en que, en el primer caso, el sujeto ejerce una contrainvestidura ante el empuje de la pulsión, quedando el deseo inconsciente, debido a una ignorancia activa por parte del Yo, ante el Ello.

En el segundo caso, el deseo es reconocido por el Yo, pero este inhibe la meta de la pulsión mediante un acto voluntario.

Durante esta fase, van surgiendo juicios de este tenor. Por ejemplo, una adolescente de 17 años, muy apegada a los padres y con dificultades para efectuar el duelo por el desasimiento, se debatía cada fin de semana ante la ambivalencia de quedarse en su casa con sus padres, o salir a bailar con sus amigos. Finalmente, cuando resolvía salir con amigos, esta decisión contenía una frase proveniente del Yo de realidad que le decía: *Bueno, está bien, salgo... sé que me va a costar, que los voy a extrañar.* Manifestaba que lo hacía, pero con gran pena de su parte.

Esta misma adolescente decía que le encantaba permanecer junto a sus padres y sentir que la cuidaban, que le brindaban amor tierno, pero reconocía que este deseo interfería con la búsqueda exogámica.

Para que los procesos normales de duelo puedan concluirse, es necesario que, en determinado momento, se desestimen los objetos incestuosos, a partir de la decisión intrapsíquica de desinvestir estos vínculos y habilitar el camino para disfrutar de otros nuevos, exogámicos. Este mecanismo continúa intensificándose hacia la adolescencia tardía.

4. Sublimación

Los procesos sublimatorios propiamente dichos quizá pertenezcan a la adolescencia tardía. Sin embargo, durante esta fase encontramos esbozos de este mecanismo, a veces genuino, a veces entremezclado con el mecanismo de *intelectualización* o con el de *idealización*.

Comencemos por el primer caso. El placer que por esta época algunos adolescentes encuentran por estudiar o investigar algunos temas denota la presencia del proceso de sublimación. Otros adolescentes encuentran placer en la creatividad artística, no sólo como descarga (en cuyo caso no sería sublimatorio) sino como una producción social, desviando el objeto y la meta sexual. Lo mismo podríamos decir de ciertos esbozos de orientación laboral. La adolescencia media se caracteriza por ser un momento en que comienzan los desarrollos personales, una época en que aparecen las primeras intuiciones de lo que será la orientación ulterior.

Estas manifestaciones, que aparecen como sublimaciones, pueden confundirse con el mecanismo de *intelectualización*, intensamente usado durante esta etapa. En la *intelectualización* predomina el esfuerzo del Yo por oponerse a la pulsión, disfrazándola como contrainvestidura, mientras que en el mecanismo de *sublimación* esta contrainvestidura no existe.

Durante esta fase, las amistades mantienen la necesidad de discutir y reflexionar sobre los problemas "de la vida", que pueden ir desde conceptos de orden filosófico, la vocación, la libertad, el amor, la autoridad, la rebelión, hasta sobre el partido de fútbol. Pero su profundo examen de estos temas no coincide con su conducta en la realidad, pues la *intelectualización* parece tener como fin contribuir a los ensueños diurnos.

Aun así, hemos encontrado que con frecuencia ciertos intereses, que durante la adolescencia media aparecían sostenidos por la *intelectualización* como mecanismo de desmentida, se van transformando hacia la adolescencia tardía. En la medida en que se profundiza en el duelo por la figura paterna, aparecen transformados en verdaderos procesos sublimatorios en el ámbito vocacional.

Dentro de la misma línea, se halla la formación de ideales de esta etapa. En un principio, son usados para desmentir el juicio de desasimiento, como vimos en la adolescencia temprana, pero el logro de una ideología y de valores de la adolescencia tardía es un efecto del mecanismo de sublimación, que no actúa como contrainvestidura defensiva ante la pulsión; ésta es más bien su motor, es el esfuerzo de trabajo (Drang) que no cesa. Consigue resultados en el Yo y en la cultura, en tanto no es sofocada (reprimida), y lo que logra es un desplazamiento de meta y de objeto hacia metas altruistas. Estos procesos son el resultado de la elaboración del duelo por el desasimiento, especialmente de los vínculos de rivalidad con la figura paterna.

5. Que se constituyan formaciones reactivas constitutivas de los rasgos de carácter

En cuanto a las formaciones reactivas, encontramos algo semejante a lo que ocurre en los procesos sublimatorios, ya que ellas constituyen una defensa frente a los procesos pulsionales de origen edípico y preedípico, tanto sexuales como agresivos, y los procedentes de la fase anal primaria.

Son semejantes al proceso de sublimación, debido a que, a pesar del esfuerzo del Yo por lograr transformaciones psíquicas, no hallan solución definitiva durante esta fase. Por un lado, las nuevas experiencias con el hallazgo de objeto lo llevan a reprimir las pulsiones agresivas de la fase anal sádica, pero la posibilidad de subsumir las pulsiones parciales a la genitalidad es trabajosa y medianamente alcanzada, y el adolescente se ve forzado a dominar el empuje pulsional por medio de defensas rígidas, compulsivas, con episodios de fracaso: "accidentes", que denotan que la ambivalencia no ha sido aún superada.

Este mecanismo de defensa, cuya contrainvestidura se ejerce ante la pulsión, consiste en investir representaciones opuestas al deseo. Merced a este mecanismo, el Yo (previa represión) actúa en sentido contrario a la satisfacción pulsional y genera *alteraciones en el Yo* que resultarán constitutivas del *carácter*.

Un paciente adolescente de 15 años hacía grandes esfuerzos por conciliar sus deseos de ensuciar y desordenar con su tendencia a la limpieza. Cuando acomodaba su habitación, no podía bañarse durante una semana, pero cuando venía a sesión bañado, con el cabello limpio y con perfume, se negaba a que le ordenaran y lavaran su ropa hasta el momento en que él lo decidiera.

Recién en la adolescencia tardía las transformaciones pulsionales se establecen en forma armónica e integrada como rasgos de carácter o virtudes en el Yo.

Merece un párrafo aparte la temática de las alteraciones en el Yo constitutivas del carácter.

Formación de rasgos de carácter

El Yo se ha ido constituyendo como diferenciación de la matriz original Ello-Yo. A su vez, el Superyó es una instancia interior del propio Yo, y su construcción es el fragmento más importante y decisivo de la formación del carácter.

Es una resultante de la renuncia impuesta por la cultura. En realidad, todo el desarrollo cultural se edifica sobre la renuncia a la satisfacción pulsional, y esto es un trabajo psíquico que se despliega durante toda la adolescencia. Durante esta fase, se observan con mayor claridad manifestaciones que dan cuenta de la lucha que realiza el Yo por socializar la pulsión, situación opuesta a la fase lógica anterior, donde gobernaba lo pulsional.

Por esta razón, nos resulta de interés investigar en esta fase el proceso mediante el cual se producen las identificaciones secundarias en el Yo y en el Superyó por desinvestidura de los objetos incestuosos (propio de la adolescencia media). Estas identificaciones secundarias son las que darán origen a los rasgos de carácter. La adolescencia media, por ser una transición entre el gobierno de lo pulsional de la adolescencia temprana y la constitución del carácter, proceso típico de la adolescencia tardía, muestra aún cierta rigidez en los rasgos o una excesiva variabilidad de los mismos, y esto se debe a que las identificaciones no se han establecido todavía como definitivas.

6. Integración de las corrientes sexual y tierna en el hallazgo de objeto

Durante esta etapa, tampoco se hace posible la integración de ambas corrientes en el amor al objeto, debido a que el duelo por el desasimiento que el adolescente está realizando mantiene las mismas, comprometidas en las investiduras con los objetos primarios.

Los afectos ambivalentes de amor y odio, de deseo de dependencia e independencia, de pasividad y actividad hacia los objetos, también son causa y a veces efecto de la no integración entre sensualidad y ternura y, por lo tanto, necesitan ser colocados en personas diferentes. De esta situación vimos ejemplos en el capítulo sobre hallazgo de objeto.

El compromiso del Yo en el mantenimiento del equilibrio narcisista no permite al adolescente medio que la entrega hacia el objeto sea en forma integrada, pues la entrega más comprometida del Yo lo colocaría ante el riesgo de perder aquel equilibrio tan trabajosamente obtenido.

Por tal razón, ante el peligro que significa el incremento libidinal de una de las corrientes, el Yo recurre al uso de la otra, como defensa, ante la posibilidad de quedar ligado en su totalidad a merced de la voluntad del objeto.

Por ejemplo, el adolescente suele manifestar que desea *ser solamente amigo* de una joven hacia la que siente atracción sexual, pues supone que le resultaría difícil dominar la excitación que la situación le produce, y elige mantener el vínculo tierno a costa del sensual. En otras ocasiones, el miedo a sufrir vergüenza lo lleva a erotizar dicho vínculo y seducir o tornarse agresivo, como modo de dominar la situación y como defensa ante la fantasía de que, siendo tierno, puede verse feminizado, débil o perdedor.

Entre las adolescentes ocurre algo semejante. El deseo de establecer un vínculo tierno, de amistad con los varones, les resulta difícil de lograr. No saben cómo evitar el tener que ser seductoras, ante lo cual después padecen. Se sienten sin derecho a elegir el vínculo con el hombre, como si estuvieran condenadas a ser objeto de uso sexual del sexo opuesto, pero también pueden padecer por la situación opuesta: no mostrarse seductoras, por temor a "parecer prostitutas".

Otras adolescentes se defienden de la posibilidad de sentir excitación sexual, porque ello supone una dependencia del objeto y sienten temor a sufrir. Como defensa ante esta situación, acrecientan los vínculos de amistad como si fueran *un muchachito más*, o permanecen solitarias.

Hasta aquí, hemos esbozado la propuesta del comienzo del capítulo, en el sentido de investigar cuáles son los contenidos inconscientes que despiertan angustia en el Yo y lo llevan a fugar de ellos. Hemos delimitado también las posibilidades defensivas que el Yo alcanza para esta etapa y cuál es el costo psíquico por evitar el acercamiento al conflicto que le produce el hallazgo de objeto.

En el capítulo siguiente, investigaremos por medio de un caso clínico la combinación de todas estas variables, que hemos desarrollado en esta tercera parte, sobre la metapsicología de la adolescencia media.

Creemos que el lector encontrará en el caso de Gustavo y Estela la complejidad del entramado psíquico ante los diversos conflictos de los adolescentes, tanto los de índole intrapsíquica como los ligados a las experiencias vinculares en el mundo exterior.

14. La clínica con adolescentes: de la investidura orgánica a la formación del carácter en la adolescencia

Introducción

Este capítulo contiene un ejemplo de algunos aspectos de la clínica con adolescentes. En esta ocasión, intento mostrar el pasaje de la lógica de la adolescencia media a la adolescencia tardía.

Se trata de dos adolescentes que se hallaban en análisis con terapeutas que pertenecían a un grupo de supervisión coordinado por mí.

Cinco son los puntos que abordaremos en esta ocasión:

1- La interrelación entre narcisismo y elección de objeto, en el pasaje de distintas lógicas adolescentes.

2- La regresión pulsional defensiva y los vínculos de violencia en la pareja.

3- Los dobles y el apego a los vínculos incestuosos.

4- Desenlaces del Complejo de Edipo, y Castración y la formación del carácter.

5- Los caminos de la elección vocacional y su relación con la sublimación de los vínculos narcisistas e incestuosos.

Comenzaré, por lo tanto, retrabajando ciertos conceptos que ya expuse en la segunda parte del libro, sobre adolescencia temprana, referidos al erotismo genital y la constitución de los dobles, como una defensa frente a la angustia de aniquilación del Yo.

Surgimiento del erotismo genital

Durante la adolescencia temprana, alrededor de los 8 años, comienzan a desarrollarse procesos somáticos correspondientes al crecimiento del cuerpo y al funcionamiento de las hormonas sexuales. Estos procesos, que fueron descriptos por Freud (1905d), forman parte de la cuarta fase del desarrollo libidinal; se acompañan de un tipo de erotismo que Freud llamó erotismo genital, o genitalidad, y presentan una voluptuosidad orgánica específica. Así podemos deducirlo a partir de varios de sus escritos como *Metamorfosis de la pubertad, Esquema del Psicoanálisis, El problema económico del masoquismo* entre otros.

Nos interesa diferenciar dos momentos en el surgimiento de esta fase genital. El primero está relacionado con el surgimiento de tensión genital, sin posibilidad de descarga, y el comienzo del crecimiento corporal. Ambos necesitan del esfuerzo de ligadura para transformar estos procesos somáticos en procesos psíquicos.

El segundo momento tiene que ver con el comienzo de la vida genital y el encuentro sexual con el objeto. Este momento también implica nuevas ligaduras para el aparato psíquico, que debe procesar las transformaciones corporales en función del inicio de la vida sexual: el reconocimiento del cuerpo propio y sus diferencias con el ajeno.

Veamos, en primer lugar, lo relacionado con el erotismo genital. Su comienzo conlleva un desborde voluptuoso sobre el aparato psíquico, por lo cual éste debe abocarse a la tarea de ligadura entre pulsión y representación, y luego entre representaciones, para evitar que sobrevenga un trauma específico: una sensualidad orgánica, como es el reconocimiento de la excitación genital y la imposibilidad de enlazar dicha tensión con procesos psíquicos más complejos. Al comienzo, gran parte de este erotismo se tramita por medio del goce en un narcisismo biológico o intracorporal, y al autoerotismo masturbatorio, a través del juego con los contenidos corporales, como "aquello que sale de mí", pero cuando el crecimiento biológico decrece, su tramitación se realiza por medio de la exacerbación de la sensorialidad periférica, como el verse o el tocarse de los enamorados y el uso de un lenguaje propio de tal erotismo, "el lenguaje del amor".

Esta situación psíquica, descripta a partir del surgimiento de la pulsión genital, deja claro que dicha pulsión no ejerce sobre el aparato anímico una función normatizante, sino más bien complejizante y de desorganización.

En otros términos, entendemos que el advenimiento del erotismo genital resulta desquiciante para la organización psíquica alcanzada durante la latencia, ya que,

como dijimos, a dicha tensión voluptuosa no le sigue la posibilidad de descarga, y ello no tanto por una inhibición del sujeto, provocada por influjos externos, sino porque dichas sensaciones son en sí mismas de naturaleza insatisfactoria. En el lugar de esta falta, constituida como goce no adviniente, emergen descargas orgánicas equivalentes, como por ejemplo ataques de asma o epilépticos, o descargas a través de los afectos, que van desde crisis de asco o de pánico hasta ataques de risa, de llanto o de furia.

En efecto, la tensión genital que busca su resolución en descargas equivalentes pone de manifiesto tanto las fijaciones previas como la regresión a un autoerotismo, debido a la imposibilidad de síntesis de las pulsiones parciales. Por lo tanto, desde la perspectiva pulsional, el advenimiento del erotismo genital implica un nuevo esfuerzo de trabajo para el aparato psíquico por tres razones: la necesidad de articulación de tal erotismo con las pulsiones parciales, la interrelación entre las dos corrientes, sensualidad y ternura, devenidas de la excitación genital, y la necesidad del lenguaje del amor y la resolución de la contradicción entre pulsiones de autoconservación y sexuales, ya que el nuevo erotismo coincide con la posibilidad de procreación.

Pasemos ahora al segundo momento, aquel que se desarrolla a nivel de los vínculos objetales y por los que transcurren los desenlaces del Complejo de Edipo y de Castración. En el tercero de los *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud afirma que junto con el erotismo genital se produce el desasimiento de la autoridad de los padres. Ambos factores, erotismo y desasimiento, convergen, debido a que la prohibición del incesto se halla íntimamente relacionada con el hallazgo de objeto. Con respecto al incesto, expresa que, en virtud de que la madurez sexual lleva como cualidad su diferimiento, este último, plasmado en el período de latencia, da lugar a que en lo anímico se erijan, tanto inhibiciones de la sexualidad infantil como una barrera contra el incesto. Esta barrera, expresa, representa una exigencia cultural que ayuda a que se establezcan unidades sociales superiores, y estos desenlaces resultan especialmente eficaces en los adolescentes, como forma de aflojar los intensos lazos de afecto que se instauraron con los progenitores durante la infancia.

Por el otro lado, el hallazgo de objeto se realiza en primera instancia intrapsíquicamente, desde la configuración de diferentes representaciones y a través de las fantasías. En los adolescentes estas fantasías surgen con las características de la sexualidad infantil. Esto quiere decir que, en cuanto a la elección de objeto, ésta recae, en primer lugar, sobre sus progenitores y en la forma que determinó su historia edípica, tanto en la elección homosexual como heterosexual. En cuanto a la meta de la sexualidad, ya dijimos que el erotismo genital, carente aún de investiduras de

objeto externo, en un primer tiempo busca la satisfacción a través del autoerotismo de las pulsiones parciales.

Hasta aquí nos hemos referido a las hipótesis que Freud desarrolló con respecto a los procesos anímicos de la pubertad: surgimiento del erotismo genital, prohibición del incesto, desasimiento de la autoridad de los padres y hallazgo de objeto.

Los dobles en el hallazgo de objeto narcisista

Existe otro proceso que Freud estudió, pero no ligó con este momento del desarrollo, y que ubicamos en la línea de reflexiones ulteriores post-freudianas. Nos referimos al procesamiento de la libido narcisista y la producción de un objeto dentro de la misma. Este tema, aunque no referido a la adolescencia, ha sido trabajado en Francia por Lacan (1936/57), Green (1983), Rosolato (1978), en Estados Unidos por Kohut (1971/77), Kernberg (1976); en Inglaterra por Winnicott (1958/71); y ya en relación con la adolescencia, Blos (1962/81) y, entre nosotros, Aberastury y Knobel (1972), Maldavsky (1982) y Quiroga (1976/9/82/4/6/90).

Me referiré, pues, al destino de la libido narcisista en la adolescencia, su enlace con las vicisitudes de la producción psíquica de un objeto (su hallazgo), con el desasimiento parental, y con la decisión vocacional y la inserción en el mundo del trabajo.

En primer lugar, durante la adolescencia temprana la irrupción de la tensión genital y del crecimiento produce en el adolescente una imagen de cuerpo despedazado, surgido como consecuencia de la regresión al autoerotismo y al funcionamiento de las pulsiones parciales. De esta manera, el narcisismo se manifiesta como investidura corporal de una zona erógena.

En cambio, en la adolescencia media la detención de los procesos de crecimiento permiten un desplazamiento desde la investidura intracorporal y autoerótica a la investidura de la sensorialidad de la periferia corporal, que se organiza predominantemente a partir de lo visto y lo oído, y da paso a la construcción de una imagen corporal totalizada, sobre la cual recae la investidura narcisista. Esta imagen que se constituye como Yo-ideal se ha conformado sobre la base de la identificación con un modelo con el cual se aspira a la fusión. El Yo es, pues, objeto de investidura narcisista. Podríamos decir que en un principio está privilegiado el "deseo de ser", deseo de lograr una imagen sobre la cual recae el deseo de "ser hombre" o "ser mujer".

Dijimos en capítulos anteriores que las largas horas frente al espejo o en el gimnasio de los adolescentes medios, abocados a embellecer el cuerpo, son manifestaciones de un narcisismo no patológico y proveniente de Eros, que actúa

defensivamente ante el trauma de la vivencia de cuerpo fragmentado. ¿Hasta dónde este narcisismo defensivo puede ser sostenido por el aparato anímico del adolescente?

Veamos qué dice Freud con respecto a este tema. En *Introducción del narcisismo*, se pregunta:

> *(...) ¿Por qué una estasis así de la libido en el interior del Yo se sentiría displacentera? (...)* y más adelante *(...) ¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner la libido sobre objetos? La respuesta que dimana de nuestra ilación de pensamiento diría que esa necesidad sobreviene cuando la investidura del Yo con libido ha sobrepasado cierta medida (...). Sobrepasar cierta medida significa la búsqueda de un objeto, que, según Freud, será hallado de acuerdo al tipo narcisista, como "lo que uno es", "lo que uno fue", "lo que quisiera ser" y "lo que fue una parte del sí-mismo propio" y según el tipo de apuntalamiento "a la mujer nutricia" (madre fálica) y al "hombre protector" (padre nutricio).*

Volvamos ahora a la adolescencia. En el capítulo IX sugerí que, desde el punto de vista lógico, se puede detectar el comienzo de la adolescencia media por un cambio en las defensas que permiten la elaboración psíquica de los duelos, en primer lugar, por el cuerpo infantil, y luego, por los padres infantiles (Aberastury y Knobel 1971), que culmina con el logro de una nueva imagen de sí, con la cual el adolescente se identifica. Está elaboración posibilita, pues, diversos procesos, tanto de tipo identificatorio como de investidura objetal.

Los procesos de investidura de la imagen corporal coinciden con el duelo por el desasimiento parental, por lo cual la vida anímica del adolescente se encuentra sumergida en un conflicto entre seguir invistiendo al Yo y a los objetos incestuosos. Dicho conflicto suele tener un desenlace como transacción: el enamoramiento de un objeto conformado sobre la base de la identificación narcisista, la fusión y el mecanismo de proyección, en el que predominará la identificación por sobre las relaciones de objeto discriminadas. Este objeto, conformado como un doble especular, puede ser entendido de diferentes maneras: como un doble idéntico a uno; como un doble complementario, en el que el otro tiene algo de lo que el sujeto carece y desearía tener; como un doble hostil, que contiene aspectos escindidos y rechazados del sujeto; o como un doble anterior, en el que el otro se ama o se rechaza, en función de lo que el sujeto fue.

Antes de pasar al relato del ejemplo clínico, creo adecuado hacer algunas aclaraciones de orden metapsicológico con respecto a las vicisitudes de tales elecciones de objeto.

Ellas se refieren a las características estructurales del doble idéntico, que se corresponde con el enunciado por Freud como "lo que uno es"; del doble complementario, cuyas características se asemejan a "lo que desearía ser", pero con cierta variante, más cercana al "desear tener" y la estructura del "doble anterior", como "lo que uno fue", y que aparecen como momentos lógicos estructurales necesarios durante la elección de objeto en la adolescencia.

En el caso del primero, la estructura de la elección se basa en el mecanismo de idealización, donde el objeto fusionado con el Yo funciona como modelo, del cual el Yo depende para ser. El proceso de idealización aspira al goce, se basa en la experiencia de satisfacción y supone un mecanismo opuesto, que es el del rechazo a toda experiencia dolorosa relacionada con la posibilidad de ausencia, especialmente perceptual, del objeto, que es el que sustenta al Yo. La consecuencia de tal ausencia es causa de la aniquilación o muerte del Yo. Cuando esto ocurre, el objeto idealizado cambia de signo y se transforma en siniestro mensajero de la muerte (Freud 1919h).

Cuando la idealización recae sobre el Yo, la estructura dominante es el Yo-ideal, llamado por Kohut el Yo-grandioso. Aspira a la autosuficiencia, la omnipotencia, independencia absoluta y la fantasía de autoengendramiento. Cuando la idealización recae sobre el objeto, se produce su sobreestimación, y sirve para sustituir el ideal de perfección no alcanzado por el Yo que así se empobrece. El enamoramiento adolescente es típico de este proceso. En él, el objeto se ha puesto en el lugar del ideal del Yo, con el cual este último queda fusionado.

En el caso del doble complementario, la elección de objeto recae sobre lo que se desearía tener y está en función de desmentir la incompletud. La apropiación por identificación narcisista se suplanta por el apoderamiento del objeto. Se establece una relación de dependencia, en la que el sujeto acepta carecer de algo (su castración), siempre que esta carencia quede mitigada por la posesión y dominio del objeto. La erogeneidad predominante es de tipo anal, ya que el objeto debe quedar retenido y controlado por el sujeto, que siente que si el objeto desaparece, también desaparece el Yo.

La elección del doble hostil parece obedecer a un doble anterior idealizado, cuyo origen es un fragmento separado del Yo y perdido, y luego cambiado de signo. Esta elección se corresponde con la investidura del lugar de hermano o padre idealizado, como alguien que tiene lo que el sujeto desea. Ambas elecciones tienen como fundamento la envidia y la castración; para ambos sexos, es vivida como una injusticia que alguien debe reparar.

En estos casos, existe en los adolescentes una "fantasía de salvación", mediante la cual el sujeto será restaurado de algo que le fue sustraído. En estas elecciones

subsiste una paradoja imposible de resolver, pues ella se asienta sobre la desmentida de los complejos nodulares: la diferencia de sexos, de generaciones, el juego del poder y la oposición entre Eros y pulsión de muerte. Este vínculo se basa en que el poder (y el tener) de uno, que es Amo, supone la desaparición, descalificación y humillación del otro, que es esclavo. Tales vínculos se sostienen mediante mecanismos de defensa anteriores a la represión: la transformación en lo contrario (amor-odio, pasivo-activo) y vuelta contra la propia persona. Este mismo tipo de vínculo es el que sostiene el tipo de elección del doble anterior, como "lo que uno fue". A través de la clínica, he observado un tipo de pareja adolescente que elige sobre la base del mecanismo de transformación pasivo-activo, con esta secuencia temporal generalmente referida a las decepciones del amor. *Lo que yo sufrí antes, ahora otro lo va a sufrir*, así como también a la inversa: *Tal como la hice sufrir, ahora estoy sufriendo.*

Hemos tomado hasta aquí lo referente a la elección de objeto y su combinación con los destinos del narcisismo. Las otras dos variables, desasimiento y hallazgo de objeto, también se hallan interrelacionadas, coincidiendo con las elecciones por apuntalamiento (madre fálica-padre nutricio), propias de la conflictiva edípica no resuelta.

La elección por apuntalamiento y la novela familiar

Una versión de este tipo de elección narcisista se encuentra escenificada en la fantasía de la novela familiar. Para el adolescente, constituye una forma de desmentir el duelo por los padres idealizados, ya que ellos quedan desplazados por la familia del novio o la novia, cuyos padres lo acogerán como el elegido, evitándole el encuentro traumático con la propia soledad y el esfuerzo personal.

Otra alternativa que observamos como efecto de postergación del duelo por el desasimiento es el mantenimiento de un exceso de fidelidad a uno de los progenitores, que impide la salida exogámica. Aunque, en lo manifiesto, el adolescente aparece fijado a la instancia del Edipo positivo, el vínculo se sostiene por fijación al Edipo negativo, en tanto el progenitor del mismo sexo, debido a su propia conflictiva narcisista, impide al adolescente el proceso de desasimiento.

Un ejemplo de ello es el varón que permanece fijado libidinalmente a la madre, pues sustenta el mandato inconsciente de un Superyó paterno, o el caso de la hija que permanece fijada al padre por mandato del Superyó materno. En estos casos, estamos en presencia de un duelo que se procesará en forma patológica, a través de ciertas

identificaciones en el Yo con el progenitor del sexo opuesto, cuyas consecuencias se verán reflejadas en las elecciones de objeto en la adolescencia tardía o en las posteriores de la adultez. Estas elecciones de objeto suelen recaer en alguien del mismo sexo como la elección homosexual o en alguien de distinto sexo, cuyo vínculo presenta características de un narcisismo homosexual, con inversión de roles. El mantenimiento del mecanismo de desmentida acerca de la castración materna (madre fálica) y la muerte del padre (padre nutricio) evita el duelo por la desidealización parental.

Cuanto mayor es el apego a los padres, mayor es la posibilidad de que el objeto sea investido como doble, o elegido por apuntalamiento. En estas circunstancias, el erotismo genital queda degradado y se observa una regresión al autoerotismo y a las pulsiones parciales, como el placer por mirarse, maltratar o maltratarse, de orinar o defecar juntos, lo cual constituye una forma de desautorizar la eficacia de la genitalidad como un factor que conduce al desasimiento y al hallazgo.

A continuación, veremos el desarrollo de estas postulaciones, a través del análisis de una pareja adolescente, Gustavo y Estela, de 20 años. Como explicité más arriba, ambos se hallaban en análisis con terapeutas que pertenecían a un grupo de supervisión coordinado por mí. En esta supervisión simultánea, tuve ocasión de observar el cambio psíquico que en ambos se fue operando, en la medida en que atravesaban procesos de duelo similares a los descriptos más arriba.

El caso de Gustavo y Estela

Gustavo, consultó a los 17 años por problemas en sus relaciones sociales y de pareja. Decía que le costaba tanto hacerse de amigos como tener novia.

Al cabo de un año de tratamiento, logra insertarse en un grupo mixto, y tiempo después, conoce allí a Estela, de su misma edad, con quien comienza un noviazgo y su vida sexual.

Seis meses después, Estela manifiesta su deseo de analizarse, por lo que recurrió a la terapeuta de Gustavo, quien la derivó a otra profesional de nuestro equipo.

Paulatinamente, se van separando del grupo de amigos hasta constituir un vínculo narcisista cerrado, donde uno es el espejo y el complemento del otro. Mientras sus amigos festejaban el fin del ciclo secundario o realizaban viajes de egresados, ellos parecían haberse recibido únicamente de "novios". Se hablaban varias veces al día por teléfono, además de encontrarse por lo menos una vez al día, o a veces más.

Sentían una imperiosa necesidad de verse y de tocarse. Mientras permanecían juntos, estaban siempre de la mano o abrazados, haciéndose "mimos". Era tan notoria esta conducta exhibicionista de su sexualidad, que provocaba la incomodidad de la familia de Estela. En tales ocasiones decían sentirse violentados por tener que estar presentes, pues percibían que estaban virtualmente excluidos.

Era frecuente que tuvieran largas charlas telefónicas, pero, en ocasiones, él súbitamente cortaba y aparecía en casa de ella -vivían a dos cuadras- porque le resultaba imposible seguir hablando sin tocarla y verla.

El vínculo idealizado se iba cerrando hasta ahogarlos. Sin embargo, cada uno le reprochaba al otro cualquier intento de desprenderse, por medio de una escena de celos que terminaba con violencia.

Era común que esta pareja alternara "el pegoteo", la fusión, con situaciones de extrema violencia, usada frente a la necesidad de separarse y dejar un lugar psíquico para el intercambio con el grupo de pares. Los vínculos narcisistas alternaban entre un objeto, que, colocado en el lugar de doble idéntico se constituía en garante del ser, a otro en el que el doble debía constituirse como hostil para lograr diferenciarse. Un ejemplo del vínculo complementario aparecía en la proyección que cada uno había realizado en el otro de su bisexualidad Estela, de sus aspectos femeninos y Gustavo, de los masculinos.

En las peleas abundaban conductas sadomasoquistas, tales como insultos o maltratos. Con frecuencia, se acusaban mutuamente de ser los causantes de la pérdida de amistades anteriores. Del mismo modo, las conductas de seducción (como forma de infidelidad) constituían una manera de no sentirse encerrados. Por tal razón, la culpa y el reproche formaban parte de este vínculo.

En una ocasión, al salir de una fiesta, en la que Gustavo acusó a Estela de haber tenido conductas de seducción con sus amigos, iniciaron una pelea que comenzó en la vía pública con una escena de celos que, seguida de gritos e insultos mutuos, terminó con golpes y empujones. Al llegar a la casa de Estela, la pelea se complicó. Ella, furiosa, empujó violentamente a Gustavo y lo hizo trastabillar, e intentó cerrar la puerta de su casa para alejarlo. Gustavo reaccionó dándole a la puerta fuertes puntapiés en forma estruendosa, despertando así a los vecinos, que salieron a hacerlos callar. Para esta época, ninguno de los dos conseguía estudiar, pues, además de estas irrupciones violentas, se hallaban en un vínculo de mutua fascinación, y estos episodios en que cada uno se tornaba siniestro y deseaba destruir al otro eran la excepción.

En la medida en que la violencia de ambos se incrementaba, se plantearon la necesidad de tomar distancia y abrirse al exterior, pero les resultaba difícil. Tuvieron

que atravesar por numerosas experiencias de amor y de odio mutuos para poder tomar tal decisión. Estas últimas oscilaban entre intensas y opuestas manifestaciones de afecto, siempre en forma de descarga, como llanto, furia, cambios de humor. A veces la indiferencia y el mal humor eran acompañados por la acción violenta pero los insultos eran seguidos de pedidos de ayuda, llanto y arrepentimiento.

Entendemos que estos estados afectivos constituían formas de diferenciarse, de desear "ser uno mismo", manifestados a través del desborde pulsional y en forma de pasaje al acto; otras veces tenían un tinte de dramatización histérica, un acting-out como forma de identificarse, pero también de comunicarle algo al otro.

Progresivamente, la elaboración psíquica dio lugar a la introducción de la palabra y el pensamiento reflexivo, en lugar de la descarga pulsional. Estela decidió realizar un viaje al exterior con su madre, que luego continuó sola, donde pudo tomar contacto con sus intereses vocacionales. Durante esta separación, Gustavo tomó fuerzas para comunicarle al padre que quería cambiar de carrera, ya que su decisión había obedecido más al deseo de aquel que al propio. Al comienzo de la nueva carrera, apareció en él un deseo: *ser auténtico*. En sus monólogos intelectualizados reflexionaba diciendo que en muchas ocasiones había *repetido como un loro* el discurso de otros (sus padres, su analista, un amigo o su partido político). Los vínculos narcisistas, constituidos como fachada por identificación mimética, dieron paso a una mayor discriminación de sí mismo y de los otros. El proceso de duelo acerca del desasimiento parental iba fortaleciendo la estructura del Yo y transformando en identificaciones secundarias, como rasgos de carácter, la investigura de objeto homosexual ahora desexualizada.

El pasaje de la investidura corporal a la investidura de la representación palabra significó una transformación de los procesos de incorporación a los de introyección e identificación posteriores, y más tarde, de la identificación primaria a las secundarias constitutivas del carácter.

Veamos ahora la evolución del tratamiento de Estela y Gustavo, desde otras perspectivas metapsicológicas:

1. Desde el punto de vista de los desarrollos de afecto. En este punto, el uso de los afectos (furia, llanto, golpes), como un proceso de descarga y de desinvestidura, dejaban a la pareja en situación traumática y de inermidad psíquica, ante la pérdida del sentimiento de sí y, por lo tanto, de la aniquilación del Yo.

2. El pasaje de los afectos como descarga a los afectos como proceso de investidura. La aceptación del duelo por la pérdida de la sensorialidad y el "pegoteo" del cuerpo orgánico dejó de obturar procesos psíquicos más complejos, como la tristeza por el desasimiento parental.

3. El uso del mecanismo de desmentida, que operaba al servicio de neutralizar el pensamiento, frente a los duelos por la pérdida de la sensorialidad y de los vínculos edípicos, tanto homo como heterosexuales.

Gustavo:

El sentía la urgencia del contacto físico y Estela accedía, aunque había diferencias. Desde la perspectiva de él, en lugar de hablar de ciertos pensamientos dolorosos relativos al desasimiento, lo que hacía era sustituirlos por el apego. Trataba de transformar en experiencias palpables y visibles aquellos pensamientos que eran sólo expresables por la palabra, sin correlato visual o táctil. Ver y tocar servían para desmentir el dolor que sentía ante la distancia que significaba el uso de la palabra. Había también una tentativa de sustituir sus propios padres por los de la novia, ya que pasaba largas horas, a veces días, en los que se instalaba para convivir con Estela. Así, él se introducía un poco violentamente en esta familia, no tanto por su actitud, pues casi no hablaba, sino por el estilo que marcaba su presencia: los "mimos", las caricias, los besos, que ambos exhibían en forma exagerada.

Gustavo era un adolescente aislado y siempre había tenido dificultades para vincularse con su grupo de pares, como forma de distribuir y multiplicar los afectos edípicos que estaban condensados en sus padres y hermanos. La apertura al mundo exterior, en el cual se debieron incluir los celos, la rivalidad, la envidia y los vínculos tiernos con amigos, habían sido evitados fóbicamente.

El padre de Gustavo, debido a su ocupación, viajaba con frecuencia, y él quedaba a merced de las mujeres, la madre y una hermana un año mayor. Si bien el padre no le negaba la salida exogámica, indirectamente lo fijaba a la endogamia, al colocarlo durante su ausencia como subrogado. También solía hacer de padre o madre de sus hermanos menores, cuidándolos cuando éstos se ausentaban. Gustavo se mostraba "muy hombrecito" en su casa, pero pasivo y algo aniñado en el mundo externo. Cuando alguien trataba de poner límites a sus vínculos de apego, ejercía cierta violencia, y ello se observó tanto en el puntapié a la puerta como en la exhibición de sus caricias. Este pasaje a la actuación constituía una forma de desmentir las pérdidas, precipitándose sobre Estela y su familia. Correlativamente, sus dificultades en el estudio mostraban que el proceso sublimatorio se hallaba interferido y, por lo tanto, la posibilidad de usar el pensamiento y la palabra. Hasta ese momento, ellas eran usadas como equivalentes de una acción agresiva o del pegoteo.

Cuando Estela decide realizar su viaje, él permanece en Buenos Aires, celoso de la elección de Estela, pero también envidioso de que ella fuera capaz de separarse.

Aunque esto era algo muy deseado por él, debido a sus rasgos fóbicos, tenía dificultades para enfrentar el afuera. Sin embargo, la separación lo colocó frente a su soledad y esta libido vuelta hacia el Yo -desenlace de la crisis de duelo- se transformó en un acto sublimatorio: el interés por su problemática vocacional. Meses más tarde, decidió cambiar de carrera, haciéndose cargo de que ello significaría ser hostil y resignar sus vínculos pasivos ante el padre nutricio. Por otra parte, la nueva elección lo acercaba a la profesión de su madre y su hermana. En este acercamiento también había habido una transformación: lo que antes era "ser el padre", cuidando a sus hermanos o reemplazando al padre, ahora se convertía en un vínculo desexualizado, sublimatorio.

El pegoteo de la pareja también lo entendí como una forma de postergar la elaboración de vínculos homosexuales. Por ejemplo, ¿por qué Gustavo no había podido aún separase de su padre? Porque subsistía una fantasía con respecto a este vínculo, la esperanza de mantener la promesa de amparo del padre, de recibir un don, si él accedía a ser el hijo que aquel deseaba. Esta fantasía de continuar en un vínculo pasivo homosexual, como forma de desmentir la pérdida de un padre nutricio, pudo transformarse. En la medida en que profundizó el duelo, ratificó su posición, sustituyendo el deseo de recibir del padre por una posición crítica hacia él, abriendo la posibilidad de transformar en identificación la que era investidura de objeto. La decisión activa de elegir otra carrera lo disponía intrapsíquicamente a aceptar la inserción laboral futura, aceptando la soledad y el esfuerzo personal. En su pareja con Estela, había repetido el vínculo de pasividad frente al padre, conservando su identificación femenina, que, por otro lado, ella buscaba en él. Al perder al padre como persona real y constituirlo como instancia intrapsíquica (el Superyó), pudo rectificar su palabra y su posición de acatamiento frente a ella, además de su vínculo con Estela.

Esta renuncia le posibilitó la identificación en el Yo con sus aspectos activos masculinos, y esto se tradujo, en cuanto al vínculo de pareja, en un cambio radical. El ver y tocar quedó reemplazado por el pensar: tenían por entonces largas conversaciones, donde trataban de discriminarse, en cuanto al rol sexual y social de cada uno. Ella solía decir que lo veía "más hombre", y él comenzó a pedirle que se arreglara más coquetamente y se cuidara la silueta, ya que Estela tenía una tendencia marcada al sobrepeso. Es decir, comenzó a reclamarle rasgos femeninos que lo sedujeran, pues los masculinos poco a poco dejaron de satisfacerlo.

Paralelamente, se produjo en la pareja un cambio en la vida genital. El placer por la satisfacción de la sexualidad infantil, que consistía en contemplarse uno a otro mientras orinaban o defecaban, o hacerlo juntos, dio paso a una mayor intimidad. Un día ella manifestó en sesión: *Ahora, al ir al baño, cierro la puerta.* Disminuyeron las

manifestaciones propias de la regresión pulsional y la especularidad, y aumentó el placer por la genitalidad, que se acompañó con mayor discriminación de las individualidades. Esta nueva situación, por supuesto, dio paso a nuevas complejidades psíquicas y nuevos conflictos.

Estela:

El proceso de Estela, en relación con el uso de la desmentida y su posterior elaboración de los duelos en términos de identificaciones, coincidía en parte con Gustavo, aunque tenía ciertas diferencias. Ella parecía apegarse a él como forma de no dejar lugar a una posible rival. Al comienzo de la relación, ella controlaba cualquier vínculo exterior de él. Todos le despertaban celos y deseos de venganza, ya que se sentía insegura como mujer y pensaba que él la iba a abandonar. Tenía dificultades para mantener un vínculo de pareja y siempre resultaba abandonada. Estela oscilaba entre agradar y complacer a Gustavo, por miedo a perderlo, y hacer escenas de celos y seducir a otros, con el objeto de atraerlo.

Ella tenía un vínculo ambivalente con su madre, hostil y a su vez dependiente, y era la preferida del padre. De ella decían que era "igual a papá", lo cual dificultaba la identificación con la madre y acrecentaba los celos y la rivalidad con ella, además de apegarla al vínculo edípico con el padre.

La decisión de Estela de viajar a México y tomar contacto con problemáticas de su carrera resultó un logro personal, pero su mayor logro fue poder pedirle a su madre que la acompañe, pues Estela se jactaba de "arreglárselas sola" y no necesitar de nadie. Salvo, claro está, en su apego a Gustavo y a la comida. El viaje les permitió a madre e hija un acercamiento, que más tarde posibilitó un cambio en los afectos, de celos y rivalidad a la identificación con la madre, disminuyendo así la identificación masculina, que operaba como desmentida de la propia castración. Precisamente, esta última identificación era la que en un principio atrajo a Gustavo, mientras Estela proyectaba en él sus componentes femeninos.

La posibilidad psíquica de identificación con su madre permitió a Estela transformar el vínculo real en intrapsíquico, dando lugar a la constitución del Superyó materno. A la vez, la identificación con el padre en el Yo, que antes la llevaba a parecer un "varoncito", se transformó en un vínculo con él desde el mundo laboral y en la aceptación de trabajar en su negocio, a cambio de un pago. Esta situación, que significaba una transacción dentro del proceso de duelo, dejó a los padres satisfechos, pues consiguieron que Estela no se alejara demasiado del hogar.

Su padre era un hábil comerciante, que alternaba períodos de hiperactividad con otros de intensa depresión y síntomas hipocondríacos. Cuando esto ocurría, Estela se transformaba en la confidente de su madre, para oír en secreto el sufrimiento, la enfermedad somática y la depresión paterna, algo de lo que no podía hablar con sus otros hijos. Para Estela, el desasimiento parental se hacía difícil. Por un lado, era "la nena de papá" y desde allí conservaba el vínculo incestuoso, por otro, su madre contribuía a mantener esta fijación, en la medida en que era su confidente acerca de las preocupaciones con su marido. Para Estela, la paradoja consistía en que su Superyó materno se había constituido sobre la base de una prohibición, pero, en lugar de ser la prohibición del incesto, era la exogámica.

En cierta forma, esta identificación con el padre en el Yo, al igual que la de Gustavo con la madre, y la consecuencia para ambos en el ámbito laboral, significaba una relativa elaboración del desasimiento, más precaria en cuanto a la pérdida del objeto incestuoso que si se hubiera constituido como identificación en el Superyó. Una elaboración más acabada de la pérdida de la identificación en el Yo, con el padre, para Estela, y con la madre, para Gustavo, implicó para ella poder elaborar sus aspectos masculinos y para él los femeninos, proceso que aún en ese tiempo no había concluido, por lo cual subsistían, en el Yo de ambos, aspectos no elaborados de la bisexualidad de cada uno.

Pero para los dos, si bien estas identificaciones en el Yo con el progenitor del sexo opuesto constituían un "a mitad de camino", apuntaban a la conformación de un rasgo de carácter que les permitía mayor independencia de los vínculos edípicos positivos.

Otro punto interesante en los procesos del duelo adolescente es la elaboración del desasimiento de los hermanos. Gustavo tenía una hermana mayor y Estela un hermano mayor, con los cuales ambos mantenían vínculos ambivalentes, que iban desde la idealización hasta la rivalidad y la envidia, y esto tornaba más engorroso el proceso de separación. En esta misma línea, Gustavo, a través de su admiración, conservaba una identificación con su hermana en el Yo, que, si bien derivaba de la de su madre, tenía algo de intrínseco y particular de la historia entre hermanos. Por otro lado, en esta familia la fortaleza de las mujeres era abalada por el padre.

Por su parte, Estela tenía un problema similar con respecto a su hermano mayor. Tenía una admiración por él, que, aunque también derivaba de la admiración por el padre, tenía algo de intrínseco de la historia fraterna. Entre ambos hermanos existía un tercero, el hermano "sandwich", que mantenía una relación conflictiva con ambos. Con el mayor, "porque siempre le ganaba", además de ser el que recibía implícita y explícitamente el "legado" paterno. Con Estela, porque era "la nena menor" y preferida del padre. El amor hacia Estela de su hermano mayor se manifestaba en su protección tierna y el rol de maestro iniciador que ejercía. Ella a su vez sentía placer por este vínculo "mediador" edípico que éste ejercía entre el padre y ella. Sin embargo, el casamiento de este hermano la introdujo en un precipitado de nuevas investiduras e identificaciones, ya que efectuó un desplazamiento en la elaboración de los duelos por los vínculos edípicos, de sus padres al hermano y su cuñada. Simultáneamente, el dolor por la pérdida del hermano (como objeto de su fantasía) se transformó en una identificación con él en el ámbito laboral: ahora ambos trabajaban en el negocio de su padre.

Para Estela resultaba difícil abandonar el vínculo con estos padres nutricios, ya que había una oferta continua, a veces anticipada y muy elevada de "los dones", a cambio de aceptar el futuro que ellos le ofrecían, pero esta situación tenía sus consecuencias. Por aquel tiempo, Estela estaba en crisis con su vocación. Cuestionarla significaba rebelarse ante el ideal que sus padres tenían asignado para ella desde pequeña. Ella llevaba adelante el ideal de Niño Maravilloso de sus padres, y esta sobreinvestidura narcisística la llenaba de exigencias, que a veces no deseaba cumplir. Sin embargo, si accedía a este lugar, tendría un futuro asegurado. Por tal razón, a Estela le resultaba difícil renunciar a la ilusión de ser una eximia antropóloga, con un título logrado en una universidad del exterior y viajar por el mundo, aunque ello significara una desmedida exigencia.

La renuncia a tal lugar daría paso a los celos y la envidia hacia sus pares. Asimismo, si dejaba de ser la elegida, quedaría colocada como miembro de un grupo social con igualdad de posibilidades frente a la ley. Esta conflictiva sumía a Estela en periódicas minicrisis vocacionales, que le permitían dar rodeos "de independencia" y retardar su elección definitiva. Hasta aquí, los ejemplos de la clínica.

En el análisis de la evolución terapéutica de estos adolescentes traté, de mostrar, en primer lugar, en qué forma se hallan interrelacionados los procesos de investidura narcisista y de objeto, con el proceso de desasimiento parental, en el pasaje del tiempo lógico de la adolescencia media a la tardía. En segundo lugar, mostré cómo se reinstala, por regresión, la satisfacción pulsional, por medio de la sexualidad infantil y el pasaje al acto, desde la violencia hasta la adhesividad. Esta regresión también se observa en las vicisitudes entre la repetición y la elaboración en los vínculos de pareja. La formación del carácter se observa en el pasaje desde la descomplejización a la complejización psíquica, desde el goce orgánico hasta la constitución de rasgos de carácter.

En tercer lugar, describí las vicisitudes de la elección narcisista de objeto en términos de un doble y las elecciones por apuntalamiento, cuando se mantiene el apego a los padres. En cuarto lugar, he intentado analizar las transformaciones que sufren los desenlaces psíquicos en el conflicto entre el Complejo de Edipo y de Castración, que resultan en identificaciones como rasgos en el Yo y las producciones psíquicas, con que el mecanismo de desmentida opera en el desasimiento, en el pasaje de una fase a otra de la adolescencia.

Por último, resulta interesante observar cómo en la medida en que la pareja pudo soportar el dolor de la soledad, transformando el "pegoteo" sensorial en procesos de pensamiento y desarrollos de afecto por investidura, la libido narcisista positiva, narcisismo de vida (Green 1983), permitió que surgieran procesos sublimatorios y el encuentro con el deseo vocacional, por un lado, y la inserción en el mundo del trabajo, por el otro. Ambos, el encuentro vocacional y la aceptación del trabajo, forman parte de las tareas psíquicas de la adolescencia tardía.

SÍNTESIS

Este capítulo es un resumen de las ideas principales que he desarrollado a lo largo de este libro, y constituye un cierre a algunas preguntas que, a su vez, quedarán como aperturas a otros interrogantes.

Con respecto al desarrollo de estas ideas, diré que el libro quedó dividido en tres partes. La primera plantea dos problemáticas básicas: la adolescencia como un fenómeno multideterminado, que se puede estudiar desde distintos puntos de vista: biológico, psicológico, familiar, grupal-institucional y antropológico-cultural. También planteé la adolescencia como una etapa del ciclo vital, que cronológicamente dura alrededor de veinte años, dentro de la cual podemos ubicar tres momentos lógicamente determinados: adolescencia temprana, media y tardía. En cada uno de ellos predomina una estructura psíquica que se caracteriza por un tipo específico de preconsciente, determinados conflictos, fijaciones y defensas, conflictos y fijaciones que el Yo debe resolver, y para lo cual apela a determinadas defensas que son diferentes para cada estructura. Para la comprensión de las lógicas, apelamos al concepto freudiano de *corrientes psíquicas coexistentes*.

Estas afirmaciones llevan a la segunda problemática de esta primera parte: definir los supuestos teóricos generales para la construcción de una metapsicología de la adolescencia. Estos supuestos básicos apuntaban a comprender las múltiples manifestaciones de cada fase, dentro de una teoría general que las sustenta en una visión de conjunto, tanto para el aspecto evolutivo para como para el psicopatológico.

El aspecto evolutivo comprende la historia de la constitución de las estructuras, (el narcisismo primario y los desenlaces del Complejo de Edipo y Castración), y un

aspecto nuevo, que es el acceso a la fase genital del desarrollo psicosexual. Lo nuevo reorganizará y resignificará la historia pasada, en función de este presente.

En la segunda parte del libro planteo dos problemáticas: la construcción de una metapsicología de la adolescencia temprana, tomando como punto de partida los procesos de crecimiento y la emergencia de la genitalidad, y el impacto desintegrador que ésta produce en la estructura psíquica de la latencia. Desarrollo también el efecto traumático de la nueva fase sobre el aparato psíquico, su imposibilidad de resolución a nivel genital, y el gobierno de las pulsiones parciales, que tienen como efecto el desenfreno pulsional y la regresión yoica.

Los dos capítulos siguientes se refieren a las producciones psíquicas de adolescentes tempranos, insertos en un marco institucional y social diferenciado e influyente. Una escuela secundaria de clase media urbana, y un instituto para menores con infracciones leves y desamparo social y familiar.

La tercera parte del libro plantea mis aportes a la metapsicología de la adolescencia media. En ella desarrollo la problemática de los duelos en esta fase, el duelo relacionado con los cambios corporales que han cesado y que dio paso a la elaboración psíquica de los mismos. El duelo, relacionado con las investiduras narcisistas, homosexuales y edípicas, y sus transformaciones en identificaciones secundarias, el hallazgo de objeto exogámico y la inserción laboral.

Estos temas, que quedan planteados en un cuadro orientador al final del capítulo IX, son desplegados en los cuatro capítulos siguientes, donde presentamos, en primer lugar, el procesamiento de los vínculos especulares y de rivalidad fraternos y paternos, y su inserción en la cultura. En segundo lugar, el hallazgo de objeto y las transformaciones lógicas que encontramos en la clínica, y en la investigación sobre las entrevistas realizadas a adolescentes medios.

Observamos que las distintas formas de encuentro con el objeto conservaban una secuencia lógica, que iba desde la constitución del objeto intrapsíquico, a través del enamoramiento en la fantasía, hasta el encuentro con el objeto propiamente dicho. Observamos también que, durante esta etapa, la estructura psíquica del adolescente no alcanza una diferenciación clara en la pareja y que tienen vigencia estructuras arcaicas con variadas combinaciones, derivadas de las nuevas experiencias con el objeto. Por ejemplo, los vínculos diádicos, triádicos, múltiples, siempre parcializados.

Me pareció importante trabajar el problema de las defensas, ya que ello me permitió pensar teóricamente en conflictos específicos, que salían a la luz durante este tiempo lógico.

En este sentido, fue importante estudiar el trabajo de la represión y de ciertas desmentidas para evitar el desasimiento parental.

El último capítulo constituye una muestra del encuentro de los tres campos de investigación propuestos: la metapsicología, la psicopatología y la clínica de la adolescencia en el momento de pasaje desde la fase media hasta la adolescencia tardía.

El valor de este trabajo de supervisión sobre dos casos clínicos: Gustavo y Estela, me dio la posibilidad de un seguimiento continuado durante cuatro años, donde se puede ver el desarrollo del marco teórico propuesto: 1) la evolución de las estructuras psíquicas desde el goce autoerótico hasta una genitalidad más satisfactoria, 2) la evolución de la subjetividad de cada uno de los adolescentes, en tanto y en cuanto la elaboración del duelo por las investiduras edípicas se transformaron en identificaciones secundarias con el progenitor del mismo sexo.

Una línea interesante, abierta ahora a la investigación y que he observado en la clínica, es pensar en que medida el encuentro vocacional y laboral puede lograrse, si previamente no se han resuelto los conflictos referentes al Complejo de Edipo y de Castración, en especial, los referidos a las investiduras de objeto homosexual.

Estas preguntas nos conducen a nuevas aperturas e interrogantes que se relacionan con la problemática de la adolescencia tardía y sus lógicas intrapsíquicas, un trabajo que estamos realizando y que será tema del próximo libro.

Referencias bibliográficas

Aberastury, A. y Knobel, M.: *La adolescencia normal*, Buenos Aires, Paidós, 1972.

Abraham, K. (1913): "El origen de las fobias al sol y a los fantasmas a partir del totemismo infantil", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Paidós, 1980.

Anthony, E. J. y otros: *Parentalidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1983.

Anzieu, D. (1974): *El Yo - piel*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1987.

Anzieu, D. y otros (1987): *Las envolturas psíquicas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

Aulagnier, P. (1975): *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

Aulagnier, P.: "De lo originario al proyecto identificatorio", en L. Hornstein (comp.): *Cuerpo, Historia, Interpretación*, Buenos Aires, Paidós, 1991.

Bick, E.: "La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas", *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, 1970, tomo 27, 1, págs. 111-117.

Bion, W.: *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires, Paidós, 1966.

Bleger, J.: *Simbiosis y ambigüedad*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

Blos, P. (1962): *Psicoanálisis de la adolescencia*, México, Joaquin Mortiz, 1971.

Blos, P.: *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.

Bowlby, J.: "Some pathological processes set in train by early mother-child separation",

Journal of Mental Science, 99, 1953, págs. 265-272.

Bowlby, J.: "The nature of the child's tie to his mother", *International Journal of Psychoanalysis*, 39, 1958, págs. 350-373.

Cesio, F.: "Psicoanálisis de las manifestaciones somáticas", *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, 2, 1979, págs. 223-6,

Cesio, F.: (1988) "Tragedia y muerte de Edipo. Pulsión de muerte, letargo y reacción terapéutica negativa", *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, 1986, tomo 43, 2, págs. 893-907.

Dolto, F.: *La causa de los adolescentes*, Barcelona, Seix Barral,1990.

Erikson, E.: "Reflexiones acerca del disconformismo en la juventud contemporánea", *International Journal of Psychoanalisis*, 1970, 51, 1.

Erikson, E.: *Identidad, juventud y crisis*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

Erikson, E. (1982): *El ciclo vital completado*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

Fainberg, H.: "El telescopaje de generaciones: la genealogía de ciertas identificaciones", *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, 1985, 5, págs. 1043-56.

Fernández Moujan, O.: *Abordaje teórico y clínico de la adolescencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.

Fraiberg, S (1982): "Pathological defenses in infancy", *Psychoanalytic Quarterly*, vol 1, pág. 621-635.

Freud, A. (1936): *El Yo y los mecanismos de defensa*, Buenos Aires, Paidós, 1974, 7ª edición.

Freud, S. (1895b): "Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu (AE), 24 vols., 1978-85, vol. 3.

Freud, S. (1985c): "Obsesiones y fobias", *AE*, vol. 3.

Freud, S. (1895d): "Estudios sobre la histeria" (en colaboración con F. Breuer), *AE*, vol. 2.

Freud, S. (1896): "Cartas a Fliess: Carta 52 (06-12-1896)", *AE*, vol. 1.

Freud, S. (1896): "Carta 46 (30-05-1896)", *AE*, vol. 1.

Freud, S. (1896b): "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa", *AE*, vol. 3.

Freud, S. (1897): "Carta 61 (02-05-1897)", *AE*, vol. 1.

Freud, S. (1901b): "Psicopatología de la vida cotidiana", *AE*, vol. 6.

Freud, S. (1905d): "Tres ensayos de teoría sexual", *AE*, vol. 7.

Freud, S. (1908b): "Carácter y erotismo anal", *AE*, vol. 9

Freud, S. (1908e): "El creador literario y el fantaseo", *AE*, vol. 9.

Freud, S. (1909a): "Apreciaciones generales sobre el ataque histérico", *AE*, vol. 9.

Freud, S. (1909c): "La novela familiar de los neuróticos", *AE*, vol. 9.

Freud, S. (1910/12): "Contribuciones a la psicología del amor," I y II; (1910) "Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre" y (1912d) "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", *AE*, vol. 11.

Freud, S. (1910/11): "Puntualizaciones sobre un caso de paranoia (Dementia Paranoides) descrito autobiográficamente", *AE*, vol. 12.

Freud, S. (1911b): "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", *AE*, vol. 12.

Freud, S. (1912/3): "Tótem y Tabú", *AE*, vol. 13

Freud, S. (1913f): "El motivo de la elección del cofre", *AE*, vol. 12.

Freud, S. (1913j): "El interés por el psicoánalisis", *AE*, vol. 13.

Freud, S. (1914a), "Acerca del fausse reconnaissance ("déjà raconté") en el curso del trabajo psicoanalítico", *AE*, vol. 13.

Freud, S. (1914c): "Introducción del narcisismo", *AE*, vol. 14.

Freud, S. (1914f): "Sobre la psicología del colegial", *AE*, vol. 13.

Freud, S. (1914g): "Recordar, repetir y reelaborar", *AE*, vol. 12.

Freud, S. (1915c): "Pulsiones y destinos de pulsión", *AE*, vol.14.

Freud, S. (1915d): "La represión", *AE*, vol. 14.

Freud, S. (1915e): "Lo inconsciente", *AE*, vol. 14.

Freud, S. (1916b): "Paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica", *AE*, vol. 14.

Freud, S. (1915/17): *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, Conferencia 21: "De-

sarrollo libidinal y organizaciones sexuales", *AE*, vol. 15-16.

Freud, S. (1917b): "Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*", *AE*, vol. 17.

Freud, S. (1917c): "Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal", *AE*, vol. 17.

Freud, S. (1917e): "Duelo y melancolía", *AE*, vol. 14.

Freud, S. (1918a): "El tabú de la virginidad", *AE*, vol. 11.

Freud, S. (1918b): "De la historia de una neurosis infantil", *AE*, vol. 17.

Freud, S. (1919e): "Pegan a un niño", *AE*, vol. 17.

Freud, S. (1919h): "Lo ominoso", *AE*, vol. 17.

Freud, S. (1920d): "Asociación de ideas de una niña de cuatro años", *AE*, vol. 18.

Freud, S. (1920g): "Más allá del principio del placer", *AE*, vol. 18.

Freud, S. (1921c): *Psicología de las masas y análisis del Yo*, *AE*, vol. 18.

Freud, S. (1921/2): "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad", *AE*, vol. 18.

Freud, S. (1923b): "El Yo y el Ello", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1923e): "La organización genital infantil", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1924b): "Neurosis y Psicosis", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1924c): "El problema económico del masoquismo", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1924d): "El sepultamiento del Complejo de Edipo", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1924e): "La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1925b): "La negación", *AE*, vol. 19.

Freud, S. (1926d): "Inhibición, síntoma y angustia", *AE*, vol. 20.

Freud, S. (1927c): "El porvenir de una ilusión", *AE*, vol. 21.

Freud, S. (1927d): "El humor", *AE*, vol. 21.

Freud, S. (1927e): "Fetichismo", *AE*, vol. 21.

Freud, S. (1928b): "Dostoievski y el parricidio", *AE*, vol. 21.

Freud, S. (1930a): "El malestar en la cultura", *AE*, vol. 21.

Freud, S. (1931b): "Sobre la sexualidad femenina", *AE*, vol. 21.

Freud, S. (1933a): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Conferencia 32: "Angustia y vida pulsional", *AE*, vol. 22.

Freud, S. (1933a): *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Conferencia 33: "La feminidad", *AE*, vol. 22.

Freud, S. (1936a) "Carta a Romain Rolland" (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis), *AE*, vol. 22.

Freud, S. (1939a): "Moisés y la religión monoteísta", *AE*, vol. 22.

Freud, S. (1940a): "Esquema del psicoanálisis", *AE*, vol. 23.

Freud, S. (1940e): "La escisión del Yo en el proceso defensivo", *AE*, vol. 23.

Freud, S. (1941f): "Conclusiones, ideas, problemas", *AE*, vol. 23.

Freud, S. (1950a -1887-1902): "Proyecto de una psicología para neurólogos", *AE*, vol. 1.

García Arzeno, M. E.: *El síndrome de la niña púber*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

García Reinoso, D.: "Adolescencia, familia y sociedad", Conferencia en *Adolescencia, cultura y sociedad*, Buenos Aires, Kargierman, 1971.

Green, A. (1983): *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

Green, A. y otros (1986): *La pulsión de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

Grinberg, L. y otros: *Introducción a las ideas de Bion*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.

Housel, D (1985): "Le monde tourbillonnaire de l' autisme, *Lieux de l' Enfance*, vol. 3, pág. 169-83.

Gutton, P. (1991): *Lo puberal*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

Hurlock, E. (1949): *Psicología de la adolescencia*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

James, M. (1986): "Premature ego development: Some observations on disturbances in the first three months of life", *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 41, págs. 228-294.

Kaes, R.: *El aparato psíquico grupal*, Buenos Aires, Paidós, 1976.

Kemberg, O. (1976): *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Paidós, 1974.

Klein, M. y otros: *Desarrollos en psicoanálisis*, Buenos Aires, Hormé, 1962.

Klein, S.: "Autistic phenomena in neurotic patients", *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 61, 1980.

Kohut, H. (1971): *Análisis del self*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

Kohut, H. (1977): *La restauración del sí mismo*, Buenos Aires, Paidós, 1980.

Lacan, J. (1934): *La familia*, Buenos Aires, Homo Sapiens, 1977.

Lacan, J. (1936): "El estadio del espejo como formador de la función del Yo", en *Escritos*, México, Siglo XXI, vol. 1, 1984.

Lacan, J. (1957/8): "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis", en *Escritos*, México, Siglo XXI, vol. 2, 1984.

Lacan, J.: *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.

Lévi-Strauss, C. (1956): "La familia", en *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Barcelona, Anagrama, 1976.

Lévi-Strauss, C. (1958): *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1977.

Mahler, M.: "A study of the separation individuation process and its possible aplication to borderline phenomena in the psychoanalytic situation", en *Psychoanalitic Study of the Child*, vol. XXVI, 1972.

Mahler, M. y otros (1975): *El nacimiento psicológico del infante humano*, Buenos Aires, Marymar, 1977.

Mannoni, M.: *La primera entrevista con el psicoanalista*, Buenos Aires, Granica, 1973.

Mannoni, M. (1984): *La crisis de la adolescencia*, Barcelona, Gedisa, 1986.

Maldavsky, D. y col.: *Complejo de Edipo positivo: constitución y transformaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Maldavsky, D. (1982): "Transformaciones representacionales constituyentes del aparato psíquico en la adolescencia", en Quiroga S. E. (autora y comp.), *Adolescencia: de la metapsicología a la clínica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.

Maldavsky, D.: *Estructuras narcisistas. Constitución y transformaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

Maldavsky, D.: *Teoría y clínica de los procesos tóxicos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

Meltzer, D.: *Los estadios sexuales de la mente*, Kargieman, 1974.

Meltzer, D.: *Metapsicología ampliada*, Buenos Aires, Spatia, 1990.

Nasio, D. (1982): "La forclusión y el nombre del padre", en *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*, México, Siglo XXI, 1984.

Nasio, D. (1988): *Enseñanza de los siete conceptos cruciales del psicoanálisis*, Barcelona, Gedisa, 1989.

Piaget, J.: *Seis estudios de psicología*, Barcelona, Barral Editores, Primera Parte: Cap. III y IV, Segunda Parte: Cap. III, 1974.

Quiroga, S. E. (1976): "La transición a la pubertad", *Signos Universitarios*, Año I, Nº 2, 1979.

Quiroga, S. E. (1977): "Aportaciones al estudio de la transición de la etapa prepuberal a la puberal", *Actualidad Psicológica*, Año III, Nº 27, 1977.

Quiroga, S. E. (1979): "Análisis de la evolución del psiquismo infantil. Aportes para una psicología evolutiva psicoanalítica". Primeras Jornadas Nacionales de Psicología del Niño y la Familia. Noviembre de 1979.

Quiroga, S. E. (1980): "Transformaciones en la lógica de las representaciones correlativas al acceso a la lactancia en varones", en *Complejo de Edipo positivo: estructura y transformaciones*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980.

Quiroga, S. E. (1980): "Estructuración del espacio en las distintas etapas evolutivas", *Actualidad Psicológica*. Año VII, Nº 63, 1980.

Quiroga, S. E. (1981a): "Estructura y transformaciones en el aparato psiquico desde el nacimiento hasta la pubertad", Tesis de doctorado, UBA, 1983.

Quiroga, S, E. (1981b): "Aportaciones al estudio de la transición de la etapa prepuberal a la puberal en niñas", en *Adolescencia, de la metapsicología a la clínica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.

Quiroga, S. E. (autora y comp.) (1982): *Adolescencia, de la metapsicología a la clínica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.

Quiroga, S. E.: "Acerca de ciertas características en la adolescencia temprana masculina", Revista *Espacio*, Nº 4 y 5, Set. y Oct., 1984.

Quiroga, S. E. (1985): "Abordaje psicosocial y metapsicológico de la adolescencia temprana", en *Acerca de la adolescencia*, Buenos Aires, Tekné, 1987.

Quiroga, S. E. (1987a): "Adolescencia media: procesos de duelo y sus transformaciones en esta fase", publicación Cátedra I de Adolescencia, Facultad de Psicología, UBA, 1987.

Quiroga, S. E. (1987b): "Adolescencia media: vicisitudes del hallazgo de objeto", publicación Cátedra I de Adolescencia, Facultad de Psicología, UBA, 1987.

Quiroga, S. E. (1987c): "Adolescencia media: defensas ante los procesos pulsionales y la realidad", publicación Catedra I de Adolescencia, Facultad de Psicología, UBA, 1987.

Quiroga, S. E. (1987d): "Técnica y clínica en la adolescencia", en *Acerca de la adolescencia*, Buenos Aires, Tekné, 1987.

Quiroga, S. E. y otros: *Acerca de la adolescencia*, Buenos Aires, Tekné, 1987.

Quiroga, S. E.: "Procesos de duelo en la adolescencia media", *Actualidad Psicológica*, Nº 148, Buenos Aires, octubre, 1988.

Quiroga, S. E. (1992): "El duelo y los procesos identificatorios en la adolescencia media", *Revista de Psicoanálisis*, Buenos Aires, 1990, tomo 47, 4.

Quiroga, S. E.: "Primeras entrevistas con el psicoanalista", *Revista Tópica*, Año I, Nº 2, 1991.

Quiroga, S. E. (1992): "Pablo, la clínica y la metapsicología de la adolescencia", *Revista Arg. de Clínica Psicológica*, AIGLE, vol. I, 3, dic., 1992.

Quiroga, S. E. (1993): "Homosexualidad en la adolescencia", *Actualidad Psicológica*, Buenos Aires, Nº 202, Sept., 1993.

Quiroga, S. E. (1994): "De la investidura orgánica a la formación del carácter en la adolescencia", *Actualidad Psicológica*, Buenos Aires, Nº 212, agosto 1994.

Quiroga, S. E. y otros (1994): *Patologías de la autodestrucción en la adolescencia*, Buenos Aires, Ed. Kargieman, 1994. Segunda edición, 1996, Publicar.

Rank, O. (1961): *El mito del nacimiento del héroe*, Barcelona, Ed. Petrel, 1981.

Rolla, E.: "Sobre familias. Concepto y significado psicosocial", *Revista de Psicoanálisis*, 1978: 4.

Rolla, E.: "Una teoría sobre el suicidio", *Revista de Psicoanálisis*, 1971: 2.

Salas, E.: "Adolescencia y capacidad de ensoñación", *Revista de Psicoanálisis*, 1971: 4.

Sami-Ali (1984): *Lo visual y lo táctil*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.

Slavsky, D.: "Amores y prejuicios en instituciones para adolescentes", *Actualidad Psicológica*, Nº 152, marzo, 1989.

Spitz, R. (1956): *El primer año de vida del niño*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969.

Tustin, F. (1972): *Autismo y psicosis infantiles*, Buenos Aires, Paidós, 1977.

Tustin, F. (1987): *Barreras autistas en pacientes neuróticos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1989.

Tustin, F. (1990): *EL cascarón protector en niños y adultos*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.

Valls, J. L.: *Diccionario freudiano*, Madrid, J. Jebenes, 1995.

Vega, M.: "Fundamentos metapsicológicos generales", publicación Cátedra de Adolescencia, Facultad de Psicología, UBA, 1984.

Winnicott, D. (1958): *Escritos de Pediatría y psicoanálisis*, Barcelona, Laia, 1979.

Winnicott, D. (1965): *El proceso de maduración en el niño*, Barcelona, Laia, 1975.

Winnicott, D. (1971): *Realidad y Juego*, Buenos Aires, Granica, 1972.

Winnicott, D. (1984): *Deprivación y delincuencia*, Buenos Aires, Paidós, 1990.

INDICE

Prólogo 7

Primera parte

La metapsicología de la adolescencia en el marco de la multideterminación

1. La adolescencia: fenómeno de multideterminación
-Parte I- Puntos de vista cronológico, biológico y antropológico 15

Introducción 15
Definición y ubicación de la adolescencia 15
Punto de vista cronológico 17
a. Adolescencia temprana 17
b. Adolescencia media 19
c. Adolescencia tardía o fase resolutiva 20
Punto de vista biológico 21
a. Función de la glándula pituitaria 21
b. Función de las gónadas 22
En la mujer: 22
En el varón: 22
c. Transformaciones físicas de la pubertad 23
Punto de vista antropológico 25
¿Cómo se sale de los vínculos de intimidad a la cultura? 27
El "avunculado" como forma de iniciación 27

2. La adolescencia: fenómeno de multideterminación
-Parte II- Punto de vista psicosocial: el adolescente, la familia y el grupo 31

Introducción 31
Una visión general de lo psicosocial 31
El adolescente y la familia 33
El adolescente y el grupo 38
Dos enfoques sobre la constitución del grupo en la adolescencia 40
Los iniciadores 42
Distintos tipos de grupos en la adolescencia 44
a. Representación psíquica del grupo 44
b. El grupo como subcultura 46
Punto de vista metapsicológico 48

3. Metapsicología de la adolescencia-Parámetros generales
-Parte I- Psicología evolutiva psicoanalítica: problemas teóricos, epistemológicos y metodológicos 49

Introducción 49
Acerca del concepto de normalidad 49
Acerca de la evolución 53
Fundamentación epistemológica de la psicología evolutiva 54
La psicología evolutiva psicoanalítica de la adolescencia 55
Métodos de investigación en psicología evolutiva psicoanalítica de la adolescencia 57
Hipótesis que sustentan esta metodología de investigación 61

4. Metapsicología de la adolescencia-Parámetros generales
-Parte II- Constitución y transformación de las estructuras: una visión de conjunto 65

Introducción 65
Constitución del aparato psíquico. Transformaciones de la pulsión y del Yo 66
Imbricación del concepto de evolución con los de conflicto y temporalidad 69
1. Evolución y conflicto 69
2. Evolución, conflicto y trauma 72
Tipos de trauma 73
3. Evolución, estructura y temporalidad. Las lógicas 76
4. Temporalidad, fijación y regresión 79
Fijación 79
Regresión 79
Criterios básicos para la articulación entre los observables y la teoría 84
¿Qué son las corrientes psíquicas? 84
Diferencias entre la manifestación y sus representantes psíquicos
Deseos - Formaciones sustitutivas - Fantasías - Síntomas 88

Segunda parte
Adolescencia temprana: metapsicología y manifestaciones

5. Metapsicología de la adolescencia temprana
-Parte I- La emergencia de la genitalidad y sus transformaciones en el aparato psíquico 93

Introducción 93
1. Surgimiento de la pulsión genital. Sus transformaciones 94
En la joven: 98
En el joven: 99
Algunas manifestaciones patológicas 101
2. Constitución del Yo 101
2.a Pensamiento 102
2.b Fantasías 105

6. Metapsicología de la adolescencia temprana
-Parte II- De los procesos a la inserción comunitaria 111

Introducción 111
Representaciones espaciales 111
Defensas 111
3. Hallazgo de objeto heterosexual 114
Masturbación en la fase prepuberal 119
Masturbación en la fase puberal 119
Entre la masturbación y las fantasías, hallazgo de objeto posible 120
Constitución del Superyó-ideal del Yo en la adolescencia temprana 122
124

7. Manifestación gráfica y discursiva en la adolescencia temprana 129

Introducción-El contexto 129
Los objetivos 130
Relatos e imágenes. Descripción del material 131
Narración nº 1 132
Algunos comentarios acerca del contenido 134
Narración nº 2 140
Algunos comentarios acerca del relato 142
Narración nº 3 146
De los procesos tóxicos al Superyó protector 150

8. Los chicos de la calle
Contribuciones psicoanalíticas al estudio del desamparo social
en la adolescencia temprana 155

Introducción 155
Observación de la problemática y ubicación del grupo 156
Un intento de categorizar las "transiciones mediadoras" 159
a. Transformaciones de la pulsión 159
b. Las transformaciones en el Yo y su génesis pulsional 160
c. El Yo y las corrientes psíquicas eficaces 161
Hacia una metapsicología del desarrollo puberal 163
Importancia del desplazamiento motor 165
La articulación de rasgos fóbicos e impulsivos 169
Aportes generales al problema de la deambulación 175
Addenda 1994 176
La deambulación y la fuga 177
Sobre el cascarón muscular 181

Tercera parte
Adolescencia media
Metapsicología y manifestaciones

9. El duelo y los procesos identificatorios en la adolescencia media 187

Introducción 187
Procesos de duelo o de desasimiento y sus transformaciones
en la adolescencia media 190

10. Duelo, desasimiento y pasaje a vínculos fraternos 201

Introducción 201
Diferencias entre la posición parental y la fraterna en los duelos 201
Procesos identificatorios. Tramitación de las investiduras
narcisista y homosexual 204
1. Procesos identificatorios en la representación Yo-cuerpo 205
2. Procesos identificatorios de la imagen corporal en relación
con los vínculos fraternos 208
3-4. Procesos identificatorios procedentes de la autoridad
y del ideal parentales 209

11. Hallazgo de objeto heterosexual 215

Introducción - Alcances del encuentro con el objeto 215
Procesamiento de los vínculos incestuosos. Producción psíquica
del objeto heterosexual 217
I. Precursores del hallazgo de objeto heterosexual. Transacciones
entre el narcisismo y el hallazgo de objeto 220
1. El diario 222
2. La agenda 224
3. Enamoramiento del amor 227
4. Amor a ideales 228

12. Tipos de hallazgo de objeto en la adolescencia media 229

Introducción 229
1. Vínculos parcializados. Jerarquización del contacto
con predicados 229
2. Vínculos diádicos. Tramitación del doble especular
complementario y hostil 234
3. Vínculos triádicos, múltiples o alternantes como mediadores
del hallazgo 241
4. Vínculos con característica edípica 242
5. Vínculos con característica fraterna 244

13. Defensas ante los procesos pulsionales y ante la realidad 249

Introducción 249
1. Mantener la autonomía de la pulsión parcial 250
2. Que la pulsión quede subsumida como placer preliminar 251
3. Represión 252
3.a Desmentida 256
Desmentida ante el juicio de castración 258
Uso de intensificadores 258
Eliminación de la percepción de las diferencias 261
Desmentida frente al juicio de la muerte de los padres 262
Desmentida ante el juicio de la propia muerte 263
Desmentida del origen 264
Desestimación o condena por el juicio 265
4. Sublimación 266
5. Que se constituyan formaciones reactivas constitutivas de los rasgos de carácter 267
Formación de rasgos de carácter 268
6. Integración de las corrientes sexual y tierna en el hallazgo de objeto 268

14. La clínica con adolescentes: de la investidura orgánica a la formación del carácter en la adolescencia 271

Introducción 271
Surgimiento del erotismo genital 272
Los dobles en el hallazgo de objeto narcisista 274
La elección por apuntalamiento y la novela familiar 277
El caso de Gustavo y Estela 278
Gustavo: 281
Estela: 283

Síntesis 287

Referencias bibliográficas 291